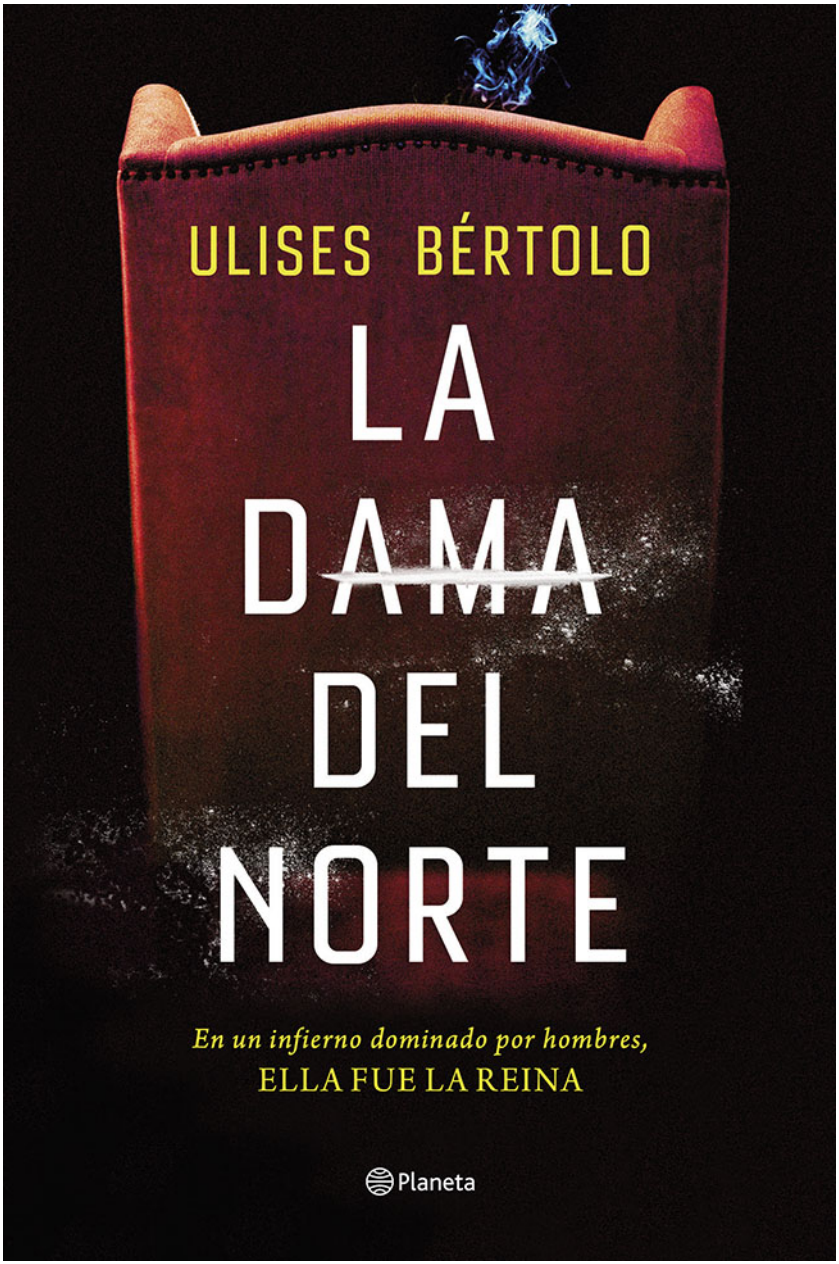

ULISES BÉRTOLO
LA DAMA DEL NORTE
En un infierno dominado por hombres,
ELLA FUE LA REINA
Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Lema
PARTE 1. ANA
- 1969 1. LA NIÑA
- 1973 2. LA MINA
- 1974 3. UN PLATO EN LA MESA
- 1975 4. SARA
- 1976 5. SEDERÍAS CATALANAS
- 1977 6. CAMILE
- 7. MANDAN BASTOS
- 8. FUNERAL
- 1978 9. AQUEL REVOLTIJO DE COSAS ESPARCIDAS
- 1979 10. UNA EXTRAÑA
- 11. ESTIRPE
- 12. ATANDO CABOS
- 13. TALENTO
- 1984 14. EL AGUANTE

PARTE 2. LA RUBIA
- 1987 15. TODO ES CUESTIÓN DE CONTROL
- 16. OFERTA Y DEMANDA, QUERIDA
- 17. UNA ATMÓSFERA OSCURA Y TENEBROSA
- 18. SALSA
- 19. TRES REGLAS DE ORO
- 1988 20. LA LLAMADA
- 21. UNA MUJER DE RESPETO
- 1989 22. COMO MÁSCARAS DE CARNAVAL

23. EL TRÁFICO QUE TODO LO ENTORPECE
24. Y CREES QUE NADA PUEDE AFECTARTE
1993 25. EL TODOPODEROSO WALTER MARULANDA
26. LA NOCHE EN QUE TODO PUDO ACABAR MAL
27. MI GRAN MOMENTO
28. OVARIOS
1994 29. EL GALLEGO LANDEIRA
30. RAFAEL MEDINA
31. DE CASAS A MANSIONES
32. PÁTER
1995 33. BRILLANTES EN LAS MANOS
1996 34. LUCKY
35. OJOS VERDES COMO BILLETES
36. SOLO ESTRÉS
37. RAFAEL MEDINA
38. «AFFAIRE»
39. LOS PRESAGIOS
40. ¿SAPO O FUGITIVA?
41. MALAS RACHAS
42. UN HOMBRE DE CONFIANZA
43. LA SELVA
44. EL RECUERDO DE LAS COSAS HERMOSAS
45. CUESTIÓN DE MINUTOS
46. PARANOIA
1997 47. LA VELOCIDAD DE LOS PASOS
48. LAS BUENAS REFERENCIAS
49. MERCANCÍA MOJADA
50. RAFAEL MEDINA
51. VEINTE FAJOS
52. UN MUÑEQUITO
1998 53. UN PLAN
1999 54. NADA DE COSAS PUNTUALES
55. EL REENCUENTRO
56. RAFAEL MEDINA
57. PEIXE
58. RAFAEL MEDINA

59. UNAS HORAS ANTES
60. AL DÍA SIGUIENTE
61. RAFAEL MEDINA
62. SEGUNDO DÍA DE LA CUENTA ATRÁS
63. INCERTIDUMBRES
64. RAFAEL MEDINA
65. NUDILLOS EN EL CRISTAL
66. RAFAEL MEDINA
67. POSICIÓN 28° 11' N 33° 31' W. 600 MILLAS NÁUTICAS AL SURESTE DE LAS ISLAS CANARIAS
68. CONJUNCIONES
69. RAFAEL MEDINA
70. CALABOZO
PARTE 3. MI CONDENA
2002 71. LAS PENAS
72. RAFAEL MEDINA
2013 73. EL TIEMPO
74. AL ALCANCE DE NOSOTRAS
NOTA DEL AUTOR
AGRADECIMIENTOS
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Ana Garrido quiere volar y dejar de ser una niña pobre de las minas asturianas. Pierde la fe en Dios cuando matan a su hermano, pierde la fe en los hombres cuando el primer amor la golpea y el segundo la abandona. Entonces promete escribir su destino con letras bañadas en oro.

Ana Garrido quiere poder. Entra al narcotráfico y logra controlar en España una industria criminal plagada de sujetos despiadados. La apodan la Rubia y termina tras las rejas, condenada a más de treinta años de prisión por dirigir el mayor alijo de cocaína jamás decomisado en Europa, la operación Temple. Aun así, no se arrepiente. Ella es la Dama del Norte.

Madrid, Marbella, Galicia y Colombia. Escondites, lujos y excesos, de las operaciones millonarias a los cambios de identidad, de las persecuciones y torturas a la detención y el arresto. Esta novela lo tiene todo, incluso una base real. Porque Ana Garrido existe y sigue viva. Ya lo verás.

En un infierno dominado por hombres, ella fue la reina.

LA DAMA DEL NORTE

Ulises Bértolo

Basada en la vida de Ana Garrido, alias «la Rubia»

Planeta

Para los que ya no están

Esta no es la historia de una narcotraficante. Es la historia de una mujer que aprende a reinar en un infierno dominado por hombres.

PARTE 1
ANA

1969

1. LA NIÑA

—¡Es pequeña! —grita Sara.

—Tan pequeña no es —dice Ino.

—Sí, lo es hasta que papá le compre su propia bicicleta.

—¿Llegas? —me pregunta Ino, que acaba de hacerle un apaño al sillín para que yo alcance el suelo con los pies.

—Sí, llego.

—Pues vamos.

Cuando comienzo a rodar cuesta abajo apenas rozo los pedales. Tan solo he girado la cabeza unos centímetros por encima del hombro derecho para ver que Ino me ha soltado. Tengo siete años y ya monto en bicicleta sin ayuda de ruedines.

Soy la más precoz de cinco hermanos: Enrique, Ino, Ángeles, Sara y yo.

Enrique, el mayor, tiene entonces veintiocho años y lleva bastante tiempo trabajando en la mina. Es muy callado, rara vez le oigo discutir por algo o hacer cualquier gesto con el que exprese enfado. La mayoría de las personas tienden a pensar que no tiene sangre en las venas, pero la verdad es bien distinta: recuerdo que en una ocasión un vendedor ambulante le ofreció a mi madre un juego de sartenes, supuestamente francesas y de alta calidad, cuando apareció Enrique y las examinó detenidamente; después de comprobar que ni siquiera eran antiadherentes, agarró de las solapas al hombre y lo arrastró calle arriba. El pobre vendedor terminó tirado en la cuneta con sus sartenes esparcidas por la maleza. Si mi padre no hubiese intervenido la cosa hubiera sido más grave. Mis otros hermanos decían que lo que ocurría era que

Enrique sabía esconder muy bien su rabia, pero a veces esta se le escapaba y terminaba por sorprenderlo.

A él le seguía Ángeles, para mí, como una segunda madre. Tenía dieciocho años recién cumplidos, cinco más que Sara. Las dos se pasaban el día discutiendo y alternaban pequeñas victorias, pero Ino inclinaba muchas veces la balanza a favor de Sara. Cuando eso ocurría, Ángeles se encerraba en su cuarto a atiborrarse de comida y no salía hasta que le pedían perdón. Claro que a Ángeles la vida no le dejaba pasar ni una. Ella ha sido siempre el sustento de mi madre, su mejor apoyo, su confidente, quien le ayudaba a sacar adelante la casa mientras papá y Enrique se ganaban el jornal.

Ino tenía quince años, pero aparentaba más. Yo a veces lo veía mayor, incluso más que Enrique. Lo echaron del colegio por indisciplinado y se negaba a hacerse viejo trabajando de minero. Sara y yo podíamos pasar toda la noche charlando con él. Hablábamos de todo: de lo aburrido que era el pueblo, de sus novias, de espíritus y de lo que nos iba a gustar vivir juntos en Madrid cuando ahorrase dinero para abrir un hostal. Mamá le reñía a todas horas por meternos pájaros en la cabeza, y si nos pillaba en su habitación nos sermoneaba de lo lindo y de camino a la cama me insistía en que aprendiera costura con Ángeles y a hacer mejor las labores domésticas. Según ella, porque así podría servir de mayor en alguna casa donde me ganaría la vida dignamente.

Sara era guapísima. Con solo trece años ya tenía a su alrededor un regimiento de admiradores. Yo quería ser igual que ella, cambiarme el pelo, ondulado y trigueño, por uno como el suyo, castaño y lacio. Era tan expresiva que hablaba con la mirada. Mamá intentaba que siguiese vistiendo como niña, pero ella se negaba en redondo, y había que ser muy valiente para llevarle a mamá la contraria.

Luego estaba yo. A los siete años toda mi ropa era de segunda mano, las cosas más bonitas y las más feas. Nunca sabía si habían sido de Ángeles o de Sara; era lo que me tocaba por haber sido el embarazo sorpresa de mamá a sus cuarenta y cinco; ella sacaba la

ropa de un arcón gigante y me vestía con menos miramientos que yo a mis muñecas. Lo mío de pequeña tenía mucho de improvisación, tanto que quisieron llamarme Ana Rosa, pero mi abuelo materno, que era el secretario del ayuntamiento de Degaña, me inscribió como Ana a secas porque no le gustaba Rosa como segundo nombre. Mi madre decía que era cosa del destino que me ocurriesen cosas fuera de lo normal porque nací al anochecer del 11 de noviembre de 1962 bajo una tormenta de nieve como casi no se recuerda.

Mis hermanos y yo nos quisimos siempre. En los complicados años que vendrían después, aquel momento de la bicicleta sin ruedines estaría siempre grabado en mi memoria y llegaría a tener una importancia capital. Si no hubiese mirado a un lado, si no hubiese quitado los ojos de la carretera, puede que esa primera vez no hubiese terminado estampándome contra la cerca que rodea nuestra casa. Puede que tampoco el destino me hubiese deparado acabar con los huesos en la cárcel.

Pero entonces solo era una niña que lloraba en el suelo con las rodillas llenas de sangre.

—No te muevas, estate quieta —dice mamá mientras me limpia las heridas con una gasa empapada con agua oxigenada.

Mi padre se llama Domingo, es moreno y tiene los ojos muy negros. Mi madre, Plácida, y como adora las historias de amor en el cine, se enamoró nada más verlo vestido de uniforme. Se casaron en cuanto él terminó el servicio militar en Cangas de Narcea, que, aunque no queda lejos de Degaña, tiene difícil acceso por el tropiezo natural del Radañoiro. Todavía conservo una de las cartas que le escribió mi padre en aquel tiempo de novios y que rubricó con un «tuyo para siempre». Los años atestiguan que no es papel mojado. Se mantuvo al lado de mi madre en lo malo y en lo peor, como cuando perdieron de manera trágica a sus dos hijos varones, Ino y Enrique.

Ino y Enrique.

Mi Ino. Mi Enrique. Mis adorados hermanos.

No sé exactamente en qué momento nos mudamos. Desde que tengo memoria vivo en una casa blanca de contraventanas verdes a la que llaman La Farola. El tejado es de pizarra negra y vuela sobre un banco de madera en medio de las dos entradas; la acusada pendiente de la carretera deja una a menos altura, justo encima de la bodega donde mi padre almacena el vino. Desde la habitación que comparto con Sara veo pasar los camiones —el olor a gasoil es algo arraigado en mi memoria—, mastodontes de acero cargados de carbón que cruzan por delante a todas horas.

Recuerdo a mi madre asomada en el establo con medio cuerpo fuera de la puerta y limpiándose las manos en una bata que antes había sido un bonito vestido estampado. Siempre está haciendo cosas en la casa y en la huerta con ese modo sorprendente que tienen muchas mujeres de sobreponerse al cansancio. La veo frente a la cocina de leña manipulando ollas o sirviendo comida, y a mi padre dando vueltas por ahí y hundiendo su nariz en el moño que ella se recoge un poco más arriba de la nuca. El moño de mamá es un signo de gobierno, como los galones de un general que dirige un ejército en el campo de batalla. Por las noches se lo deshace frente al espejo del tocador y el cabello le cae desde lo alto y forma un cobertor de seda negra sobre sus hombros. Me gusta mirarla.

La familia de mi padre es de Almanza, en la comarca del Bierzo, de la que llegan muchos jóvenes a Degaña para trabajar en las minas. Mi abuelo era albañil y mi abuela cosía por encargo en sus ratos libres. Era muy menuda, una viejecita encorvada, demasiado inclinada hacia delante por culpa de una lesión en la columna. Tenía pavor a morirse sin haber recibido el sacramento de la extremaunción. Esto lo sé por el tío Carlos, de mis tíos paternos es con quien tendré más trato. Mi padre no siente la tentación de hacerse cura como él, está tan loco por mi madre que cursa la solicitud para trabajar como picador en la mina de Degaña antes de licenciarse.

Aunque aprende de explosivos durante el servicio militar, no aprovecha el privilegio de entrar de barrenero. Ser picador es más peligroso, pero mejor remunerado.

Para ir a la lejana Degaña hay que hacer un larguísimo viaje en automóvil entre montañas, inmensas planicies y algunos rectángulos de color tostado perfectamente trazados para guardar rebaños. Somos un pueblo al que pocas veces llega alguien que no sea para trabajar en la mina. Por ello nos miran como a extraterrestres, como a gentes ancladas en otro siglo, hombres que viven como esclavos, mujeres atrapadas en sus casas, niños abandonados a su suerte. En nuestro comedor siempre hay gente: tabaco, guisos, grasa de panceta, trozos de pan que desbordan la mesa y caen al suelo, ruidos guturales, maderas crujientes, palabras rehogadas en vino. Alguien acerca un mazo de cartas y las sillas chirrían. Mientras lavamos los platos, mamá dice que no hagamos caso de los chismes de ciudad, que siempre tuvimos profesores en el pueblo y nunca nos faltó de comer.

—Mamá...

—Qué.

—¿Y ellos por qué nunca recogen?

—¿Los hombres?

—Sí.

—Ellos trabajan en la mina.

—Y tú en casa.

—No es lo mismo.

—Sí que lo es —dice Sara.

—Tú, mejor calladita, que bastantes dolores de cabeza me das. Y tú, jovencita —dice mirándome severamente—, obedece y calla, que en boca cerrada no entran moscas.

Mamá siempre habla de los hombres y lo mucho que trabajan; en cada comida les reserva los mejores sitios y les sirve de primeros. ¡Ay de quien tocase los zancos de pollo del abuelo!

Aquella época une a las familias en función de quien gobierna en la cocina, y, desde la nuestra, mamá despliega una fuerza casi interplanetaria. Todos nos movemos en función de ella, a su alrededor, su poder matriarcal es silente, sin aspavientos y con voz tenue hasta que explota en una fracción de segundo.

Las gruesas paredes y ventanas enseñan unas cúspides lejanas que en invierno se vuelven blancas. ¿Qué más podemos desear?

Nos pasamos el día en las calles jugando a las guerras de bolas o haciendo muñecos rechonchos que adornamos con ropa vieja y hortalizas. Cuando desaparecen las nieblas y el aire se vuelve transparente, Sara y yo sacamos un viejo somier por la ventana y nos deslizamos calle abajo; entonces no sabemos que los montículos de nieve donde vamos a estrellarnos, tan divertidos para nosotras, marcan la senda a Valdeprado, el camino que sube a la mina entre rocas rotas y afiladas como fauces de un cazador astuto y paciente.

—¡Echamos otra! —dice Sara arrastrando el somier. Yo no tengo la misma fuerza que ella, y me limito a tirar por una esquina —. ¡Eres una renacuaja!

—¡Espera y verás! —le grito enfurecida, empujando con más ahínco.

—Si te ve tu madre… —dice una señora intentando inútilmente que Sara se tape las piernas mientras lanza miradas reprobatorias a los chicos, que no dejan de silbar y de señalar a mi hermana.

Un domingo, no sé de qué mes, subimos a la mina. Degaña se ve diminuta desde el alto de Cerredo, lejos de casi todo y más cerca del cielo, rodeada por un amplio valle que se cierra sobre sí mismo, con una esclusa abierta a la leonesa villa de Villablino.

Ino dice que la mina es la columna vertebral de un colosal gigante que murió carbonizado intentando librarse del fuego de la tierra. Tira una piedra hacia un letrero grande y de metal oxidado con el nombre de la empresa que explota la mina desde principios del siglo: «Las Hullas del Coto Cortés». El impacto suena como el gong de un combate de boxeo.

Para mamá, entrar en el recinto de la mina es una intromisión intolerable. Pero Ino es el intrépido de la familia, el primero en todo. No teme a nada. Es capaz de rebasar la valla de una huerta o de lanzar un petardo en una procesión. Ese domingo escala el crestón de carbón y lanza un grito.

Enrique lleva casi diez años trabajando en la mina.

Sintiéndola, excavándola, respirándola por cada poro de su piel. Me lleva cargada y yo le pregunto si podemos ir.

—No, tú aquí conmigo —me dice antes de bajarme.

Ángeles mira a Sara y se pasa la mano por la cara como si quisiera borrar su expresión de desconcierto cuando la ve correr hacia Ino.

—Mírala, si es que parece su sombra.

Y lo era. Tiene el mismo carácter impulsivo. Que si es un angelito descarriado, que si Ino es el culpable, todo ese rollo suelta Ángeles.

Yo tiro de la mano de Enrique. Él no me suelta. Ojalá no me hubiera soltado unos años más tarde cuando se murió en mis brazos.

Ya en la camioneta, mamá abre la ventanilla y se palpa el pecho.

—No me siento bien, apenas puedo respirar.

—No exageres, mamá —dice Ino.

—¿Es que siempre tenéis que sacarme los nervios?

—Lo siento —dice Sara.

—Si es que al final ocurrirá una desgracia —suelta Ángeles.

—Tranquila —dice papá—, que me conozco esta mina como la palma de la mano.

Mamá pone los ojos en blanco.

—Qué poca memoria tienes, Domingo. Qué poca memoria.

En junio de 1956, unos años antes, a papá le había estallado un barreno en las manos. Pasó del desconcierto a la oscuridad. Lo imagino por un instante en aquella angosta galería con sus manos ennegrecidas y sus dedos grandes y despellejados palpándose el ojo que recibe de lleno la explosión. A los pocos días del accidente, Ángeles celebraba su primera comunión.

A eso se refiere mamá.

En Degaña todas las comuniones tienen lugar el 13 de junio, así que mi padre no tiene tiempo suficiente para recuperarse de las

heridas. En las fotografías se le ve con el parche negro sobre el ojo izquierdo. Ya nunca recuperaría la visión de ese ojo.

No es la primera vez que mamá nos habla de cómo la empresa se escudó en una supuesta mala manipulación del cartucho para no renovarle el contrato. Ese día papá salió de la mina resoplando entre unos cuantos compañeros que aguardaban fuera con los puños cerrados y muchas ganas de plantar el trabajo. Le habían quitado lo que más le enorgullecía. Sin nada que hacer, las horas pasaban lentas. Ni siquiera mamá, haciendo uso de sus armas de gobernanta, lo disuadió de escribir una carta al entonces ministro de Trabajo, José Antonio Girón de Velasco, uno de los defensores a ultranza del Régimen y además licenciado en Derecho. Mamá era reacia a llevar las quejas tan lejos por miedo a las represalias.

Pasan tres días que a mamá le parecieron tres semanas.

Está inmersa en sus malos pensamientos. Por ejemplo, que a papá podrían asignarle un puesto más peligroso que el de barrenero o mandarlo a algún sitio muy lejano, donde nadie podría ir a visitarlos. Mamá nunca ha sido de quedarse quieta y sin hacer nada, pero esos tres días los pasa sentada junto al teléfono hasta que recibe la noticia de que el ministro lo había recibido en audiencia: «Traiga usted la mano, Domingo Garrido, sabe más de leyes que yo mismo. Y váyase tranquilo, que recuperará su puesto de trabajo».

Como yo aún no había nacido, no soy capaz de imaginar la felicidad que debió sentir mamá ni lo que pensó papá en aquella adusta sala ministerial sobre la fotografía que publicaron los periódicos de la comarca. Pero cuando me contaron esa historia por primera vez me dio por creer que eso significaba ser importante.

1973

2. LA MINA

—Para ya —le digo a Penélope al ver el dibujo de la señorita Pilar desnuda con cuernos y rabo que ha sacado de la cajonera del pupitre—. Te van a pillar.

Nos han puesto juntas a primeros de quinto curso después de que a Penélope la cambiaran de sitio al menos cuatro veces. Ella tiene poco pulso, el trazo del carboncillo es bastante malo, yo hubiera hecho un encuadre de la señorita más original. Por ejemplo, echando fuego por el culo.

—Ustedes dos —dice la señorita Pilar—, ¿se puede saber a qué viene tanto cuchicheo?

Penélope da un respingo en la silla.

—Por nada, señorita Pilar.

—¿Por nada? Si se han pasado toda la clase hablando.

Penélope niega con la cabeza.

—¿No qué? ¿No han estado hablando o no han estado atendiendo?

—Sí hemos atendido, señorita —digo yo.

—¿Sí? Pues entonces supongo que habrá tomado buena nota en esa hoja que tan celosamente esconde bajo la mano.

Observo con desconcierto mi mano sobre el dibujo. Ni cuenta me había dado. Penélope se remueve en la silla, la miro de reojo, espero que no haga nada porque entonces nos pillan fijo.

La señorita Pilar hace un gesto hacia el mapa desplegado sobre la pizarra.

—A ver, que una me repita las líneas imaginarias de la Tierra.

Está sonriendo de oreja a oreja, una sonrisa que augura sus

siguientes pasos, pedir los apuntes, encontrar su retrato diabólico, agarrar un cabreo monumental y llevarnos frente a la directora. Sería la tercera vez en lo que llevamos de curso y eso supone la expulsión por una larga temporada. Así que hago un repaso mental rápido, me pongo la hoja delante de los ojos, y los muevo de izquierda a derecha mientras hago que leo:

—Las líneas horizontales son los paralelos y van de Este a Oeste perpendiculares al eje terrestre. El paralelo «0» —digo apuntando con el dedo hacia el mapa que cuelga de la pizarra— es la línea del Ecuador. Las líneas en vertical van del polo Norte al polo Sur y se llaman «meridianos», y se toma como referencia el de Greenwich.

La profesora Pilar da un paso atrás, como si mi respuesta la hubiera pillado de sorpresa. Pasan unos segundos interminables hasta que se da la vuelta.

El timbre de fin de clase, inesperado y providencial, suena en ese instante.

—Pueden irse —nos dice la señorita Pilar, despreciativamente, abanicando el aire en dirección a la salida.

Afuera en el pasillo hay una veintena de niños. Más adelante, a la derecha, el baño de chicas. Penélope está sentada en la encimera del lavabo, con los pies colgando. Frente a ella está otra chica, su segunda mejor amiga. O eso dice.

—¡Me has salvado! —Penélope salta de la encimera, se reajusta la falda del uniforme y me da un abrazo.

—Es la última vez.

Penélope parpadea, nunca me ha visto así de enfadada. Para entonces, su segunda mejor amiga ya nos ha dejado solas.

—Solo fue una broma, ¿vale? —se disculpa.

—Y si nos hubiese pillado, ¿habrías dicho que el dibujo era tuyo?

—Eso no podía ocurrir.

—¿Por qué no?

—Porque tú eres Doña Perfecta y siempre te lo sabes todo.

Me fastidiaba que me echase en cara mi buena memoria. Es más, a menudo esa buena memoria le había servido para aprobar sin haber abierto un libro.

—O sea que no. —Me doy la vuelta con intención de salir de allí.

—¡Espera! —dice sujetando el pomo de la puerta—. Habría dicho que el dibujo es mío y me hubiera comido sola el castigo, ¿vale? Pero si fuera al revés y tuviera que irme expulsada contigo lo haría, porque eres mi amiga.

—Déjame salir.

—Sí, no vaya a ser que llegues tarde.

En el pasillo, la luz se cuela macilenta por dos ventanucos insignificantes. Debieron hacerlos más grandes para que el aire fresco disipara esta sensación de opresión que siento en el pecho por culpa de Penélope. No recuerdo las veces que me ha dejado tirada. Siempre es ella la que la monta y yo la que sale mal parada. Y como una tonta, sintiéndome fatal.

Por la calle pasan los camiones cargados de carbón. Me sobrecoge cuando regresan vacíos. Van y vienen. Un viaje y otro. Más carbón. Y ahí estoy yo, mirando a todos lados. No me explico por qué Penélope se salta algunas clases; odio su manía de desaparecer cuando nos enfadamos. Acelero el paso. Quiero estar en casa para cuando Ino regrese de la mina; lleva trabajando allí desde que cumplió los dieciocho.

La puerta de casa está abierta de par en par. Qué extraño. Por el tono que emplea mamá intuyo que ha ocurrido algo. Penélope siempre me dice que somos unos exagerados. Supone que lo que pasa en mi casa es lo que ocurre en cualquier otra, pero eso es porque en la suya no hay mineros.

—Ay, Dios, que no haya muertos —dice mamá.

—¿Pero los nuestros están bien? —pregunta Ángeles.

—No lo sé, no se sabe nada, solo que muchos han quedado atrapados.

—Mira, piensa en lo que dice padre, eso de que siempre

tienen tiempo para ponerse a cubierto.

—No, Ángeles —replica mamá bajando la voz—. Les ha caído encima demasiada tierra, demasiada.

No se sabe a cuántos ha sorprendido la avalancha, la zona es un verdadero laberinto de galerías que se ramifican, dicen que algunas son tan pequeñas que es imposible caminar erguido. El equipo de rescate exploró el primer nivel de la mina toda la noche, por suerte no hubo más corrimientos de tierra. Antes de que apuntase el día consiguieron llegar hasta los que habían quedado atrapados en el sector meridional. El rescate tuvo lugar cuando tras unos montones de piedra caliza se abrió un hueco lo suficientemente amplio para pasar un brazo. Los supervivientes estaban rodeados por montones de tierra, era un verdadero milagro que los pilares de madera bajo los que se refugiaron soportasen tanto peso.

Los rescatadores cantaban el nombre de los que iban encontrando vivos.

Pero no todos lo consiguieron.

Casi un cuarto del turno murió aquella noche.

Y no sabíamos si entre ellos se encontraba alguno de los nuestros.

Había más de un centenar de personas reunidas alrededor del punto de rescate. El cielo estaba despejado, con algunas nubes en lenta procesión hacia la montaña; recuerdo que las familias se abrazaban en silencio, se consolaban, sin atreverse a mirar a las entrañas de la mina. Pero no mirar viene a ser casi lo mismo que mirar, o peor. Decía mi madre que las muertes están ya decididas por Dios de antemano y que nada iba a cambiar por mucho que nos escondiéramos.

—¡Aquí salen! —grita un minero hundiendo el casco en el agujero.

Unas enormes poleas que cuelgan a lo alto dejan de moverse en cuanto la plataforma metálica que transporta a los supervivientes alcanza la superficie. Vienen con el rostro

ennegrecido y miedo en los ojos. El primero avanza despacio, coloca el pie derecho en la tierra, luego el izquierdo, una mujer grita su nombre y corre hacia él. Entonces todo se descontrola y todos se abalanzan sobre los que van bajando de la plataforma. Mamá manotea con la mano izquierda, parece que ha visto a papá, yo me agarro a su falda, pero me tambaleo peligrosamente por un empujón. Menos mal que Sara me sujeta a tiempo.

—¡Aquí, papá! —Ángeles se inclina hacia delante, lo necesario para aferrarse a sus manos, pero un hombre que lleva puesto un delantal lo agarra del brazo antes de que pueda llegar hasta nosotras.

—¿Y mi chico, Domingo? Está a salvo, ¿verdad?

Papá lo contempla un instante, en silencio, quitándose el casco. Finalmente, niega con la cabeza y cierra los ojos.

—Lo siento mucho.

Mi corazón se acelera, siento miedo.

—Los chicos están bien, Anita —dice papá arrodillándose a mi lado—, los están subiendo ahora... —Luego me tapa los oídos para que no oiga como el hombre del hijo muerto increpa a otro al que la papada le sobresale por encima del cuello de la camisa:

—Maldito hijo de puta. ¡Vosotros lo habéis matado!

Un guardia civil se abre paso entre la multitud y derriba de un porrazo en la cabeza al hombre que grita.

—¡Se acabó el espectáculo! ¡Arreando todos! —dice el guardia civil, que tiene el pelo rubio y la mirada glacial.

—¡Albino!

El guardia civil se gira, extrañado, viendo a Ino que desciende de la plataforma, llega a la superficie y se dirige hacia él. Enrique viene detrás, con los ojos entrecerrados mirando la porra en la mano del agente.

El guardia civil recoge el tricornio del suelo y da un paso hacia mi padre.

—Domingo.

—Cabo.

—Llévese a sus hijos. Ahora. —La hostilidad es evidente.

Papá se dispone a hacerle caso cuando el ruido de las poleas

se detiene. Un chasquido. Más humo.

—Oh, Dios... —dice mamá llevándose las manos a la boca. Sobre una costra densa de carbón aparece una pila de cadáveres formando una grotesca escultura de extremidades colgando en el aire.

Como han decretado tres días de duelo, suspendido las clases y cerrado la mina hasta nuevo aviso, mamá deja que subamos con Ino a su habitación. Antes ha dado gracias repetidamente porque los tres hubieran salido vivos de la mina; incluso llegó a decir que no le parecía tan mala la idea de Ino de abrir una pensión en Madrid. «Lo que habrían dado otros por tener vivos a los suyos aunque fuese a mil kilómetros de distancia», susurró aliviada mientras recogía los platos y los llevaba a la cocina.

—Todo fue demasiado repentino —dice Ino tumbándose en la cama con un cigarrillo—, nos cayó un montón de tierra encima. Si llegamos a estar trabajando en el nivel inferior, no salimos.

—Pero tú eres a prueba de bombas, inmortal, hermanito —le dice Sara buscándole las cosquillas.

—Ya, ya, a saber lo que quieres.

Sara le aparta airosamente el cigarrillo de la boca y lo apaga en un cenicero.

—Que nos cuentes la leyenda de la casa del Cojo.

—Ni de broma, que mamá me mata.

—Pero si hoy la tuviste con el Albino delante de ella.

—Que no.

—Pues tú lo has querido.

El truco de los monitos agarrados a su cuello nunca falla contra su consabido «dejadme en paz, que estoy cansado». Por mucho que proteste no vamos a soltarnos hasta que nos la cuente.

—Vale, vale, está bien —dice agarrándonos de los brazos—. Dicen que el padre del Cojo, el abuelo del Albino, mató a su esposa en Buenos Aires y, a su regreso, a otros dos que están enterrados por la Collada. Así de maligno era.

—¡Ave María purísima!

Sara entona el avemaría cuando algo supera su comprensión de la fatalidad. Lo raro, pensándolo ahora, es que yo no reaccionase igual. A lo mejor es que era demasiado pequeña para comprender lo que Ino nos estaba contando. Pero me fascinaban sus historias, así fuesen sobre el espectro de la Senra, una leyenda que anuncia en nuestra montaña la muerte de un ser querido.

Sara se persigna y repite en voz baja su salmo contra la fatalidad.

—¿Y hay más?

Ino asiente.

—Un hermano del Cojo mató a un primo suyo en una noche de carnaval. Luego hicieron el paripé de que se había ahorcado. La madre se lo confesó al cura antes de morir porque no quería llevarse cargos para el otro mundo.

—A lo mejor estaba poseído por el abuelo del Albino —especula Sara.

Ino asiente, solemne.

—Y no es al único al que volvió loco, pues un sobrino mató a otro de un golpe en un *prau* —añade Ino con esa «u» cerrada tan propia del asturiano.

—Virgencita, cinco crímenes...

Sara abre los ojos tan redondos, que parece estar contemplando a los muertos.

—Es esa casa. Está maldita.

Apenas la palabra «maldita» sale de los labios de Sara comienza a sonar un ruido en nuestra casa, como si alguien pesado arrastrara los pies por el pasillo.

—No os mováis... —susurra Ino.

Yo me escurro detrás de Sara justo antes de que un rectángulo de luz nos encuadre en pleno, recortando una silueta alargada contra la pared desvaída de la habitación.

—¡Es el fantasma del viejo! ¡Corred!

Sara y yo nos ponemos a gritar como histéricas.

—¿Qué hacéis? —dice una voz desde el marco de la puerta.

—Hola, papá —contesta Ino, y comienza a reírse a carcajada limpia.

—¡Imbécil! —le grita Sara.

Ambas salimos a toda prisa de la habitación, ella haciéndole un gesto con el dedo que mamá nos tiene prohibido.

Esa noche soy incapaz de dormir. La casa del Cojo está a pocos metros de la nuestra y tengo miedo de que un fantasma se cuele por la ventana y me ahogue con la almohada. En esa época cada casa tiene una leyenda y cada cuarto tiene su muerto. Sin ir más lejos, el colchón de plumas en el que dormimos Sara y yo es en el que murió la abuela Aurelia. Es antiguo, quién sabe si antes acogió el cuerpo de algún otro antepasado. Mi madre viene a despertarme a la mañana siguiente. No se me ocurre otra cosa que abrazarme a ella despavorida y contarle lo que me pasa.

—Tu hermano es un idiota. Anda, vístete, que esta vez me va a escuchar.

Ino es casi un hombre, fuma, saca a bailar a las chicas en las fiestas y ya no recibe broncas si regresa a casa tarde o con unos vinos de más, pero esa mañana la reprimenda que recibe es casi tan dura como una condena a galeras.

—Mano dura te hace falta a ti.

—¿A mí?

—Le das mucho a la lengua con los de ahí enfrente.

—¡Ay, madre!

—Ni madre ni nada. No quiero chismes de esos en esta casa.

Ino abre la boca para decir algo, pero mamá lo interrumpe desde más cerca.

—No quiero que te cojan ojeriza. ¿Entendido?

La manera en la que mamá se comporta no hace sino acrecentar mis sospechas sobre los oscuros estigmas de esa familia. La siniestra familia del Cojo.

No me quito de la cabeza lo de aquellos cinco horribles crímenes.

1974

3. UN PLATO EN LA MESA

En aquellos años la vida del pueblo era monótona y previsible: mujeres a cargo de las casas y las haciendas —con tres o cuatro vacas de media, algunas ovejas, gallinas y pequeños campos plantados con patatas y verduras—, y los hombres desactivando el ritmo frenético de la mina con reuniones interminables en las tabernas y los bares del pueblo.

Casi todas las tardes, al salir del colegio, Penélope y yo nos perdemos un rato por el bosque. Estamos en sexto curso cuando un día nos encontramos con Eloy, el chico huérfano y con deficiencia mental al que a veces damos cobijo en casa. Se queda delante de los árboles más externos del bosque para vigilarnos porque dice que ahí dentro viven hombres malos. Según papá, el muchacho busca maquis desde que supo que después de la guerra andaban por la zona. A Penélope le gusta pasear cerca del río. Esta vez llegamos al remanso de agua donde algunas mujeres van a lavar ropa; no solemos acercarnos por allí, pero ese día oímos la voz de Roberta, una vecina que trabaja de sirvienta, y nos escondemos.

—¿Y él qué dice? —pregunta la mujer que está con ella.

—Que no es suyo.

—¡Si es una niña!

—Mira lo que te digo: la que evita la ocasión, evita el peligro.

—Dios mío, cuando se entere el padre.

—La Casimira podría ayudar.

En el pueblo, los métodos abortivos de la Casimira se tildan de brujería. Y de putas, golfas o casquivanas a las mujeres que se ponen en sus manos.

—Pero se le murió una de Villablino.

—¿Y qué hace? ¿Se queda soltera y con un niño?

Al oír aquello se me resbala un pie y caigo de rodillas al suelo. No reparo en los arañazos ni en las heridas; Penélope me coge del brazo y echamos a correr. Contra todos los pronósticos, Eloy no corre con nosotras cuando nos ve aparecer; se queda atrás moviendo sus cortos brazos y gritando: «¡Atrás, hombres malos! ¡Atrás!».

Tras unos días de lluvia y niebla, la nieve sube varios metros sobre el nivel del suelo. Los síntomas de vida en los aledaños quedan reducidos a las huellas de algún zorro; el viento sopla con fuerza suficiente para doblegar los robles deshojados, no existen otros testigos en el páramo que los mineros. Estoy haciendo los deberes delante de la ventana, hay alguien fuera, alguien que pasea de un lado a otro, a pasitos cortos, como si llevase los tobillos atados con una cuerda. No me lo puedo creer.

—¡Papá!

—Qué…

—¡Eloy!

—¿Qué pasa con él?

—¡Está ahí fuera!

—¿Cómo?

El torbellino de nieve es tan fuerte que mi padre y Enrique se desorientan varios minutos antes de encontrarlo. Eloy lleva puestas unas botas totalmente mojadas. Papá se las quita y lo arrima al fuego: no lleva calcetines y tiene los pies ennegrecidos, casi congelados.

—¿Te has perdido? —le pregunta papá.

—Es que el pescado frito no me gusta —responde él.

La casa de acogida en la que vive está a unos doscientos metros calle arriba. Imposible verla con este temporal.

—No vuelvas a escaparte con tanto frío —le dice papá—. ¿Me lo prometes?

—Sí.

—Te tomas un café y así entras en calor.

—Vale.

—¿Con leche?

—No, que se me pone el pelo blanco.

Papá ríe, y él también, aunque con cierto rubor en las mejillas. A papá le agrada enseñarle cosas, y siempre que hay un mueble o algo que recomponer, le entrega una herramienta y le enseña a usarla.

—Bueno, hoy te quedas aquí y me ayudas con esta cajonera.

Eloy entra casi en un estado de meditación profunda y pule tozudamente las esquinas y las tablas laterales. Podemos pasar penurias, vernos sometidos a las inclemencias del tiempo, pero no recuerdo el día en el que la habitación de los invitados, al lado del establo, no esté abierta para quien necesite techo y un plato en la mesa.

Sara sale a toda prisa de la cocina y se detiene delante de la puerta. Parece que va a decir algo cuando Ángeles aparece por detrás exhibiendo su dedo acusador.

—¡Que sea la última vez que me llamas amargada!

—Ha dicho amargada —repite Eloy señalando con la lija hacia la puerta.

Sara no dice nada, se limita a sonreírme y a darme a entender con sus gestos que está por encima de lo que Ángeles comenta sobre un chico llamado Antonio.

Eloy las mira embobado.

—A lo tuyo, chico —dice papá.

—Mis novias son más cariñosas.

—¿Tus novias?

Eloy deja la lija, rebusca en sus bolsillos y saca un almanaque con chicas desnudas.

—Ellas.

—¡Guarda eso! —dice papá visiblemente avergonzado, sospecho que por el hecho de que yo esté delante.

1975

4. SARA

A los veinte años, Sara parece una estrella de cine. Duda, mira hacia los lados, hacia el grupo de hombres que toman vino en una barra instalada en la plaza. Luego camina hasta nosotras.

—¿Qué está haciendo él? —pregunta Sara a su mejor amiga.

—No te quita el ojo.

Ambas son cabezotas y contestonas, y tienen el poder de atrapar la mirada de los hombres con sus movimientos de caderas.

—Ahí viene.

Sara se mueve un poco más hacia los lados.

Él la mira con atención, tiene los ojos azules, una camisa blanca que le realza el moreno y una chaqueta holgada que le hace parecer más delgado.

Es San Juan y me sobresalto cuando veo la hora.

—¡Sara! ¡Es la hora!

—Espera un poco.

—Mamá dijo a las diez.

—Vete tú y le dices que voy enseguida.

Lo hace, por supuesto, para demostrar que su voluntad está por encima de todo.

Ya en casa, Ángeles aprovecha las excusas más pequeñas para organizar una buena.

—¿Y estaban bailando? —me pregunta.

—No, no.

—¿Y él la miraba?

—Un poco.

—O sea, que sí. Qué fresca.

—¿Por qué nunca dices algo así de Ino?

—¡Niña!

Sin decir más, sale de casa y camina apresurada a la plaza; cuando por fin encuentra a Sara se queda de brazos cruzados frente a ella. Ángeles no tiene prisa, no quiere un número en público, sigue ejerciendo el papel de censora hasta que Sara desiste.

A partir de San Juan es raro el día en que Sara y su amigo no se ven a escondidas. Yo los acompaño en el consabido papel de carabina.

Un domingo con más calor de lo normal vamos al río; la verdad es que no entiendo lo que Sara trata de decirme ni las tengo todas conmigo: quiere que me quede cerca, pero no tanto, que avise si viene alguien, pero que no los mire. Después de preguntarme un par de veces si seguimos solos, veo que está de rodillas sobre él, con una pierna a cada lado, desabrochándose los botones del vestido, como conteniendo la risa. Decido dar un paseo por la orilla, no me invade ningún sentimiento pecaminoso, solo el miedo a la represalia, a que me ocurra lo mismo que a aquella muchacha embarazada de la que hablaba la vecina Roberta: «La que evita la ocasión, evita el peligro».

Al final, la muchacha no pasó por las manos de la Casimira, sus padres la llevaron a que diera a luz en una institución religiosa, que es lo más parecido a una prisión para jóvenes descarriadas. Su recuerdo me persigue, es la más aterradora constancia que tengo de lo que significa hacerse mayor, un miedo distinto a todos los miedos que siento con anterioridad, el más desolador: quedar preñada sin el sacrosanto abrigo de un matrimonio cristiano.

Sara se enfada muchísimo cuando le digo que no se bese con su amigo, no quiere ni oír hablar de tales moralinas.

Cerca del final del verano, Sara se levanta casi a la hora de comer. Últimamente no anda bien, lo sé porque duermo con ella y vomita por las noches. Le cae encima un buen rapapolvo de mamá nada

más pasar por delante de la cocina donde está preparando la comida con Ángeles. Al verla entrar en el comedor corroboro que parece un espantapájaros, con el pelo revuelto y una bata con las mangas demasiado largas. Se sienta, intercambia algunas miradas con Ino y deja caer los ojos sobre el mantel de hilo bordado de los domingos. Mamá aparece con una bandeja grande y la coloca sobre la mesa por el sitio donde habitualmente se sienta Enrique, que está de permiso en Villablino.

—¿Viste a la niña, Domingo? Parece una salvaje.

—¡Aquí vienen los callos! —dice Ángeles atravesando el umbral.

Sin darse cuenta, Sara parte la cuchara de madera apretando el mango contra la mesa. Tarda en reaccionar, y, cuando lo hace, mamá se da cuenta de que algo no va bien.

—¿Qué te ocurre? —dice mamá visiblemente asustada.

—Yo... yo no quería que esto pasase.

—¿Estás...? —dice mamá.

Sara se echa a llorar. Algo de su yo más infantil sale a flote.

A mamá se le entrecorta el aliento, le falta el aire.

—¡Por Dios, Domingo! Tu hija está embarazada. ¡Vaya desgracia nos ha caído encima!

—Mamá, cálmate —dice Ino.

—¿Quién ha sido? —pregunta papá.

Sara no reacciona. Ángeles se sienta a su lado, insistente:

—Fue ese chico, ¿verdad? Se llama Antonio.

Sara se sorbe los mocos y asiente.

—¿Y te quiere? Si te quiere se ocupará de ti.

—Los padres de ese chico son buena gente —dice papá levantándose de la silla—. Estarán de acuerdo en tratar esto de una manera discreta.

—No, papá, no quiero casarme —dice Sara.

—¿Qué? ¡Tú te casas y punto! —dice mamá.

—Tranquila, mujer —dice papá—. Es normal, está nerviosa... Voy a hacer una llamada. Lo solucionaremos, ya verás.

Papá coge el teléfono y marca un número.

Mamá y Sara comienzan a discutir. Ángeles se pone en medio

para apaciguar los ánimos. Sara no da su brazo a torcer.

—Espera un momento, Fermín —dice papá interrumpiendo al padre de Antonio al otro lado de la línea.

—¡Basta! —grita Ángeles.

Sara y mamá se miran largo rato; es un instante emotivo e intenso. Por fin, Sara habla:

—Di algo, mamá...

Suspira profundamente. Mamá tiene la voz tomada. Se la aclara y responde con reticencia.

—Está bien, hija. Es tu vida.

—¿Sigues ahí, Fermín? —dice papá al teléfono—. No, no es eso, es que la niña no quiere casarse. Sí, comprendo... Adiós entonces.

Papá hace esfuerzos para no colgar de malas maneras.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta mamá.

—Nada, tranquila, están disgustados. Nada más.

Con el paso de los años comprenderé que mi padre usa la expresión «nada más» cuando está realmente ofuscado.

Nos quedamos un buen rato en silencio, yo pensando en los niños abandonados en las cunitas al pie de los hospitales, en esos huérfanos que viven con Eloy en la casa de acogida y que se dejan alimentar por las monjas sin apenas abrir los labios.

Los meses siguientes, el resto de cosas dejan de tener importancia en casa. Sonidos aislados, palabras vacías sobre lo que pudo ser, sueños rotos, ventanas cerradas como en el crudo invierno. Qué hemos hecho mal. Qué hemos hecho mal.

Mamá y Ángeles se hacen cargo de Sara, la cuidan y la bañan, y de vez en cuando nos visita el médico para comprobar cómo va el embarazo. Me gusta apoyar la cabeza en la barriga de Sara y decirle cosas al bebé. Es bueno que sepa algo de este mundo para que no le coja de sorpresa. Mi abuela decía que los niños llegan con los ojos muy abiertos porque nadie les habla antes de nacer.

De todos, yo soy la que mantiene cierta normalidad. Puede que a mis trece años ningún problema dure lo suficiente, que todas

las cosas malas y menos malas me pasen por delante con incomprensible rapidez. Mi pregunta es: ¿por qué con la de cosas que hay que hacer algunos invierten su tiempo en meterse con la gente? No sé. Penélope dice que si alguna vez pillaba a alguien hablando mal de Sara no se conformaría con mandarlo a la mierda, que aprendió de su primo torturas tan sofisticadas como el «arrancapelo», que consiste en pasar los nudillos con maldad por el cuero cabelludo. Me gusta eso de unir fuerzas, está bien, hace que te sientas protegida.

Así que no me sorprende cuando me habla de los que aprovechan la ocasión para tratar de herirme. Salvo un día, más o menos a un mes de que Sara dé a luz, en el que ocurre algo que sí me saca de quicio: estamos regresando del colegio cuando vemos que Eloy viene corriendo hacia nosotras.

—¿Qué haces así de empapado? —Él no contesta, solo se palpa la camisa y el pantalón con las manos.

—Ay, Dios... —dice Penélope.

La expresión de su cara se ha vuelto oscura y soy consciente al instante de por qué: cinco chicos están cruzando la calle y vienen hacia nosotras. El más alto lleva una cresta y las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

Eloy me abraza el tiempo suficiente para que sienta cómo se me moja el pecho, en contacto con la tela mojada de su camisa.

—No quiero volver al agua —gime, solloza, esconde la cara en mi cuello—. Está muy fría. Mucho.

Me resisto a creer que lo hubiesen tirado al río.

Los otros chicos pasan de largo y nos cierran el paso por detrás. Se ríen de Eloy, de su ropa mojada, de sus extremidades cortas, de sus hombros anchos y caídos.

—¿Qué te pasa, tontito? —dice Cresta, cogiéndole del brazo.

—Se ha meado encima —dice otro.

—A lo mejor lleva los pañales —oigo por detrás.

—¡Dejadlo en paz! —grita Penélope.

Cresta la coge del brazo y la aparta bruscamente de nosotros.

—Vamos a comprobarlo.

—Ni se te ocurra —digo sujetándolo con fuerza.

Cresta silba de admiración.

—¿Qué pasa? ¿Te lo estás follando? A lo mejor te gusta follar tanto como a tu hermana.

Escruto en un par de segundos a sus lacayos.

—A ti te conozco —le digo a uno que lleva gafas—. Tu hermano se llama Severino y trabaja en la mina con los míos. En tu lugar no me quedaría mucho tiempo en el pueblo. Porque —digo acercándome a Cresta—, a ti es seguro que van a venir a buscarte.

—Puta... —masculla.

—Venga. —Suelto a Eloy y me encaro con él sin importarme que el pecho se me transparente en la tela—. Tócame a mí si te atreves.

Cresta mira alrededor. Todos lo están observando. Entrecierra los ojos, da un paso hacia delante y me mira desde más cerca.

—Ya nos veremos.

Los chicos rompen el círculo que habían formado a nuestro alrededor y echan a correr. El de las gafas va unos metros por detrás. Cuando está a cierta distancia se da la vuelta y nos hace una peineta con ambas manos.

Le hago prometer a Penélope que nunca mencionaremos lo ocurrido. Pero ella es experta en contradecirse a sí misma. Le resulta tan apasionante contar cómo salvamos a Eloy que en poco tiempo lo sabe casi todo el pueblo.

Y así llega mi nuevo sobrino a nuestro mundo. Luis. Es como si un soplo de aire nuevo se hubiese apoderado de la casa. Para mi madre, Luis es como un sexto hijo, para mí como un hermano y a la vez un juguete al que visto y desvisto cuando me viene en gana. Crece muy fino, muy mirado, como un pequeño príncipe. Pero a Sara se le ocurre entonces que ha llegado el momento de dejar de ser una carga y por mediación de una tía de mi padre encuentra trabajo en París como chica de servicio. De Antonio, el papá biológico de Luis, no volvemos a saber nunca más. Su padre ha dicho que se ha marchado a otra ciudad. No sabemos si creerle, pero poco nos importa.

Pasa el tiempo y Sara se echa un novio. Damos por seguro que ha comenzado algo serio cuando llama por teléfono para decir que vendrá de visita con él. Mi madre procura sonsacarle alguna información, lo que tampoco es de extrañar: todo lo que tiene que ver con Sara desde que se ha marchado a París está sumido en una especie de bruma desconcertante.

—¿Cómo que es moro? —pregunta mamá alejando el auricular de su oído para que papá también pueda escucharlo.

—¡Mamá! ¿Cómo puedes decir eso? Ni siquiera lo conoces.

—No es cristiano, Sara. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Cristiano? Escúchate, mamá, estás hablando como si viviéramos hace cien años. Se llama Mohamed, aunque en París todo el mundo lo llama Ali. Y por si te interesa, es profesor de Historia, y también anticuario.

—¡Como si es ministro!

Puede que yo no me percatara, pero lo que realmente le preocupaba a mamá es lo que pudieran decir en el pueblo. Ella sabía de largo que la mala baba nunca duerme, que está siempre al acecho detrás de cada ventana. Tal vez por eso Sara propone almorzar juntos en el Parador de Villafranca, donde se come a las mil maravillas y a salvo de mirones.

—Señora, no sabe lo que me alegro de conocerla —le dice Ali a mamá con las largas eses procedentes del otro lado del Estrecho.

Mamá suspira. Es un suspiro lento, de alivio.

Mientras Ali habla con papá, Sara la mira expectante.

—¿Qué tal?

—Bien —susurra mamá—. Parece un caballero.

Recuerdo los ojos negros de Ali, sus pestañas largas de mujer y sus cejas anchas, su piel color aceituna y su pelo rebultado, con rizos en las sienes y en la nuca.

No sé en qué momento de la comida se produce el verdadero cambio, probablemente antes del segundo plato. Mamá se muestra cordial, quiere saberlo todo sobre la pequeña aldea del norte de Marruecos de la que Ali habla con devoción.

—Debes tener una vida apasionante, Ali —dice mamá—, comprando antigüedades por el mundo... Creo que Sara podría aprender de ti muchas cosas; voy a enseñarte algunos muebles antiguos que tenemos en casa.

Papá mira desconcertado a Sara, en cuyos brazos se debate lloroso el pequeño Luis. Mamá se lo quita de las manos, lo abraza, y dice:

—Venga, vámonos a Degaña, que se hace tarde.

Sara mete a Luis en la cuna en cuanto se queda dormido en su regazo, después se tumba en la cama a mi lado; hace tiempo que no estamos así sobre la colcha mirando al techo. No necesito ser mayor para comprender lo importante que ha sido para ella que mamá recibiese tan bien a su novio. Parece un hombre inteligente, lo suficiente para comprender cómo funcionan las cosas y lo difícil que resulta aceptar otras culturas, pero ni en sueños Sara imaginó que todo fuese tan bien como para que durmiesen la primera noche en casa.

Eso sí, en habitaciones separadas.

—Cuánto libro, ¿no? —dice observándolo todo.

En efecto, se me amontonan en la mesa y en la estantería. Los de canónica y recta observancia católica están arriba, por si a mi madre le da por fisgonear. Entonces están de moda las novelas del oeste. Todavía guardo por algún sitio un ejemplar del *Tesoro de Sierra Madre,* mi primera lectura, que no puede resultar más propicia en un momento en que los mineros se enfrentan al patrón por la escasa mano de obra de la que disponen para cubrir las bajas.

—Siempre valiste mucho, hermanita —dice hojeando *Al oeste con la noche,* de la fabulosa Beryl Markham—, más de lo que enseñan en la escuela.

Yo soñaba con ser piloto de avión como Beryl Markham y dedicarme al rescate de mineros. Soñaba muchas cosas, pero la que estaba al alcance de mi mano acababa de volar por los aires. Porque Sara se iba de forma definitiva.

Debe de ser increíble poder ser como ella, pienso. Y hacer cosas que los demás no pueden o no se atreven. Admiro a Sara. Me encanta ver que ha reconducido su vida con Ali.

—¿Por qué te siento triste?

—Porque te vas a vivir a Marbella con él y yo me quedo aquí sola.

Sara me remete el pelo detrás de la oreja y me levanta la barbilla.

—Yo nunca me voy a ir de tu lado, Anita. ¿Sabes que Marbella está llena de extranjeros ricachones que celebran fiestas todas las semanas? Imagina las que vamos a hacer cuando seas mayor. No te preocupes, que si yo me hago rica tú no serás pobre.

Hacemos una pausa.

—¿Y si soy yo la que me hago rica?

No tengo un recuerdo muy preciso de lo que ocurre los meses siguientes. Siento que vivo en una caja y, sin embargo, nunca he viajado tan lejos gracias a los libros. Ellos me enseñan que lo borroso, lo difícil, solo es una condena para quien quiere. Pero tengo que resistir la tentación de decir que quiero irme como Sara porque tal vez se me pueda malinterpretar. Menos mal que tengo a Ino.

Estoy un poco cansada de esperar en la puerta de casa cuando por fin lo veo en la distancia.

—¿Y este recibimiento? —dice cuando llego corriendo a su encuentro.

—Quería preguntarte una cosa.

—Y qué cosita es.

—¿Cuándo nos vamos a Madrid?

—¿A Madrid?

—La pensión, ¿te acuerdas?

—Uy, ojalá pudiera, hermanita, pero me han hecho fijo en la mina y ahora no voy a perder el puesto. ¿Qué tal si te enseño a jugar a las cartas? He aprendido un montón de trucos.

Le miro boquiabierta. Algo en el tono de su voz me hace

pensar que está hablando en serio.

—No, mejor a las peleas —digo secamente.

Él se ríe, deja el macuto al lado de la entrada y me sigue la corriente. Le doy una patada, le digo que no se contenga y que si es necesario me haga daño.

Ino me estudia sin parpadear.

—¿Qué te pasa?

—¡Me lo prometiste! ¡Mentiroso!

—¡Ana!

—¡Te odio!

—¡Vuelve aquí!

Salgo por el costado de la casa y corro por el sendero que lleva al río alejándome de su voz. Irme con él es lo más importante. Es todo, en realidad. No voy a perdonarlo, no pienso perdonarlo.

El cielo entre nubes amenaza lluvia. Estoy pensando en lo que voy a hacer ahora cuando oigo un estruendo de cristales rotos a mi espalda. Miro por encima del hombro, un segundo botellín de cerveza viene dando vueltas por el aire y acaba estrellándose a mis pies.

—¡Por poco! —grita Cresta a la carrera.

—Y viene sola. Sí que tiene huevos la rubita —añade el que está con él.

—¡Pero mira cómo ha crecido! ¡Si ya tienes tetas y todo! —exclama Cresta.

Serenamente, cojo una piedra del suelo, empapada de una mezcla de verdín y tierra.

—Eh, eh... —dice Cresta escupiendo los restos del canuto que lleva prendido de los labios—, hay muchas de esas donde tiramos aquella vez al tontito de tu amigo. ¿Quieres verlo?

—Oh, sí, claro —digo levantando el brazo por encima de la cabeza.

Media hora más tarde, Ino mira boquiabierto la puerta del salón de casa, que no me atrevo a abrir más de un palmo.

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho eso? —dice ayudándome a entrar.

Todos me miran, me tocan, lanzan mil y una preguntas, pero no abro la boca. Tengo el vago recuerdo de haber recibido un puñetazo en la cara después de que la piedra le aplastase a Cresta dos dedos del pie.

—Me preocupa esta niña —dice Ángeles pasándome por la mejilla una gasa empapada en agua oxigenada.

—Ha sido por mi culpa —dice Ino—. Le había prometido llevarla a Madrid conmigo...

—Tú siempre con pájaros en la cabeza.

—Encima Sara se ha ido con el niño —suelta Ángeles echándome la mercromina.

—¿Algo más? —dice mamá.

—Sí, que este pueblo en un velatorio —dice Ino.

—Podríais mandarla fuera —propone Enrique, que acaba de entrar en el salón con un vaso de agua en la mano y se hace un hueco en el sofá.

Mamá levanta la vista al techo.

—Solo tiene trece años.

—Casi catorce —añade Enrique—, a su edad ya andaba padre fuera de casa. ¿No, papá?

Los ojos de papá no parpadean.

Mamá se levanta. Con un enérgico movimiento de brazos se quita el mandilón y levanta un dedo con vindicativo enfado.

—Si creéis que voy a mandar a la niña a *la Marbella esa* estáis muy equivocados. En todo caso se va a Lérida con la madrina Flor, que el tío Pepe ya se ofreció a recomendarla en unos grandes almacenes. Allí seguro que la meten en cintura.

1976

5. SEDERÍAS CATALANAS

—¿Está con nosotras, señorita Garrido?

—Sí, doña Gloria —digo saliendo de mi ensimismamiento.

De rodillas delante de la banqueta de madera en la que estoy subida, una costurera marca con alfileres el dobladillo de la falda.

—Date la vuelta, a ver si todo está a la misma altura... Muy bien.

Me siento extraña con mi nuevo uniforme: falda negra recta por debajo de la rodilla, camisa blanca y corbatín, medias color carne y zapatos de corte salón y tacón de carrete. Doña Gloria, la jefa de la sección de niños de Sederías Catalanas, tiene más que ensayado el discurso de bienvenida de las nuevas. Lee otra vez las reglas del establecimiento en voz alta e inquisidora.

—Ya podéis saludarla —dice doña Gloria.

Las chicas me asaltan, me llaman por mi nombre, alguien dice que con catorce años soy la benjamina, recuerdo el primer beso, haber sustituido tontamente una mejilla por la otra, todas amontonándose a mi alrededor.

Son demasiadas.

Mi compañera de mostrador se llama Alicia, tiene el pelo rojizo y en sus pómulos resaltan algunas pecas que forman pequeñas constelaciones. No deja los ojos quietos en ninguna parte mientras me enseña el establecimiento, instalado en un edificio de cuatro plantas con pretensiones solariegas en la calle Mayor de Lérida, que es peatonal y muy transitada. La sección de telas está en la planta baja, y las secciones de caballero, niño y señora en las tres altas. Es la tienda más importante de la ciudad, símbolo de

modernidad, siempre con las últimas tendencias de la moda en los escaparates, en un tiempo en los que no resulta nada fácil disponer de aquellos acopios semanales de ropa. Dice en tono precavido que la mujer del propietario, una bella francesa dueña de una *boutique* situada a unos doscientos metros calle abajo, es la que tiene buen ojo para el negocio.

—Rara vez se deja ver por los mostradores, pero lo tiene todo controlado. —Alicia tropieza conmigo en su intento de alcanzar unos zapatos con borlas que hay debajo del mostrador. Comprendo entonces por qué cambia de tema si alguien se acerca. Me sumo al juego y hago que anoto cosas en una libreta.

Puede que tengan cierto sentido aquellas cautelas.

—Es rubia y así...

Adopto una expresión absorta.

—¿Así como?

—Ya sabes, francesa, delicada, despampanante... —dice Alicia sacudiéndose la melena.

Me río.

—¿Y cómo se llama?

—Camile.

—Seguro que es guapa.

—Y bien que se aprovechan.

—¿Quién?

—Los hombres.

—¿Se acuestan con ella?

Ahora ella es la que ríe.

—No, tonta, vienen y compran cualquier cosa con tal de verla.

Todo se queda en silencio. Se oye un bocinazo en la calle, la voz de un transeúnte. ¿Qué ocurre? Los tacones de doña Gloria resuenan como puntadas de martillo hasta el centro de la planta.

Y el forzado silencio se acaba de repente.

—¡Señoritas! ¡Las nueve! ¡Abrimos!

A partir de ese momento, cuando veo que entran las primeras clientas en la planta, pierdo la noción de lo que ocurre. Voy anotando, esta vez de verdad, todo lo que Alicia me va diciendo.

Una chica pelirroja del mostrador de enfrente se pone de puntillas y mira por encima de una señora que examina una prenda. Nos hace una señal.

—¡Voy! —dice Alicia, resolutiva.

Aparecen dos mujeres, una de ellas, la mayor con pinta de vieja alcahueta, me intimida con la mirada, como si dijese: «¿No hay nadie más que esta mocosa para atenderme?». Señala que su hija está allí para la prueba del vestido de novia.

De pronto, todo se me viene encima.

Miro a hurtadillas a los lados, intentando sobreponerme a mi poca experiencia y a mis muchos nervios.

—La sección de novias es en la planta de arriba.

Es lo único que atino a decir. Qué ridícula debo estar con el índice señalando al techo, como si el arriba pudiese indicarse en una dirección distinta.

—Avise a doña Gloria, por favor.

—Pero...

—Ni pero ni nada.

La flamante novia levanta los ojos del suelo y me mira. Tiene el mismo halo triste que aquella chica embarazada de Degaña a la que sus padres habían recluido en una institución moralizante. Más que de pena, es una mirada resignada. Alicia regresa, hay un reproche, un arreglo, una disculpa. La alcahueta coge del brazo a su hija y, sin decir palabra, ambas van con Alicia al rellano que comunica la zona comercial con el despacho de doña Gloria.

La chica pelirroja, testigo del desencuentro que tengo con la cliente, se acerca a mi mostrador.

—Qué lío, es por culpa del vestido de novia. Está mal cosido.

Después de almorzar, doña Gloria nos emplaza a todas en la planta. Parece nerviosa y va de un lado a otro como un sargento pasando revista. Estamos en fila, a una le coloca un mechón de pelo, a otra le ajusta la falda; yo me reviso las uñas, todo en orden. Entonces veo a la señora Camile a través de las mamparas de cristal. Está sola, mirando hacia nosotras, el mentón apoyado sobre la mano. Mi posición en un plano más bajo me impide detallarle la expresión de los ojos; sí puedo ver sus piernas, delicadamente

separadas del resto del cuerpo por unas botas largas y negras, un vestido rojo a rayas y una melena larga que le cubre parte del rostro.

—La próxima vez que una clienta se dirija a una de vosotras con un problema, sonreís y la entretenéis hasta que llegue yo —dice doña Gloria deteniéndose frente a mí con mirada reprobatoria —. ¿Entendido?

Bajo la cabeza en señal de asentimiento, pero la levanto tan pronto como doña Gloria pasa de largo. Mierda. Camile ha desaparecido.

El portero encargado de las puertas del establecimiento hace una señal con la mano y doña Gloria se gira y nos mira desde el final de la fila.

—Y ahora, señoritas, ocupen sus puestos y demuestren que están a la altura de este trabajo. ¡Abrimos!

Cuando las primeras clientas empiezan a llegar a los mostradores, Alicia, situada a mi lado, permanece tiesa y fingiendo una sonrisa.

—Hola, señora, póngame a los pies de su marido, señora, oh, son guapísimas sus hijas —dice entre dientes—. Anda, haz como yo y practica un poco, que buena falta te hace.

Una mujer se acerca al mostrador, me apresuro a ser amable, mejor dicho, a sonreír. Pero no me sale.

—¿Y tú eres...?

—Ana, para servirla.

—Busco pantalones cortos de niño, Ana.

—¿Para su nieto? —dice Alicia.

—Sí, ¿recuerdas que estuve con él hace un mes?

—Claro, doña Alcira.

—Menudo culo inquieto está hecho, lo rompe todo.

Intento concentrarme en imitar los afables gestos de Alicia. Somos dos dependientas encantadoras e ingenuas que hacemos más reverencias por segundo que un chino saludando.

—Eso es porque el niño es muy inteligente además de guapo como su padre. Verá, doña Alcira, creo que tenemos lo que necesita. ¿Me ayudas con la caja, Ana?

Subimos al mostrador una caja de color chocolate. El último grito. Bermudas, pantalones cortos de algodón, de lana, de felpa... Doña Alcira parece hipnotizada por las borlas que penden del dobladillo de un bombacho.

—Este me gusta.

—¿En marrón o azul? —pregunta Alicia.

—Azul.

—Buena elección.

—Cóbrame.

La señora saca un billete de cien pesetas y alarga la mano, me mira.

—Y a esta niña, ¿se le ha comido la lengua el gato?

Doña Gloria no hace otra cosa en los meses siguientes que aleccionarme: que si nuestros valores han sido forjados desde hace más de cincuenta años, que si nuestras prendas son las más duraderas, cosidas con todo el cuidado, prendas con bordes distinguidos... Se repite más que un disco rayado. Comienza con frases grandilocuentes sobre la geometría de las cosas y el equilibrio estandarizado de los cuerpos, palabras rancias, todas saben que esa manera de pensar hizo de la moda de Sederías una cosa bastante poco innovadora. Hasta que llegó Camile, claro. La línea, desde entonces, toma como referencia las nuevas marcas parisinas. Todo lo anterior fue transformado, según me cuentan. Llegan nuevas colecciones, remesas en las que existe una fluidez de diseños jamás vistos, tejidos que se entreveran, colores nítidos que se combinan con otros menos sólidos. Sederías es en manos de esa mujer un *collage* que ya no responde más a la óptica cartesiana de doña Gloria. Y eso es lo que, según las chicas, nuestra jefa no soporta, lo que hace que siempre esté de mal humor.

Un día estoy moviendo un carro lleno de cajas con Alicia cuando veo que doña Gloria coge del brazo a un tipo grande como uno de los armarios de la trastienda y lo mete sigilosamente en su despacho.

—¿Y ese quién es? —le pregunto a Alicia.

—Es don Olegario, el encargado del almacén.

La única vez que lo había visto iba vestido con pantalones de pinzas, camisa blanca y unos tirantes de color gris, casi del mismo color que los pantalones. Un tipo rudo con voz grave.

—Doña Gloria bebe los vientos por él —continúa Alicia—. Por aquí dicen que están liados, pero yo no creo que la vieja alcahueta le haya dado un beso a un hombre en su vida. ¿Has visto la cara de amargada que tiene?

Alicia contiene una sonora carcajada. Cuando logramos colocar las prendas en su sitio, vuelvo la mirada hacia el despacho de doña Gloria que sigue cerrado a cal y canto y con las persianillas medio cerradas.

—Alicia, voy un momento al baño.

Mentira. Regreso sobre mis pasos y me detengo junto a la ventana del despacho de nuestra jefa. A esta distancia, a través de las persianillas puedo ver que el hombre está de pie a tan solo unos centímetros de doña Gloria, tan pegados que parecen a punto de besarse.

—Ten cuidado con ella, Olegario —le dice doña Gloria—. Esa niña nueva es muy curiosa y se nota que es más avispada que sus compañeras. No quiero que se me suba a las barbas, bastante tengo con la señora. Ni agua. Que sea como las otras y cumpla mis órdenes sin rechistar.

La única «niña nueva» soy yo. De modo que tengo que estar alerta.

—¿Qué es esto? —dice doña Gloria visiblemente molesta.

No sabría decir si aparece por causalidad o forma parte de su plan preconcebido para hacerme la vida imposible. No la oí entrar, no escuché su respiración ni sus ruidosos tacones. Así desde hace semanas para cantarme en público las cuarenta.

—Es la ropa de temporada —respondo.

—¿De temporada? Aquí nadie abre nada sin mi permiso.

—Lo siento, doña Gloria, creí que...

—¿Acaso sabes algo de costura?

—No, yo...

—En efecto. Por eso no puedes hacerlo sin una supervisora. ¿Qué ocurre si alguna prenda está defectuosa? Eso es responsabilidad mía.

—Se lo he pedido yo.

La imagen de Camile al fondo de la sala, caminando hacia nosotras con pasos lentos y firmes, con sus botas acharoladas de tacones finos, su melena rubia y lisa al estilo de Brigitte Bardot, su maquillaje descocado y su vestido de mil colores escandalosamente ceñido, nos sorprende tanto a doña Gloria como a mí.

—Pero —balbucea confusa mi jefa—, si no lo he visto todavía.

—Olegario tiene los albaranes de entrega en el almacén desde hace una semana, pero nadie fue a buscar las cajas.

—Lo siento, *mademoiselle* Camile. No he podido ocuparme antes.

—No te preocupes —añade ella con firmeza, cerrando las vocales—. Mejor te ocupas de vaciar los escaparates mientras las chicas lo desembalan todo.

—¿Piensa poner esto en los escaparates?

—*Oui.*

—Ahora mismo. Si me excusa...

Se aleja con pasos apresurados casi sin hacer casi ruido.

—Otra cosa...

Doña Gloria se da la vuelta y le clava una mirada dolida, de cuervo, bajo el peinado perfectamente cardado en un color violáceo.

—Hay muchas cosas que mejorar aquí. No podemos tener el último grito parisino en las cajas y pretender ser novedosos al mismo tiempo. Creo que es hora de acabar con esos tiempos muertos y actuar. Las cosas van mucho más deprisa ahora.

Con un ademán de dignidad, doña Gloria afirma haciendo un leve movimiento de barbilla.

—Como usted diga, señora.

Camile da la vuelta como si fuera a decirme algo, pero solo advierto una sonrisa en su cara. Luego vuelve a girarse y yo me

quedo embobada detallando cómo camina.

Poco después de las ocho de la tarde regreso a casa en metro tras un tortuoso cambio de línea. Dejo la ropa en la silla, escribo en una cuartilla algunas palabras: «Oficina, ficheros, albaranes, mercancía, almacén...» y tiro el bolígrafo en la mesa. Para empezar, doña Gloria no controla los tiempos, hay que recalcularlo todo, trazar el circuito que sigue la mercancía desde que entra por la rampa hasta que sube a las plantas. Algo huele raro. Vuelvo a tomar el bolígrafo. Me siento tan extraña, tan divertida, que necesito salir del dormitorio para no gritar de emoción al descubrir que Camile es como las heroínas de mis novelas.

Solo que ella existe en el mundo real.

En adelante, pensaré una y otra vez en cuál es la mejor manera de ayudar a mi heroína para ganarme su confianza. Si quiero ser como ella debo aprender de ella. Voy a convertirme en la mejor empleada. Voy a investigar y a descubrir qué es lo que pasa con esos tiempos muertos.

El tío Pepe está sentado a la mesa, serio y meditabundo. Por la manera en que mi madrina lo mira, veo que sigue muy enamorada, aunque hay menos alegría en la casa desde que la prima Marina se ha independizado. Él coge la ensalada casi sin levantar los ojos del mantel. Mastica abstraído, como si no hubiera nadie más alrededor.

—¿Qué tal el día? —me pregunta mi madrina.

—Muy bien, hoy he conocido a la dueña.

—¿La francesa? ¿En la sección de niños?

—Sí.

—¿Y hablaste con ella?

—No, pero nos dio unos consejos.

—Esa señora es muy estirada —murmura el tío Pepe—. No se relaciona con gente como nosotros.

—No le digas eso a la niña.

—¿Y qué quieres que le diga? Soy guardia de tráfico, no empresario.

Mi madrina me mira y sonríe.

—Tú ni caso. Este sábado vamos a casa de tu prima Marina. Está deseando verte.

—No, al final este sábado no puedo —corrige el tío Pepe.

—¡Pero si van tus hermanas!

—Ya, pero estoy de guardia. Tenemos tres policías de baja.

El tío Pepe rebaña el plato con pan, se bebe de un trago el vaso de vino y recoge el paquete de tabaco y el mechero de la mesa.

—Bueno —añade a continuación—, me voy a la cama, que mañana madrugo.

Y besa a mi madrina en la frente, un beso sin apenas contacto. Ella se queda quieta, cuando oye cerrarse la puerta del dormitorio me mira con gesto resignado. Tiene la melena suelta, con algún mechón presumido sobre la frente. No me gusta la espera, esa espera que veo por lo general en las mujeres. Me reconforta pensar en Camile y en cómo hace de su vida lo que le viene en gana.

1977

6. CAMILE

En las rebajas de enero los almacenes parecen una romería. La señora que he atendido hace minutos regresa del probador y pone dos prendas sobre el mostrador. Luego, como si estuviese sometida a una gran duda existencial, en tono reflexivo, concluye que lo mejor es llevarse ambas.

—Es la mejor manera de no equivocarse.

A Mariana e Inés les sabe a cuerno quemado que siendo yo la última en llegar a los almacenes venda más que ambas. Le dicen a doña Gloria que lo último que se debería hacer es convertir el probador en un circo, con ropa extendida por todos lados.

—Mejor te quedas dentro ordenando las cajas —me dice doña Gloria—. Ya verás cómo se te quitan las ganas de revolverlo todo.

Esa misma semana me llama a su despacho y me pide que la ayude con la última remesa de la temporada de invierno porque viene de visita «una de esas cantantes *hippies* que suenan en la radio». Parece una frase prestada que repite con desagrado. Los vestidos, las faldas cortas, todo lo que conlleva enseñar más piel de lo normal es para doña Gloria, todavía anclada en la mentalidad de posguerra de los 50, sinónimo de irreverencia.

Estamos deambulando entre las estanterías llenas de cajas y ella se va desahogando.

—Antes el largo de las faldas estaba por debajo de la rodilla. ¿Ves? Así —dice girando sobre sí misma—. ¿Qué necesidad hay de ir enseñándolo todo? Tú aprende de mí si no quieres ser una moda pasajera como esa ropa escandalosa. Lo clásico perdura.

Pero Sara lleva minifalda desde que tengo memoria.

—Tómate tu tiempo en buscar las cajas, pero no te duermas en los laureles, que mañana tiene que quedar listo.

—Si me da unos minutos se lo enseño ahora mismo.

—¿Ahora? —dice sorprendida—. ¿Dónde?

—Las blusas estilo *boho,* que son el último grito, están ahí —dirijo el cuadernillo que tengo en la mano hacia la parte alta de la estantería—: sección 1. Las minifaldas y los vestidos con estampados florales están justo debajo, sección 2, segunda caja de fuera adentro. Se refiere a eso, ¿no?

Doña Gloria aprieta los labios, incómoda.

—Los vestidos de estampados psicodélicos, querrás decir...

—Sí, esos... —No quiero que se sulfure más de la cuenta.

—¿Y lo tienes en ese cuaderno?

—Sí, apunto cosas que podrían mejorarse.

Doña Gloria señala una silla para que me siente y me arrebata de las manos el cuaderno antes de que pueda decir nada. Lo abre, pasa las hojas, refunfuña, no presta demasiada atención, me parece que al ritmo que va no da tiempo a fijarse mucho, es como si cada una de las hojas contuviese algo que le molesta ver.

—Mejor dejemos que los mozos se encarguen de la mercancía. Ese no es trabajo para señoritas.

—Pero las cajas no están ordenadas, no se sabe cuántas hay abajo o en las plantas, ni cuántas se suben o bajan.

—¿Intentas darme lecciones?

—No, señora, yo...

—Pues limítate a hacer lo que te digo.

Llevo meses recopilando datos. No puedo ir demasiado rápido porque tengo que sortear la estricta vigilancia de doña Gloria para husmear en su despacho y saber dónde guarda los albaranes. Estoy jugando con fuego, lo sé, pero no puedo evitarlo. De pequeña contaba los árboles de camino a casa y hacía cábalas sobre cuánta madera era necesaria para construir este o aquel mueble; es imposible que no intente descubrir qué pasa con la ropa y cuánta se queda sin vender por el camino.

Mi amiga Alicia, que no sabe lo que estoy haciendo, me dice que hay recibos de color azul y de color rosa. Los «de vuelta» son los rosas y los cubre personalmente doña Gloria para su firma por don Olegario cuando devuelve al almacén las prendas sobrantes. Los «de entrada» son los azules y de esos apenas sé nada, solo que se los firman los camioneros a don Olegario cuando descargan la mercancía.

El mejor momento del día para ausentarme de las zonas comunes sin ser vista es sobre las doce del mediodía. Una mañana, mientras mi jefa se toma el café, dejo los albaranes en su sitio y bajo al almacén. Hay poca luz en el pasillo del sótano. Las bombillas que cuelgan del techo hacen las sombras más densas, no está mal teniendo en cuenta que nadie me ha dado permiso para estar allí. A medida que me acerco percibo voces, el ruido de motores, el estallido gaseoso de algún brazo mecánico. En la segunda galería de estanterías me encuentro con un chico mayor que yo. Está sentado en una máquina elevadora, de esas que tienen dos salientes metálicos que discurren por unos railes verticales.

—Oye, no puedes estar en la zona de carga y descarga. ¿En qué carajo estás pensando? —dice el chico. Tiene la piel morena cuarteada y unos ojos verdes que se mueven como los de un gato.

Estoy pensando en encontrar la oficina, ponerla patas arriba, llevarme los albaranes azules y comprobar si los volúmenes que descargan los camioneros y entran por la rampa coinciden con la suma de lo que se vende en las plantas y lo que se devuelve al almacén.

Pero eso no se lo digo.

—Me piden de arriba que pregunte cuántas cajas hay en la rampa de entrada para calcular el espacio que necesitamos. A veces se juntan dos temporadas y se forma un lío enorme.

—Es la peor excusa que he oído en mi vida. ¿Qué tal si pruebas con la verdad? Olegario no es santo de mi devoción, por si sirve de algo.

Lo escruto. Puede que sea una trampa, que mi confesión sea la que está esperando doña Gloria para echarme a los leones. ¿O será lo contrario? Con el murmullo de las máquinas como telón de

fondo, la sala es un lugar inquietante. Quiero salir corriendo, pero decido asumir el riesgo. Si me van a echar por intentar descubrir el entuerto, mala suerte. Pesa más mi curiosidad.

—Quiero examinar los albaranes azules donde se registra la mercancía que descargan los camiones.

El chico entrecierra los párpados.

—¿Y para qué si puede saberse?

—Para cotejarlos con esto. —Le enseño los albaranes rosas firmados por don Olegario, y después, le paso mi libreta de apuntes.

—¿Y estos números? —pregunta con los ojos encima de una serie de cuatro dígitos.

—Marcan la trazabilidad de cada producto, desde que entra hasta que sale. El primero, lo que entra por la rampa; el segundo, las cajas que se suben a las plantas; el tercero, la mercancía no vendida que vuelve al almacén, y el cuarto, lo que sale por la rampa como devolución a proveedores o reventa.

—¿Y lo has hecho tú solita?

—Sí.

El chico permanece en silencio, alternando la vista entre el cuaderno y los albaranes.

—Tu plan es complicado —dice devolviéndome los albaranes —. Aun así, puede haber una manera...

—¿Cuál?

—Dame un beso y te lo cuento.

—¿Cómo?

—Comiendo.

—¿Estás loco?

—¡Eh! —Los dos giramos automáticamente la cabeza—. ¡¿Qué estáis haciendo aquí?!

—Voy, don Olegario. Estaba... —balbucea el chico.

—Estabas de cháchara —replica don Olegario ásperamente.

Lo entiendo como una advertencia.

—¿Qué es eso? —le pregunta arrebatándole mi libreta.

Trago saliva. Está llena de anotaciones. Menos mal que la mayoría parecen escritas en clave, con referencias a ideas

anteriores, palabras tachadas y algunos corazones y estrellas que me da por dibujar de vez en cuando.

Levanto la mirada del cuaderno y noto que el chico está abriendo la boca para decir algo. ¿Y si le da por contarle la verdad? Pienso que los corazones pueden ser una buena coartada y le planto un beso en los labios para callarlo.

—Bueno, adiós —le digo con naturalidad.

Él queda aturdido unos segundos y acaba moviendo la cabeza afirmativamente.

—Don Olegario —digo a continuación—, ¿me devuelve la libreta?

Le sonrío con una expresión de inocencia de lo más forzada. Se lo piensa. La mirada fija. Pero al final cuela.

—Anda, toma —dice arrojándomela a las manos—, y que no os vuelva a pillar por aquí haciéndoos arrumacos, pareja de tortolitos.

Un sábado a finales de verano salgo a dar un paseo. Las aceras están llenas de gente, subo por una calle empinada. Sopla la brisa, lo suficiente para que me entre por la falda. Peligroso asunto. Me refugio en una esquina, echo los ojos sobre la catedral nueva, pero antes de que me decida a seguir mi camino miro fijo al portal de un edificio señorial que queda enfrente y me llevo la sorpresa de mi vida. Alguien, una mujer, está entrando con la cara medio cubierta por unas grandes y ovaladas gafas de pasta negra. Aunque esté lejos, aunque medie entre nosotras esa avenida, la reconozco de inmediato por la manera en la que camina.

Es Camile.

Pienso que no es casualidad, que es cosa del destino, es como si ese instante fuese el señalado para contarle lo que estaba haciendo. ¿Qué otra oportunidad mejor tendría para estar con ella a solas? Quiero creer que es entonces cuando percibo algo distinto en su manera de andar, una actitud furtiva, extraña. Del portal sale un hombre que impone por sí mismo: alto, hombros anchos que casi no caben en el abrigo, mentón rotundo, pelo espeso y peinado

hacia atrás con brillantina. Ella finge no verlo, estar más interesada en cualquier otra cosa, pero una vez dentro del portal se da la vuelta y lo besa efusivamente.

Aquella noche me voy a la cama algo más pronto de lo habitual. Tardo en dormirme cavilando en la escena. ¿Vi lo que vi o me imagino ahora que lo vi? De nada me sirve empeñarme en lo contrario. Quiero pensar que sí.

Meses más tarde, mientras revisamos los números de la semana al final de una larga jornada, doña Gloria aparece delante de mi mostrador. Le dice a Alicia que vaya a por unas telas al piso de arriba. Ella obedece. Una vez a solas, su alegre sonrisa desaparece.

—*Mademoiselle* Camile quiere verte. ¿Se puede saber por qué?

—Pues no lo sé.

—No me digas...

Una expresión desafiante se dibuja en su cara.

—Como me entere que has estado haciendo de las tuyas —dice apuntándome con un dedo—, me las pagas todas juntas.

Aquella réplica de bruja piruja, escuálida y blanquísima, sonríe amablemente cuando un hombre al que nunca antes había visto abre la puerta de un despacho en la última planta.

—Usted no, doña Gloria —dice el hombre poniendo el brazo entre ella y la puerta.

—Ah —dice ella sorprendida—, pues esperaré por aquí entonces.

—No se preocupe. Yo mismo devolveré a la señorita Garrido a su puesto en cuanto termine.

Camile, apoyada en la pared, con los ojos perdidos en la ventana, espera a que el hombre cierre la puerta del despacho para mirarme. Tal y como la recordaba, bella, rubia, con ojos felinos. De pronto, dice:

—Así que tú eres la jovencita asturiana.

—Para servirla, señora.

—No —dice, entornando los ojos—, no uses esas maneras conmigo, *chérie*.

Se pasa lentamente por la frente el dorso de la mano, como si estuviese limpiándose el sudor. Pero no hace calor. Quizá sepa que la vi con aquel hombre y esté pensando en la mejor manera de librarse de mí.

—Te voy a preguntar una cosa, aunque te advierto que ya conozco la respuesta.

Estas últimas palabras, que pronuncia en voz más baja, son como la confirmación de mis peores temores.

—Se dice que estás haciendo algo parecido a un inventario de mercancía.

—El inventario... —suspiro.

—*¿Et bien?* —insiste.

—Es que la oí quejarse un día de lo que tardábamos en ponernos a vender las nuevas colecciones. Y pensé que...

—Tranquila, no ha sido Gloria quien me ha hablado de ti. Ella prefiere meter la nariz en cualquier cosa antes que preocuparse por el almacén.

—La verdad es que intenté explicárselo...

Camile enciende un cigarro largo y fino.

—Hay una forma de trabajar que no es moral, ¿sabes? —dice soplando el humo—. Es cuando dices una cosa a alguien y esa persona hace lo contrario y te sientes como una mierda. Casi nadie se libra en esta casa de las artimañas de Gloria, por eso me sorprende que alguien como tú, tan joven, haya sido capaz de hacer algo tan valiente. Explícamelo.

—Sí, señora. El circuito es sencillo: A: la mercancía entra por la rampa del almacén junto con el albarán de entrega. B: se registra una copia en el fichero de don Olegario. C: una vez la mercancía sube a planta se firma un recibo y se añade al albarán. Es el recibo azul.

—¿Y dónde está el problema?

—En los excedentes que se devuelven al almacén. Don Olegario nunca firma la entrega al momento. Me refiero al recibo rosa. Tarda una semana, diez días, a veces hasta un mes en devolverlo firmado con la excusa de que antes tiene que comprobar el contenido de las cajas. Lo que ocurre es que los

recibos que firma no siempre son los mismos que le entrega doña Gloria.

—¿Y cómo sabes que no son los mismos?

—Porque los marco. No siempre, claro, solo cuando puedo colarme en el despacho.

—Impresionante —dice sonriendo—. ¿Y cuándo ocurre eso?

—A la hora del café y por las tardes cuando se reúne con usted. Tengo varios recibos aquí —digo tendiéndole algunos—. ¿Ve la marca?

—*Oui* —confirma ella colocando el dedo sobre una pequeña equis.

—Si mira el siguiente recibo verá que no la tiene, pero le juro que la puse en todos los que doña Gloria libró durante el mes. Cinco en total.

—O sea que alguien da el cambiazo porque le interesa que parezca que se devuelve al almacén menos mercancía. Creí que era por culpa de la política de descuentos, pero es algo mucho más grave.

—Un quince por ciento más grave, según mis cálculos.

—Que va a parar al bolsillo de alguien, claro. ¿También sabes de números?

—Ayudaba a mi padre en casa con las compras de herramientas y animales y la venta de hortalizas.

Los ojos claros de Camile pasan de la serenidad a la desconfianza. Está como ausente, concentrada en cada bocanada. De pronto, me mira.

—Tú y yo vamos a ser amigas.

—¿En serio?

—En serio —dice—: tú sigue apuntando todo lo que veas en esa libreta y no digas nada a nadie, *d'accord?*

—Sí, señora.

—Y ahora cuéntame: ¿qué tal con el chico de los ojos verdes?

—¿Por?

Me tiende un cigarro.

—Anda, toma, es americano —se enciende otro ella—, mejor que los que fumas con él.

Toso nada más encenderlo.

—¿Puedo serle sincera, señora?

—Claro.

—Él fue quien me ayudó con la documentación del almacén.

Camile me mira con una mezcla de diversión y ternura.

—No me cabía duda, *chérie*.

Vuelvo a casa con un regalo inesperado en el bolsillo. Una cajetilla de Dunhill extrafino. Pongo música, me tiro en la cama, suelto una risa floja, miro a un lado y a otro, sin pararme en nada, saco un cigarrillo y lo enciendo con una mezcla de curiosidad y vértigo. Oigo pasos cerca de la puerta, instintivamente lo apago, meneando la mano hacia la ventana en un intento inútil de desintegrar el humo suspendido en el aire.

—Ana, vienes a...

—Hola —le digo a mi madrina escondiendo la mano.

—¿Qué tienes ahí?

—Nada.

—Enséñamelo.

—Me lo dio una compañera.

Lo mira, de la base a la punta.

—¿Una compañera?

—Pero, madrina...

—¡Ni madrina ni nada!

Sale de la habitación con un portazo.

Al día siguiente voy a ver a Camile. Por mi aspecto triste, comprende enseguida lo que me pasa.

—Tranquila —dice exhalando una calada—, todo irá bien... ¿Qué te ha dicho?

—Dijo: «Hay cosas que una chica respetable no debe hacer».

—Chica respetable... Qué horrendo calificativo.

No le cuento que mi madrina sale de mi dormitorio un instante después de pronunciar su nombre. La ve demasiado moderna, como a las turistas alemanas de la costa. Yo no he visto a ninguna y, sin embargo, sé a lo que se refiere.

—¿Y cree que me perdonará?

—Lo importante es que no pienses que tiene ese poder.

—¿Qué poder?

—Ya lo comprenderás.

—No, no, por favor, ahora.

Camile respira hondo; cierra los ojos; los abre casi al instante. Más incisivos.

—¿Haría tu madrina lo mismo si fueses un chico?

—Puede.

—Eso no es una respuesta.

—Creo que no.

—A eso me refiero.

—¿A qué?

—A que pienses por ti misma, niña. Las mujeres no pintamos nada en este mundo si no pensamos.

Camile aspira la última calada del cigarrillo y lo estruja en un cenicero.

—Salgamos de aquí.

Camile me lleva a la parte trasera del edificio. Las paredes están sin encalar, con el sesgo húmedo del abandono.

—Lo primero que hice después de casarme fue darle una vuelta al negocio. Aquí siguen las cosas como estaban entonces, pero estamos creciendo. Es posible que en breve arregle todo esto y ponga algo nuevo, tal vez una producción propia de ropa de mujer. ¿Qué te parece?

—Que las minifaldas estarán más seguras.

Reímos.

—Te voy a dar acceso a toda la documentación, recibos, albaranes, todo... Quiero que lo revises discretamente, sin que se nadie se entere —añade mientras la sigo por la rampa oscura del aparcamiento—. Vamos, acompáñame al centro, yo te explico cómo funciona una contabilidad y tú qué más cosas se te han ocurrido.

La primera semana de octubre hace un calor atípico. Me he

familiarizado con lo que es un estado contable, cómo se recoge en los libros una venta y cómo se rellena una factura. Me resulta fácil hacer operaciones aritméticas y repasar números. Camile está contenta porque algunas veces me enseña los libros oficiales y comprobamos que mis resultados son bastante ajustados. Para entonces ya sé más de su vida, lo suficiente para atreverme a tratarla de tú cuando estamos solas, como el día en que voy recostada en el mullido sillón de cuero de su robusto y afilado Dodge Dart GT y me explica que no tuvo hijos porque es demasiado bohemia.

—¿Y qué es ser bohemia?

—Una suerte.

—¿Hacer lo que te dé la gana?

—Algo así —dice descendiendo gradualmente la velocidad—, es sentir unas ganas insaciables por aprender, por experimentarlo todo, ¿comprendes?

—¿Para pensar por ti misma?

—*Exact*. Difícil tarea si te pasas la vida entre pañales.

—¿Y tu marido?

—Una desgracia necesaria, *chérie*. Nací demasiado pronto para llegar tan lejos de soltera. Pero algún día las mujeres...

—Pensarán por sí mismas.

—No pares de repetirlo, una y otra vez...

Camile aprieta decidida el acelerador hasta que el ruido del motor se hace atronador.

—Vamos a denunciar a Olegario —dice elevando un tono la voz—. Gloria ha sido demasiado indulgente, está claro, pero a ella le daremos una salida digna.

Y unos segundos más tarde frena tan bruscamente que tengo que apoyar las manos en el salpicadero para no estrellarme con el cristal.

—Hoy voy a hacerte un regalo especial.

El letrero de la *boutique* frente a la que hemos estacionado brilla imponente. En las plazas, sobre algunos monumentos, por todos lados se ven estructuras que soportan carteles deslustrados, vallas a las que el tiempo ha robado la mirada de los transeúntes,

pero ese letrero es otra cosa. Es como ella, singular.

Estoy absorta mientras entramos en la tienda y me conduce al probador. Por un momento mientras su mano toca mis hombros y resalta lo bien que me queda el vestido, es un ser de carne y hueso. Algo al alcance de la mano.

—Ese *Courrèges* necesita una espalda bien erguida.

Me doy la vuelta y me miro de puntillas en el espejo por encima del hombro.

—*Oui,* necesitamos un buen par de tacones —añade Camile—. Un poco más abajo tenemos una buena zapatería.

No había puesto los pies en unos tacones tan altos en mi vida, ni siquiera cuando husmeaba en el armario de mis hermanas y jugaba a vestirme como ellas. Comienzo a caminar sintiendo una mezcla de vergüenza y fascinación por entre las dependientas, que aplauden nerviosamente como si fuese un bebé dando sus primeros pasos.

—Quiero que estés así de guapa cuando inauguremos las nuevas instalaciones —me dice Camile mientras caminamos de regreso a su *boutique*.

Debo poner tal cara de asombro, que añade:

—La parte trasera de Sederías, ¿ya te has olvidado? Quiero comprar telas y hacer con ellas vestidos de mujer, algo distinto, algo contigo.

Estoy a punto de trastrabillar y caerme de la emoción.

Un hombre se ríe y dice algo muy desagradable. A Camile se le escapa un suspiro de los labios, un suspiro de hartazgo, como acordándose de su santa madre. Se da vuelta con una sonrisa fría e impersonal. Tiene las manos metidas en los bolsillos del pantalón y se está balanceando sobre los talones.

—¿Puede repetirlo?

El hombre deja de mover la boca, un gesto de nerviosismo que puede significar cualquier cosa.

—¿El qué? —atina a decir.

—Lo de que nos iba a enseñar lo que es bueno.

—No, si yo no...

—Saque, saque eso que tiene tan bueno. ¿Lo tiene ahí dentro? —dice Camile apuntando con el dedo a su bragueta.

El hombre se saca las manos de los bolsillos, propulsado por su propia vergüenza. Camile carraspea y escupe al suelo.

—*Idiot.*

Con la misma naturalidad con la que había adoptado las maneras de un estibador de muelle, Camile se recompone y seguimos nuestro camino cogidas del brazo.

—Siento haberme puesto así.

—Tranquila, no escupes mal para ser una señora.

—Que no te engañen las apariencias, me crie con tres chicos.

De tanto regodeo malvado se nos saltan las lágrimas de risa.

—En parte por lo que había vivido, y en parte porque lo estoy viviendo, Camile es para mí como una especie de diosa.

—Hay algo que quiero decirte. —Camile inclina la cabeza para mirarme a los ojos—. Desconfía siempre de los hombres o te romperán el corazón. Si les dices lo que piensas del sexo, lo que te gusta y no te gusta te consideran una *femme peu fiable,* y si los ignoras y te comportas como una señorita, correrán a los brazos de otra. Son tan estúpidos que ni se enteran de lo que hacemos. Si uno de ellos presume de que se ha acostado con diez mujeres, en realidad lo ha hecho con la mitad; nosotras, en cambio, contamos de menos porque no pueden soportar que seamos como ellos. No nos distingue el deseo sexual, sino una mayor habilidad para el disimulo, *chérie*. Lo que nos distingue a nosotras no tiene que ver con la feminidad, sino con la supervivencia.

Tengo la sensación de que habla de ella misma, de esa otra mujer que se pierde en la oscuridad de un portal con un extraño.

—¿Quieres que te diga otro secreto, *chérie*?

Yo me limito a asentir con la cabeza.

—Sobrevive si es necesario. Pero sé feliz.

Hechura recta y larga hasta medio muslo, los bolsillos de plastón con vivos negros alrededor del cuello y los puños. El vestido en su

sitio, perfectamente colgado en el armario de mi habitación. Es inútil que trate de explicarle nada a mi madrina. No sabe pensar por sí misma. No es como Camile, una superviviente que sabe perder los modales cuando hace falta. Me dan ganas de decirle a mi madrina que le escupa en el plato al tío Pepe la próxima vez que diga que la sopa está fría. No soporto ver la devoción con que lo mira a cambio de nada. En cierto modo, comienzo a ver a los hombres como enemigos a batir, la amenaza constante a la que neutralizar, vencer, derrotar.

—¿Y dónde estaba ese hombre? —dice el tío Pepe durante la cena.

—Cerca de la *boutique* de la señora Camile —digo yo.

—¿Y lo sabe su marido?

—¿Que tiene que ver?

—Es su esposa. Lo menos que espera un marido de su esposa es que le cuente estas cosas.

—Ella no necesita un hombre que la salve.

—Niña, tú mejor guarda la boca —dice mi madrina.

La miro con expresión desafiante y le digo:

—Como tú, ¿verdad?

—¿Lo ves? —el tío Pepe se echa hacia el mantel y señala a mi madrina con el dedo, como si la estuviese recriminando—, si no vigilas a esta niña, al final tira al monte.

—No vuelvas a hablarme así —me dice ella arrojando la cuchara en el plato y haciendo que la sopa manche el mantel—. Mañana vas a verla y le devuelves el vestido y los zapatos. No tienes edad para andar así vestida, y menos con esa.

—¡No la llames así! —digo enfurecida.

El tío Pepe se arranca la servilleta de la camisa y la deja sobre la mesa.

—Esto es intolerable. Tú verás, mujer.

Mi madrina se queda oyendo el taconeo de los zapatos reglamentarios de tío Pepe, el consabido portazo, el ruido de la cisterna.

—Madrina...

—¡Cállate! —me interrumpe furiosa—. ¡Vas a hacer lo que te

diga y punto!

Esa noche esbozo en el cuaderno el rostro de Camile, el pelo, el rostro, su vestido, los zapatos, con apuntes en los márgenes sobre otros detalles como el color del pintalabios o la manera que tiene de sujetar el cigarrillo. Imito sus poses, la manera en la que ríe, separo los labios, poco a poco los voy cerrando y los dejo en el punto donde nunca sé si ella va o no a decir algo. Imagino entonces que el reflejo del espejo me devuelve algo de su belleza insolente y salvaje.

A la mañana siguiente me despierto temprano. Afuera reina un ambiente despejado y frío, el cielo tiene un tono gris ceniza, familiar. Es extraño, no oigo a mi madrina, ni ruido en la cocina. El sonido se ha reducido al rumor líquido de las cañerías. De repente, alguien toca a mi puerta y veo al tío Pepe abriéndola solo un poco; le pregunto si ocurre algo.

—Baja, por favor, da igual si no estás arreglada.

Mi madrina está en el salón, de pie, atónita, con el auricular pegado en la oreja. Los segundos son interminables hasta que por fin cuelga.

—Madrina, ¿qué pasa?

El tío Pepe se sienta en un sillón y me hace un gesto para que también lo haga.

—Ha ocurrido una desgracia, Ana.

Siento que las piernas me flaquean.

En un ademán de contención, mi madrina me abraza.

—Mi niña, que nada te mate la alegría, ¿me oyes? —Me coge la cara con ambas manos, me mira, me aprieta fuerte contra su pecho y baja los ojos.

—¿Qué ha pasado?

—Es Ino.

—¿Qué le pasa a mi hermano?

—Ha muerto.

7. MANDAN BASTOS

La Nueva España, miércoles 12 de octubre de 1977

JOVEN MUERTO POR UN GUARDIA CIVIL EN DEGAÑA

El pasado día 11, sobre las siete y treinta de la tarde, resultó muerto por disparos de arma de fuego en un bar de esta localidad don Secundino Garrido Álvarez, de 25 años, productor de Coto Cortés, hijo de Domingo y Plácida. Al parecer, don Abel Méndez González, guardia civil, de 27 años y nacido en Degaña, se hallaba pasando unos días de permiso en esta localidad. Vestido de paisano jugaba la partida con unos vecinos, entre ellos el dueño del bar. En un momento determinado se levantaron y el señor Méndez estuvo charlando en la barra con la víctima y otros. Mediaron unas palabras entre ambos y en ese momento el señor Méndez, alias el Albino, sacando su pistola, disparó a quemarropa sobre el señor Garrido a la altura de la parte izquierda del pecho, lo que le ocasionó la muerte inmediata.

Aún efectuó otro disparo, que se incrustó en la nevera del establecimiento, sin causar más daño.

Detenido rápidamente por miembros de la Guardia Civil del puesto, sin oponer resistencia, ha quedado a disposición de la autoridad competente. Debido a ciertas alteraciones del orden con motivo del suceso, fue trasladado a Cangas de Narcea.

Recordar... Algunos recuerdos nunca pierden fuerza, permanecen nítidos en la mente porque no provienen de la memoria, sino del dolor.

—¿Cartas? —preguntó el que repartía.

—No —dijo su compañero.

—Paso —dijo Amador, el dueño del local.
—Una —dijo el Albino.
—¿Entonces vais? —preguntó el que repartía.
—Mandan bastos —recordó su compañero.
—Sí vamos —dijo el Albino.
—Vas a fastidiarnos —dijo Amador.
—Calma al obrero —respondió el Albino.
—Enseña qué llevas.
—Ahí van —dijo el Albino—: rey, sota y siete de espadas.
—¡Bah! —exclamó Amador.
—Aguarda, hombre, veamos sus cartas.
—¿Pero no ves que van cargados de triunfos?
—Mis tres bastos —dijo el que reparte.
—¡Nuestra! —dijo su compañero de partida.
—Mierda —dijo el Albino.

Durante las partidas se habla mucho, no sobre cosas que merezcan una atención especial, pero sí las oportunas para tomar ventaja sobre los adversarios o echar en cara al compañero una mala mano. Ángeles sostiene su mano izquierda sobre la derecha de mi padre, como ayudándole a recordar lo sucedido.

Ruido de vasos, de sillas, voces, risas, rondas, algún desencuentro. Un golpe contundente sobre la mesa en la que Amador y el Albino echaban la partida con otros dos. Vio que Amador sacudía la cabeza, tiraba las cartas y se volvía adentro del mostrador. Nada fuera de lo normal.

—¿Dónde estaba Ino, papá? —pregunta Enrique, que no para de moverse de un lado a otro de la sala.

—En la barra, estaba tranquilamente en la barra.

Nos mira, como si tratara de comprender qué había llevado al Albino a levantarse de la mesa y a dirigirse a nuestro hermano.

Amador, el propietario, le explicó a la Guardia Civil que había ido a la barra a por otro vaso de anís. No vio raro que saludase al «hijo de Domingo», que estaba conversando con otros mineros. No supo decir qué fue lo que llevó al Albino a sacar el arma y a

descerrajarle a Ino dos tiros a bocajarro (la primera bala le segó la aorta a la altura del cuello, la segunda giró a una velocidad endiablada y acabó impactando en la nevera), solo que todos enmudecieron, excepto mi padre, que se deshizo en un grito.

Las manos temblorosas de mi padre esbozan en el aire cómo intentó mantener erguido el cuerpo de Ino. Esa imagen me atormenta, nunca se ha borrado del todo, de vez en cuando regresa como una cuenta pendiente.

La bala alojada en la nevera permaneció allí mucho tiempo. Como el luctuoso emblema de un asesinato a sangre fría.

El sexto cometido por alguien de esa maldita familia.

Nunca había visto a Enrique tan furioso. Salía de casa, hablaba con los amigos de Ino, regresaba y golpeaba puertas y ventanas.

Yo no sé cuánto tiempo pasé sentada en el suelo junto a mis cosas buscando el disfraz de ángel que Ángeles me había hecho cortando y cosiendo una sábana blanca con estrellas de plata. En la espalda llevaba dos grandes alas que Ino había fabricado con cartón. Había intentado volar, pero las alas eran demasiado pesadas. Apenas era capaz de moverlas. «No te preocupes, Anita, eso es porque eres muy pequeña —dijo entonces Ino elevándome por encima de su cabeza—, pero cuando seas mayor podrás agitarlas con fuerza y subir a verme al cielo.»

¿Dónde están? ¿Dónde? Vuelvo a revolverlo todo. Pero no las encuentro.

Cuando bajo la escalera y veo la caja fúnebre instalada en el centro del salón, rematada en sus extremos por cuatro cirios blancos y en la cabecera por la imagen de Cristo, reparo en lo mucho que cambia el aspecto de una persona al morir. Nada queda de la risa, de la manera en la que mira, de sus deseos y sus sentimientos.

—¡Ana!

Veo a Sara haciéndome gestos desde el otro lado del salón. Me abro paso entre breves palabras de condolencia y le cojo el teléfono de las manos.

—Es la francesa —me dice en voz baja. Hubiera querido tener

una larga conversación con ella, pero los líos pompafunebrescos son demasiado ruidosos y nuestro contacto por teléfono no pasa de unas breves palabras.

—Nunca se está preparado para algo así —dice Camile con una voz lenta y aterciopelada.

—No lo entiendo, no tiene sentido. —En mi cabeza bullen mil imágenes, y en todas ellas, el Albino sale mal parado.

—Ni lo tendrá por mucho que lo busques. Debes tratar de superarlo y seguir con tu vida.

—Gracias.

—Vuelve cuando te sientas preparada.

Penélope está en la puerta de entrada al salón, un tanto cohibida y bastante desconcertada. La vaga indicación que le hago con la mano debería bastarle para comprender que la espero en la parte de atrás de la casa. Se acerca para darme un abrazo con expresión dolorida.

—Anda, ven —le digo—, busquemos un sitio donde podamos hablar.

Nos tumbamos sobre una manta vieja cerca del almacén de las herramientas. Inmóviles observando las luces titilantes del cielo al anochecer, cuyo reflejo llega a nosotros mucho después de que se hayan extinguido.

—Decimos hoy, mañana, ahora. ¿Qué es el tiempo? ¿Cómo sabemos que lo medimos correctamente? ¿Qué pasa si un día Ino sale de la mina y vuelve a casa? Para mí todo es muy confuso, Penélope, el orden de las cosas, ya me entiendes.

—Creo que sé a lo que te refieres.

—Puede que una misma cosa pueda reproducirse un millón de veces y no necesariamente de la misma manera, ¿no?

—No estoy segura de entenderte. Pero suena bien.

—Me refiero a que Ino puede ser ahora una planta, un árbol, incluso otra persona. No sé, me niego a creer que desaparecemos sin más.

—Yo creo que las cosas son lo que son. Estaba escrito que Ino

iba a morir y que tú llegarías muy lejos.

—¿Qué quieres decir con lo de muy lejos?

—Pues en Lérida con esa francesa tan fascinante con la que hablabas. Dirigirás tu propio negocio. ¿Te parece poco?

—¿Qué importa eso ahora? ¿Para qué volver? ¿Para qué preocuparse de si una tela está bien aprovechada? ¿Por qué pelearme por hacer que el almacén guarde un cierto orden? No merece la pena. Nada lo merece. No voy a volver.

La mañana del entierro, muy temprano, me parece oír ruidos fuera y me quedo quieta con la oreja pegada a la puerta. Dos toques, una voz masculina, abro un chisco y permanezco en el umbral observando a un guardia civil que enseguida me sonríe.

—Jovencita, dile a tu padre que soy Bermúdez, el sargento.

—Está durmiendo.

—Yo me ocupo, hija —dice papá a mi espalda.

—Sé que no es un buen momento, Domingo —dice estrechándole la mano—, pero vengo a informarte de que el Albino está en el calabozo y será puesto hoy mismo a disposición judicial. ¿Me permites pasar unos minutos?

—Adelante.

Mi padre cierra la puerta, avanza hacia la cocina y se pone a preparar café mientras el sargento lo mira desde la silla. Los gestos de mi padre son pesados, lentos, como si le hubiesen caído cien años encima. Cuando el café está listo, sirve dos tazas.

—Tú dirás, Bermúdez.

—Hemos hecho una reconstrucción de los hechos y tomado declaración a todos los testigos, así que no te preocupes, lo tenemos todo bien armado.

Enrique aparece en ese momento, me echo a un lado y lo dejo entrar. Se da la vuelta y se apoya en la encimera. El pelo le brilla muy negro, recién mojado.

—Bermúdez ha venido a enseñarme estos papeles, hijo.

—Sí, lo importante es que las cosas no vayan a más —aclara el sargento.

Enrique mira a nuestro padre con indignación.

—¿A más?

—Es que los hermanos del Albino están nerviosos.

—Querrás decir tus compañeros —lo corrige Enrique.

—Es por ti —dice el sargento apuntándolo con su dedo—. Andas por ahí diciendo lo que no debes. Ya te salvé el tipo aquella vez con el vendedor ambulante; no vuelvas a meterte en líos, que esta vez vas para adentro.

—Pues que los hermanos del Albino no se entrometan —gruñe Enrique—, que sepan que haremos lo que sea para que ese asesino no salga nunca de la cárcel.

De pronto, mi padre deja de hojear los papeles y suelta un gruñido.

—Un momento... Aquí no dice que el Albino usó el arma reglamentaria.

—Eso es circunstancial.

—¿Circunstancial?

—No me malinterpretes —interviene el sargento, decidido a dirigir la conversación a su terreno—, pero si el Albino no hubiese tenido una mala mano y hubiese seguido jugando a los naipes no habría discutido con tu hijo y nada de esto habría pasado.

Enrique estrella una de las tazas de café contra la pared manchándola con mil salpicaduras.

—Ahora entiendo —dice mi padre—. Vienes a mi casa, me convences de que firme este papel y todos vuestros problemas desaparecen. ¿Es eso?

—Solo digo que bastante desgracia tenemos ya.

—Habla claro. ¿Os ponéis del lado del asesino? —le pregunta Enrique.

El sargento se queda pensativo tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—Domingo... No podemos permitir que esto ensucie la buena imagen del Cuerpo. Somos quienes garantizamos el orden.

Mi padre se levanta, coge el tricornio de la mesa y se lo entrega.

—Es mejor que te vayas, Bermúdez.

8. FUNERAL

—Degaña es nuestra madre, la tierra que nos ve nacer, la tierra que nos ve morir.

La iglesia está abarrotada, la gente permanece inmóvil y guarda silencio. El tío Carlos dedica unas palabras a Ino, atemperadas por el débil balido del órgano. Sigue una canción dedicada a San Lorenzo que todos entonan de pie y con voz reverente, reconfortados de encomendar sus miedos al patrón de los mineros.

—Oremus. *Pater Noster qui is in coelis*...

Cómo deseo que el Padre Nuestro de los cielos esté realmente ahí arriba, que me toque con su mano y me haga comprender por qué han matado a mi hermano. Es, si cabe, todavía peor la broma que nos juega el destino: esa misma tarde es la procesión de la Virgen del Pilar, la patrona de la Benemérita.

Y su asesino, guardia civil.

Desvío la vista y a través de las cristaleras ajadas por la intemperie, veo que un pájaro grande, de aspecto poco amigable, emprende un vuelo frenético para posarse en la cerca del cementerio y lanzar un grito que suena a advertencia.

Lo tomo como una señal. El reflejo de las otras muertes que el futuro nos reserva. Porque una desgracia nunca viene sola.

Una multitudinaria comitiva acompaña el ataúd desde la iglesia al cementerio. Las plañideras, de riguroso negro, están rezando el rosario y santiguándose en silencio mientras otros murmuran a las puertas: «Dicen que fue por celos». El tío Carlos posa una mano en el hombro de mi padre, lo aparta de los comentarios maliciosos pronunciados en voz baja, le comenta que Ino descansa junto al Señor y que será Él quien tome la cuenta de las acciones de su asesino.

Al final del día, los platos y las tazas de porcelana que mis hermanas usaron para ofrecer pastas y café durante el velatorio se amontonan en la pila de mármol. Mi madre abre el grifo para fregar, pero Ángeles le dice que regrese conmigo, que soy demasiado pequeña para comprender sola la desgracia que se nos ha venido encima, que si me quedaba encadenada al recuerdo de Ino podría hacerme vieja antes de tiempo. Aunque mi madre se resiste, al final aparece con una fotografía en la mano.

—A Ino no le gustaba nada vestirse de traje, pero el día de tu comunión apareció así de guapo. ¿Te acuerdas?

—Ino...

No me canso de repetir su nombre mientras observo la fotografía. Yo estoy a su lado, con las palmas juntas y la mirada clavada en la cúpula de la iglesia.

—Hay personas que están llamadas a desaparecer de este mundo antes que otras, hija. Esa es la voluntad de Dios, debemos aceptarla.

—Ya, pero yo nunca más podré subirme a una bicicleta sin miedo a caerme.

—No digas eso —dice mi madre rodeándome con los brazos y acercándome a ella—. Lo mejor es que pienses en tu hermano como en un viajero, alguien que se ha hecho indetectable pero que sigue entre nosotros. Así son las almas.

Un repentino viento sacude la puerta de los goznes y apaga las velas que el tío Carlos había encendido en conmemoración de Santa Teresa de Jesús. Mi madre contempla el rastro en espiral de las llamas extinguidas ascendiendo por encima de nuestras cabezas. Su mirada busca la del tío Carlos, que está conversando con mi padre en voz baja.

—¿Es Ino? —le pregunta mirando la Biblia que recoge de la mesa.

Él niega en silencio.

Se me hace insoportable ver así a mi madre, quieta, inmóvil, como esperando cualquier ruido con el que confirmar sus anhelos de reencuentro. Yo tengo ganas de gritar, de maldecir, de pedir explicaciones.

—Dios no tiene nada que ver, mamá. Las ha apagado el viento.

—No digas eso, hija. Anda, reza conmigo.

—No pienso rezar nunca más.

—Hazle caso a tu madre —dice papá, conciliador.

—¿Para qué? Mamá reza todos los días y mira de lo que ha servido.

—¡Calla! —dice ella tapándose los oídos.

Me cuesta obedecer, es posible que el dolor que siento me nuble la vista, que ya no cierre los ojos y me resigne a combatir la rabia rezando. Ino está muerto y es irreversible, ha dejado de respirar, nada más brotará de él, ni una palabra ni un acto que signifique algo. Me cuesta obedecer y aun así obedezco. Por respeto. Por Ino. Porque me fui a Lérida sin pedirle perdón por haberme enfadado tanto cuando me dijo que ya no iríamos juntos a Madrid. Pero no me resigno.

No pienso volver a pisar nunca más una iglesia.

1978

9. AQUEL REVOLTIJO DE COSAS ESPARCIDAS

Apenas puedo tragar el helado de vainilla, está demasiado dulce y demasiado frío, se me resiste en la garganta. Penélope comienza a mover lascivamente la lengua por el reborde del barquillo cuando nos cruzamos con unos chicos.

Hay unas risitas, un gesto de: ya, ya...

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunto.

—Mi hermana dice que esto los vuelve locos.

—¿El qué?

—Que les chupen su cosita.

—Qué asco, Penélope. Me estoy arrepintiendo de ir contigo a esa fiesta.

Han pasado seis meses desde la muerte de Ino y casi cinco desde que cumplí dieciséis años, y es la primera vez que me animo a salir.

Es difícil volver a ser alguien cuando dejas de ser tú misma, te sientes invisible, como si nadie reparase en tu presencia. Este era uno de esos momentos cruciales con los que uno se topa en la vida, al menos para mí. Llegamos con media hora de retraso. Según Penélope, no hay nada más patético que unas tías mirando a todos lados y preguntándose qué hacen allí solas. Hay unas quince personas, un tocadiscos con música alta y unas botellas de vino y otros licores. Agobia estar con tanta gente, así que en un momento dado salgo a tomar aire. Me resulta irritante que pregunten de esa manera tan compasiva si me he planteado volver al colegio. No tengo intención de volver a pisarlo. Desde que Ino murió prefiero compaginar mi lamentosa existencia en casa con algunos trabajos

esporádicos en una tienda.

Estoy pensando en largarme sin despedirme ni de Penélope cuando veo que un hombre joven y apuesto asoma la cabeza por el hueco de la escalera. Me hace un gesto como preguntando si estoy en la fiesta, muevo la cabeza y una vez dentro seguimos contemplándonos.

—¿Qué haces ligando con ese tío? —me pregunta Penélope.

—No estoy ligando. ¿Lo conoces?

Penélope me coge del brazo y me lleva al cuarto de baño, donde me habla bastante seria:

—Se llama Silverio.

—Es guapo.

—Es un gilipollas.

—¿Ah, sí?

—Mira —dice repasándose el rímel frente al espejo—, yo estaba en una fiesta un poco borracha, ¿vale? Bailamos juntos y se me ocurrió darle un beso. Luego anduvo contando por ahí que se había acostado conmigo.

—¿Y lo hiciste?

Penélope se acerca al espejo, se echa el pelo hacia atrás y observa su perfil.

—Claro que no.

En ese momento alguien abre la puerta.

—¿No sabes llamar? —dice Penélope.

El chico abre las manos.

—Perdón.

—Si te gusta de verdad, pues por mí, vale. A por él.

Me lleva casi a rastras de vuelta al salón, echa una ojeada, masculla un «allí» y tira de mi mano con fuerza. Me siento avergonzada, no quiero para nada que me lo presente de aquella manera, pero es demasiado tarde.

—Hola —digo yo.

—Hola —dice él.

Tiene las pestañas largas y espesas, las cejas abundantes, la mirada lobuna.

—¿Qué lleva eso? —le pregunto inclinándome para mirar

dentro de su copa.

—Un montón de cosas. Naranja, limón, licor de manzana, ginebra... Pruébalo, está bueno.

—No, gracias.

—Venga.

—Bueno, vale.

La sala gira a una velocidad increíble, igual que cuando de pequeña juego en el patio a la gallina ciega. Intento disuadirlo de que me acompañe a casa, pero es muy persuasivo. Lo convenzo a cambio de vernos otro día.

—Vale, entonces quedamos el sábado en la verbena.

La tarde del sábado estoy tentada de no ir y dejarlo plantado. Me parecía una pérdida de tiempo, seguro que no duraría mucho. Mejor quedarme en casa leyendo o haciendo cualquier cosa, pero Penélope y su afán de entrometerse en todo me arruina los planes. Me tengo que comer las ganas de matarla al asomarme y ver abajo a Silverio a su lado.

—Me ha dicho Penélope que me ibas a dejar plantado —dice él desde afuera.

—No, claro que no... —respondo desde la ventana de mi habitación.

Miro por el rabillo del ojo a Penélope, que con esa sonrisa maliciosa se está jugando una buena hostia.

Cierro la ventana, echo las cortinas y busco mi vestido blanco. Debe de estar por algún lado, hace tiempo que no me lo pruebo. Está en el armario, no demasiado arrugado. Me lo abotono con cierta torpeza. Penélope me apremia afuera, yo grito que ya bajo, descendiendo dos peldaños cada vez. Antes de salir me tomo un segundo. No quiero que se me noten los nervios.

Hay mucha gente en la verbena. Penélope se marcha con unas amigas, Silverio me ofrece beber de su copa. La rechazo con un gesto. Insiste. Doy un sorbo pequeño. Una gota minúscula se me cae de los labios, él la recoge con un dedo y se la lleva a la boca. Me gustan sus labios. Por fuera no muestro nada. Por dentro estoy

deseando que me bese.

Pierdo la cuenta de las piezas que bailamos juntos.

De camino a casa, dice que está un poco presionado en el trabajo y que tiene que cargar con un montón de cosas que no le corresponden. Hace una pausa, como calibrando si ha llegado el momento o es demasiado pronto. Le hago saber que sí, y por fin me besa. Un beso corto y delicado.

—¿Eso es todo?

Ríe, acorta la distancia.

—No.

Esta vez el beso es largo y profundo.

Me hace temblar las piernas.

Pasan el verano y el otoño. Mi relación con Silverio se afianza cada día. Es un hombre encantador, tan simpático que mi padre lo invita a comer los domingos. Le agrada que la silla de Ino la ocupe un hombre de nuestra misma tierra que trabaja en la siderurgia de Villablino, un trabajo bien remunerado y mucho menos peligroso que el de las minas. Yo había soñado muchas veces con encontrar al hombre perfecto, y Silverio tiene todos los puntos para convertirse en el elegido.

Nos casamos el 26 de noviembre de 1978.

Yo recién cumplidos los dieciséis.

Por segunda vez en la vida siento que la fortuna está de mi lado.

1979

10. UNA EXTRAÑA

Los primeros meses de mi matrimonio son los más felices. Mi madre va con frecuencia al piso que alquilamos en Villablino. Llega con Ángeles para echar un vistazo, improvisan alguna excusa. En realidad, quieren saber si estoy embarazada. Desde que Sara se fue con mi sobrino Luis a Marbella, La Farola, el hogar de siempre, ha quedado medio vacío. Sin ella, sin el niño, sin Ino, sin mí. Yo soy la mejor baza para que mi madre vuelva a ser abuela. Ángeles dice que no estaría mal tener de nuevo un niño correteando por ahí.

A Silverio lo veo mirando casas con su madre hasta que la empresa donde él trabaja comienza a despedir empleados cuando llega la primavera. No hay mayores explicaciones, tienen todo preparado y no habrá marcha atrás. Cuando le llega el turno a Silverio, su jefe le dice que él se queda, que se le valora muchísimo y que a partir de entonces cumpliría funciones de capataz. Silverio se deleita en el humo del cigarrillo mientras me lo cuenta. Dos caladas lentas y profundas, ni un rastro de tensión en el rostro. Ascenso, incremento de sueldo. Un superviviente de la quema. Un privilegiado.

—¿Preparada para ver tu nueva casa? —me dice a bocajarro un día cerca del verano.

Detiene el coche frente a un edificio de nueva construcción cuyo cartel publicitario anuncia pisos de tres dormitorios, dos cuartos de baño, un amplio salón y cocina amueblada.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo se te ha ocurrido? Será carísimo, ¡no podemos permitírnoslo!

—Veo que te gusta entonces —responde sin darme la oportunidad de discutirlo, aunque la verdad no pensaba hacerlo—. Ya verás cuando lo veas por dentro.

Miro con perplejidad a todos lados. Mientras subimos en el ascensor finjo no haber alucinado con el mármol del suelo del portal, los lustrosos buzones de la pared del fondo, las maderas de la escalera. Silverio me coge en brazos para atravesar el umbral de la puerta.

—Aquí es donde quiero que nazcan nuestros hijos —dice abarcando con la mirada el enorme y luminoso salón.

No quise preguntar si aquello era verdad o una alucinación. Solo miré muy atenta cada detalle pensando en las cosas que iba a poner, aunque no sabía si nos quedaba dinero para comprar un solo mueble: la cocina, el dormitorio principal y el pequeño y muy iluminado que Silverio bautizó como «el de los niños». Lo besé mil veces de la emoción, él a mí con una fuerza arrolladora. Derribamos una mesilla, desordenamos todo y acabamos haciendo el amor sobre el suelo embaldosado del pasillo.

Sí. Los primeros meses de mi matrimonio fueron muy felices. Silverio era un hombre atento, bromista, hacía reír a todo el mundo. Me acuerdo muy bien de cómo le gustaba esconderse detrás de las puertas y dar sustos. Una vez en casa de mis padres casi deja muerta a Ángeles, él la vio aterrada y no tuvo más remedio que pedir disculpas, sobre todo a mi madre, hasta que de repente oímos la carcajada de mi hermana. Era una de las virtudes de Silverio: podía hacerte reír y llorar al mismo tiempo.

Y lo segundo no tarda en llegar.

Es el día que regreso de casa de mis padres sobre el mediodía y me encuentro la ropa esparcida por todos lados y la mesa del salón abarrotada de facturas del banco, manchas de ceniza y varias botellas vacías. Silverio llega pasadas las diez de la noche y soporto con paciencia infinita otra de sus machaconas excusas. Intento no decir que apesta a vino, tampoco que la comida sigue encima de la mesa, quiero evitar a toda costa una de nuestras terribles discusiones, pero ha elegido el peor día para meterse en la cama con esa mala cara y como extraviado, murmurando «no debí

comprar este piso, no debí hacerte caso, los del banco me tienen harto con las letras...», porque hoy nos han dado la peor noticia que nos podían dar: el Albino es condenado a solo ocho años de cárcel.

Ocho años. Por asesinar a mi hermano.

A mis padres no los indemnizan con nada, ni siquiera con los gastos del funeral, a pesar de que el arma asesina pertenecía al Estado. El bien común, la Nación, el Cuerpo al que tantas veces aclamamos nos envuelve, nos hace invisibles al mundo.

Con el tiempo incluso es readmitido de nuevo en el Cuerpo.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho? —le increpo al ver que se mete en la cama sin decir nada.

—El Albino sigue en la cárcel, ¿no? Pues déjame en paz —protesta cubriéndose con las sábanas—. Bastante tengo yo con lo mío.

—Eres un desgraciado, Silverio —le digo acostándome de espaldas.

Algo le ha pasado en el trabajo, no sé si lo han relegado a su antiguo puesto o si le bajaron el sueldo, pero todo lo que tiene que ver con dinero es motivo de discusión. Silverio desaparece durante horas, yo me hago a la idea de comer sola muchos días. Ángeles me dice que eso pasa en el primer año de matrimonio, que unos primos nuestros están todo el día a la gresca y ya van para veinticuatro años juntos.

—Tienes que hablar con tu jefe —le digo a Silverio—. No sé, me parece raro que tengas tantos problemas y no lo hayas hecho ya.

—Sí, mujer, hablaré con él. Sabe lo duro que he trabajado estos años... —Hace una pausa, niega con la cabeza—: ¿cómo puede ser que gastemos tanto por culpa de este piso?

—Yo no puedo administrarme mejor, Silverio. Casi no tengo ni para comprar productos de limpieza.

—¿Y dónde lo metes entonces?

Me quedo callada. A veces doy media vuelta y no digo nada.

Pero esta vez no me da la gana de cargar con la culpa.

—Está claro que no soy yo la que me lo gasto en vino.

Suelta una carcajada, con ganas, como hace cuando está de buen humor.

—A saber quién te ha ido con ese cuento.

—Apestas a vino. No hace falta que venga nadie a decírmelo.

—Pues ya sabes, ¡puerta! —Es su respuesta antes de coger la chaqueta y salir del piso.

Cuando consigo reaccionar, salgo a la acera y empiezo a gritar mirando a los lados.

—¡Silverio! ¡Silverio!

Me contesta una vecina diciendo que no son horas para dar voces. Estoy merodeando por ahí un rato, pensativa, no porque Silverio se fuera de aquella manera, sino porque comenzaba a tener serios problemas con la bebida.

Observando aquel revoltijo de cosas esparcidas por la casa, de pronto me siento extraña. A lo mejor se lo cuento a Enrique. Claro que para eso siempre estoy a tiempo. Entonces me pongo a escribirle una carta a Camile. Me sigue importando mucho lo que piensa, como cuando me contemplaba con una ceja arqueada mientras revisaba los pedidos.

24 de septiembre de 1979

Querida Camile:

Si hace algún tiempo que no te escribo es porque mi vida se ha complicado. Silverio no parece la misma persona con la que me casé, creo que ha empezado a beber de más porque se siente frustrado con el salario que le pagan. Llevo pensando algún tiempo en cómo ayudarlo, en encontrar la manera de hacer algo de dinero sin tener que marcharnos de Villablino. Él no soportaría vivir en otro lugar. Le pasa como a mis padres, quieren dejar huella en la misma tierra en la que nacen. Pero tú llegaste a Lérida siendo extranjera y

conseguiste que cayera rendida a tus pies. ¡Eres increíble! La pisas como quieres sin que nadie se atreva a cambiarte el paso. Así que me inspiraré en ti para ganar mucho y para que todo vuelva a ser como antes.

No sigo leyendo. Doblo la carta y me tiendo en la cama arrebujada en una manta. Aún con los ojos cerrados, aquella vida de mierda en la que estoy cayendo se me dibuja por dentro de los párpados con una obviedad agobiante.

Pero todo empeora con la muerte de Enrique.

11. ESTIRPE

—¿Es el lado izquierdo o el derecho? —pregunta papá.

—El derecho, pero no estoy seguro —responde Enrique.

—¿Y dices que no es muscular?

—Es muy dentro.

Enrique nota los primeros síntomas de dolor justo encima del apéndice, sobre todo cuando se voltea hacia el lado derecho en la cama o en pleno trabajo al cargarse el peso a los hombros. Se hace más presente con el paso de los días y cuando no lo sufre lo espera de un momento a otro.

El primer diagnóstico se produce a los pocos días por boca del médico del seguro de la mina. Lo ausculta concienzudamente.

—No es grave, reposo de una semana y nada de esfuerzos.

Unos días más tarde Enrique sufre un par de retortijones. Y a continuación unos dolores insoportables para acabar encogido en el suelo de la habitación.

—Se lo llevan a Oviedo, hija.

—Bueno, papá, ya voy yo con él.

Antes de que pueda despedirme, Silverio se acerca y me hace un gesto indicándome que le pase el teléfono. Se vuelca en palabras amables y tranquilizadoras, toda su tormentosa manera de ser desaparece en esos segundos. Ese otro Silverio que muestra en público es su mejor cómplice, me desconecta de mi propia realidad, estoy convencida de que muchos ahí fuera piensan que bebe por no aguantarme.

No es fácil salir de la trampa.

La habitación de la primera planta del hospital general de Oviedo es un solado de baldosa blanca iluminado por una gran ventana.

Enrique, cuyo cuerpo está completamente cosido de tubos, me coge la mano nada más verme.

—¿Qué tal te encuentras? —le pregunto mientras le doy un beso en la frente.

Mueve la cabeza y encoge levemente los hombros.

—Ahí vamos.

—Tranquilo, no te esfuerces, cuando salgas de aquí nos vamos a comer una chuleta a ese restaurante del centro, ya verás que rápido recuperas las fuerzas.

Enrique sonríe.

Nunca ha sido un hombre propenso a hablar mucho, tampoco yo a contarle mis cosas. El médico tarda en llegar. Enrique respira entrecortadamente; dos enfermeras le ayudan a ponerse de costado, tiene toda la zona abdominal entumecida, lo inyectan. Salgo y me quedo observando al médico, no sé qué dice, le toma el pulso, salta un pitido en la máquina que registra sus pulsaciones. Transcurren dos horas interminables. Me dicen que vaya a la unidad de cuidados intensivos. El pasillo está oscuro y lleno de camillas vacías. Al fondo, hay un despacho que desprende una luz cegadora, parece haber absorbido toda la iluminación del edificio. El médico llega, rodea la mesa, aparta dos pilas de papeles y me invita a sentarme. Lo hace de mala gana, su aspecto es el de haberse pasado la noche en vela.

—¿Cómo está, doctor?

—Verá, señorita Garrido, dada la hemorragia interna sobrevivir sería un milagro.

—Pero ¿a qué se debe?

—No lo sabemos, en ocasiones se producen estos fallos generalizados.

—¿Y de cuánto tiempo hablamos?

—Dos, tres horas, tal vez un poco más, es mejor que avise a sus familiares.

Llamo a mi padre desde la cabina de la entrada. Tengo que apretar con fuerza el auricular para aguantar las lágrimas.

—¿Estás segura?

—Sí, papá.

—Dios mío.

Intento que no se sienta culpable por no estar conmigo. Mi madre está pasando un momento delicado de salud, no puede viajar y no puede dejarla sola. Después de varios intentos, llegamos a la conclusión de que sea Fernando, el mejor amigo de Enrique, quien viaje a Oviedo y me ayude con los preparativos.

—Llevará su traje y se encargará de vestirle —dice mi padre.

—¿El que llevaba en mi comunión?

—Sí. Creo que fue la última vez que se lo puso.

—Lo llevaba con una corbata de flores, se la quitó en la comida porque tenía miedo de que se le manchase de grasa, pero Ino se la puso alrededor del cuello y anduvo por ahí paseándose como un marqués.

—Madre mía, es verdad.

—Hija, yo...

Lo oigo respirar profundamente.

—Lo sé, papá.

—Ojalá pudiese...

—Tú cuida de mamá, yo me encargo de llevarlo a casa.

Cuelgo y regreso junto a Enrique, me siento al lado de su cama y le cojo la mano. Me sirven de poco las plegarias del capellán del hospital; sin embargo, él parece reconfortado, en paz consigo mismo. Cuando me quedo traspuesta y se me resbala la mano, él se revuelve inquieto y la aprieta con más fuerza.

—Tranquilo, todo está bien... —le susurro, inmóvil, hasta que recupera aquella respiración profunda y acompasada que me hace soñar con la absurda esperanza de un milagro.

La segunda noche le cuesta respirar, le duelen los pulmones, le pregunto si se encuentra bien, pero no me hace caso.

—¿Enrique?

No responde.

—¿Me oyes?

Dejo caer bruscamente la mirada en su mano.

Y veo que cuelga de la cama.

La enfermera de guardia me lleva en silencio hasta el pasillo donde con una voz apesadumbrada me confirma su muerte. De más joven pensaba, como supongo que cualquiera de mis hermanas, que Enrique era inmortal, pero se va de esta vida con tan solo treinta y ocho años y mi dosis de fe está en horas francamente bajas. Nada de lo que somos trasciende. Nada de lo que fuimos tiene eco más allá de nuestros años, incluso los que ocupan las páginas de la Historia son la visión sesgada de otra persona. Camino hasta Fernando por un oscuro pasillo de la morgue. Permanecemos allí viendo cómo los de la funeraria terminan los preparativos.

—Creo que ya puedo vestirlo.

La mañana siguiente hace un frío tremendo. Fernando se ofrece a llevarme en su coche, pero yo le digo que prefiero hacerlo al lado de Enrique.

Antes del Puerto de Letariegos llueve con bastante intensidad y en lo alto del puerto empieza a caer una nieve abundante. Un guardia civil se interpone en nuestro camino y ordena que nos detengamos en el arcén.

—¿Llevan un muerto? —dice paseando la vista por el interior del coche fúnebre.

—Sí, a Degaña —dice el conductor.

—Pues hay que esperar.

El puerto está cerrado y, ciertamente, la carretera ha desaparecido bajo una emulsión de nieve y tinieblas. Al cabo de dos horas la nieve cesa. Pasa otra hora y allí no ocurre nada. Mi enfado y mi perplejidad van en aumento. ¿A qué esperan? ¿Acaso esos dos se han confabulado contra la posibilidad de que mi madre pueda velar esta misma noche el cuerpo de su hijo muerto? Me pongo el abrigo y salgo del coche fúnebre; una brisa gélida me golpea los ojos; atravieso la carretera, ya convertida en un impecable desierto blanco, y me dirijo al todoterreno de la Guardia Civil.

—Dígame —dice bajando la ventanilla.

—¿Dónde están las palas?

—Más abajo.

—¿Y cuándo llegan?

—De momento no.

—¿No? ¡Por el amor de Dios, mi hermano está en esa caja!

—Tranquilícese.

Mira a su compañero.

—¿Y tú qué opinas?

En el rostro del otro, que se desdibuja en la oscuridad de la cabina, solo percibo indiferencia. Dice:

—Que como no ocurra un milagro...

Estoy pensando en zarandear el todoterreno cuando veo que el guardia civil fija la mirada en el parabrisas con la boca ligeramente abierta. En el cerro, a una distancia imprecisa, aparecen las luces de dos linternas blancas. Se las ve oscilar en las partes altas, desaparecen en las hondonadas y resurgen más cerca de nosotros. Entonces veo a un hombre con un mono de trabajo bajo una casaca de cuero. Poco a poco la imagen se hace más nítida: tiene la cara ennegrecida, una pala sobre el hombro y un cigarro en los labios. Después, aparecen otros a campo través saltando las cercas de madera, también con palas en las manos.

—¿Quiénes son esos? —dice uno de los guardias civiles.

—Mineros —respondo orgullosa—. Y han venido a llevar a mi hermano a casa.

De pronto, el túmulo de nieve que bloquea el tramo alto de la carretera se derrumba y nos ilumina una claridad iridiscente.

Es una retroexcavadora.

—Ahí tienes tu milagro, Paco —le dice el otro guardia civil, asombrado.

Con la metralleta colgada del hombro, los guardias civiles se acercan a la cuneta; no oigo lo que dicen, sí veo que el minero que llega primero escupe el cigarrillo que sujeta en los labios, clava la pala y grita al conductor de la funeraria:

—¡Adelante! ¡Camino despejado!

No sé cuántas veces les doy las gracias.

—Joder con los mineros —dice el conductor del coche fúnebre.

Me quedo pensando, o mejor dicho sin pensar, contemplando

la forma en que la retroexcavadora levanta la pala y se echa a un lado. El conductor enciende el motor y deja que el coche avance lentamente. Los mineros van dando un paso atrás, metro a metro, con las palas como armas de un regimiento: las puntas al suelo y el mango pegado al cuerpo. Nada más salir de aquella trampa de nieve vuelvo la cabeza y veo por encima del féretro que están aplaudiendo y lanzando sus gorras al aire.

Es dieciocho de noviembre.

Y me siento orgullosa de mi estirpe minera.

Al día siguiente no se oye más que el silbido del viento en las ramas de los cipreses del cementerio. Estamos todos menos Sara. No doy crédito. Todos afligidos por la muerte de Enrique y Sara sin dar señales de vida. Tiene que haber ocurrido algo, no cabe otra posibilidad. Mi madre no pronuncia una sola palabra, se ahoga en lágrimas. Verla así me rompe el alma. El espacio alrededor de la fosa se va llenando de gente del pueblo; un grupo de ocho o diez mineros deslizan unas cinchas por debajo del ataúd; Fernando, mi único sustento en el hospital de Oviedo, le toca el hombro a mamá con una mínima presión para indicarle que están preparados.

Me parece que aquello no está sucediendo, que voy a despertarme en cualquier momento de un mal sueño. Mi padre se inclina con expresión resignada y mueve la cabeza para que los mineros levanten la caja.

—Un momento —dice mi madre. Y pasa la mano por la tapa del féretro, desliza su dedo por el Cristo que la corona, con temblor, con delicadeza.

—Ahora sí —dice mi padre.

Los mineros dejan correr las cinchas lentamente hasta que la caja llega al fondo de la fosa.

Después de regresar a La Farola, Ángeles y yo intentamos localizar a Sara. De vez en cuando me siento impelida a echarle un vistazo a Silverio: se ha tomado tres vasos de vino dulce, al menos que yo

haya constatado, pero me aguanto las ganas de matarlo y sigo llamando con Ángeles a todo aquel que pudiera darnos una pista del paradero de nuestra hermana.

—Ya te dije, a lo mejor se ha ido con Ali y el niño a Marruecos, en viaje de negocios —dice Ángeles.

A mí me trae sin cuidado el motivo, no tiene lógica, es impropio de Sara marcharse sin decir nada. Cuarta copa de Silverio. Me le planto delante, le clavo la mirada y consigo que se refrene un rato, el estrictamente necesario para despedirme y marcharnos a Villablino.

Nada más entrar en casa siento una punzada de desasosiego. Las ventanas están cerradas y la mesa salpicada de desperdicios y ropa sucia. Solo he estado unos pocos días fuera.

—Silverio, esto parece una pocilga.

Tiene los ojos vidriosos, le cuesta centrar la mirada.

—¿Sabes lo que ha llegado mientras estabas fuera? ¿Lo sabes?

—¿Qué pasa?

Silverio se frota las sienes con las yemas de los dedos.

—¿Hablas de una vez o es que has bebido demasiado vi...?

Me da un puñetazo en el estómago antes de que pueda terminar la pregunta. Me deja sin aire en los pulmones, me coge del pelo y me arrastra por el suelo pegajoso y nauseabundo hasta aplastarme la cara contra una cuartilla.

De pronto me suelta, incongruentemente arrepentido.

—¡Es culpa tuya! ¡No me provoques! ¡No me provoques más!

Un portazo. Tengo que hacer un verdadero esfuerzo para despegarme la cuartilla de la mejilla al mismo tiempo que trato de recobrar el aliento.

30 de octubre de 1979

Chérie:

Me abruma lo que me cuentas en tu última carta, pero no creo que los problemas de tu marido se solucionen con

dinero. Está bien que quieras ayudar, al menos puede servirte para que compruebes que era solo una excusa. Ya verás el tiempo que tarda en inventarse otra para seguir sin aparecer por casa.

Una de las mejores maneras de perderse en los vericuetos oscuros de otro ser humano es no haber construido un laberinto propio donde refugiarse. Te lo dije mil veces, pero veo que te has comprometido a salvar a tu marido aun a riesgo de ponerte en peligro. Ojalá me equivoque y ese trago de más que se echa cada día no derive en algo peor.

Como sé que no piensas tirar la toalla, no voy a insistirte, pero te daré tres consejos. Primero, nunca permitas que un hombre te dé miedo. Son terriblemente cobardes, pero una vez se acostumbran a algo, no cambian. Si te amedrentan y no respondes, callarás siempre. Lo segundo es el uso del posesivo. No eres de su propiedad. Mi esposa, mi mujer, mi marido, mi hombre, mejor te refieres a él por su nombre y él a ti por el tuyo. Eso ayuda a que no se comporten como animales. Y tercero, si todo lo demás no funciona, lo dejas y te vienes a vivir conmigo.

Un gros bisou.

Camile

12. ATANDO CABOS

Sara se pone al teléfono con voz temblorosa. Le hice un amplio resumen de todas las veces que intentamos localizarla. Siente el tono incisivo en mi voz, no hago concesión, cada palabra es un dardo directo a sus excusas.

—Sara —digo con tono firme—. Cuéntame la verdad, dónde has estado.

—He estado en la cárcel. ¿Satisfecha? Pues ya lo sabes, angustiada por no poder despedirme de Enrique, asustada con la idea de perder a Luis, así me he encontrado este mes. Con un follón inesperado por culpa de Ali.

—Espera, espera. ¿Cómo que por su culpa?

—Bueno, por su culpa no.

—¿En qué quedamos?

Silencio.

—¿Sara?

—Un alijo de hachís, ¿vale? Llega a casa un día preocupado, te cuenta que ha tenido un problema, no quieres pensar demasiado en ello, te vas a la cama y... Bueno, al día siguiente las cosas son peores que el anterior y tomas partido...

Yo estoy escuchando, inmóvil, sin perder una sola palabra.

—Así que hice lo que se esperaba de mí. No tenía elección, Ana.

—Sara...

—A Ali podrían haberle caído muchos años y quedar marcado para siempre.

—Y fuiste tú a la cárcel.

—Aquí no hubo trampa, Ana. El abogado dijo que me pondrían en libertad con una fianza y cumplió su palabra.

No doy crédito. Ali, el coleccionista de arte, el profesor,

traficante de hachís.

—Ya te pido por favor que no digas nada —continúa ella—. Ali se pondría furioso si se entera. Tienes que inventarte algo en casa; tú sabes pensar bien, lo que sea que no provoque demasiadas preguntas.

—Habrá que decir que estabais fuera y no por voluntad propia.

—¿En qué estás pensando?

—En otro entierro. Ali tiene familiares en Marruecos, ¿no?

—Seguramente sí.

—Bueno, con eso basta. Pero Sara, yo también necesito un favor.

—Claro.

—Déjame hablar con Ali de negocios.

—Ni de broma —responde irritada—. No sé cómo te atreves a pedírmelo, ni siquiera sabe que estamos hablando ahora mismo.

—Te prometo que no sabrá nada. Conmigo puedes estar tranquila.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?

—Tengo problemas con Silverio y necesito ganar algo de dinero.

—Puede que no sea buena idea que sigáis juntos.

—Confío en que solo sea una mala racha.

—Pero él tiene un buen sueldo, no entiendo a qué vienen tantos apuros.

—Dice que gasto demasiado en comer y en mis cosas.

—Eso es jodidamente injusto, Ana. Se lo gasta en los bares.

—¿Y si vamos a visitaros a Marbella? —digo intentando sonar lo más espontánea posible—. Puede que a Silverio se le pegue alguno de los buenos modales de Ali.

—¿De veras? Llevas años dándome largas.

—Esta vez sí, hermanita.

—¿En serio todo esto es vuestro? —le dice Silverio a Ali nada más entrar en la casa una semana más tarde.

La amplitud de las estancias, los muebles, las joyas, el tamaño del vestidor, las tres chicas de servicio, el chófer filipino... Qué barbaridad. Silverio se apalanca en un sofá de mimbre y mullidos cojines floreados en la terraza con vistas al Mediterráneo y no deja de atosigar a Ali con preguntas y comentarios.

—¿Has descubierto las minas del rey Salomón, eh, historiador? ¿Lo ganas con las antigüedades? Oye, si necesitas un socio, estoy libre.

—¡Por la buena vida! —dice Silverio poniéndose en pie y levantando su copa de champán. El resto también nos levantamos y secundamos el brindis, casi forzados.

A veces Ali inclina su rostro hacia Silverio; otras, lo echa hacia atrás. Cuando se acerca se va poniendo serio y eso le produce a Silverio un cierto desconcierto. Ahora está encallado en la silla, fruto de su hechizo o abotargado por la cantidad de alcohol que ha ingerido. Sara le da una palmadita en la pierna y le dice que le va a servir más postre. Yo aprovecho para preguntarle a Ali por los mosaicos de la piscina.

—¿Y dices que son auténticos?

—Sí y no —responde Ali, y me tiende la mano con cordialidad—, ven, que te lo explico.

Nos quedamos al borde de la piscina, con las copas en la mano y nuestras sombras oscilando en la superficie.

—El fondo y las paredes son una reproducción casi exacta de uno de los fragmentos de mosaicos de la planta superior de la terma de Caracalla. ¿Has estado en Roma?

—Desde que me casé no he estado en casi ningún sitio.

—Disculpa, no quería entrometerme.

—Ni yo que Silverio termine con tus existencias de champán.

—Está bien si con ello evitamos que rompa algo.

—¿Puedo pedirte una cosa?

—¿Más champán?

—No. Empieza por «h» y termina por «s».

—¿Huevos? Puedo pedir que te los preparen, si es lo que quieres.

—Hachís.

Ya está, por fin lo he dicho.

—¿Un porro? ¿Es eso?

—Sabes a qué me refiero.

—Soy historiador, Ana —dice Ali sin inmutarse, y le da un sorbo a su copa de champán.

—Y yo una buena chica.

—¿Has hablado con Sara?

—No.

—Tu marido no controla. Y habla demasiado.

—No tiene por qué enterarse. Mis padres tampoco...

Me mira de frente, frunce las cejas.

—¿Me estás chantajeando?

—Oh, no, nunca haría eso. Sara es mi hermana, es preferible que sigan pensando de ti como hasta ahora. Al fin y al cabo, eres mi cuñado.

—Sí que lo estás haciendo —dice con los ojos muy abiertos.

Un tapón descorchado. Un grito. Nos volvemos impulsivamente hacia la terraza. Allí está Sara, con su vestido azul de seda empapado de champán, y Silverio muerto de la risa y agarrando la botella por el cuello.

—¿Cuándo podemos...? —le pregunto en un susurro.

—Cállate, Ana. Estoy pensando.

—Vale...

—Baja aquí mañana a las ocho. Le diré a la chica que prepare el desayuno y se vaya a hacer unos recados para que podamos hablar.

A las siete y media de la mañana el sol perfila el horizonte como un rotulador incandescente. Silverio sigue dormido. Me levanto sin hacer ruido, me pongo la bata y bajo la escalera. Ali está sentado a la cabecera de la mesa. Nada más verme mueve una silla.

—¿Café?

—Sí, solo, gracias.

A continuación, me sirve una taza casi a rebosar y coge los cubiertos.

—Si quieres algo de comer, sírvete tú misma.

Me mira con curiosidad mientras hago acopio de panecillos de distintos colores y me apropio de un plato de mermelada.

—Y ahora cuéntame, ¿cómo lo descubriste?

—Intuición. Sentido común. Simplemente até cabos —digo untando una rebanada.

—¿Qué cabos?

—Facturaciones, ganancias medias de negocios similares... Tienes una sola persona contratada, ni aplicándole a tu empresa un margen del setenta por ciento de beneficio salen las cuentas para comprar todo esto —señalo con la punta del cuchillo alrededor—, incluyendo, claro, esos mosaicos tan chulos de la piscina.

Ali deja la taza de café sobre el platillo y enciende un cigarrillo.

—Vale —el humo le produce escozor en los ojos, mueve una mano y la nube se desvanece—, pongamos que después de esta puesta en escena logras convencerme. ¿Dónde lo venderías?

—En Villablino —digo con la boca llena—. El único tío que lo vende vive en Ponferrada y eso queda muy lejos. Algunos chicos compran de más y lo revenden, pero nunca es suficiente.

—Tal vez a ese tipo no le haga mucha gracia.

—Tranquilo, si hay problemas, sabré manejarlo.

Ali se inclina hacia la mesa y murmura en voz baja:

—Está bien, voy a ponerte a prueba. Cincuenta gramos. Voy a fiártelos, si los vendes me pagas cincuenta mil pesetas y te mando una nueva remesa. Cada gramo a mil pesetas, ni una menos o tendremos problemas. Eso supone para ti una ganancia del cincuenta por ciento sobre el precio de coste. Con eso tendrás para comprarle a tu marido su propia bodega de champán. Los envíos te llegarán por correo ordinario sin remitente, si lo incautan te callas la boca y dices que no sabes nada. ¿Comprendido?

—Sí.

Ali sonríe y hace un gesto de cabeza.

—Y ahora disimula, que se acerca tu hermana.

13. TALENTO

Es domingo por la mañana y por el parque municipal de Villablino deambulan familias, jóvenes en bicicleta y algunos ancianos con sus nietos de la mano. La cola en el puesto de los refrescos es kilométrica, todavía no tiene las mesas y sillas desplegadas; es diciembre y hace un frío que pela.

Penélope ha hecho varias llamadas en los últimos días para tantear el terreno, y son seis los nombres que ya tengo apuntados en mi libreta, son pocos para colocar toda la mercancía, pero un comienzo prometedor. La zona de la fuente a la izquierda está llena de chicos, hacen corros alrededor de los bancos, tontean, ríen, se pasan el canuto. Podría caminar hasta ellos, decir «Ey, vosotros, ¿queréis chocolate?», pero eso sería exponerse demasiado. Prefiero usar a Penélope como gancho. Tiene morro, ya lo creo. Podría acercarse a ellos con la mayor naturalidad, entablar conversación y ofrecerles el costo como quien pregunta la hora.

Como no estoy segura de lo que voy a encontrarme, me he puesto una gorra y un chaquetón grande tipo militar para que alguien se lo piense dos veces si se le ocurre intentar robarme. Si percibo algo meteré la mano en uno de los bolsillos laterales para que piense que llevo un arma y me iré sin decir palabra.

El primero de la lista entra en el parque con unos minutos de retraso. Es el hijo *heavy* del dueño de un taller de chapa y pintura. Una buena pieza. Después de tres coches destrozados sigue paseando por el pueblo con otra máquina atronadora recién estrenada y con la música a todo meter. Mira un segundo hacia Penélope, que le hace un gesto con la cabeza para que siga recto.

Le pongo una barrita en la palma de la mano sin demasiadas contemplaciones.

—¿De dónde lo sacas? —dice oliéndola.

—Directo del moro.

—¿Cuánto?

—Mil pesetas.

—¿El gramo?

—Talento —le corrijo.

Ali me enseña algunas palabras en clave, nunca son suficientes o bastante enrevesadas, pero es mejor que nada.

—¿Y si te compro más?

—El mismo precio.

—¡No jodas!

—Lo tomas o lo dejas.

—Venga —dice respirando hondo y sacando un fajo de billetes de su vaquero—. Dame cinco de tus talentos.

—No esperes que este te compre mucho —dice Penélope cuando vuelve acompañada por el segundo de la lista, un chico gordo y antiguo compañero de instituto—, pero conoce mucha gente. ¿Verdad, Benito?

El tal Benito resulta ser *un máquina*. Se convierte casi de la noche a la mañana en mi mejor cliente y en mi mejor tarjeta de presentación. No estoy segura de si el cajón de mi ropa interior es el mejor lugar para guardar la mercancía, pero es el único en el que sé que no va a hurgar Silverio. Últimamente está muy pasado de vueltas, va y viene borracho del trabajo, a veces a temperaturas bajo cero. Hace tiempo que no se fija en mí, seguro que ahí no mira.

No tardo en tener que recurrir a la mentira. Le voy dando algo de lo que gano, lo justo para que no piense mal. Es mejor que crea que estoy limpiando casas mientras él está en el trabajo o por ahí haciendo de las suyas, así puedo preparar sin sobresaltos todo el hachís que quiera. Pongo música y lo troceo sobre la mesa de la cocina usando una espátula fina y lo peso en una pequeña báscula a la que al fin encuentro alguna utilidad.

Es imperdonable que mi matrimonio se vaya al traste por culpa del dinero. Puede ser que te enamores de otra persona, que

la convivencia sea un infierno, pero entre nosotros se interpone la bebida como un mal remedio. No guardo un recuerdo de mi familia donde se haya renunciado a luchar. Y yo no me rindo. Silverio no puede evitar ser tan insoportable. Sé perfectamente el problema que tiene, y que con cada trago se hunde un poco más en su miseria. Espero que cuando le cuente lo que voy a hacer se enorgullezca de mí. Pagaré la hipoteca, aunque sea solo parcialmente, y todo volverá a ser como antes.

Dejo los talentos de la nueva remesa preparados. Desprenden un aroma profundo a flores, tengo la sensación de que no se me va de las manos. En poco tiempo se corre la voz, llegan nuevos compradores y aquel rincón del parque parece el lugar elegido por un grupo de ancianos para jugar a la petanca, solo que ninguno pasa de los treinta y no hay bolas de colores. Nunca mantengo conversaciones demasiado largas, a veces incluso tenso la cuerda para que saquen el dinero cuanto antes. La demanda no para de subir.

—¿Te acuerdas de aquella chica embarazada que se llevaron del pueblo? —dice Penélope con la mirada perdida en un bloque de viviendas de protección que están construyendo frente al parque —, pues ya no tenemos ese problema, chica. Ahí hay sitio para criar a todos los niños que quieras.

—¿Y eso a qué viene?

—No sé, puede que si los tienes tú te olvides de nosotras y todo sea mucho más difícil para mí —dice mirándome con ojos extraviados.

—Lo mismo pensaste cuando me casé con Silverio y aquí seguimos.

—Es que un día mi padre se llevó al perro de caza y no regresó jamás. Fíjate que estupidez pensar así ahora por culpa de aquel perro, pero es que un día estaba jugando conmigo en casa y al día siguiente lo matan de un disparo al confundirlo con un conejo. Así me sentí de abandonada cuando me dijiste que te casabas.

—¿Te has fumado un porro?

—Un poquito, pero solo un poquito —dice juntando el índice

y el anular, resoplando para aguantar las ganas de echarse a reír.

—Joder, Penélope.

—Es que es muy difícil estar con todos y solo hacer que te tragas el humo.

—¿Qué no has entendido? —le digo al oído—. El trato era ganarte la confianza de los chicos, no darles confianza. Te lo dije: si pierdes el control, me pones en riesgo. No ves que... —por la calle aparece el coche de Silverio, a velocidad lenta, observándonos por la ventanilla—. Mierda...

—¿Qué?

Me levanto a toda prisa.

—Vete a casa, ya hablaremos mañana.

Esa noche me despierto sobresaltada con los ojos de Silverio abiertos sobre mí.

—¿De dónde sacas tanto dinero? —dice blandiendo las quince mil pesetas del cajón de mi ropa interior.

—Pero ¿qué haces? —respondo con los ojos entrecerrados—, deja eso en su sitio y acuéstate, que buena falta te hace.

—No me digas lo que tengo que hacer... —Echa el cuerpo hacia delante y me señala con el dedo, en gesto amenazante—. No vuelvas a decirme en la puta vida lo que tengo que hacer, eres mi mujer, ni Dios me dice a mí lo que hacer, ni Dios, ¿me oyes?

De pronto se detiene y algo cambia en su rostro. Se acerca a mí y comienza a pasarme la mano por todas partes. Me desconcierta.

—Vamos, vamos... —susurra. Y cambia nuevamente su expresión—. ¿Por qué no te mueves? ¿Eh? ¿Has estado follando con otro? ¿Te ha pagado? ¿Es eso? —Enciende todas las luces y se pasea por la habitación moviendo la cabeza de un lado a otro.

Me asusta. Recuerdo la carta de Camile.

—Es solo que estoy algo nerviosa, anda ven... —Le cojo la mano, dejo la cadera suelta y que se me tumbe encima, cualquier cosa con tal de que no siga abriendo cajones y descubra los montones de dinero que tengo escondidos.

O lo que es peor, el chocolate.

Cuando se corre, remueve los cajones de su mesilla de noche y tras apartar unos pantalones suyos, encuentra al fin su botella de anís. Saca de un mordisco el tapón, bebe un largo trago, tose, se seca los labios y permanece un rato al borde de la cama.

—Mañana vete a la compra y tráeme otra de estas —dice antes de dormirse.

1984

14. EL AGUANTE

Han pasado cuatro años y he de admitirlo: Camile conocía mejor que yo a los hombres.

Excepto algunas veces cuando estaba sobrio, Silverio era pura malicia. Los que no se enteraban de nada eran mis padres y mi hermana Ángeles. «Es increíble que hayas aguantado y sigas aguantando tanto.» En esa frase de Sara sí me reconocí. Y no fue agradable hacerlo.

De nada sirvió todo el dinero que había ganado, el alcohol era una especie de maldición que me perseguía con y sin hipoteca. A Silverio incluso le molestó que la cancelásemos. Con el transcurrir del tiempo entendí que le ayudaba a construir un discurso de víctima. Sin duda mis fingimientos, mis disimulos, mis más que notables esfuerzos por comprender su problema, habían hecho posible que llegásemos hasta un punto en el que supe que no se iba a curar.

Durante meses hicimos vidas separadas, cada cual por su lado. Pero con todo lo que había pasado, ¿qué me importaba si llegaba a casa más tarde o más temprano? Si alguien ahí fuera se ocupaba de él, aguantaba sus interminables y tortuosos monólogos, mejor para mí. Todavía siento muy reciente la última vez que se metió en la cama y se enfadó cuando me negué a tener relaciones sexuales. Hizo un elocuente movimiento con la mano, como si dijera «no me hagas pedírtelo por la fuerza». Lo recuerdo muy bien. Fue una amenaza nueva, un temor que me recorrería el cuerpo cada vez que le oía llegar perdido en unos de sus delirios.

No, no era posible que esto estuviese ocurriendo, no era

posible que ese hombre volviese a ponerme la mano encima y que yo no fuese a hacer otra cosa que aguantarme. Estaba harta, sin fuerzas, era como si hubiese permanecido lustros bajo tierra.

Entonces, en contra de todas mis previsiones de escapar de aquella vida, ocurre algo que lo cambia todo.

Es de madrugada cuando suena el timbre de la puerta. Me incorporo con los párpados bien abiertos y los cinco sentidos como antenas de caracol.

—¡Abran la puerta! ¡Policía!

Quiero ignorar las voces y concentrarme en las cosas comprometidas que pueden encontrar —básculas, cortadoras, hachís, unas ochenta mil pesetas en billetes de cien, quinientos y mil...— pero insiste tanto que llego a la entrada y abro la puerta temiendo que puedan acabar derribándola.

—¿Es la esposa de Silverio Mesías?

—Sí, ¿qué ocurre?

—Su marido, señora. Ha sufrido un accidente.

Me parece irreal, la voz del policía, sus delicadas maneras. Estaba convencida de que me enfrentaba a un registro domiciliario por tráfico de drogas.

—¿Y qué ha pasado?

—Se ha caído por el hueco del ascensor del edificio que están construyendo ahí enfrente.

—¿Y está bien?

—Me temo que no. Acompáñenos, por favor.

—Un momento —digo pensando en qué ponerme encima.

Los escasos comentarios que hacen los médicos en la sala de Urgencias me resultan, desde todo punto de vista, incomprensibles. «Médula, clivus, cóccix», términos médicos con los que tratan de explicarme sobre una radiografía la rotura que Silverio sufre en la espalda. El examen previo no detecta ni un solo acto reflejo.

Está paralizado de cuerpo entero.

A eso de las once de la mañana quedamos solos en la habitación. Me levanto de la silla, cierro la puerta y me siento al

borde de la cama.

—¿Me ves, Silverio?

Él desvía la mirada, la dirige más allá de mí, como si estuviera solo en aquella habitación de la tercera planta del hospital.

—¿No?

Me interpongo una y otra vez entre él y aquello en lo que intenta enfocar la mirada.

—¿No me ves o no me quieres ver?

Hasta que lo hace, me observa en silencio y con una expresión firme.

Dos horas más tarde me invade una extrañísima sensación de vacío cuando se muere. Entonces le retiro un mechón de cabello de la frente y me inclino para susurrarle al oído:

—Iba a dejarte de todas maneras.

PARTE 2
LA RUBIA

1987

15. TODO ES CUESTIÓN DE CONTROL

Sara se queda con la palabra en la boca, pensativa, el auricular pegado en la oreja durante unos instantes, hasta que le pido que me lo pase.

Al otro lado de la línea oigo la voz de Ángeles.

—¿Ana? ¿Eres tú?

—Hola, hermana.

—Benditos los oídos. ¿Cuándo vienes? Mamá no para de preguntar por ti.

—Dile que pronto, ¿vale? Estoy un poco liada.

—Es que no tuvimos tiempo de hablar la última vez. Te fuiste demasiado rápido. Y dile a Sara que venga con el niño, que últimamente tampoco nos hace caso.

—No te preocupes, se lo diré.

Sara está justo a mi espalda, diciéndole algo a una de las chicas del servicio. En cuanto cuelgo se da media vuelta y corre una silla hasta quedar pegada a mí.

—A mí no me metas en los planes de Ángeles. Ali y yo no podemos movernos ahora, tenemos una buena temporada de fiestas por delante este enero. Y sí, no podemos faltar. Ya sabes lo que piensa Ali: las relaciones lo son todo. ¿Qué diablos vas a decirle a nuestra querida hermana? Lo último que necesito ahora es este tipo de problemas. Lo mejor es que la próxima vez te lleves a Luis contigo y asunto arreglado —dice como si fuese un plan ya concertado—. Bueno, ¿y el trabajo qué tal? El muy ingenuo de Ali sigue sin contarme nada, pero habla maravillas de ti. Si no fueras mi hermana hasta me pondría celosa.

—El ingenuo de tu marido gana mucho dinero a mi costa, pero tengo otros planes y no pasan precisamente por seguir trapicheando en Villablino.

—¿No te va bien?

—Esa no es la cuestión, hermanita.

Sara suelta un gruñido satisfecho. La copa rebosante de champán, las uñas recién pintadas sobre el cristal de bohemia.

—Ya hablaremos de eso, ahora se hace tarde. Será mejor que te arregles.

—No tengo cuerpo para fiestas, Sara.

—Ah, ¿no?

Mi hermana se aleja con pasos cortos, taconea con elegancia y regresa con otra copa.

—Anda, bebe y relájate. Esta noche vendrá gente importante.

—¿De esa gente con relaciones?

Se produce un breve silencio.

—Ay, Ana, que ya sé por dónde vas. Si Ali se entera de que andas por ahí molestando a los invitados con preguntas la pagará conmigo por haberte invitado y yo haré lo mismo contigo. ¿Entendido?

—Vive y deja vivir —digo alzando la copa.

Con la mirada fija en algún lugar del salón por encima de mi cabeza, Sara comienza a repetir el nombre de la chica de servicio. Yo, en tanto, tengo la vista clavada en ella. Está realmente guapa. No tengo sus cualidades, tampoco las de todas aquellas mujeres impresionantes de las que habla, y mis modales son toscos y pueblerinos como para resultarle atractivos a los millonarios, pero tengo ambición. Suficiente como para no haber probado una gota de champán, la necesaria como para mantener mis sentidos alerta mientras los participantes en la fiesta dan rienda suelta a sus impulsos menos racionales y me enseñan su dinero.

Todo es cuestión de control.

Otto es un barón alemán, y además de ser atractivo —rubio, alto y robusto como un tractor—, puede llegar a ser un seductor

convincente. Cuantas más caían rendidas a sus pies, más las manipulaba para seguir viviendo del cuento. Eso me dice Sara en el aperitivo que precede a la cena. Por lo general, las mujeres que sucumben a sus encantos tienen más edad que él y le gustan poco o nada. Con la última había tenido que bregar con sus hijos, porque ellos intuyeron desde el principio que él solo buscaba quedarse con el suculento patrimonio del marido fallecido.

El barón frunce el ceño y simula concentrarse en lo que está diciendo un hombre de pelo cano y pañuelo anudado al cuello. El del pelo cano le guiña el ojo desde el otro lado de la mesa. Otto asiente, apaga el cigarrillo y se escabulle al baño. Cuando el segundo plato está sobre la mesa, el barón, sombrío como un forajido, regresa a su sitio y bebe un poco de vino.

—Vaya, vaya. Qué maravilla —dice acercándose a mi sortija. Habla castellano martilleando las consonantes—. ¿A qué te dedicas?

—A mis labores.

Alza los ojos y me mira.

—¡Eres una rica heredera!

—Nada más lejos de la realidad.

—¿Entonces?

—Viuda.

—Qué hermoso estado.

—¿Lo dices por experiencia?

—No, mis dos exmujeres siguen vivas. Por desgracia.

—Pues hoy elegiste mal el sitio.

—¿Por?

—No tengo dinero.

—¿Y qué tienes?

—Que soy observadora.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pon un ejemplo.

—No te gusta la comida.

—Eso es obvio, no he probado bocado.

—¿No aprendiste de pequeño a decorar el plato?

—¿Decorar?

—Haces montoncitos para que parezca que has comido. Y si es necesario te metes algo en la boca y lo escupes en la servilleta. Así —digo cogiendo el tenedor.

El barón sonríe, me aprieta la mano como si estuviésemos echando un pulso.

—¿De verdad te crees tan buena observadora?

—Apostemos.

—Muy bien, listilla. A ver si aciertas.

—¿Y yo qué gano?

—Mi admiración.

—Prefiero otra cosa.

—¿Qué?

—Que si acierto respondas a tres preguntas.

Al oír aquello, el barón se queda parado un segundo y luego se echa a reír.

—Vale —dice soltándome la mano y comenzando con el juego —: eres un codiciado soltero y acudes a esta cena buscando un buen partido. ¿A cuál de todas estas mujeres elegirías? —pregunta dejando que sus ojos salten por la mesa como la bola de una ruleta.

—¿Da igual si están casadas o solteras?

—Aquí se estilan los amantes, querida. De hecho, no tener amante puede ser considerado algo terriblemente ordinario.

Hay cinco posibles candidatas alrededor de la mesa. Para mi gusto todas muy emperifolladas, incluso pasadas de moda para el minimalismo imperante a principios de los noventa. Maquillaje pesado, pestañas oscuras y gruesas como si el estilo ligero, de líneas limpias de Christy Turlington, todavía no se hubiese propagado en las altas esferas.

—La morena delgada de melena por encima del hombro y labios color fresa. ¿La ves?

La mujer nos mira entrecerrando los ojos por encima de unas extravagantes gafas, como si supiese de qué va el juego que nos traemos entre manos.

—La veo.

—Usa un vestido gris antracita *Prêt-à-porter* de Yves Saint

Laurent de seiscientas mil pesetas. Todo bien si no fuera porque lleva unos zapatos de salón vulgares con la suela y el tacón demasiado desgastados.

—Venga, sigue.

—La Marilyn... —digo moviendo la copa de agua en dirección a la escandalosa rubia que no para de reírse— lleva un conjunto de chaqueta y falda *tweed* de Chanel valorado en quinientas mil pesetas, sería una buena candidata si no fuera por el bolso..., mmm, es falso: el Kelly exclusivo de cristales incrustados de Swarovski de Hermès vale unos seis millones de pesetas y no tiene unas costuras tan toscas.

—*Wow*. ¿Y ahora?

Me fijo en una de pelo castaño de ojos negros que lleva una coleta baja muy pegada a la nuca.

—¿La que se parece a Audrey Hepburn? —apunta el barón.

—¿Tratas de confundirme?

—No...

—No intervengas.

—No lo hago.

—Ese vestido negro con apliques dorados anudados al cuello a modo de collar de Ralph vale un millón. Lleva a juego unas sandalias de satén de Prada de ciento cincuenta mil, pero la manicura no es profesional. Esas manos son las de una trabajadora. Quizá una enfermera reconvertida en «señora de» —digo del modo más remarcado que puedo.

El barón está encantado. Expectante, se inclina hacia mí y me sugiere la siguiente.

—Aquella.

—Aquella no cuenta.

—¿Por?

—Es mi hermana.

—¿Sara es tu hermana?

—Sí.

—¡Vaya! Pues solo nos queda una...

La mujer es alta, de hombros marcados. Fibrosa. Lleva un vestido *print* muy ajustado por debajo de la rodilla. No aparenta ser

demasiado mayor hasta que sonríe y veo las arrugas en las comisuras de los labios. Debe rondar los cincuenta.

—El estampado del vestido es de Dolce & Gabbana, una marca que está causando furor en las pasarelas. Sus diseños son caros, pero todavía bastante asequibles, alrededor de unas ochenta o cien mil pesetas. Está al día en lo que a moda se refiere, eso significa que viaja mucho. Sin duda sería la mejor elección.

—Dios mío —dice el barón cogiendo su copa—. Es Unda Husenbach, la heredera de una de las fortunas más grandes de Europa.

—¿Satisfecho?

—Completamente.

—Pues deja el vaso. Te toca cumplir con tu parte.

—Está bien, pregunta.

—¿Se gana dinero con la coca?

—¿Qué?

—Vamos, barón... —le digo en tono de confesión, dejando caer la vista en el hombre del pañuelo de seda. Su sonrisa es forzada, raramente natural, sus ojos no paran quietos y saltan de un lado a otro de la mesa. La mirada del barón es distinta. Más bien al contrario. Es suave y acogedora—. Os he visto ir y volver del baño. Tú sigues tan normal, pero a tu amigo parece que le ha dado el baile de San Vito. Creo que eres un camello, pero de lujo. ¿Hay un nombre para los camellos de lujo?

El barón me sirve vino tinto, al tiempo que aparta la mirada.

—Relaciones públicas.

—No, gracias —le digo y aparto el vaso.

—¿Nunca te relajas? —responde el barón.

—No cuando estoy cobrando una apuesta.

—¿Qué sabes del tema?

—He movido algo de hachís.

—La coca funciona mucho mejor. Es pura matemática.

—¿Y cómo se hace?

—¿Y cómo sé que no vas a joderme?

A continuación, aparece Ali, está saludando uno a uno a los invitados seguido de una somnolienta Sara, con su moño alto

medio deshecho de tanto pelear con el servicio y la cocina.

—¿Qué tal todo? —pregunta Sara.

—Todo muy bien, hermana.

—Mentirosa —dice señalando el plato—, lo has decorado.

—Eso es por los nervios.

—¿Tú, nervios? —se inclina para hacerme una confidencia mientras el barón se levanta para saludar a Ali, que está justo detrás—, espero que no sea por culpa de nuestro Romeo.

—No digas tonterías.

—¿Y de qué hablabais tanto?

—Digamos que él necesitaba cierto asesoramiento sobre mujeres.

—¿Y la elegida?

—Tranquila, no corres peligro.

Sara sigue junto a Ali saludando a los invitados; el barón se sienta de nuevo a mi lado, coge la copa de vino, saborea un trago y dice:

—Te espero mañana a la una en la terraza Marbella.

16. OFERTA Y DEMANDA, QUERIDA

—Qué bien te sienta la luz —exclama el barón cuando me ve llegar —. Estás radiante. Siéntate, por favor.

—Gracias.

Un camarero llega moviéndose entre las mesas como un esquiador profesional.

—¿Qué tomará la señora?

—Agua con soda.

—Yo me tomaré otro vermú —le dice el barón moviendo el hielo del vaso como un sonajero.

—Marchando.

El barón se queda observándome.

—¿Qué miras?

—A ti. Me tienes intrigado, hermana de Sara. Las mujeres no suelen fijarse en este tipo de negocio. Prefieren arrimarse a los que lo hacen, ya sabes, amantes que viven despreocupadas y a lo grande.

—Yo no soy así. Tampoco Sara.

—¿Cuál era tu segunda pregunta de ayer?

El camarero deja las bebidas sobre la mesa.

—Cómo se hace.

—Ah, sí. Oferta y demanda, querida. Necesitas un proveedor de material y una cartera de clientes. Si además sabes cortar el producto puedes sacarte dos gramos por cada uno que compras y ganar el doble.

—¿Y si lo mío fuera más la logística que la venta?

—¿Y tú qué sabes de logística?

—Trabajé en unos grandes almacenes.

El barón emite un bufido:

—No puedes hablar en serio. ¿Por qué querrías hacer algo

así? Ese es un terreno peligroso, ¿me entiendes? Supongo que podría darte algunos encargos, que trabajes para mí y ganes algo de dinero por tu cuenta. Tu cuñado es una persona conocida, puedes abrirte puertas, aprovechar sus relaciones...

Hay toda una declaración de intenciones en esos puntos suspensivos.

—Has prometido contestar la pregunta.

El barón muestra su sorpresa abriendo los brazos, pero se rinde casi al momento.

—Necesitarías a alguien para poder entrar. Alguien que confíe en ti las llaves del castillo. Mira —el barón muestra un rostro humilde, como si la alta cuna en la que había nacido fuese poco o nada en ese mundo—, entrar en uno de los clanes no está al alcance de cualquiera, y te la juegas a la mínima.

—¿Y dónde está ese castillo?

—Imaginaba que esa sería tu tercera pregunta.

Por encima del ruido de vasos y comandas de cocina, se oye la voz de una mujer tatareando *Lady Starlight,* de Scorpions, como si fuera la canción más alegre del mundo: *I see de stars, they are miles and miles away. Like our loooove...* Yo no estaré viendo las estrellas, pero estoy igual de asombrada de encontrarme hablando de tú a tú con un decadente noble alemán en medio del paraíso. Sí, el paraíso, porque Marbella es el lugar elegido por aquellas personas cuya única preocupación es no morirse.

—Casi todos los castillos —añade el barón sonriendo de una manera que me lleva a pensar que empiezo a caerle bien— están bastante pertrechados por aquí. En Madrid las cosas son más fáciles, por decir algo.

—Madrid está bien, no quiero involucrar a mi familia en esto.

—¿Bailas salsa?

—No.

—Pues aprende. Tendrás que meterte a fondo con los colombianos y ganarte su confianza —hace un curioso movimiento con la mano y extrae de alguna parte una espectacular pluma de oro—, déjate caer por esta discoteca y pregunta por Arango. —Me entrega una servilleta de papel con un nombre y una dirección.

—La Fuente —leo en voz alta.

—Es la discoteca donde trabaja, un reducto de narcos. Él es como un *sherpa* de la montaña, conoce perfectamente el terreno en el que se mueve, dónde están los peligros y las posibilidades. Si buscas una oportunidad, él es tu hombre.

Ali da un respingo cuando me ve entrar en la cocina. Tiene las manos embadurnadas de crema de cacahuete. Parece un niño pequeño asaltando la nevera.

—Estaba hambriento, pero en una hora comemos en... —Ali se interrumpe. Me mira de reojo, haciéndose, claro, una pregunta más que obvia—. Pero ¿te vas?

Llevo encima un vestido ajustado, los labios gruesos pintados de rojo, el cabello rubio y ondulado sobre los hombros, unos zapatos de tacón de infarto y la bolsa con mis cosas colgando de la mano.

—Sí, a Madrid.

—Espera un momento. ¿A vivir?

—Sí, he alquilado un apartamento en La Vaguada del tamaño de uno de tus cuartos de baño.

—¿Y para cuánto tiempo?

—Por mucho.

—No tienes que hacerlo, puedes trabajar aquí conmigo.

—Sara acabaría por enterarse. Y ni tú ni yo queremos eso.

—¿Y qué has pensado? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a trabajar de «relaciones públicas» en una discoteca.

—¿Qué discoteca?

—La Fuente. ¿La conoces?

Ali me mira con espanto, como si le hubiera dicho que iba a ser condenada a muerte.

—Pero esa discoteca es de los narcos colombianos —dice.

—Lo sé. Pero también sé que cuatro kilos de coca valen tanto como una tonelada de lo que tú vendes.

—Mira —dice cogiendo una de las servilletas que Sara le ha dicho mil veces que no use para limpiarse las manos—, si estás

pensando en hacerte narco, olvídalo. Los colombianos no van a darle esa oportunidad a una mujer. Solo te usarán como moneda de cambio para sobrevivir a sus adversarios. O algo peor.

—No te preocupes, no pienso acabar de amante de nadie.

Ali se queda callado, pensativo. Da un largo suspiro antes de coger la bolsa de mis manos con la intención de acompañarme al coche.

—¿Me llamarás?

17. UNA ATMÓSFERA OSCURA Y TENEBROSA

Camino por delante de la barra, dejo atrás a dos tipos gordos y con camisas estrafalarias y me siento en una silla cerca de la zona de servicios. Me quedo observándolos y a mi propio reflejo, distorsionado, deforme, en el cristal de espejo de la columna que tienen detrás. Cuando un momento después oigo una voz dentro de la barra, mis cuidadosamente ensayados planes de actuar con la mayor naturalidad posible están a punto de irse al traste.

—¿Tú eres Arango?

—Si es posible me actúa como si no fuera la primera vez que nos vemos. ¿Qué va a pedir?

—Agua con gas.

—Y yo que quería tomarme unos días cuando mi amigo el barón me llama y me habla de usted —me cuenta el hombre, que corona el vaso con una sombrillita de colores—. ¿Qué vaina es esa? A ver, ¿qué es lo que busca?

—Que me presentes a las personas adecuadas.

—Me vale un culo lo que usted quiera —dice con la vista en la parte derecha de la pista, donde un grupo de hombres y mujeres están recogidos bajo una atmósfera oscura—, trabaje para mí y si lo hace bien puede que algún día la ponga en la jugada. ¿Ve aquel grupo?

Giro sobre la butaca y, llevada por el impulso, la casualidad quiere que quede justo de frente a ellos: españoles, reconocibles por su ropa de marca. Añaden sillas a una mesa abarrotada y no paran de pedir bebidas a los camareros.

—Los veo.

—Son los universitarios y ejecutivos que vienen del centro a bailar con las nenas y a pasarla rico.

Bebo un trago largo. Se nota que tienen dinero.

—Esa... —dice Arango más tranquilo, incluso ha cambiado de postura y empieza a balancearse sobre los talones con los primeros acordes de una canción— es la razón de que estemos aquí hablando usted y yo. Ya sabe lo que tiene que conseguir, ¿cierto?

—¿A cuánto el gramo?

—Cinco mil.

Un momento de silencio, dos trompetas, el estruendo de una batería y la gente que se lanza a la pista al ritmo del *Siempre seré,* del músico puertorriqueño Tito Rojas.

Uno de los chicos pijos de la mesa no para de mirar a todos lados. Me acerco, le entro directamente, está tan desesperado que deja caer uno a uno cinco billetes de mil pesetas en mi mano. Cierro el puño y le digo que espere sin moverse. Él asiente y se apoya en la columna, con las manos en los bolsillos, expectante.

—Vea pues... —dice Arango contando los billetes detrás del mostrador—. ¿Y le dio la plata sin más?

—Sí.

—Supongo que se fía porque es española. Tenga —dice poniendo el puño sobre mi mano.

—No me des nada.

—¿Qué?

—Yo no toco la droga.

—¿Cómo así?

—Te traigo el dinero y tú haces la entrega.

Arango no contesta. Su mirada se ha trabado con la mía.

—Si triangulas la entrega dificultas el seguimiento —le digo aparentando seguridad—. Confundes a la competencia y de paso a la pasma. Solo hace falta esperar un minuto y ver si todo está en orden.

Arango tarda en contestar; cuando lo hace, parece extrañado.

—¿Dónde ha aprendido eso, mija?

—En unos grandes almacenes.

—¿Les robaba la mercancía?

—Ideé la manera para que otros dejaran de hacerlo.

—Listo, pues. Mientras yo me encargo de ese man hágame algo de su magia con esos dos —dice mirando de reojo hacia la

izquierda.

No parecen de los que se meten en líos, los he visto pagar las consumiciones y presumir de un buen fajo de billetes. Sonrío. Se acercan.

—¿Dónde vives? —me dice uno de ellos.

—Eso, ¿dónde? —repite el otro.

Como no puedo dar ninguna dirección, ignoro las preguntas y voy mareando la perdiz hasta que hacen la pregunta del millón.

—Coca de toda confianza —les digo moviendo la mano en horizontal.

En febrero comienzo a salir con un hombre llamado Manuel. Lo conocí en Degaña una mañana de domingo mientras Ángeles y yo hacíamos la compra. Acertó a mirarme en el momento adecuado y fue como si el universo se confabulase para que hablásemos a la entrada del supermercado: yo iba a dejar el carro después de que cargáramos la compra en el maletero del coche y él no tenía una moneda para sacar un carro de la cadena. Uno dice una tontería, el otro dice otra, risas, un intercambio de números de teléfono y a continuación una despedida prometedora.

Un mes después lo acompaño en un viaje de negocios a Ponferrada.

Sobre las nueve de la noche entro en la discoteca donde hemos quedado. Manuel está en una mesa al fondo con dos hombres y cara de celebración. Me mira, aparta un momento la mirada, se acaricia el bigote. La bola de luces de la pista gira sobre sí misma, me ciega por instantes. De pronto ya no está. Me dan un codazo por la espalda y tropiezo; por suerte me recompongo a tiempo para no caerme de los tacones y me dirijo al *hall*. Lo raro es que no lo veo por ningún lado.

El portero se percata de que busco a alguien, está a punto de acercarse cuando una mano me coge del antebrazo desde atrás. Es un tirón suave y delicado. Me doy la vuelta.

—Hola, señorita.

Me fijo en sus ojos, en su bigote y en su pelo negro, peinado y

reluciente.

—¿Sí, caballero? —digo intentando sonar enigmática, seductora y afable al mismo tiempo. Me gusta ese juego.

—¿Me daría un cigarrillo?

—No fumo.

—¿Y qué tal si la invito a una copa?

—Tampoco bebo.

—Pero algún vicio tendrá, ¿no?

—Solo uno.

—¿Cuál?

—Tú.

Rodeo el cuello de Manuel con los brazos y lo beso en los labios. Él se aparta, mira por encima del hombro, me devuelve otro beso más discreto. Dice:

—Me dan la obra. Los dos edificios.

—¡No me digas!

Me mira fijamente, recreándose en la victoria.

—Uno, que sabe cómo convencer.

—Conmigo no será tan fácil.

—¿Ah, no?

—Prueba a ver.

Me besa de nuevo.

—¿Qué tal? —pregunta.

Lo miro con aire crítico.

—Mucho mejor.

Sonríe.

—Espérame. Me despido y vamos a celebrarlo.

Después de cenar, recorremos el pasillo de la tercera planta del hotel y pasamos por varias habitaciones de las que cuelga el letrero de NO MOLESTAR. Voy de puntillas detrás de él, con los tacones en la mano y ahogando las ganas de echarme a reír. Yo me habría parado a escuchar lo que estaba pasando detrás de alguna de aquellas puertas. Seguro que Manuel no es el único hombre casado que está pasando la noche con una chica.

La luz de las lámparas a los lados de la cama es tenue. Un lugar pensado para parejas que saben aprovechar el tiempo. Me

quito el vestido y me quedo en ropa interior.

—Ven, ven a la cama —dice él desabrochándose la camisa.

Le pido un instante más. Le bajo los brazos y me quito el sujetador. Tengo los pechos grandes y sé que le impresionan. Los acaricia por debajo con ambas manos, como si fuera el pastel al alcance de un niño. No recuerdo que tenga los labios tan carnosos hasta que los siento sobre mis pezones y comienza a lamerlos. Sí, soy su amante y disfrutamos sin límites. Me hace sexo oral como nadie. Exhausta y satisfecha, cierro los ojos. Con mi jugo vaginal todavía en su boca, me besa y se tiende a mi lado. En ese momento siento que algo me nace adentro, una corriente de ternura a la que no estoy acostumbrada.

Manuel es la evidencia que hasta ahora me niego a aceptar: no todos los hombres en este mundo rinden culto a su propia satisfacción. En cierta forma, algo tan intrascendente como aquella muestra de amor hace crecer en mi interior la sensación de haber expulsado todo el odio. Antes corría al baño con los labios apretados y la imperiosa necesidad de expulsar la viscosidad lechosa de Silverio en el lavabo. Eso cuando el alcohol no le impedía tener una erección lo suficientemente estable para penetrarme por la fuerza. Entonces esperaba a que se quedase inconsciente, me daba una ducha con agua tibia y restregaba mi cuerpo para borrar las huellas de esa tragicomedia de vida de la que jamás tendría que haber formado parte.

A la mañana siguiente, mientras Manuel vuelve a León con su mujer y sus hijos, aprovecho para ir a Degaña. No puedo quedarme más que una noche porque el verano está siendo especialmente movido en La Fuente, un verdadero hervidero, aunque para hervidero mi recién estrenado Opel Kadett por culpa del maldito aire acondicionado que solo echa aire del desierto. Voy con las ventanillas abiertas, repartiendo la mirada por los árboles frondosos que acompañan el camino a casa, cuando veo aparecer a mi padre.

—¿Qué tal, hija, todo bien?

Qué reconfortante es el abrazo de aquella piel que lleva toda la vida conmigo... Hace tiempo que he dejado de ser una niña, pero

aquel cuerpo enjuto y sin aristas a pesar de los duros años de la mina me sacude.

—Todo bien, papá.

—Anda, vamos con tu madre.

Mamá está frente al televisor viendo un programa con estampas de verdes prados y bosques. Una imagen que pone en movimiento la máquina del recuerdo. Me siento a su lado y le cojo la mano.

—¿Qué tal estás?

—Bien, hija, un poco dolorida.

—Es la espalda. Le duelen las vértebras —dice mi padre.

Noto la emoción en sus ojos.

—Es que estoy tan contenta de verte... no es que quiera que tú..., bueno, ya se me pasará, ya sabes que tu hermana tampoco viene mucho.

—Vendré más. Te lo prometo. Solo necesito un poco de tiempo para terminar cosas en Madrid.

—¿Y qué tal te va allí? —pregunta Ángeles desde la puerta.

Ha llegado hace un instante con el pan y se ha apresurado a sentarse a nuestro lado. Me da un beso en la mejilla y se une a la conversación. Esquivo sus preguntas sobre lo que hago en Madrid con monosílabos que no llevan a ninguna parte.

—¿Entonces qué haces exactamente?

—Trabajo en administración.

—¿De secretaria?

—No, soy la que pongo en contacto a los proveedores con los clientes.

Paso una hora midiendo cada palabra, preguntándome durante la sobremesa lo que voy a responder cada vez que Ángeles vuelve a la carga. Quienes creen que todo es bueno o malo son los más difíciles de manejar. Y yo todavía estoy aprendiendo a defender mis propias mentiras en esa difícil carrera que supone llevar una doble vida.

18. SALSA

Dos días antes de Semana Santa, cuando queda lejos mi última visita a Degaña, la gente se apretuja a la entrada de La Fuente. Alguien me presenta a Conchi, una bogotana con la piel del color de las hojas del tabaco y con una diablura natural que encandila a todo el que se cruza en su camino. No tendría muchos años más que yo, estaría por los treinta. Su vestido de dibujos enloquecidos me recuerda un campo de girasoles. Se vuelve hacia la barra para pedir un par de consumiciones. El vestido, demasiado ceñido, no aguanta en su sitio cuando se reclina para susurrarle al camarero algo al oído.

—¡Dele! —me grita Conchi pasándome un cóctel mientras se recoloca el vestido.

—¿Qué es esto? —respondo confundida—, te pedí agua.

—Para qué le hace falta el agua ahora, mamita. ¡Pruébelo!

La miro seria. Doy un sorbo. Con una mueca le hago entender que me gusta.

—¿Qué le decía yo? —añade—. Ya verá ahora qué bien nos entendemos.

Nos acomodamos en un rincón, lejos del bullicio. Antes de que pudiera preguntar nada, ya me está hablando de su vida. Ha tenido una infancia dura, dos hermanos, uno muerto y el otro trabajando en una plataforma petrolífera en el Pacífico norte. Dice que nunca tuvo padres.

—¿Y entonces cómo sabes que tienes hermanos?

Imagino que para eso no tendría respuesta. Pero sí. Y fue más obvia de lo que esperaba: eran los chicos con los que se crio en el orfanato. Tal y como ve el mundo Conchi, lo importante es el aquí y el ahora, su *sancta sanctorum* es vivir sin organizarse demasiado. Me mira y percibo su inteligencia.

—Ponga cuidado, cuando hay que sobrevivir lo mejor es ponerse una máscara y hacer de la vida un carnaval.

Cojo la copa y me arrellano en el sofá en el que nos hemos sentado.

—¿Sabes una cosa, Conchi? Puede que algún día trabajemos juntas.

—¿Usted y yo? —dice ella mientras se le agrandan los ojos.

—Sí.

Las piernas le quedan al descubierto muy arriba, demasiado arriba cuando descruza las rodillas y se inclina hacia mí.

—De una, mamita. Si usted consigue que Arango y los otros la dejen trabajar por su cuenta, me le mido —dice chocando su copa contra la mía—. Por lo general aquí a las mujeres las quieren para otras cosas.

Conchi y yo nos podíamos pasar toda la noche ahí sentadas. Teníamos química.

Una hora más tarde, Arango me apremia desde la barra. Hay trabajo que hacer. Y será que no voy atenta, que la pista está demasiado llena o las luces demasiado bajas, pero tropiezo con un hombre alto y ancho y le echo encima su propia copa.

—Ay, perdón —digo pasándole la mano por la solapa de la chaqueta.

—Tranquila —dice el hombre dejando la copa encima de un altavoz gigantesco—, la culpa es mía, que venía a buscarla.

El hombre alto tiene cuarenta y muchos, sonrisa felina, y aunque la música no me deja discernir su acento, sin duda es colombiano.

—Usted es la española que trabaja con Arango, ¿cierto?

—Eso dicen. ¿Y tú eres?

—Un amigo.

Por La Fuente iban cada noche personajes de lo más variopintos, competían por ver quién tenía la mejor ropa, andaba en el coche más caro o llevaba más droga encima. Arango reservaba el privado para los invitados, clientes habituales y

colombianos recién llegados a la ciudad que se paseaban con sus armas enfundadas en las braguetas mostrando lo machos que eran mientras discutían este o aquel trato. Las chicas se entregaban incondicionalmente a la fiesta, alguna incluso se desmayaba con la nariz a punto de explotar de tanta cocaína. Supuse que si ese tipo no estaba en el privado, no sería tan amigo de Arango ni alguien importante.

—Me ha costado una plata —dice frotando una mancha—, pero no pasa nada si me lo paga con un bailecito.

—Yo no bailo con desconocidos.

—Ya le dije que soy un amigo —suelta con tono desenvuelto mientras me agarra la cadera.

—Antes dijo que era culpa suya —digo apartándole la mano.

—¿Y eso qué significa?

—Que no le debo ningún bailecito.

El hombre alto sacude la cabeza, incrédulo. Dice que nos veremos pronto con un matiz de enojo en su voz. No me importa, incluso me divierte dejarlo plantado.

Arango parpadea varias veces, como si no pudiera dar crédito a lo que digo.

—¿Usted de verdad le dijo eso?

—Te lo advertí cuando nos conocimos: no estoy aquí para ser la amiguita de nadie.

—Ay, Señor. ¡Hasta mi cucha, que en paz descanse, sabría que ese man es Tony Lobo y que su hermano maneja mucha coca en Bogotá! Tony es el representante acá de su oficina.

—¿Su oficina?

Arango parece inquieto. Traga saliva, fuma, me mira, vuelve a fumar y se explica mejor.

—Si alguien necesita esto o lo otro, se dirige al representante de la oficina acá y este habla con los jefes de allá. ¿Me sigue?

—Con los proveedores.

—Eso mismo.

—¿Y ahora qué?

—Tenga calma, déjeme pensar... Tony Lobo no abandona fácilmente. Si se ha fijado en usted será por el trabajo que hace aquí. Y eso es bueno para usted y para mí. Vamos a esperar. Arreglamos los pedidos aquí afuera y me vuelvo dentro.

—¿A otra de tus fiestas privadas?

Sonríe, se pasa el dorso de la mano por la nariz y deja escapar una risita.

—Sí, tengo invitados.

Me quedo un momento mirándolo fijamente.

—¿Qué te pasa? —digo inclinándome sobre la barra.

Arango deja el cigarrillo y se toca la nariz.

—Nada. ¿Por?

—Se te ha hinchado.

Se la miro ostensiblemente. Las aletas demasiado brillantes, con una aureola blanquecina.

—Deja de meterte coca, Arango.

—Bah, qué maricada, fue solo un poco.

Una noche se forma una tormenta horrorosa acompañada de contenedores de basura derribados y la ropa en los balcones expuesta a un viento huracanado. Recojo el tendedero, bajo las persianas y me derrumbo en la cama. Estoy tan cansada que me quedo dormida de inmediato. Pero en torno a las siete me levanto sobresaltada por unos ruidos.

Una voz masculina, el timbre, risas de mujer.

—¿Qué haces aquí? —digo abriendo una rendija en la puerta sin liberar la cadena.

Tony Lobo está empapado, tiene las mejillas enrojecidas y la camisa manchada de carmín. Viene acompañado por dos muchachas que parecen clones, solo que una es más morena y va cargada de sortijas de bisutería.

—Abra, hijueputa —rezonga.

—Un momento.

Trato de amortiguar el estrépito metálico de la cadena para no poner en alerta a ningún vecino.

—¡Uy, qué divina la española! —La morena se aparta un poco de la puerta y mira a Tony Lobo como si estuviera enfadada—. ¿No le gustará ella, papá?

—No no no...

Cojo del brazo a Tony Lobo para impedir que continúen con el escándalo allí afuera, aunque todavía no tengo ni la más remota idea de lo que están haciendo en mi casa. Es más alto y corpulento de lo que recordaba. Viste pantalón de lino y chaqueta a juego, un poco más clara; parece un latinoamericano trasplantado por equivocación a la otra punta del mundo. Una bandolera le asoma por debajo de la chaqueta.

—Vamos, papacito, dígaselo ya y nos vamos a la cama. —El tono de la muchacha lo serena, le devuelve a la cabeza lo que fuera que han venido a hacer.

—Guarde esto... —musita con lentitud y arruga los labios mientras se desabrocha la riñonera y me la entrega—, quiero que usted me lo esconda.

—¿Tiene baño? —me dice la otra muchacha quitándose los tacones.

—Ahí —le indico con un dedo.

—No se preocupe, *my darling*. Es de fiar, ¿a que sí? —dice la morena arrugándole la boca a Tony Lobo con una mano y besándolo en los labios.

—¡Ay, deje! —dice él, que nada más soltarse está a punto de perder el equilibrio. Ella ríe y señala su chaqueta.

—Anda, saca la cartera y ponte otra rayita.

—¡No!

—Mejor preparo café —digo.

Tony Lobo frunce el ceño notoriamente.

—Tampoco.

—¿No? —confirmo.

En ese instante se oye la cisterna. La otra muchacha aparece recolocándose el vestido, corre hacia Tony Lobo y en un solo movimiento se escurre entre sus brazos y lo besa como si no tuviese otra cosa mejor que hacer en su vida.

—Vamos... —ronronea cerquita de su boca.

—Sí, vamos —dice él, y levanta pesadamente los brazos para que las dos muchachas lo abracen.

Un par de horas más tarde continúo sentada frente a la mesa del comedor deshojando la margarita. ¿Será coca o solo un paripé? La duda me carcome a tal punto que me lanzo y corro la cremallera de la riñonera.

Pero suena el teléfono.

Parece que el mundo se ha confabulado para no dejarme mirar dentro.

—¿Sí?

—No, papá. La semana que viene... Te lo prometo. Iré a veros seguro.

Hablo sin perder de vista la riñonera. Cuando por fin cuelgo, vuelvo a sentarme frente a la mesa. De inmediato me arrepiento de mirar dentro: en el salón hay una ventana amplia. Menos mal que mi arrebato de curiosidad no es completo. Cierro la cremallera y voy al dormitorio, esta vez actúo decididamente y saco del interior una bolsa de plástico.

Es más de lo que pensaba. Mucho más. Un kilo, por lo menos.

Cualquier otro momento, tanto más si he trabajado desde las doce de la noche, seguro que me habría acostado de nuevo, pero no todos los días aparece un desconocido en tu casa con tanto polvo blanco como para rebozar croquetas para un regimiento.

Me maquillo lo justo, me recojo el pelo en una coleta y me siento en el salón con la vista fija en la puerta. Oigo ruido en la zona del lavabo.

Me late muy fuerte el corazón, no hay espacio para la duda, cojo unas tijeras por el mango y recorro a saltitos los metros que me separan del cuarto de baño. Tardo casi un minuto en oír otro ruido. Un instante antes de entrar aprieto la mano con todas mis fuerzas, no quiero que las tijeras se me escurran si pinchan hueso.

—¡Fuera de mi casa! —digo saltando dentro.

Suelto una mirada larga e intensa a todos los rincones. Una mancha negra sale de detrás del lavabo, salta sobre el inodoro y se

escapa por la ventana dejando a su paso un desaforado bufido.

—Puto gato. —Cierro la ventana y vacío de una sola vez los pulmones mientras el gato camina encorvado por el alféizar y luego salta al balcón de otro piso—. Muy bien, Ana, todo está en orden, no hay de qué preocuparse.

Cuando Tony Lobo aparece por fin sobre las siete de la tarde ya me he serenado.

—¡Hola...! —Dejo el final de aquel saludo suspendido en el aire, pues nada más abrir la puerta Tony me echa a un lado.

—¿Dónde está? —Me mira—. Ay, marica, esta vaina sí es mala. —Se pone a observar el salón describiendo un círculo casi perfecto—. ¡Dígame que está aquí! —Se detiene un instante para verme asentir con un gesto—. ¡Hijueputa!

—Sí, siéntate. La tengo guardada ahí dentro —digo señalando hacia el dormitorio—. Así que tranquilízate, ahora vuelvo.

—Gracias, menos mal.

Tony se impone calma levantando una mano en el aire. Respira aliviado cuando le entrego el paquete. Lo palpa, hace una pausa para recomponerse y logra pasar en un instante del estado de hombre a punto de ser sentenciado a muerte al de capo de la droga.

—Lo ha hecho muy bien.

Para él fue una bendición encontrarme. Con la borrachera que llevaba, ese paquete pudo haber acabado en manos de cualquiera. Pero acabó en las mías.

—Quiero pagarle bien. —Su forma de inclinarse hacia mí, las chispas que brillan en sus ojos..., espero una buena cantidad, y no me equivoco; deja sobre la mesa un fajo enorme de billetes y después otro—. Trescientas mil, se las ha ganado.

Intento disimular la emoción.

—Gracias.

—Confío en usted..., aunque sea española, ¿podría ocuparse de más?

Para que estuviese seguro del todo, dejo de mirar un

momento el dinero y, muy despacio, levanto la vista y lo miro directamente a los ojos.

—Sí.

No da oportunidad para nada más. Se levanta como si la silla estuviese en llamas y me sacude los hombros ligeramente.

—Los tiene bien puestos. Sí señora —añade besándome en la frente—, pero que muy bien puestos, rubia.

Rubia. Él me lo puso. Es el sobrenombre por el que seré conocida de ahí en adelante.

19. TRES REGLAS DE ORO

—¿Vas a tardar mucho? —pregunta Manuel.

—¡Salgo ahora!

Debo estar ridícula, sentada en el inodoro con las dos rayas de Predictor tomando forma ante mis ojos.

—Te espero abajo, no tardes.

En el vestíbulo hay un olor a comida recién hecha, cruzo por el medio de un grupo de hombres y entro en el comedor amueblado con mesas de madera maciza. Está en una junto a la ventana, con los ojos fijos en la etiqueta de una botella de vino.

—Estás guapísima —dice nada más verme.

—Gracias.

—En serio, tendrías que echar un vistazo a tu espalda para entenderlo.

—¿El qué? —pregunto mientras me siento frente a él.

—Cómo te miran. Soy la envidia.

—Pues ya puedes cuidarme.

—Sabes que sí, amor.

Nos miramos intensamente. De pronto, repara en la botella de vino.

—Espera, que te sirvo una copa.

—No, esta noche prefiero agua.

—Venga, mujer —insiste Manuel.

—Que no.

—¿Qué te pasa?

Sonrío, deslizo una mano hasta la suya. Siento miedo y a la vez una emoción indescriptible. Me muerdo el labio inferior, joder, qué nervios.

—Estoy embarazada.

Manuel se queda inmóvil, en silencio.

—¿No vas a decir nada? —suelto al cabo de unos segundos.

—Es que no sé qué decir.

—Pues que te alegras, por ejemplo.

Escruto su cara, el menor gesto. Y ahí están esas pequeñas arrugas que se le forman en la comisura de los labios cuando algo le disgusta.

—¿Cómo? —pregunta—. ¿Cómo ha ocurrido?

—Follando, supongo.

—Por favor, Ana.

El camarero se acerca.

—¿Han elegido los señores?

—Un momento, por favor —responde Manuel—. ¿Y de cuánto estás? —dice lo suficientemente bajo para que nadie pueda oírnos.

—¿Y eso qué importa?

—Contéstame, por favor.

—Tal vez dos meses.

—Perdóname, amor. No es fácil de asimilar.

—Tampoco lo es para mí, ¿sabes?

—Cuidaré de vosotros. Ya lo verás.

Subimos a la habitación, me detengo al borde de la cama y antes de desnudarme del todo camino lentamente, sinuoso el cuerpo, por delante de la ventana. Después giro para que Manuel me siga viendo como una de esas actrices preparadas para rodar una escena erótica. Disfruto de aquel juego de seducción, no quiero que mi estado cambie las cosas.

Me subo a horcajadas; veo su rostro, más precisamente sus ojos: el resto de su cuerpo está bajo las sábanas. El amor que sentimos es obsesivo, estremecedor. Se corre, me corro, ardo por dentro y casi me desvanezco. Le beso el pecho, le cojo la cara.

Le digo que lo quiero.

Más o menos un mes después de nuestro primer y lucrativo encuentro, sobre las cuatro de la tarde, Tony Lobo aparece en casa completamente sobrio y sin ninguna de sus amiguitas. Deja caer otra bolsa sobre la mesa con gran estrépito. Parece más pesada que

la anterior.

—No la toque, no la abra —dice bajando la voz como si me estuviera haciendo partícipe de un gran secreto—, dentro hay tres kilos.

—Es mucho.

—Le pagaré más.

—¿Cuánto?

—Quinientas mil.

—¿Cuánto tiempo tengo que guardarla?

—Una semana.

—A más tiempo, más riesgo.

Sé que me necesita, lo veo en sus ojos. Subirá la apuesta. Lo sé. Estoy usando la táctica correcta, sabe que la cosa funciona conmigo, así que me quedo callada. Me sale la vena asturiana, como de pequeña.

—Bueno pues, dígame cuánta plata quiere.

—Ochocientas mil.

Tony Lobo asiente con una sonrisa.

—Está bien. Pero deje la discoteca. Desde ahora usted trabaja para mí.

Parpadeo mientras asimilo lo que eso significa.

—Antes de que pregunte nada, Arango estará de acuerdo, tranquila. Hay cosas que no hay que explicar. Si yo recluto a alguien, él lo acepta. Esto es una cadena.

Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca un sobre. Lo pone en la mesa, al lado de la bolsa.

—Un adelanto.

No necesito hacer la pregunta. Respondo con lo único que se me ocurre:

—Gracias.

A medianoche me sobresalta un ruido. Tengo la impresión de que ha sonado dentro del dormitorio; abro los ojos con pánico y veo que una sombra se abalanza sobre la cama y me tapa la boca. Entonces fijo la atención en su calva y en lo que lleva en la mano.

Un cuchillo. Me pregunta si voy a gritar; muevo la cabeza para indicarle que no. Clava la mirada en otro tipo enorme con pinta de indio comanche y en un santiamén dejo de verlo. Creo que he analizado todo eso en una fracción de segundo. Vuelvo la vista al frente y otra vez muevo la cabeza con angustia.

—Mi amigo impone, ¿verdad? —dice apartando la mano de mi boca—. Una vez casi asfixia a un man con el peso de su cuerpo. Se le tiró encima y no se movió hasta que los pulmones de aquel desgraciado se deshincharon como un globo. El man pensó que iba a matarlo porque no lograba ponerse en pie. Tuvimos que levantarlo entre tres. Imagínese la escena. El pobre diablo quedó tan asustado que nos pagó más de la cuenta. ¿Y la bolsa?

—¿Qué bolsa? Qué...

—La de la sal, si le parece.

El indio regresa, se acerca al calvo y le susurra algo al oído.

—No está en la cocina —me dice el calvo moviendo la punta del cuchillo por encima de mi cara—. Dígame dónde la esconde.

—Estoy embarazada, por favor...

El calvo se me abalanza, amenazante.

—¿Usted me quiere engañar a mí?

—No, se lo juro.

—Le doy dos segundos.

Comienza a mover la punta del cuchillo por encima de mi vientre.

—No sé qué decirle. De verdad.

—Bueno, usted lo quiso. Uno, dos...

—¡Espera! —grita el otro—. Dale una última oportunidad.

—La bolsa.

—No sé de qué me habla. —Me la estoy jugando. Me van a matar. Pero por puro instinto mantengo mi posición.

—Pues váyase despidiendo de su hijo. Aquí mismo la rajamos.

Me quedo helada. Un segundo. Dos. Tres. No nos movemos. No me salen las palabras. El calvo hace una pausa reflexiva. A continuación, baja el cuchillo y me mira sonriente.

—Prueba superada, Rubia. Así es como la llama el señor Lobo, ¿no? Yo soy Romero y ese con cara de poco hablador es

Cárdenas. Somos sus ayudantes.

Él, Cárdenas, resopla aliviado, como si su intervención hubiese evitado que el calvo hubiese llegado más lejos. Su mirada es limpia, determinada, me recuerda al indio bueno de una película del oeste americano que durante la emboscada se desmarcaba de la tribu y salvaba a la protagonista de morir con el resto de la caravana.

Oigo un golpe en la puerta, al que siguen dos más con una cadencia parecida a una clave en morse. Los dos hombres se dirigen hacia ella mientras me pongo unos vaqueros. Antes de llegar a vestirme del todo el calvo ya me está preguntando:

—¿Puede traer la bolsa?

Me dirijo a la cocina, la típica estancia llena de recovecos oscuros y una pequeña trampilla que oculta la llave de paso del agua, muy propio para esconder algo. Tony Lobo entra en el momento justo en que estoy sacando la bolsa.

—Bien hecho, Rubia. En este negocio lo importante es saber el lugar que uno ocupa y, sobre todo, no intentar joder a los que mandan.

Le entrego la bolsa y bebo un vaso de agua de un solo trago.

—¿Se siente bien?

—Sí, ¿y lo mío? —le pregunto intentando disimular el ataque de nervios.

—Aquí. —Saca de la chaqueta un sobre igual que el que contenía el anticipo y observa con curiosidad como los fajos de cincuenta mil pesetas discurren entre mis dedos.

Entonces me habla en voz baja, de manera clara y explicativa:

—Verá, yo formo parte de algo grande, tengo la droga que necesito y sin pagarla por adelantado. ¿Sabe por qué? Porque soy una persona de palabra, y en este mundo la palabra es el mayor triunfo, el mayor tesoro.

Asiento y Tony Lobo me imita de buena gana.

—A mí la tarta me llega pura —continúa diciendo—, la corto y se la vendo a los mayoristas, que a su vez se la venden a camellos como Arango, que se encargan de mantener contenta a la clientela. Entrego, cobro al contado, pago lo debido a la oficina y me

embolso la diferencia. ¿Me sigue?

—Lo importante es maximizar las ventas...

—Qué pelada más pilas... —fija los ojos en los míos—, le daré un diez por ciento de las ganancias si lo hace bien. ¿Tiene algo para apuntar?

—Sí —digo cogiendo papel y lápiz.

—Mañana por la mañana a las once. No, mejor a las doce y media —añade sacudiendo la cabeza— que hoy tengo cena. En esta dirección...

Mientras la dice tan bajito que apenas puedo oírla, escribo intentando no perder detalle de lo que cuenta a continuación.

—... hay tres reglas de oro. Uno: aprenda bien nuestra jerga y no se equivoque, al dinero lo llamamos facturas y a la coca, tarta, nunca de otra manera. Dos: no diga nada comprometido por teléfono. Y tres: por nada del mundo me venda. Si lo hace, será un sapo. O una sapa. ¿Sabe lo que es un sapo?, un chivato. Y les pasa lo peor que le puede pasar a una persona. Tengo que decírselo ahora, voy a ser muy claro, esto no depende de mí, es mucha plata la que está en juego, se corre mucho riesgo...

No necesito que diga lo que el destino depara a los chivatos. Los que viven de esto tienden instintivamente a los extremos, y en este mundo la traición se paga caro.

—... no solo se mata a los sapos, se les hace desaparecer, nadie vuelve a saber de ellos, nunca se les encuentra y las familias sufren una terrible angustia el resto de sus vidas. —Sin darme cuenta rompo la punta del lápiz apretándolo contra la hoja—. ¿Hay algo peor? Pues sí, a veces, si la cosa es muy grave, les matan primero a los hijos. Usted está esperando el suyo, ¿cierto?

1988

20. LA LLAMADA

Javier, mi hermoso Javier, nació el 4 de marzo. Al sentir los latidos de su corazón sobre mi pecho fue cuando reconocí el amor verdadero. Supe, o eso quise pensar, que nunca me iba a alejar de él, que estaríamos juntos toda la vida. Y mira. Aún lo veo. Puedo revivir esa escena todos los días. Levanta la cabeza un instante, sus ojitos lo escrutan todo, se posan sobre los de su padre. Manuel compone un rostro infantil, una imitación casi perfecta de Javier. Me consuela pensar que puede traer algo bueno. Durante los últimos nueve meses me he sentido acompañada y abandonada al mismo tiempo. Manuel entraba en mi vida por momentos, desaparecía durante semanas, nuestra relación se había convertido en una sucesión de instantes inconexos. De pronto el niño comienza a llorar, aparto la sábana y le digo que lo deje a mi lado. Los llantos y los gemidos cesan en cuanto encuentra mi pezón y comienza a succionar. Poco a poco se calma y se queda dormido.

—Esto es para ti —dice Manuel entregándome una pequeña caja de terciopelo azul. Es muy atento, muy amable, como en los primeros meses de nuestra relación.

El rojo encendido de dos rubíes asoma dentro de la cajita. Alzo la cabeza en dirección a Manuel. Nuestras miradas se cruzan. Él sonríe.

—Estás loco —le digo.

—Por ti —me dice él.

Me pone cuidadosamente la sortija, me besa, sigue atentamente los movimientos de mi mano y los brillos rojizos por las paredes blancas. Podría parecer una pedida de mano en una

desangelada habitación de la sección de Maternidad del Hospital de Caboalles de Abajo, pero es solo un espejismo que se desvanece en un instante:

—He abierto una cuenta en Villablino a tu nombre. No quiero que al niño le falte nada.

La crudeza que queda flotando en el aire es de lo más desalentadora. Para mí es como si dijese «cumplo mis obligaciones contigo como lo hago con mis trabajadores».

—No voy a pedir que lo reconozcas. Puedes estar tranquilo.

Lo digo definitivamente, seca y cortante.

—No me malinterpretes, amor.

Manuel lo que quiere es no tener que hablar demasiado de nada. Comienza a mirar compulsivamente su reloj. Es la antesala del consabido «es tarde, tengo que marcharme». Parece que las emociones tienen caducidad entre nosotros. Dejamos de estar juntos en cuanto nos vemos, como un tren que pasa a toda velocidad por la estación y nos deja una sensación de vacío.

Antes no me importaba. Ahora sí. Por Javier.

Nuestro hijo.

Qué hermoso es.

Cuando Sara se asoma a la puerta de la habitación, Manuel se pone en pie y se abrocha el botón de la chaqueta con premura.

—¿Ya te vas, cuñado? —dice Sara.

—Las obras no duermen.

La excusa perfecta. Siempre hay una obra que atender.

—Espera que os saco una foto.

Sara enseña una moderna cámara que trae colgada del hombro y la enfoca hacia Manuel.

—No tengo tiempo.

—Oye, si tienes prisa, lo entiendo. Pero de aquí no te vas sin una foto.

Manuel pone los ojos en blanco.

—Relájate un poco, cuñado. Mira qué boca, estás de lo más tenso.

—Es lo máximo que puedo relajarme.

—Venga, Manuel —digo yo.

—Está bien.

Es la imagen de un padre perfecto. Mira a Javier directamente a los ojos mientras su mano minúscula y blanquecina se aferra a uno de sus dedos.

—Dios mío —exclama Sara una vez nos quedamos solas—. Este hombre tiene verdadero miedo a que su mujer lo pille contigo —me mira fijamente la mano, recreándose en la sortija—, pero sabe cómo hacerse perdonar.

—¿Y tú? ¿Qué tal con Ali?

—Me tiene repleta de joyas.

—Esos son muchos perdones.

—El único riesgo que corro últimamente es que se me ahogue un invitado en alguna de sus macrofiestas.

—¿Tan salvajes son?

—Te lo puedes imaginar.

—Manuel es del norte.

—¿Quieres decir de una sola mujer?

—Sí.

—O sea de ti.

—Su mujer no cuenta.

—El que hace un cesto hace un ciento, hermanita.

Se oyen unos pasos fuera y Ali aparece con un ramo de rosas amarillas.

—¿Y Manuel? —pregunta—. Me ha parecido verlo abajo.

—Sí, cariño. Ha salido corriendo —dice Sara.

—Tiene mucho trabajo —digo yo tratando de disculparlo.

—Bueno, esto es para ti —me dice Ali—. Hemos pensado que podrías venirte unos días a Marbella.

—Tiene que recuperarse, cielo —dice Sara—, pero no es mala idea... —Me guiña un ojo.

Los dejo seguir. Supongo que toda persona vive un momento crucial en su vida, definitivamente el mío es el nacimiento de Javier.

Un día de octubre que voy a Degaña, Penélope me cuenta que ha

visto a Manuel por Villafranca en compañía de otra mujer. Se había marchado del parador sin despedirse de ella, como si estuviese haciendo algo inapropiado. La verdad es que en ese momento mi confianza en el sexo masculino está en horas bajas, pero mi madre está bastante enferma y prefiero pensar que no se llega a ser un empresario de éxito siendo un comodón. Hay cenas, reuniones de trabajo, obligaciones que atender.

—No creo que sea nada —digo para quitarle importancia al asunto.

—Ya, pero eres mi amiga y tengo que avisarte.

Estamos sentadas en el banco de la entrada de casa y con la voz sonante de mi madre de fondo, que está con Javier en el salón.

—¿En serio no se te ha pasado por la cabeza que haya echado una canita al aire? Ana, es que después del embarazo y con un niño de siete meses...

—No, él me quiere.

—Mira que siempre has sido muy ingenua con los hombres.

—¿Podemos cambiar de tema?

—¡Ana, teléfono! —dice Ángeles desde el interior de la casa.

—¿Quién es? —pregunto sorprendida.

—¡Un tal Tony!

Joder. Me pongo en pie incómoda y cojo el bolso.

—Espera —dice Penélope interponiéndose entre la puerta y yo—. Llévame contigo.

—¿Qué dices?

—Por favor, Ana.

—No.

—Esta vez no volveré a cagarla. Lo juro.

No consigo atravesar la puerta sin antes aceptar como condición una comida las dos solas para hablar del asunto...

—Te pedí que no me llamases aquí —le digo a Tony casi en un susurro.

—Lo sé. Pero esto es urgente, créame. Necesito que ayude a los muchachos. Unos gitanos están dispuestos a comprar un pastel bastante grande, el problema es el viejo. Ya sabe cómo son entre ellos. El viejo parece que ha tenido problemas antes con unos

paisas de Medellín y no se fía. Pero mira por dónde, usted es española...

—¿Y de cuándo hablamos?

—De pasado mañana.

Ángeles se disgusta, frunce el ceño, me reprocha el cambio de planes:

—No puedes meterle esa paliza de viaje al niño. Acabas de llegar.

—¿Y si os lo dejo? Es posible que esté de vuelta en un par de días.

—Bueno, ¿en serio? Sería genial tener a este tesoro correteando por ahí, ¿verdad, mamá?

Mi madre parece tan emocionada que estoy pensando en dejarlo más tiempo. Me tiende la mano derecha. Es huesuda y de piel frágil, como el papel.

—Ay, qué alegría acabas de darme, hija.

Cuando ya estoy lo suficientemente lejos de casa, paro el coche en el arcén, abro el bolso y me pongo el flamante anillo de zafiro que me he comprado con los beneficios de mi nuevo trabajo. Por nada del mundo quería llevarlo en el dedo y enfrentarme al interrogatorio policial de Ángeles sobre la manera en la que me gano la vida.

21. UNA MUJER DE RESPETO

Una valla con la cara medio borrada del excandidato a las últimas elecciones generales por el partido socialista preside la entrada a la Cañada Real Galiana. Ya no se lee ni el nombre, solo sobreviven al sol las flechas pintadas que marcan el camino hacia el cuartel general del clan de los Beatos. Miles de personas circulan cada día por los ramales cercanos, pero pocos se atreven a tomar la salida en esta dirección. Las fachadas de edificios se pierden varias calles antes dejando sitio al desorden. Chabolas destartaladas, talleres vacíos, coches carbonizados..., resulta imposible conducir recto, cada cien metros hay túmulos de escombros que nos obligan a maniobrar haciendo eses. Hay sombras que aparecen y desaparecen, reflejos metálicos en la oscuridad, ojos que vigilan nuestro lento avance.

Cuesta creer que este sea el lugar elegido, y más que me hubiese atrevido a cruzar el vallado y adentrarme en aquel aparcamiento lleno de máquinas despiezadas con mis dos acompañantes, a los cuales tampoco es que conozca demasiado. Es un lugar perfecto para desaparecer sin dejar rastro.

De la nave al fondo del aparcamiento sale un hombre joven, gordo, con el pelo corto en las sienes y largo en la nuca, tipo *chunguito,* vestido con una camisa remangada. Hay otros dos por detrás que parecen sus clones, pero de cuatro tallas menos. El primero saluda a Cárdenas y a Romero, a mí apenas me mira.

—Cuando vengáis a hacer negocios con mi abuelo no volváis a traeros a una de vuestras putas —dice el primero.

—Esta dama ha venido a cerrar el trato —dice Romero.

—Ya no nos fiamos de los colombianos.

—Es española. La manda el jefe.

El hombre, al que llaman el Zurdo, abre las piernas y cruza

las manos ante la mirada de Cárdenas y Romero. Finalmente inclina la cabeza en dirección a mí y sonríe.

—¿De verdad crees que mi abuelo va a aceptar negociar contigo? Tus amigos saben que no. Te han traído solo para que respondas por ellos, ya sabes, si algo falla vamos a buscarte, te follamos mis primos y yo hasta que no puedas ni moverte y luego te metemos en algún agujero.

—Deje ya de joder, Zurdo, y llévenos de una vez con Don Olegario.

Romero se ubica detrás de mí con las manos dentro de la cazadora, las mandíbulas apretadas y la mirada saltando del Zurdo a los otros dos.

—Pero las armas se quedan aquí.

—Eso no entra en el trato —dice Romero.

—Dejad las armas.

—Ni de vaina, hermano.

—Pues que entre la mujer sola.

—La mujer no puede.

—La mujer sí puede —digo yo.

Estaba muerta de miedo, pero visto lo visto antes que retroceder prefería jugármela con el patriarca. El nivel de testosterona que flotaba en el ambiente había escalado mil grados y amenazaba acabar de la peor manera.

—Vamos —añado.

Romero mira a Cárdenas con premura. Cárdenas se encoge de hombros.

—Daos un paseo con mis primos. —Los ojos del Zurdo se posan en los otros hombres.

Romero no está de acuerdo, da un paso adelante, pero me interpongo en su camino y le quito la bolsa de la mano.

—Tranquilo. Yo me encargo.

Romero se resiste. Más que frustrado, está enfurecido y tragándose lo que considera un insulto, pero Cárdenas lo coge del brazo y se lo lleva a regañadientes. Ambos discuten en voz baja mientras me escrutan. Romero con absoluta desconfianza. Cárdenas con una mirada que no logro descifrar del todo.

El Zurdo espera hasta que Cárdenas y Romero avanzan y se reúnen con sus hombres; solo entonces me deja pasar al interior. Cuando la reja metálica se cierra tras de mí y quedamos sumidos en la oscuridad, me siento como un ratón atrapado en una pequeña jaula.

Entrega la muestra, entrégasela y que decidan. Si les gusta, anotarán la marca de la coca y harán un pedido.

Camino en las sombras pisando fuerte para hacer ruido, para dejar claro que considero también mi territorio aquella desangelada nave perdida en medio de la nada.

Entonces miro al suelo. Y allí, en una esquina inmunda, veo algo que llama mi atención: es un osito de peluche de color crema. Le falta un brazo. Hace un mes, Ángeles me había acompañado a una juguetería en Degaña para que le comprara un regalo a Javier. La dependienta me había ayudado a elegir un peluche exactamente igual. No sigo mirando, levanto la vista y la clavo en la espalda del Zurdo, no quiero pensar en nada que me haga flaquear las piernas.

Al pasar un recodo me golpea el olor penetrante de la gasolina. La llama que sobresale de un bidón en medio de la estancia, el crepitante sonido de la madera que arde en su interior, las cenizas que levitan en círculos y se consumen ante mis ojos, no son nada comparado con la conmoción que me produce ver al patriarca del clan, al viejo Don Olegario, sentado, con las manos cruzadas sobre un bastón, inescrutable y cadavérico como un muerto.

A sus ochenta y dos años ha recorrido un largo camino desde que era un joven y apuesto hombre que mediaba entre las autoridades y la comunidad gitana ante el fracaso de las políticas de reinserción social. Le llamaban el Beato porque llevaba una vida cristianamente ejemplar como predicador evangelista en las ceremonias religiosas, pero la muerte de uno de sus hijos a manos de la policía franquista lo hizo enloquecer. Se volvió hermético y desconfiado, y coordinó a las bandas del sur de Madrid para organizar el tráfico de heroína bajo un solo mando.

—Me pregunto cuál es la razón por la que tu jefe ha mandado a una mujer.

El patriarca no levanta aún los ojos de su bastón. Lo hace girar con los dedos, como si tratase de leer una bola de cristal en el pomo.

—¿Es un problema?

—Contesta la pregunta.

—No sabría decirle, pero aquí dentro tengo lo que quiere —digo sacudiendo la bolsa.

—¿Qué sabes tú de eso?

—No mucho.

—Si no lo sabes... —Don Olegario inclina el cuerpo sobre su bastón, sus labios tiemblan antes de moverse—, no eres una mujer de respeto.

—Nunca podría serlo.

—¿Por qué no?

—Solo una mujer gitana puede ganarse ese privilegio.

Don Olegario se reclina sobre el respaldo de la silla alejándose de sus manos, que siguen cruzadas sobre el bastón.

—Muestras respeto al conocer nuestras costumbres.

De hecho, estuve leyendo algo sobre la ley gitana porque imaginaba que algo así podía ocurrir.

—¿Cómo te llamas?

—Ana Garrido.

—¿Y de dónde eres, Ana Garrido?

—De las montañas leonesas, Don Olegario. Hija de mineros.

—Mineros... —Me mira con ojos profundos, reflexivos, que parecen llevar años no haciendo otra cosa que observar—. Está bien, Ana Garrido, veamos qué ofreces.

El Zurdo me quita la bolsa, con suavidad pero con firmeza. Se la entrega a otro hombre pequeño, rápido de movimientos, que extrae el paquete del interior y lo deja sobre una mesa que queda a la derecha del bidón sobre la que hay algo de instrumental y una pequeña báscula. Busca al Zurdo con la mirada, como para recabar su consentimiento.

—¡A qué esperas, payooo! —le increpa el Zurdo.

El hombre rasga ligeramente el plástico y extrae una pequeña cantidad, no mayor de la que cabría en una cucharita de café. La

introduce en un tubo de ensayo lleno de líquido viscoso y transparente y lo sacude en el aire.

Es amoniaco, la mezcla se quema al fuego y lo que queda marca la pureza de la coca.

Apenas veo lo que hace, es como si sus manos hubiesen quedado en la penumbra excepto la llama del pequeño soplete que mueve bajo la cuchara. ¿Será químico? ¿Tal vez un profesor universitario que obtiene un dinero extra con el que pagar los estudios de sus hijos? Una eternidad después, el hombre vuelca el poso ya seco en la báscula y mira a Don Olegario con cara de satisfacción.

—Noventa por ciento —dice.

—Aparta. —El Zurdo hunde la uña del meñique en la coca, se la lleva a la nariz y la esnifa de golpe. La expresión de su rostro queda en suspenso como una interrogación, hasta que unos segundos después ladea la cabeza y parpadea nerviosamente con ojos chispeantes y satisfechos—. ¡Sí que es buena!

Don Olegario se incorpora, lentamente, cargando el peso en el bastón.

—Trabajaremos con cien kilos. Y tú, idiota —dice torciendo la cabeza hacia el Zurdo—, guarda la nariz y apunta la marca.

En cuanto piso Degaña tres días más tarde, lo primero que hago es pasar de nuevo por la juguetería. Me encanta ver la cara de Javier cuando llego llena de regalos, y mientras se entretiene rompiendo apresuradamente el papel que envuelve la caja de un enorme peluche, le voy enseñando a Ángeles toda la ropa que he comprado en las tiendas más pijas de Serrano.

—Mira qué monada —digo sosteniendo en alto un pantalón de tela escocesa.

Ángeles lo sujeta en alto:

—Esto le va a quedar pequeño enseguida.

—No importa.

Ángeles sacude la cabeza como si el despilfarro le resultara incomprensible. Toda o casi toda su ropa había sido heredada por

Sara, y luego por mí, a veces excesivamente remendada.

Manuel, que sabe que me paso la mañana en casa con el niño, va a verme sobre el mediodía y comemos juntos. Todo muy correcto, demasiado correcto, lo nuestro comienza a parecerse a un matrimonio y yo no estoy hecha de la misma pasta que su mujer.

Es durante uno de los viajes que hacemos cuando me doy cuenta de que algo ha cambiado. El propósito es el de encontrar tiempo para nosotros, por si el niño fuese la razón de nuestros escasos encuentros sexuales. Vamos a un bar, Manuel pide una copa, luego otra, no para de hablar y sigue bebiendo hasta la hora de la cena. Tiene problemas en la empresa, cita casi de memoria el párrafo de una sentencia que condena a su empresa a indemnizar a la administración con una buena suma de dinero por un desgraciado incidente en una de las obras.

—Es una verdadera putada —dice estirando el cuello para mirar al camarero—. Me va a costar un dineral.

—De eso quería hablarte.

—¿De dinero?

—Sí.

—Puedo manteneros.

—No quiero tu dinero.

—¿Entonces?

—Míranos, parecemos unos de esos matrimonios que llevan veinte años casados.

—Es solo una mala racha, primero el niño, luego esto...

—¿Cómo que el niño?

Manuel carraspea, titubeante:

—No me refería a eso.

—¿A qué entonces?

—¿Dónde se ha metido ese maldito camarero?

El camarero le dirige una mirada de disculpa.

—Diga, señor.

—Necesito otra. —Levanta el vaso.

—Enseguida.

—Perdóname —dice Manuel tras un incómodo silencio—, es por el juicio, me tiene nervioso.

Esa noche subimos discretamente en el ascensor. Estamos uno frente al otro como dos completos desconocidos. Fuerza una sonrisa y se inclina para dejarme pasar cuando se abre la puerta. Nada más entrar en el dormitorio, resopla, se desanuda la corbata y se sienta en la cama con gesto derrotado.

—Estoy agotado.

—Has bebido más de la cuenta.

Se queda pensativo unos segundos antes de contestar.

—Bueno. Yo no seré nunca un obstáculo si es lo que quieres.

Me agacho para bajar la cremallera de los botines, y mientras lo hago, mientras me descalzo, le hablo sin mirarlo.

—Anda, duérmete.

1989

22. COMO MÁSCARAS DE CARNAVAL

El miércoles 8 de marzo, después de celebrar el primer cumpleaños de Javier en el nuevo piso que alquilo en el paseo de La Habana, me voy un par de días a Marbella.

He quedado a comer con Sara en la terraza del Antonio, uno de los restaurantes de moda en Puerto Banús, pero antes voy al bulevar comercial a evadirme un poco y contemplar los escaparates y sus maniquíes de mirada extraviada, que parecen bastante menos logrados que los de Sederías Catalanas. Quiero observar, sentirme parte de algo para no pensar demasiado en Manuel y en lo que nos está ocurriendo.

Últimamente rehúye de todo lo que tiene que ver con mi familia, rehúye de las comidas, del pueblo, de los murmullos, del ambiente de chismorreo en el que la gente vive. Está demasiado susceptible, siempre alerta. Hay algo que no me cuadra: ha cambiado la manera de mirar, la forma de vestir, la forma de combinar las prendas, detalles que conforman ese pequeño universo que da sentido a lo que somos. El día de la fiesta apareció con una camisa del mismo tono que la americana, un toque atrevido para alguien tan tradicional como él. No estuvo más que un minuto para darle a Javier una locomotora de juguete. Cuando se fue, Javier dejó de trastear con el trencito y se puso de pie en el parque; la emoción de sus ojos, convertida en curiosidad, se dirigió enseguida a la mesa; quizá le llegaba el aroma a chocolate que impregnaba el bizcocho. Sonreí y, sin dejar de mirarlo, corté dos pedazos y lo saqué del parque. «Papá se lo pierde.»

Sara llega diez minutos después de lo acordado, tiempo suficiente para que pueda echar un ojo a la fauna que me rodea: mujeres y hombres que parecen tan inaccesibles como animales exóticos: ellas con sus floridos vestidos imitando la piel de un felino, ellos con sus camisas almidonadas con puños de doble vuelta que transmiten la solidez de una huella de elefante, por todas partes joyas que brillan como mil ojos en la noche de la sabana africana... Se para por el camino a saludar a una pareja, parecen hermanos, con el mismo pelo moreno y rostros anodinos, tan bronceados y risueños como los de la misma Sara, supongo que consecuencia de una vida sin complicaciones. Pido agua; ella, un martini seco. Señala a sus amigos en la distancia y ríe cuando me mira.

—¿Sabes quiénes son? —pregunta.

—No.

—Al Kassar y su mujer, Dounia. ¿Te acuerdas del palacio que se parece a la Casa Blanca?

—Cómo olvidarlo.

—Esta noche hacen una fiesta.

—Qué bien.

—Les dije que eres mi hermana y vendrías conmigo.

—No, no quiero acostarme tarde.

—Aburrida.

—Y tú, disoluta.

—Venga ya.

—Mira y sufre:

Las pupilas de Sara se agrandan en cuanto le enseño el rubí que llevo en el dedo.

—¿Te lo ha regalado Manuel?

—No, me lo compré yo solita.

—¿Cuánto?

—Ochenta mil pesetas.

—Voy a tener que ponerme las pilas.

—Pienso tener más que tú algún día.

Sara enarca la ceja ante el comentario, que lleva implícita una pregunta que quiere hacerme desde hace tiempo.

—Has dejado el menudeo, ¿verdad?

—Sí. Ahora trabajo con un pez gordo.

—Bueno, después de todo, el barón ha servido para algo más que para vaciarle la cuenta a viudas ricas.

—Ni se te ocurra decir nada.

—Ni loca.

Teniendo en cuenta que Sara tuvo un hijo de soltera en un pueblo de montaña y que se casó con un marroquí que trafica hachís bajo la coartada de un negocio de antigüedades, no es difícil imaginar que tengamos una complicidad especial.

—Quiero hacer mucho dinero, Sara, no quiero mirar atrás y ver lo mal que lo pasamos.

—Algún día todos estos —dice haciendo girar en índice en círculo— besarán por donde pisas.

—Estás loca —digo conteniendo la risa.

—Y tú necesitas venir esta noche a la fiesta.

—No.

—Sí.

—Que no.

—Mira que se lo cuento a Ángeles...

—¡Oh, está bien! —digo alargando la mano y arrastrando el platillo con la factura hacia mí—. Un momento..., ¿mil pesetas por un martini y un vaso de agua?

Sara sonríe, no exactamente a mí, sino a la copa que levanta a modo de brindis.

—Así te vas acostumbrando a la buena vida, hermanita.

El Palacio de Al Kassar, situado en la exclusiva urbanización de Atalaya Park, en Puerto Banús, debe tener más de dos mil metros de superficie que se distribuyen en dos plantas llenas de enormes estancias y lujosas habitaciones. Me llama la atención el tejado verde, en distintas alturas, que se confunde con la vegetación que rodea el edificio y se extiende en una hectárea de terreno fuertemente vigilado por un ejército de guardaespaldas. Por suerte tengo a Sara a mi lado para descubrirme los secretos mejor

guardados del palacio.

—Dicen que en esa ala tienen una entrada secreta para invitados especiales.

—Pues qué decepción —digo irónicamente—, estamos entrando como todo el mundo, por la puerta principal.

Sara ríe y declama una cita grabada en la entrada que dice que el hombre es un dios cuando sueña. Al Kassar no es un dios, pero se congratula de ser conocido en aquel entonces como el Príncipe de Marbella y de que todo lo imaginable está a su alcance. En tan solo unos minutos me encuentro en los jardines traseros hablando con una pareja de mediana edad que acaba de regresar de Barbados. Los temas: la buena suerte, la divina providencia y las vidas que se cruzan y están estrechamente ligadas por un capricho del destino. El jardín está circundado por amplios soportales, por dentro tiene unas bóvedas recubiertas de mosaicos. Hay flores por todas partes —rosas, anémonas, glicinias, hortensias—: en el escenario donde canta una mujer, en las mesas donde los camareros sirven champán y ponche, en los alféizares.

Sara no para de besar y sonreír a todo el mundo. A mí me cansa tanta pose, tanto cinismo, tanta afabilidad de cartón. Cojo aire a fondo y me dirijo a uno de los sillones de los soportales que circundan el patio interior. Un hombre se me acerca de inmediato, buena planta, clase innata, con dos copas de champán a rebosar.

—He visto que está usted sola y eso me resulta terriblemente injusto...

Su voz retumba en el espacio abovedado, distorsionada, coral; tiene el rostro tan aniñado que hasta me sorprende que suene tan grave.

—... así que me dije: ¡qué demonios, Antoine! Déjalo todo y corre a su lado.

El pelo rubio y liso, peinado a lo Gran Gatsby, el traje azul marino que parece hecho a medida por la manera que ajusta en los hombros, la camisa blanca y la corbata con nudo inglés. Es guapo, es perfecto, pero antes de que me decida por aceptar la invitación o mandarlo al carajo se me acerca una mujer y me planta un beso en los labios. ¡En los labios! Me quedo tan petrificada que no soy

capaz de mover un solo músculo.

—Ya estoy aquí, cariño —me dice ella a continuación. Luego mira brevemente al hombre, esboza una sonrisa y le arrebata las dos copas de champán—: ¡Ay! Gracias.

—Perdone, pero no eran para usted.

—¿No es el camarero?

—Claro que no —responde el tal Antoine, ofendido.

—Pues si no es el camarero, ya puede marcharse.

El hombre titubea, rebusca en el bolsillo de su chaqueta, saca un pitillo y se esfuma en el acto.

—Creí que necesitabas ayuda —dice ella con una sonrisa.

—No, pero gracias.

—Miento, me encanta confundir a los hombres. Es la manera de dominarlos y sacarles el máximo provecho. Por cierto —da un rápido repaso al sofá y se sienta a mi derecha—. Me llamo Jazmine —y alarga una mano.

—Ana.

La luz que entra por el soportal le da directamente en la cara. Bajo esa iluminación, sus ojos, de negras y largas pestañas, parecen amarillos.

—¿Eres la hermana de Sara?

—La misma.

—No conozco a mucha gente del norte. Porque sois del norte, ¿verdad?

—Sí, de Asturias.

—No sé si me gustaría ir. ¿Hace frío?

—Mucho. Y tú, ¿de dónde eres?

—Del Líbano.

—Tampoco he estado.

—Pues ya tenemos qué contarnos.

Cruza la pierna con elegancia, apoya un codo sobre la rodilla, se sujeta la barbilla con la mano y me mira con una sonrisa entre comprensiva y distante.

—Tomemos otra... —dice cuando yo, medio mareada por las burbujas, dejo la copa vacía sobre la mesa.

—Mejor no. No estoy acostumbrada a beber.

—Verás —dice haciéndole un gesto a uno de los camareros—, aquí tenemos buen tiempo todo el año. Yo creo que ese es el problema, ese buen clima nos impide movernos de aquí. Bueno, eso y las fiestas —añade guiñándome un ojo.

—Desde luego es mejor que trabajar en una mina.

—¿A eso se dedicaba tu familia?

El camarero me rellena la copa casi con alevosía, como para asegurarse de que me coja una buena. Ella repite la pregunta, ansiosa por arrancarme una respuesta.

—Sí. Mi padre es minero, mis dos hermanos también lo eran.

—¿Eran?

—Están muertos.

—Lo siento. No quería...

—Tranquila. ¿Y tu familia? ¿A qué se dedica?

—Somos exiliados, el Líbano no es ahora un lugar seguro.

Antes de que pueda entender la guerra que vive su pueblo, veo a Sara haciéndome muecas y señalando hacia el interior del edificio. Debe de ser algo importante porque al poco rato se planta delante de mí y fuerza una sonrisa.

—Hola, Jazmine.

—Hola.

Miro a una. Luego a la otra.

—¿Os conocéis?

Se quedan un instante cara a cara y es en los ojos de Sara donde veo que el problema es Jazmine.

—¿Cuánto hace que nos conocemos? —dice Jazmine—. ¿Diez años?

—Sí, por ahí —dice Sara.

La mujer sacude la cabeza en dirección a la copa de champán que hay sobre la mesa.

—Fíjate, tanto tiempo y no sabía de dónde era tu familia.

—¿Podemos hablar un momento? —me dice Sara recalcando las sílabas.

La mujer coge la copa, apoya la espalda en el respaldo del sillón y me guiña un ojo.

Sara camina hacia la salida, no comprendo lo que dice en

medio del barullo. Llegamos al *hall,* echa un vistazo alrededor para asegurarse de que estamos solas y me pregunta qué le he contado.

—Pero ¿qué pasa?

—¿Por qué le hablas de nosotras?

—¿Qué? —digo perpleja.

—Esa mujer es una manipuladora. No habrás dicho que papá era minero, ¿verdad?

—¿Acaso querías que mintiera?

—¡Joder, Ana! Esto es Marbella, aquí todo el mundo reinventa su pasado.

Un camarero sale de alguna parte y nos ofrece una copa de champán. Esta vez la cojo sin miramientos.

—Pues brindo por eso.

—No te pases con el champán.

—Tengo entendido que hemos venido a divertirnos.

—Anda, volvamos a la fiesta.

Sara se para a hablar con un hombre grueso dándome la espalda. Me balanceo sobre los talones al ritmo delirante de la música que recorre el jardín, de pronto sumergido en un juego de luces que se apagan y encienden. Sara echa la cabeza hacia atrás y ríe encantada, pero no es su sonrisa verdadera. «El dinero es plumaje, una máscara bella y colorida que atrae a los depredadores», mascullo mientras el hombre le rodea la cintura con su brazo. Me bebo el champán de un trago, justo a tiempo de alargar la mano, dejar la copa en una bandeja y coger otra llena. ¿De dónde saqué esa frase? Desisto de recordarlo; demasiado ruido y demasiadas burbujas subiendo y bajando por mis neuronas como para pensar con claridad. Veo a una pareja que cruza delante de mí, suben la escalera principal y se deslizan dentro de una estancia como dos fantasmas. A mí tampoco me importaría un poco de silencio, los decibelios de la música no han dejado de crecer en la última media hora, así que sigo sus pasos a la estancia superior. Es impresionante. El oro recubre las paredes y los marcos de las puertas se coronan pomposamente con arcos de herradura como los de las mezquitas que recuerdo de los libros de colegio, pequeños detalles que hacen del lujo una impostura que Sara ha

aprendido muy bien. Al fondo del pasillo hay un amplio ventanal desde el que se ve el mar. De algún lugar sale una mujer con un majestuoso vestido negro agarrando una botella de champán por el cuello. ¿Es que el champán no se acaba nunca? Noto un pequeño mareo y me agarra con fuerza del brazo.

—¿Estás bien?

—Sí —le contesto. Pero ella sabe que estoy mintiendo. Nota el temblor de mi brazo y por la manera en la que me mira, debo estar pálida. Repite varias veces si me encuentro bien. Llega otra mujer.

—¿Cómo la han dejado subir?

—Será que no hay nadie vigilando.

—No es lo normal.

—Pero sí una suerte.

Hablan bajito. Hay un momento en que la voz de una se eleva por encima de la segunda en otro idioma. Aguanto la respiración, como si de esa manera pudiese oír mis pensamientos. Esa voz, yo te conozco, eres...

—Jazmine... —digo confundida.

Ellas se miran y Jazmine se pone delante.

—Menuda llevas, chica.

Me sostiene sin esfuerzo colocando mi brazo por encima de su cabeza. Puto alcohol, te embosca sin darte cuenta.

—Ven conmigo.

La otra mujer asiente, abre una puerta, pienso que tal vez intentando poner su granito de arena en la noble causa de auxiliar a una joven en apuros.

Pero no.

Me conduce a una estancia oscurecida. En el centro hay una cama enorme. Me niego a que aquello sea real. La penumbra, el exceso de alcohol. Sí... No. Cuerpos desnudos, entremezclados, como moviéndose en aguas cenagosas. Ah, ah, ah. El placer que se le escapa de los labios a una mujer. Está de rodillas, las manos aferradas a la sábana, cada una de las fibras de su cuello culminando en un grito de éxtasis. A su alrededor se esbozan rostros esquivos como máscaras de carnaval. Los espejos que cubren las paredes delatan la presencia en la cama de cuerpos en

movimiento, rebotando, contrayéndose o cayendo extenuados.

—Hazlo conmigo, Ana. Hagámoslo ahora —dice Jazmine quitándose los zapatos y bajándose la cremallera del vestido.

Su amiga va un paso por delante, ya se ha desprendido de la ropa interior. Abre la mano y agarra el pene erecto de un hombre. Nos sonríe mientras se limita a tenerle cogida la polla.

—Anda, prueba —me susurra Jazmine.

—No.

—Hazlo.

—He dicho que no.

Ella hace un gesto de indiferencia y se quita las bragas.

—Tú te lo pierdes, chica del norte.

Esa madrugada no soy capaz de conciliar el sueño. A lo lejos, en dirección a la montaña, se ven las luces de las mansiones.

Por la mañana doy un par de vueltas en la cama notando mis órganos como flotando en una especie de atmósfera ingrávida. Oigo unos tímidos golpes en la puerta y la voz de la chica de servicio me pide permiso para entrar. Le digo que no quiero desayunar, ella insiste, es persuasiva, está acostumbrada a lidiar con invitados estropeados después de una noche dura. Vuelve a hablar en un susurro para preguntarme, cortés, sin titubeos, si prefiero café o té, zumo de naranja o piña, huevos fritos o tostadas con mermelada y mantequilla. Me despierto al fin, maldiciendo aquella casa en la que se cuela todo el mundo por donde le da la gana. Pero guardo la compostura, me doy la vuelta con los codos apoyados en el colchón y la mejor de mis sonrisas.

—Con un café solo es suficiente, gracias.

23. EL TRÁFICO QUE TODO LO ENTORPECE

Dejo el vaso de plástico sobre la mesa, desenrosco el termo y vuelvo a llenarlo hasta arriba de café. Repaso en voz baja una lista rápida:

- Cuatro coches.
- Puntos de recogida listos. Todos son aparcamientos en batería.
- Las llaves puestas. Solo la puerta del conductor abierta.
- Verificar que los que recogen llevan la ropa marcada.

A través de la puerta abierta de la oficina puedo ver que los ayudantes de Romero guardan las bolsas de cocaína en un departamento oculto en el maletero del Ford Taunus que usaremos para realizar la primera entrega. Espero a que lo haya cerrado con llave, y solo entonces me dirijo a Cárdenas, que está fumándose un pitillo.

—¿Has confirmado lo de la ropa?

—Gorra amarilla y una camisa con el número 10 en el pecho, tal y como pidió usted —las palabras le salen mezcladas con el humo—, ya saben que un número de más o menos en el pecho y no hay carro.

He recurrido a los mismos trucos que usaba en Sederías para mejorar el proceso, incluyendo que las muestras previas para que el cliente cate el producto no pasen de cinco gramos y que ninguno de los que participan en la preparación de los coches conozca las coordenadas de entrega.

—Salimos ya —dice Cárdenas.

—¿Salimos? —pregunto confundida.

—Sí —me guiña un ojo—. Hoy se viene conmigo.

A la altura del 172 de paseo de la Castellana hay un coche de la policía. Uno de los agentes está en la acera hablando con un hombre que gesticula airadamente con las manos. Cárdenas levanta un milímetro el pie de acelerador, yo voy cantando a su lado el número de los portales: 174, 176, 178... no vaya a ser que nos pasemos del punto de entrega y tengamos que dar un rodeo a la manzana.

Paseo de la Castellana. Número 192.

Romero está allí mismo guardándonos una plaza. En cuanto Cárdenas aparca, salgo del coche y busco automáticamente con la mirada la gorra amarilla. Sonrío cuando la encuentro y veo que lleva un lustroso número 10 en la camiseta. Es el enlace. Comenzamos a caminar hacia el coche que se ha estacionado más arriba. El tipo de la gorra se para junto a la puerta del conductor y al cabo de unos segundos, tras echar un último vistazo en rededor, vemos que se mete y cierra. Contamos con que va a arrancar de un momento a otro, pero pasan varios minutos y el coche no se mueve. Observamos a una pareja de municipales caminando por la acera. Cárdenas también los ha visto, se da media vuelta hacia Romero antes de que me dé tiempo de hacerle algún gesto. Me quedo plantada viendo cómo se acercan. Estoy a punto de desesperarme, no puedo seguir mirando el coche apagado. No hay nada que lo retenga, las llaves están en el contacto. ¿O no?

—¿O no? —le pregunto a Cárdenas.

Cárdenas se mete la mano en el bolsillo del vaquero sin apartar la vista de los municipales. Cierra los ojos.

—Mierda, me las he traído.

Ahora se desata en mi cabeza una carrera contrarreloj en la que compiten dos posibilidades: nos acercamos al coche y le damos al enlace las llaves. No. Es demasiado arriesgado, no sabemos nada de ese tipo, podría reaccionar de manera explosiva y liarse a tiros con los municipales, puede incluso matar a alguien por accidente. Mejor nos quedamos quietos y dejamos que pasen de largo. Puede que sea lo mejor, pero... ¿y si el tipo de la gorra se asusta y echa a correr en cuanto pasen a su lado? Una tensa lucha interna entre lo

que hacer o no hacer. Romero nos lanza una mirada de esas de consecuencias impredecibles. Cárdenas se inclina hacia mí y con toda la sangre fría me dice que no vamos a hacer nada, que nos quedamos donde estamos. Yo añado que deje de moverse como un animal enjaulado, que van a pillarnos.

Uno de los municipales gira a la derecha. No, a la izquierda. Mierda, mira hacia la avenida. Se rasca el mentón, avanza hacia el coche y golpea con los nudillos el cristal de la ventanilla. El tipo de la gorra no se da por aludido, todo lo contrario, gira la cabeza hacia el otro lado. «¿Qué pasa?», pregunta Romero, que llega en ese instante. No sabe que Cárdenas tiene las llaves encima y tampoco es buen momento de explicárselo.

El otro municipal se pone delante del coche y dirige un dedo hacia una señal de carga y descarga. Joder, nos pasamos por cinco míseros minutos. ¿Qué más nos puede ocurrir? Pero ahora, con el agua casi hasta el cuello, Cárdenas sube la apuesta:

—Usted perdone, señor agente, ya nos vamos —dice acercándose al coche y haciendo sonar las llaves como el sonajero de un bebé.

—Aquí no se puede aparcar —replica el policía sin el menor rasgo de humor.

Cárdenas abre la puerta del copiloto y le pasa las llaves al hombre de la gorra amarilla. Veo un brillo metálico entre los dos asientos. El municipal mueve la cabeza en gesto de despedida y echa a andar en dirección a su compañero. De pronto cambia de idea y regresa hacia el coche. El tipo de la gorra mueve la mano entre los asientos como un tentáculo ansioso. Por fin su mano se cierra alrededor de algo y entonces se me desboca el corazón. Es una pistola. Cárdenas abre la puerta y pone un pie sobre el asfalto. Yo tengo más ventaja para salir corriendo. Me doy la vuelta, tropiezo con una persona, balbuceo una excusa, pero no llego a echar a correr porque se oye un trompazo y veo que una moto vuela por el arcén y acaba empotrándose en un escaparate. Se forma una gran confusión. Voces, gritos, bocinazos, un atasco enorme. El municipal corre, rebasa el coche, su compañero por el lado de Cárdenas, cuya mano ha logrado aferrarse a la del tipo de

la gorra antes de que pudiera sacar el arma. Intercambian unas palabras, después Cárdenas sale del coche y cierra con fuerza la puerta.

No le quitamos la vista de encima al tipo de la gorra hasta que arranca el motor y el coche se pierde en el tráfico que sube a la plaza de Castilla.

Nos libramos de milagro.

A Romero, por su parte, no se le ocurre otra cosa que aplaudir.

Unos minutos más tarde, cuando baja la adrenalina, miro a Cárdenas a los ojos y reconozco en él un fuerte sentido protector. Una mezcla extraña de lealtad y honradez como instinto para la supervivencia. En silencio, ambos guardamos el secreto de lo que él también intuye que acabo de descubrir.

—Se portó valiente Cárdenas, y usted también, mija. Sígame así, ¿me copió? —dice Tony Lobo entregándome una bolsa de deportes.

Me quedo unos instantes viendo que se aleja diciéndome adiós con la mano. Es el primer momento de paz tras un largo día y un imprevisto superado con nota. La mayor parte de las plazas están vacías y el vigilante del aparcamiento está en sus cosas en la cabina de pago. Ya en el coche, abro la bolsa y la cierro. Me agarro al volante y sacudo la cabeza hasta dejarme el pelo como un cantante de *trash metal*.

¡Cinco millones de pesetas!, ¡cinco putos millones!

Me gustaría recordar más cosas de lo que ocurre en esos meses, pero por más que lo intento solo me viene a la cabeza el empeoramiento del estado de salud que sufre mi madre en agosto. Resulta aterrador ver los estragos que el exceso de glucosa en la sangre le ha ido causando. Casi no puede mover las piernas. Fueron dos grandes manchas oscuras en los muslos las que pusieron en alerta a los médicos.

Igual, nada de eso consigue eclipsarla.

—¿Este? ¿Sí? —le dice a Javier señalando un cochecito sobre la colcha de su cama, convertida en improvisado campo de juegos.

—¿Qué tal estás, mamá?

—Ahí vamos, hija.

—Me imagino que con muchos dolores.

—Los llevo bien, tranquila.

A pesar de su extrema delgadez, no quiere dar ninguna muestra de debilidad; cualquier muestra de compasión le resulta insoportable.

—No me mires así, Anita.

—Tienes que ir al hospital, mamá.

Alarga la mano, arrastra el cochecito hacia sí y se lo devuelve a Javier.

—Ya le dije a tu padre que de esta casa no me muevo.

Mi padre, que está sentado en un rincón, enarca una ceja, un gesto que podría significar cualquier cosa, pero que yo interpreto como un ¿ves como no hay quién la convenza?

Tengo una sensación de *déjà vu* cuando Ángeles abre la puerta de la misma manera que lo hizo años atrás cuando supimos por boca del médico que mamá era diabética. Yo estaba pequeña, pero recuerdo a Ángeles mirando a través de la rendija; nos vio a las dos juntas y abrazadas sobre la cama. Yo estaba llorando, creía que la diabetes se iba a llevar por delante a mi madre en cuestión de días.

Le suelto una perorata. Tratamientos, cuidados especializados, atención inmediata, una más pronta recuperación. Mi madre oye. Fija. En silencio. Nada. Mis esfuerzos son vanos. Me rindo y cambio el discurso sobre la marcha.

—Tengo dinero, mamá, suficiente para meteros en una residencia cinco estrellas si es necesario.

—¡Ni que estuvieses trabajando con la fórmula de la Coca-Cola! —dice Ángeles.

Coca-Cola... Ni te cuento lo cerca y a la vez lo lejos que estás de la verdad, hermana...

Ángeles me mira como si intentase entender lo que me hace negar y reír al mismo tiempo.

A media tarde quedo con Penélope en una cafetería de Villablino y me siento en la terraza. Llevo gafas de sol, el pelo largo recogido en un moño alto y zapatillas planas. El camarero regresa diciendo: «El refresco de la señorita y unas aceitunas por alegrarnos la vista». Acepto el cumplido con una media sonrisa, la verdad es que no me viene nada mal para mi autoestima.

Entonces veo el Mercedes de Manuel pasando lentamente por delante del establecimiento y le pido al camarero que me cobre.

—¡Quédese el cambio!

El coche se detiene en un remetido. *Seguro que ha ido a casa a buscarme y Ángeles le dijo que andaba por aquí.* Cuando voy a abrir la puerta de al lado del conductor, veo a una mujer dentro.

Es joven. Más joven que yo.

Manuel se inclina hacia ella y le da un beso. Se comportan como dos tortolitos enamorados, como esas parejas que aprovechan hasta el último momento para estar juntos antes de volver a sus casas.

Como nosotros hasta cuando salí embarazada.

Siento que el aire casi no me llega a los pulmones. Aspiro hinchando el pecho y resoplo como para tomar fuerzas mientras rodeo el coche y me dirijo a la puerta del conductor.

—¿Qué tal? —le digo mientras abro la puerta.

—Pero ¿qué...?

La muchacha lleva una falda tan corta que se le ven las bragas.

—¿Y esta de las braguitas quién es?

Manuel se vuelve y la mira.

—¿Ella? Pues es la hija de un socio, ¿verdad?

—Sí, de León —dice la chica.

—Estábamos comiendo juntos. Verás —prosigue Manuel—, me pidió que la trajera de vuelta. Él tiene trabajo allí hasta tarde, ¿sabes?

Me sale una sonrisa. Quizá porque todas las cosas que se me ocurre decir son espantosamente feas. Cierro la puerta y regreso sobre mis pasos.

Dios, con los hombres siempre se te fastidia todo. Siempre. No hay una sola vez que las cosas salgan derechas. Maldita sea.

La voz de Manuel me persigue, haciéndose cada vez más fuerte.

—¡Escúchame! —dice cogiéndome del brazo—, esto no es lo que parece.

—¿Y qué parece?

—Otro de tus ataques de celos —contesta, como si con aquello la discusión tuviera que quedar definitivamente zanjada.

—Eres un cabrón, Manuel.

—No tienes ni idea —murmura con amargura.

—Nunca te pedí nada, otra lo hubiera hecho, pero yo no.

—¿A qué viene eso? Estoy casado —replica enfurecido—. Jamás abandonaría a mi mujer y a mis hijos, eso lo sabes desde que nos conocimos. ¿Me oyes? Jamás.

—Y yo tampoco a nuestro hijo.

—Eso no es justo, Ana, sabes que siempre me ocuparé de él.

—Sí, como el día de su cumpleaños —le espeto harta de ese toque de rastrero victimismo que usa siempre que está en juego su condición de padre de familia.

—¿No estuve o qué?

—Pienso demandarte, Manuel. Te guste o no, ahora vas a tener que reconocer a Javier.

Me mira, retador, durante unos segundos. Yo a él también, con una intensidad que ya no busca su comprensión.

—Si lo haces, olvídate de mí.

—Ya lo acabo de hacer. Adiós.

¡Maldita sea! Dejo el coche un par de calles por debajo de casa, paso por delante de una conocida y hago que no la veo. Lleva ahí toda la vida haciendo lo mismo semana tras semana, barriendo a la misma hora cada puto día el mismo pedazo de calle. Me enferma pensar en lo estúpidamente organizado que está este mundo.

—Te voy a demandar, verás si lo hago.

—¿Decías, hija? —pregunta mi padre que en ese momento

sube de la bodega.

—No, nada, papá.

Tiene gracia. Suelo hablar para mis adentros, pero esta vez se me escapa sin querer en voz alta.

Ángeles está en la antigua sala de coser con el niño en brazos. Lo tiene pegadito a ella, como si quisiera recoger todo el calor que desprende su piel. Lo beso en la frente y le digo que subo a echarme un rato. Estoy nerviosa, muy enfadada para hablar con nadie. Pero al pasar por delante del dormitorio de mi madre siento, de pronto, que necesito verla. La sensación es todavía más extraña cuando abro la puerta. La luz se filtra atenuada y cromática a través de las cortinas y queda suspendida sobre la cama como una laguna difusa y resplandeciente.

—¿Mamá?

Me acerco sigilosamente a la cama. Veo sus brazos caídos sobre la colcha y la Biblia sobre su mano derecha. Mira al techo, como ausente, hacia un punto más allá de donde puedo imaginar. Y entonces, cuando una y mil veces te has representado a ti misma este momento, cuando has visto morir a tus dos hermanos y crees que nada puede afectarte: te equivocas.

24. Y CREES QUE NADA PUEDE AFECTARTE

—Gracias, gracias —digo a quienes me dan el pésame al finalizar la misa.

Detrás de los primeros bancos hay gente humilde, gente que quería a mi madre y respeta a mi padre por lo mucho que ha luchado por hacer de la mina un espacio seguro. A pesar del esperanzador sermón del tío Carlos, yo sigo encontrando la iglesia oscura y triste. ¿Cómo podría una persona pensar en Dios con tan poca luz? Todo se me hace irrelevante, la continua lucha por una vida que al final acaba por derrotarnos. Mis tacones de aguja al estilo de Camile producen un ruido horrible y una pareja de ancianos, todavía sentados, se vuelve a mirarme. Antes de salir mojo un dedo en agua bendita y dibujo con ella el signo de la cruz sobre mi frente, mi barbilla y mi pecho. No siento nada.

Por la noche mi padre y Ángeles se encuentran sentados frente a frente, delante de sendas tazas de café. El tío Carlos me ayuda a recoger y me acompaña a la cocina.

—Yo ya me voy —dice depositando algunos de los platos y tazas de los invitados—. Tardo una hora en llegar a León.

—¿Por qué no te quedas hasta mañana?

—Mejor que no. Debo participar en otro oficio.

—Ya.

—Tu padre es un hombre fuerte, lo superará.

—Todo se supera.

—¿Rezamos el padrenuestro?

—«Padre nuestro», comienzo, pero..., ¿por qué rezar?

—¿Y esa pregunta?

—No necesito rezar.

—Me dejas de piedra.

—Dios quiere que nos pasemos la vida rezando para

probarnos, pero luego es bastante tacaño con las señales.

—En normal tener dudas, hija. Pero eso no es razón para no rezar.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos cuando murió Ino?

—Más o menos, hemos hablado muchas veces.

—No tantas, la verdad, aunque contigo creo que me entiendo un poco mejor que con Dios.

—Ana, por favor...

—Pues nada, venga, un padrenuestro y un avemaría —digo, la voz llena de sarcasmo.

—No hables así —me pide en tono bajo, casi de forzada confesión—. Si pierdes la fe y solo buscas tu propia gloria, puedes convertirte en alguien que no deseas.

Una discusión sobre los misterios de la fe es lo último que necesito. Le diría que no me importa aquella maraña de simulaciones en la que vivimos y que estoy metida hasta las cejas en ese mundo materialista que tanto repudia.

Decido, sin embargo, darle un poco de cuartelillo:

—Venga ese padrenuestro, tío.

1993

25. EL TODOPODEROSO WALTER MARULANDA

Una noche —no recuerdo si es enero o febrero, solo que hace un frío del demonio y que el vestido corto me sienta como un guante —, estoy en La Fuente con Jaramillo, Mejía y Restrepo, tres de los colombianos que trabajan con Romero, Cárdenas y conmigo.

Jaramillo es el encargado de localizar los coches en los que encaletamos. Es moreno, de entradas pronunciadas y una barba espesa y redonda que le confiere el aspecto de honesto contribuyente. Resulta perfecto para la compra de vehículos de segunda mano.

Mejía siempre lleva puesto un abrigo, especie de armadura bajo la que parece ocultar un arsenal de armas con las que salir de un apuro. Se pasa la vida girando sobre sus pies, mirando a todos lados. A juzgar por la expresión de su cara, no debe haber estado relajado ni en el día de la comunión.

Restrepo es el mayor. Tiene unos cuarenta años, es delgado, con cara angulosa y pómulos hundidos, un perro viejo que sigue bastante abajo en el escalafón a pesar de llevar muchos años en el mundillo. Es mecánico de vocación y tiene un ojo clínico para aprovechar al máximo el espacio de carga.

—El señor Arango la invita con sus amigos al privado, señora —dice el camarero que trae las bebidas.

—¿Qué es eso de repetir lo mismo cada vez que vengo? Sabes que no iba al privado ni cuando trabajaba aquí, así que dile al señor Arango que venga él.

Nunca creí que Arango hiciese aquello con mala intención, solo pretendía sacar pecho ante sus invitados presentándose como

el padrino de la mujer que se había convertido en la mano derecha de Tony Lobo.

Unos minutos después la pista se llena de estudiantes, desde la mesa no puedo impedir echarles un vistazo. Se lanzan a las barras, reclaman vigorosamente las consumiciones, no son conscientes de dónde se encuentran ni de que increpando a los camareros pueden acabar molidos a palos en la parte trasera de la discoteca. Mi perplejidad va en aumento al mismo ritmo que van pidiendo más y más copas.

A un imberbe de casi dos metros y ciento y pico kilos se le va la mano con una de las chicas que llevan las consumiciones a las mesas. Parece haber conquistado vastos reinos por la manera en la que pisa. Pobre borracho, tiene la vista muy nublada para saber en la que se está metiendo. Dejo el bolso encima de la mesa, les pido a mis muchachos que se estén quietos, que no nos hace falta ninguna bronca, y me acerco a uno de los amigos del imberbe.

—¿Cómo estás?

El chico se pone serio y me mira con ojos vidriosos.

—Hola, guapa.

—Vete a la pista, coge al grandullón y llévatelo ahora mismo.

El chico se tapa los ojos con la mano a modo de visera y fija la vista en su amigo.

—Pues yo lo veo bien.

En su rostro, que veo de perfil, no encuentro otra cosa que una despreocupada sonrisa.

—De momento, sí —digo—, pero si miras al fondo puede que te hagas una idea de cómo va a estar dentro de unos minutos.

El chico entorna los ojos y luego los abre. Unos colombianos se han levantado de las sillas, murmuran en las sombras, toman posiciones alrededor de grandullón como una manada al acecho.

—Pero no está haciendo nada —dice, y luego añade—: ¿Crees que...?

—Ahora —digo imperativamente—. Luego ya no podré hacer nada por vosotros.

El chico bebe un trago largo para infundirse valor, coge al grandullón por los codos, pero este se resiste a dejar tranquila a la

chica. Un colombiano pequeño y ancho de hombros, con el pelo largo y en forma de caracola en la nuca, habla con alguien de seguridad. Me atrevería a decir que, sin querer, el grandullón está creando el mismo efecto que una carne sanguinolenta en un mar infestado de tiburones. Puede que esos chicos hubiesen sido criados entre algodones, que ignoren que este mundo está lleno de gente nacida en la miseria, supervivientes que no escatiman en romperte una botella en la cara o algo muchísimo peor. Por algún extraño motivo, el grandullón recapacita, nervioso, como si hubiera comprendido de golpe el lío en que se estaba metiendo. Se mueve de un lado a otro, da una vuelta, mira desafiante, como en un gesto último de dignidad; su amigo lo apremia, lo agarra del hombro y se lo lleva.

—¿Los españoles son sus amigos?

La frase suena en mi oído, me doy la vuelta sobresaltada, es el tipo pequeño de pelo a lo Lionel Richie.

—No —contesto, y estoy a punto de regresar a la mesa cuando me coge de la mano.

—Un momento. Échese un baile conmigo.

—No, gracias. Estoy cansada.

El tipo se queda quieto, sonriendo.

—Dicen que es la reina del baile por aquí. Bueno, del baile y de otras cosas.

—¿Nos conocemos? —pregunto con prevención.

—No, pero eso se arregla ahora mismo —dice estirando la mano—. Soy Walter Marulanda, encantado de conocerla, señorita Garrido.

Sé quién es. Es un hombre de las élites del narcotráfico bogotano, un todopoderoso, un tipo de cuidado. Empezó a venir hace días dejándose una gran cantidad de dinero en botellas de champán. Vuelvo la cabeza hacia la barra. No veo a Arango, supongo que estará en el privado empolvándose la nariz. Cada vez le cuesta más comportarse con naturalidad, controlar sus gestos, hablar con sosiego.

Prefiero no entrar en discusiones hasta averiguar lo que este hombre quiere. Bien sabe Dios, además, que en aquel momento lo

que más necesito es sentarme. Los pies me arden. Es lo que tiene llevar unos tacones de infarto, que los pies aguantan lo que aguantan. Walter Marulanda pide una botella de champán, no se ha molestado en preguntarme. Les digo a los chicos que nos dejen solos.

—¿Dónde está mi coca? —dice en voz baja.

—¿Qué? —le pregunto confiando en equivocarme.

—Que dónde está.

—No sé de qué me habla.

Walter Marulanda levanta las cejas para observarme con los ojos muy abiertos.

—¿No?

—No —repito, esta vez en tono más concluyente.

—Pues yo creo que sí.

El camarero llega con una cubitera de hielo en la que asoma el cuello de una botella de Don Perignon. La descorcha con cuidado (en una ocasión el estruendo que provocó el tapón hizo que varios de los presentes desenfundasen las armas).

Marulanda saca un fajo de billetes de cinco mil, se lame la yema del pulgar, deja tres billetes sobre la mesa y se queda contemplando al camarero con otro entre los dedos.

—Tome, esto de propina.

El camarero me mira. Bajo los párpados en señal de asentimiento.

—Gracias, señor Marulanda —contesta con tono complaciente.

—Le juro que no tengo la más remota idea de lo que me está hablando —insisto, desconcertada.

Walter Marulanda me mira con gesto de dureza que se deshace enseguida en una sonrisa. Luego se inclina hacia mí.

—Le entregó a los ingleses un coche con algo mío.

En efecto, yo había recogido un coche, el mismo que me había indicado Romero, lo conduje hacia la zona norte y se lo dejé a unos ingleses en el punto pactado. Cien kilos. Fachadas insulsas, terrosas, naves industriales, una vía de tren abandonada y algunas fábricas con pinta de llevar tiempo cerradas. Recuerdo que paré el

coche, abrí la puerta y miré al pelirrojo con gorra amarilla que fumaba más abajo. El aparcamiento era enorme, distribuido por filas con plazas numeradas del uno al veinte. Me moví como autómata. Fila dieciséis, diecisiete... Plaza cinco. Dejé el coche allí con las llaves puestas y la puerta del conductor abierta.

No hubo ningún imprevisto. Salvo que conduje yo. Y fui sola.

—Sigo sin entender lo que pasa —repito.

—Mucha hijueputa plata, eso es lo que pasa.

—Le digo la verdad.

Walter Marulanda suspira y deja la copa de champán.

—Tengo un BMW con un motor bien verraco, puede ir a doscientos y no se oye más que un silbido. ¿Lo escuchó? ¿Así como fiummmm?

—Nunca he ido tan rápido —digo yo.

—Ponga cuidado, a mí los carros alemanes me gustan porque son fiables, nunca lo dejan a uno tirado por muchas millas que les metamos. Hasta ahí todo bien, el problema es cuando se lo compra uno de segunda mano, se le avería y lo encuentran lleno de piezas falsas. ¿Quién es entonces el perjudicado? A ver.

—...

—¿No lo sabe? Estará pensando que el comprador, ¿cierto? ¡Y un culo! La perjudicada es la marca porque es la que pierde la confianza del propietario. Seguro que la próxima vez que compre un coche será de la competencia. Un japonés o algo peor.

—No sé si lo estoy entendiendo bien.

—No se me haga la tonta, que usted se ve bien pilas.

Me vuelvo otra vez y dirijo una mirada a Arango, que aparece por detrás del mostrador y está de pie junto a la caja.

—Uy, no, ¡déjeme a Arango allá tranquilo! —dice Marulanda —. Vamos a divertirnos nosotros, ¿eh? Ya está bien del bisnes por esta noche. ¿No quiere un poco de este champancito rico?

—Antes tengo que ir al servicio.

—Pues va y me vuelve.

La entrada se recorta como un cuadro blanco en medio de las sombras. Avanzo despacio y le hago la señal de «socorrosácamedeaquí» que usábamos entre nosotros, con miedo a

que Walter Marulanda pueda vernos.

—Ni que hubiera visto a un muerto —dice Arango en cuanto se reúne conmigo.

—Me ha entrado ese tío.

—¿Quién?

—Mesa cinco.

—Walt... —No termina el nombre, mastica su propia saliva. Percibo el ingrediente húmedo y blanquecino en los agujeros de su nariz—. ¿Qué quiere? Si usted trabaja para Tony Lobo, lo normal es que hable con él.

—No sé, pero ha mencionado algo de una entrega que hice.

—¿Con quién?

—¿Cómo que con quién? Con Tony Lobo, naturalmente.

Arango me aprieta la mano mientras me mira sorprendido, la espalda tiesa, todo el cuerpo en tensión.

—¿Pero en qué la han metido? Ese man es el dueño del polvo.

—Hazme un favor, ¿quieres?

—Sí sí...

—En cinco minutos te acercas a él y le dices que tuve que marcharme. Le das mi número de teléfono y le dices que si quiere saber de mí llame en un par de horas.

26. LA NOCHE EN QUE TODO PUDO ACABAR MAL

Aprieto las manos contra el tazón de café. Está frío y sigo sin noticias de Tony Lobo. Durante un breve instante aparece una sombra, el cuerpo del gato que me visita de vez en cuando.

—¡Largo!

¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Una hora? Al disiparse la sombra del alféizar de la ventana respiro aliviada, como si alejase un mal augurio. Me derrumbo en el sofá con el teléfono en las manos. El cable sigue anclado a la pared de la entrada. Estoy a ciegas, tampoco sé nada de Cárdenas ni de Romero. Todos están ilocalizables y se supone que no debo abusar de las llamadas telefónicas. Tal vez Jaramillo, Mejía o Restrepo puedan ayudarme. No, no es buena idea meterlos en esto. Al menos por el momento.

Oigo un ruido. ¿Qué es eso? Otra vez. No dudo, y me vuelvo inmediatamente hacia la puerta. Suena el timbre, avanzo procurando no hacer ruido. Me asomo a la mirilla convencida de que al otro lado está Walter Marulanda cuando por fin los veo.

Abro sin pensarlo.

—Tenemos que hablar —dice Tony Lobo.

—Ay, marica —dice Romero.

Cárdenas saluda con un movimiento de cabeza, como siempre, parco en palabras.

—¿Qué pasa? —les digo.

Tony Lobo se sienta en el sofá del salón. Enseguida me dedica una sonrisa y pide que me siente a su lado. Romero hace una breve incursión en la cocina y regresa con una botella semivacía de bourbon. Cárdenas ha acercado una silla del comedor y se sienta inclinándose hacia nosotros.

—Cuéntele lo que ha pasado —le dice Cárdenas a Romero, sin mirarlo.

—No jodas, Cárdenas —dice Romero sentándose al otro lado de Tony Lobo—. ¿Cómo voy a decírselo yo?

—Diciéndoselo —añade Tony Lobo.

—¿Diciéndome qué?

—Verá —dice Romero con la voz atenuada por un trago de bourbon—, el dueño del polvo dice que les tumbamos dos kilos a los ingleses. ¿Usted hizo alguna parada por el camino?

Todo lo contrario. Los veinte kilómetros los conduje muy de mañana y de un tirón intentando pensar en algo que no fuera un sorpresivo control de policía o algo tan estúpido como un reventón de rueda.

—Claro que no. Hice mi trabajo. Pero el dueño...

—Al dueño lo dejamos fuera de esto —me interrumpe Tony Lobo con una ligera frialdad en la voz—. Tenemos un problema y hay que solucionarlo.

Un momento. ¿No sabe lo de esta noche? ¿No sabe que estuve con Walter Marulanda?

—Eso, tenemos que solucionarlo —repite Romero.

Hay algo que no me cuadra; en realidad, parece que están interpretando una escena previamente ensayada.

—Tengo que ir al servicio —digo poniéndome de pie.

Por el modo en que los ojos de Cárdenas se resisten a despegarse de los míos, creo que se ha percatado del mosqueo que llevo encima. Es la segunda vez en la misma noche que pongo como excusa lo de ir al baño. Cierro la puerta, abro el grifo del lavabo y pego la frente al cristal de la ventana.

Vamos, llama por favor, llama.

Estoy demasiado alto, aun así imagino que los haces de luz que bajan por la fachada del edificio de enfrente son sábanas de fugitivo por las que podría deslizarme a la calle y escapar si el plan falla y Marulanda finalmente no llama.

—¡No tenemos todo el día! —refunfuña Romero desde el otro lado de la puerta.

—¡Voy! —digo tirando instintivamente de la cadena.

Llama, joder, vamos, llama...

Cuando salgo, Romero me mira fijamente, preocupado,

nervioso, un poco de todo. Cierra los ojos para propinarle otro buen trago a la botella. Apenas queda un centímetro de bourbon en el fondo.

—Bueno —digo ocupando de nuevo mi sitio—. Entonces, ¿qué ha pasado?

Tony Lobo, tras exhalar un leve suspiro, se limita a comentar:

—Dos de los kilos que entregamos a los ingleses no eran de mi proveedor. Llevaban su marca, pero con una mierda de pureza.

—¿Y cómo se enteraron del cambiazo? —pregunta Cárdenas de pronto.

—Una prueba aleatoria de mercancía.

—Mala suerte —dice Romero.

—¿Mala suerte? —repite Cárdenas con interrogantes.

Tony Lobo niega con la cabeza, señala a Romero, a su lado.

—Él supervisó la carga del coche, tuvo que ser ella durante el traslado.

—¡No me jodas! —dice Cárdenas.

—¿Y esa maricada a qué viene? —le increpa Tony Lobo.

—Eso —añade Romero—, usted no estaba con ella.

—Porque usted dijo que fuera ella sola. ¿O ya se le olvidó? —suelta Cárdenas.

—A ver si lo he entendido. ¿Ahora soy yo la culpable?

—¿Y quién más iba a ser, mamita? —pregunta Romero amenazante.

Tony Lobo saca su paquete de tabaco del bolsillo de la camisa. Fuma Winston; siempre que está preocupado enciende un cigarrillo. Levanta una ceja y me ofrece uno.

—Usted lleva poco en esto, Rubia, diremos que mezcló dos entregas y lo solucionaremos con plata. ¿Listo?

Echo una ojeada al teléfono, luego miro a Cárdenas.

—Tengo que hacer una llamada —digo.

—No es buena idea, Rubia —dice Tony Lobo—. Mejor se va con los muchachos hasta que las aguas se calmen.

—¿De paseo? —pregunta Romero.

—No —dice Cárdenas.

Romero se vuelve hacia Tony Lobo.

—¿Al final qué, jefe?

De pronto suena el teléfono. Tres, cuatro tonos de llamada.

—Será mi hermana —improviso descolgando el auricular.

—¿Hola?

Es Arango. Me dice: «Él está aquí conmigo».

Tensa, con la oreja pegada al auricular, respondo:

—Pues dile que ahora no puedo hablar, pero que si sigue interesado en el BMW del que hablamos, que se pase por casa ahora mismo.

Nada más colgar, Romero mira el teléfono y pregunta:

—¿Desde cuándo vende carros?

—¿Quieres uno? Puedo conseguírtelo a buen precio.

—Aquí hay algo raro.

—Ya dejen la vaina —dice Tony Lobo—, y usted, Rubia, recoja algo de ropa, que nos vamos.

Cárdenas se levanta y empieza a dar vueltas. Su cara parece decir: «A mí no me va nada esto, vaya mierda en la que os estáis metiendo».

Le falta solo un poco para saltar, un algo que encienda la mecha.

—Recuerdo nuestra primera vez, ¿te acuerdas? —le digo a Tony Lobo—. Entraste por esa puerta con un kilo. Un kilo de buena droga, sí señor.

—Un señor kilo, cierto —confirma él—. ¿Por?

—No sé, siempre me pareció extraño que llegases tan de noche y de esa manera.

Romero me coge del brazo y me grita:

—¡Qué le quiere decir al jefe, gonorrea hijueputa!

Me libero con un movimiento de hombros. Cárdenas salta de la silla, lo agarra de las solapas y le estampa la cabeza contra la pared.

—¡Ni se le ocurra tocarla!

—¡Suéltelo! —le grita Tony Lobo.

Cárdenas se toma con infinita calma la orden, sigue unos segundos con los ojos clavados en los de Romero, como si no hubiera nadie más alrededor. Cuando lo suelta, Romero se lleva las

manos a la garganta.

—Sé quién es el dueño de la droga —le digo a Tony Lobo, que está tenso y mal encarado—, así que es mejor que te busques otra coartada.

—Pura mierda, jefe —dice Romero, todavía sin recuperarse.

—Fue él el que llamó, imbécil —le espeto en toda la jeta.

Tony Lobo escruta mi cara, el menor gesto, la manera en la que muevo los ojos. Intenta verme por dentro, saber si estoy mintiendo. Allí, bajo su escrutinio opresivo, me viene a la mente Silverio y siento la necesidad de descargar todo mi desagrado.

—Marulanda es alguien con quien no es bueno tener problemas, ¿verdad? Puede que sea hora de contárselo todo y que decida él quién va de farol en esto.

Una breve mirada a Romero me revela que la observación ha tenido efecto.

—Míreme a esta mona hijueputa, esta sí que es berraca —dice Tony Lobo. Aparenta valentía, pero está asustado—. Por cosas así es que no tengo una buena fortuna. Me sobra para comprarle algunos caprichos a la familia y viajar en primera, pero todo el mundo quiere su parte del pastel, el mayorista, el minorista y, por lo que veo, usted también, Romero.

—¿Yo? ¿Cómo que yo?

—¿Y Cárdenas? —le pregunto a Walter Marulanda echando un vistazo a la parte trasera de la cafetería donde está sentado, vigilante.

—De fiar, un hombre de ley. No como esos dos.

La noche pasó, Tony Lobo ha perdido, Romero con él. Vuelvo a cerrar los ojos. Todavía no se me va el miedo por lo ocurrido.

Tony Lobo no es en realidad Tony Lobo. Se ha cambiado al menos de nombre en tres ocasiones. Walter Marulanda empieza a contarme la forma en la que funcionan las cosas. Recurre de vez en cuando a metáforas o expresiones extravagantes, acostumbrado como está a vivir con millones de ojos encima.

—Le ayudamos a cambiar de identidad cuando tuvo

problemas en Bogotá y le dimos trabajo en España. Unos creyeron que no iba a jodernos porque su hermano se crio de pelao con uno de los jefes, pero otros —agita el paquete de tabaco hasta que asoman dos cigarrillos, y levantando la ceja me ofrece uno— sabíamos que intentaría tumbarnos algún día.

—Pero ha puesto a Romero por delante —digo declinando la invitación—, como que todo fue cosa suya.

Marulanda lanza un anillo de humo hacia la lámpara que cuelga del techo.

—Ya está empelotado, Rubia. Las marcas son sagradas. Si el yeyo viene con una de las marcas de la casa, no se toca ni se usa para otra mierda. Pero ya son muchas veces, demasiadas para que algunos minoristas lo pasen por alto. Los ingleses nos conocen, saben que somos de fiar y que si algo está sucio, lo limpiamos.

—¿Por eso viniste a verme?

Asiente.

—Tuvo suerte, mija, fue usted quien hizo la entrega, si no hubiera sospechado desde antes de Tony y de Romero a lo mejor no la estaría contando, pero se me despejaron las dudas cuando hizo esa llamada. ¿No siente curiosidad por saber lo que les va a pasar?

—No estoy segura.

—Pues que los pondremos a chupar gladiolos y luego los trocearemos en una bañera y los mezclaremos con hormigón armado.

Aquello me produce un nudo en el estómago. Supongo que él lo adivina en mi cara, porque se echa a reír.

—Es broma, Rubia, no vamos a hacer nada de eso.

—Me alivia oírlo.

—Tony tiene buenas conexiones en la organización. Regresará a casa, purgará sus pecados... Quién sabe, puede que hasta algún día volvamos a encontrarnos otra versión de Tony por aquí.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Usted tranquila, ya tendrá noticias mías.

—No quiero volver al trapicheo.

—Los jefes no quieren mujeres, Rubia. En este negocio hay

demasiada testosterona suelta. Pero —añade subiendo un maletín de cuero a la mesa— le dejo cinco kilos en las mismas condiciones y precio que le dejaba a Tony para que se gane algo.

—Gracias.

—No me las dé. Es lo justo por cuidar de mi BMW.

27. MI GRAN MOMENTO

Conchi está sentada a la mesa de un pub en Chueca sin vista a la calle: un espectáculo de personajes extravagantes. A la luz del día, sin la espesa capa de maquillaje ni pestañas postizas, es más bella de lo que recordaba: labios gruesos, una nariz respingona con puente de muñeca y una mirada ligeramente estrábica que le da un toque exótico. Ha pasado tiempo desde que nos sinceramos en La Fuente aquella vez en la que sellamos un pacto con un brindis.

—¿Y de dónde ha sacado usted toda esa coca? —me pregunta incrédula al referirle que son cinco kilos de la mejor calidad.

—No puedo decirlo, pero es legal y tiene marca.

—Creo que es la mejor noticia que he recibido en mi vida.

No ha sido un camino fácil. Ingenio, determinación y suerte de no haber caído en la trampa de Tony Lobo. Tampoco habría sido posible sin Cárdenas de mi lado.

—Vamos a necesitar un centro de operaciones, un negocio legal que nos sirva de tapadera. Había pensado en ese restaurante del que me hablaste, el del marido de tu amiga.

—¿Bambuco? —pregunta.

—Ese.

—Está bien, pero que muy bien pensado. Mario está hasta el cuello de deudas. Aceptará lo que le propongamos. ¿Cuándo quiere que vayamos?

—¿Qué tal ahora mismo?

Aquel local incrustado en una calle paralela a la Gran Vía era perfecto. El paso de coches no era excesivo y tenía dos plazas con vado enfrente de la cristalera. Eso nos daba cierto margen de maniobra para atender a los clientes. Le hago a Conchi estas reflexiones en un tono neutro para que el dueño no nos vea demasiado entusiasmadas y nos salga con exigencias fuera de

lugar.

Las mesas con los manteles a cuadros blancos y rojos están todavía sin recoger. De la cocina sale un hombre quitándose un mandilón y se queda mirando a Conchi como esperando las presentaciones. Tan pronto nos estrechamos las manos y sorteo el intento que hace de besarme en la mejilla, nos invita a sentarnos en la única mesa limpia.

—¿Mucho trabajo? —dice Conchi saltando con la mirada de una mesa a otra.

—Clientes no faltan —responde Mario.

—¿Y cuándo podríamos empezar?

—Por partes. Primero os trabajáis unos cuantos gramos y vemos si nos entendemos. ¿Okey?

No me gusta el tono, no me gusta que quiera una prueba, eso es porque quiere pedirnos más dinero del que estoy dispuesta a ofrecerle.

—No me convence —me inclino hacia delante y miro en redondo por encima de su cabeza—, esto parece una ratonera. ¿Hay salida por la parte de atrás?

—No, no tiene —dice.

—Creo que no me interesa. —Amago con levantarme.

—Un momento, hablemos...

Su voz ya no suena tan autoritaria, ahora tiene un tono precipitado, atropellado, casi de súplica.

—Mario, nosotras sabemos que usted está en la mala... —dice Conchi dirigiéndole una mirada paternal.

—Quiero una mesa con vista a la calle —le dejo caer en un susurro—. Los compradores aparcarán justo delante y cuando te lo digamos tú mismo sacas la mercancía y la cargas en los coches. Y nada de pruebas. Esto no es un *casting*.

—¿Y cómo repartimos?

—Ochenta, veinte —le digo.

—Por lo general, ofrecemos un quince —improvisa Conchi al notar que el asunto se va encarrilando—. El cinco extra es por cargar los coches.

—De acuerdo —dice Mario.

—Entonces toma buena nota —le digo—: Paso 1: la mercancía está en el almacén dentro de cajas de pescado. Paso 2: Conchi da la señal de que el coche está en la entrada. Paso 3: sales de la cocina con tu mandilón blanco y colocas la caja dentro del maletero. Paso 4: regresas al mostrador, te pones delante de la caja registradora y haces que revisas facturas hasta que Conchi confirme la entrega. Paso 5: si todo lo anterior ha salido bien te vuelves a la cocina. ¿Entendido?

Esa tarde llego a casa sobre las siete, quiero darle una sorpresa a Javier, pero no encuentro las llaves. Finalmente, llamo al timbre. Abre Dora, la chica que trabaja en casa, lo hace nerviosa, como si algo la perturbase.

—¿Ana? —dice Manuel a su espalda.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida.

—Quería hablar contigo.

—¿Y Javier? —le pregunto a Dora.

—Dentro en el parquecito, señora.

Una vez me quito los tacones y recupero la circulación en mis entumecidos tobillos, hago un rápido examen de la situación. Ya no soy esa alma aparentemente descarriada que se ha pasado tres horas montando la operativa, sino una madre ilusionada con regresar a casa para estar con su hijo.

Le doy un beso enorme, tan grande como para traspasarle la piel. Quiero que ese beso siga ahí mucho tiempo después de que Manuel se haya ido. Javier retiene sus deditos en los míos hasta que Manuel le pone un oso de peluche encima de las piernas.

—Mira lo que te ha traído papá...

Javier le aplasta el hocico al oso contra su pecho.

—¿A qué has venido, Manuel?

—A decirte en persona —los ojos fijos en los míos— que voy a reconocerlo legalmente. Ya he hablado con un abogado, y por lo visto el papeleo es más rápido si tú estás de acuerdo.

—¿Y lo sabe tu mujer?

—Claro.

—De acuerdo, entonces. Me alegra saber que vas a comportarte como un verdadero padre.

Por la noche me tiendo en la cama con Javier observando sus ojitos risueños que saltan de un lado a otro: hacia la lámpara, los colores chillones de un cuadro, hasta quedar al fin prendados a los míos. Algo me dice que debo quedarme así en el instante en que se duerme, contemplando su lucha contra el sueño, cómo consigue abrir los ojos y de súbito cerrarlos para no volver a abrirlos. Cuanto más le miro, más siento la necesidad de ganar dinero, de hacerme rica y asegurarle un futuro sin sobresaltos.

Que Manuel asuma su responsabilidad me reconforta. Si caigo, si me pasa algo, él estará ahí para hacerse cargo.

Conchi está en la cocina hablando por teléfono, muy animada, casi con prisas.

—Hay café recién hecho —susurra distraídamente mientras coge lápiz y papel—. Sí claro, claro que se lo digo... —Procura serenarse al contarme que la están llamando viejos conocidos interesados en trabajar conmigo.

Me preocupa que los narcos de Madrid comiencen a buscarme para hacer sus negocios. Vendo la coca de Walter Marulanda sin ningún corte y a un precio inalcanzable para mis competidores, pero solo a quienes él mismo me ha autorizado. Es acojonante cómo corren las noticias. Digamos que por un conjunto de circunstancias trasciende para unos y para otros la idea de que el material es mío y trabajo con cualquiera.

Pero ese ahora no es el mayor de mis problemas.

Conchi va y viene, me habla deprisa, abre un armario, saca dos tazas, cierra la encimera de golpe y las deja sobre la mesa.

—Era el chico vasco del que le hablé. Le he dado largas, como a todos, dice que estará en Madrid hasta el viernes por si pudiera recibirlo.

—Así que de nuevo al ataque...

Conchi ha acercado la cafetera.

—Bueno, es surfero, y en dos meses estamos en verano.

Normal que quiera pertrecharse con tiempo.

Estoy sentada en una butaca junto a la ventana, preocupada por la subida de las temperaturas que anuncia la televisión mientras Conchi va y viene con modelitos insinuantes y con poca tela.

—¿Mejor un poco más recatada? Yo creo que los de Ceuta se van a caer de culo con este de volantes verdes —sigue diciendo desde alguna parte de la casa.

—Se trata de que ningún policía se fije en tu cuerpazo latino, Conchi. ¿Estamos?

Dejo la taza de café en la encimera y repaso las costuras de los dos abrigos en los que hemos escondido el dinero.

—Me fastidia no poder meter la plata en el banco —confiesa —, pero si voy a pasar por la aduana... ¿cuántas veces?, ¿cinco?, tengo que pensar bien lo que voy a llevar puesto.

—De todos modos —digo pensando en ello—, si seguimos haciendo caja tendremos que dar con algo un poco más sofisticado.

El reloj marca las doce. Cojo el teléfono y llamo a Ali. Mientras los dígitos repiquetean en el auricular repaso mentalmente sus instrucciones.

—Ali, soy yo.

—Vale, ya está confirmado, el contacto te espera mañana a las doce. ¿Sales ya?

—Sí, mi idea es cruzar a primera hora.

—Mucha suerte.

—Tranquila y actúa con naturalidad —le susurro en la nuca a Conchi.

Ella gira la cabeza y me guiña un ojo.

La cola es larga, cuesta abrirse paso entre los que vienen y van por la sala, atascada en algunos puntos por enormes bultos de equipaje. Cuando llega el turno de Conchi, el guardia civil echa una ojeada rápida a su carné de identidad, le pide que se quite las gafas de sol y ella obedece.

El agente es joven, está buscando a su jefe, el otro uniformado

de más edad que habla con un marroquí al otro lado de la cabina. El chico debe ahora, además, vérselas con Conchi, que no aparta la mirada. Toda ella, la altura de su cuerpo, el cerebro, los ojos, las manos suponen la expresión física de una convicción. No importa que por dentro de la tela del abrigo lleve cinco millones de pesetas, solo la convicción que traspasa el cristal de la cabina como diciendo «devuélveme el carné y deja de molestarme» se impone. El oficial de mayor rango no retiene mucho tiempo su carné de identidad. Simplemente le hace un gesto afirmativo al joven y sigue con lo suyo. Conchi recoge el documento, se cuelga el bolso del hombro y se marcha a buen paso hacia la pasarela de acceso al barco. Cuando llega mi turno, el guardia civil le echa un vistazo rápido a mi carné y casi me apura a que deje sitio al siguiente.

—Tenga usted, señora.

—Gracias, señor agente.

Escogemos dos asientos al azar en la sala grande. Conchi se coloca las gafas no demasiado arriba, cerca de la punta de la nariz, y gira la cabeza hacia mí para que pueda ver cómo mueve los párpados.

—¿Somos la hostia o no? —dice.

—Somos, somos. —Le saco la lengua y ella me guiña el ojo. Me encanta cuando usa expresiones españolas.

Hace un poco de mar y el barco bascula ligeramente de izquierda a derecha. Llegamos a Ceuta en una media hora y nos dirigimos al edificio que Ali me ha indicado. El contacto —un gestor de patrimonios que va a devolvernos el dinero inmaculado y limpio en una cuenta bancaria minorado en un quince por ciento— nos espera en la entrada.

Su despacho está en la primera planta con vistas al puerto náutico.

—Supongo que nos descontará de su comisión el arreglo de forro de los abrigos, ¿no? —le digo para romper el hielo mientras tomamos asiento.

Conchi deja la bolsa con su parte encima de la mesa.

El hombre echa la cabeza hacia atrás y entrecierra los ojos con una media sonrisa en el clásico gesto de quien no ha entendido

la broma. Quizá sea mi culpa, puede que no tenga suficiente sentido del humor, pero no estoy en Ceuta para hacer amigos.

—Estos son sus recibos, señoras —deja sobre la mesa dos hojas mecanografiadas y selladas—, las cuentas estarán plenamente operativas en una semana.

Llegamos a Madrid al día siguiente. Dora me dice que hay carne de cordero en el horno nada más entrar por la puerta; respiro aliviada, lo último que me apetece después de la paliza al volante es ponerme a cocinar. Me instalo en el sofá con una manta mientras el niño come.

Entonces suena el teléfono.

Vuelvo la cabeza hacia la puerta, como si esperase a que alguien descolgase en la cocina. Suspiro. Un timbrazo. Dos. Maldigo, me levanto y lo cojo.

—¿Sí?

—Puede que haya llegado su momento, Rubia.

La voz de Walter Marulanda es seria y preocupada.

—¿Algún problema?

—Un problema de doscientos millones. Tenemos toda la semana moviendo mercancía y no terminamos de recoger las «facturas» porque nos cayeron encima los tombos. Tienen el edificio vigilado y ninguno de los muchachos tiene los huevos de subir a recogerlas. Soluciónemelo y reconsideraremos lo suyo.

Hostia bendita.

—Apúrele, Rubia, ¿sí o no?

—Sí.

—Pues apunte, mija, que le voy a dar instrucciones bien concretas.

28. OVARIOS

Veinte minutos más tarde, el BMW de Walter Marulanda se detiene con un suave tembleque frente a un edificio de la calle Antonio López. Yo me incorporo en el asiento.

—¿Es aquí?

—Sí.

La luz avanza por la fachada del edificio, acarreada por un sol que salpica con fuerza contra la terraza del piso franco. Al cabo de unos segundos, Marulanda hace girar el dedo índice en dirección a mi ventanilla para que fije la vista en dos hombres que están merodeando por la acera de enfrente. Visten de manera anodina, uno lleva puesta una gorra calada hasta las cejas, resulta imposible verle el rostro.

—Los muchachos necesitan a alguien que se las arregle para entrar en el apartamento y recuperar la plata. El de la derecha es Alan y nos ayuda a cerrar los tratos. El otro es Cornelio y ha llegado de Bogotá esta misma mañana. Es un exguerrillero muy verraco que comanda un puñado de buenos cabrones por si la cosa se tuerce y tenemos que echarles bala a esos tombos.

Detecto en las pupilas de Marulanda una rara mezcla de miedo y confianza. Atribuyo la primera a la creencia de que no saldrá indemne si esto «se tuerce» y, la segunda, al hecho de contar conmigo para sacarle las castañas del fuego. Joder. Pensé que podía hacer carrera en este negocio sin cruzarme con un tipo como el tal Cornelio. Seguro que su verdadera identidad esconde cuentas pendientes y una buena reputación como asesino a sueldo.

—¿Qué piso es? —pregunto escalando el edificio con los ojos.

Marulanda saca de la guantera un llavero y lo deja sobre el salpicadero.

—El quinto E. La tercera puerta a la izquierda —apenas lo

dice, parpadea dos veces las luces largas.

Nada más ver la señal los dos hombres atraviesan la calle y se suben a la parte de atrás. Noto un pequeño rictus en la boca de Alan que delata su nerviosismo, pero rápidamente lo esconde y me da la mano. El otro se ha sentado detrás de mí, se toma unos segundos cuando Marulanda me presenta, y cuando le toca hablar simplemente se quita la gorra. Tiene el pelo grasiento, un cuello fibroso y el rostro levemente enrojecido, como si debajo de su gesto imperturbable y frío ardiese un oculto impulso asesino.

Es la primera vez que veo a un sicario.

—Han llegado más —dice Alan.

—Y más que llegarán, hermano —dice Marulanda.

—Tomemos un perico que seguro se van a comer dentro un rato.

—Ni cafecito ni nada.

—Si ella no trae la plata ahora —le dice Cornelio a Alan señalándome con el dedo—, le pongo a usted la crucecita.

Marulanda me echa un vistazo y asiente como diciendo: «Tú sube y no pasará nada».

—Esos hijueputas —dice a continuación en referencia a los hombres que merodean por el portal— están esperando una orden de registro. Si llega, estamos jodidos.

La presión que Alan está soportando se le acumula en forma de sudor encima de las orejas y las sienes. Los polis se guían por ciertos signos, la apariencia, una mirada esquiva, el tartamudeo, el sudor. Tengo claro que en ese estado no conseguiría meter un solo pie dentro del edificio sin levantar sospechas.

—¿Va a subir o no? —dice Cornelio, remarcando cada consonante.

—Un momento —digo recibiendo el hedor frío y amaderado del mezcal de su boca.

—No se haga la marica conmigo.

—No lo pretendo —digo.

—Aquí —dice extrayendo una navaja del bolsillo interior de la cazadora y colocándomela en el cuello— las reglas las pone papá.

—Déjela en paz —le ordena Marulanda.

El centímetro de piel sobre el que noto el filo del acero se fluidifica como mantequilla, falta poco, muy poco para que me traspase. No planteo resistencia, todas las imágenes son confusas. Levanto las manos, dejo que reconsidere las opciones.

Unos segundos interminables.

—Usted manda —dice Cornelio replegando la navaja.

Miro a través del cristal delantero. No tengo más remedio que dejarme llevar por el instinto, siempre me funciona en situaciones extremas, será la brizna de minero que llevo en la sangre. Un supermercado.... Es como si me hubiese tocado la lotería al reparar que hay uno frente a mis ojos. Aunque ninguna estrategia es perfecta, puede que funcione.

—Antes necesito comprar algo en ese supermercado —digo mirando directamente a los ojos de Marulanda. Juego con la mirada, por nada del mundo quiero dar la sensación de que estoy asustada o dando palos de ciego—. ¿Quieres el dinero o no?

—Adelante —responde Marulanda.

Cornelio sonríe de oreja a oreja, acomoda la espalda en el respaldo y mueve afirmativamente la cabeza, como sorprendido.

A esa hora las cajas del súper están casi vacías. No tardo nada en llegar a la sección de ferretería siguiendo las instrucciones de una de las empleadas. Hay todo lo que uno pueda imaginar, desde clavos de todas las facturas, llaves inglesas, vasos de plástico, velas de tarta de cumpleaños y servilletas de papel, hasta planchas y juegos de cacerolas ordenadas por tamaños. En el estante más bajo encuentro lo que busco: un carrito para llevar la compra, de esos de poliéster impermeable por si te pilla la lluvia. Lo cojo y me voy directamente a la zona de verduras y frutas. Naranjas, plátanos, berenjenas; lleno la bolsa con todo lo que encuentro en mi camino y me aseguro de que los ramilletes verdes de las hortalizas rebosen por los laterales.

Ya en la calle, espero a que el semáforo se ponga en verde; cruzo con paso rápido volviendo de vez en cuando la cabeza hacia el carro para ver si las verduras siguen en su sitio. Estoy a unos metros del portal, y miro de soslayo el coche de Marulanda para

animarme a seguir adelante. Bien pensado, el episodio de la navaja me parece un tonto número de magia comparado con el circo que se puede montar si me pillan.

Uno de los policías lleva las manos metidas en los bolsillos de una cazadora corta de color marrón insulso. La cabeza un poco gacha, con gesto de quien no quiere perderse nada y a la vez pretende pasar desapercibido. Da caladas cortas a un cigarrillo y se mira la punta de sus botas, como si estuviese comprobando lo viejas que están. Paso frente a él con el rostro quieto, los labios limpios, los ojos desmaquillados y el pelo rubio recogido en una coleta.

No pienses. No pensar. Eso es lo importante. ¿Qué es lo peor? Si te pasa lo peor que te puede pasar. Lo peor de todo. ¿Qué sería? Por ejemplo, si uno de esos policías se da la vuelta y descubre que llevas la llave del piso. Ponte en eso. Lo peor. Si te pasa lo peor te van a caer unos cuantos años. Lo peor es que te va a pasar a ti sola porque ninguno de ellos seguirá ahí fuera si te pillan. Y si ocurre lo peor tampoco tú vas a delatarlos. Y si te pasa lo peor, ¿qué? Con buena conducta conseguirás el tercer grado a la primera. No serás una chivata. No eres una soplona. Eres madre, sí, pero no pasará nada. Javier te estará esperando. Lo peor que puede pasar es que sea un poco más grande cuando vuelvas a cogerlo en brazos. No puede pasar nada. No va a pasar nada. Ya casi estoy.

El policía tiene la cortesía de sujetarme la puerta de entrada al portal, a la que llega un penetrante olor a lejía.

Solo pensaba en no pensar.

—Gracias, muchas gracias.

Un casi imperceptible «de nada» se le insinúa al agente en los labios. Pero antes de oírlo, la puerta se cierra del todo. Ha colado, el papel de ama de casa que regresa con la compra ha colado. Pero bruscamente pierdo la calma cuando contemplo frente a mí a una vigorosa señora —supongo que la portera— esforzándose en dar brillo al suelo de mármol.

—Buenos días —digo.

—Ya mejor buenas tardes.

—Es verdad, ¡qué cabeza la mía!

—¿Por quién pregunta?

¡Dios, qué gilipollez que sea la portera quien me descubra!

—Vengo al tercero a casa de mi hermano —improviso.

—¿El médico?

—Sí.

—Pues no está.

—Tengo la llave.

Riendo, deprisa, dándose empujones, salen dos escolares del ascensor.

Divina providencia, pienso.

—¡Cuidado con el suelo, Dios mío! —se queja la portera—. Primero los policías y ahora vosotros. Sois unos gamberros..., eso es lo que sois. ¡Lo que tiene una que aguantar!

Aprieto el botón del tercero, por si acaso, y luego el del quinto en el panel del ascensor. Espero no tropezarme con alguno de aquellos polis en la planta, si eso ocurriese trataría de hacerme la despistada, pulsaría el botón de otro piso y seguiría hacia arriba. Al salir del ascensor no veo a nadie, tampoco pierdo tiempo en mirar demasiado, las luces del pasillo permanecen apagadas, apenas entran los reflejos del sol por la galería del fondo. La oscuridad otorga cierta impunidad, me relaja el pulso y acierto con la llave a la primera. El apartamento tiene una amplia estancia, muy brillante y soleada, porque toda la pared orientada al sur es de cristal. Si me hubiese asomado podría haber visto el coche de Marulanda y quizá hasta tropezado con la mirada del sicario con nombre de película apocalíptica. Tras beber un vaso de agua —estaba completamente seca— vacío la bolsa con los alimentos sobre la encimera de la cocina y avanzo por el salón, rápido, hacia el dinero. ¿Acaso no era más fácil comprar a alguno de esos policías? Si algo he aprendido en los últimos años es que nadie está más allá del bien y el mal hasta que han sido tentados por el dinero. Seguro que odian la manera en la que vivo solo porque no tuvieron la oportunidad de acercarse lo suficiente. Un ruido me recuerda a lo que estoy expuesta. Estás pensando demasiado, Ana. Respira, date prisa.

Meto el dinero a puñados en la bolsa, repito ese movimiento

una infinidad de veces intentando contar los fajos al tiempo que los voy apilando. La bolsa se llena rápidamente y todavía me queda más de la mitad. ¿Y ahora qué? Ocupa mucho más de lo que imaginaba. Cuando por fin esté a salvo no pienso volver a subir. Pero hay otra vocecita en mi cabeza que me habla con determinación absoluta: *Haz otro viaje y llévate todo el dinero. Si lo dejas a la mitad, de nada habrá valido arriesgarte. ¿Es que no sabes cómo es esta gente? Solo necesitas concentrarte. Un poco más de concentración.*

Bajo. No está la conserje. ¿Y si era una oficial de policía disfrazada? ¿Habrá sido una trampa? Qué idiota soy, me entran nuevas dudas. ¿Habrán detenido a Marulanda y al resto? ¿Estarán a salvo? Salgo con cautela. El corazón bombea rápido, siento las venas. Tengo que estar muy alerta. Fuera del portal hay un policía con la habilidad de hacerse pasar por un jubilado: espalda encorvada, barba rala, encanecida, todo lo inofensivo que uno se pueda imaginar. Adopta un gesto neutro, sin apariencia de sonrisa. Entonces la compostura de viejo se esfuma y la fijeza de sus ojos se agudiza sobre mí. Clavo los ojos en la calzada y tiro del carrito con fuerza, con tanta que los ruedines llegan a levantarse un instante del suelo. Esos segundos son interminables hasta que el policía mira a un compañero y me pierde de vista. Llego hasta el coche y respiro.

—Aquí tienes —digo al abrir la puerta.

Alan va sacando los fajos de dos en dos sin pararse a contarlos.

—Aquí no cabe todo, carajo.

—Ya lo sé. Hay cien. Devuélveme el carro.

Cierro la puerta y me doy la vuelta. No corre el viento, me ciega una luz que recibo como señal de buena suerte. En ese momento siento que soy dos personas al mismo tiempo: una se ha quedado en el coche, la otra sigue encerrada en la misma puta pesadilla de hace veinte minutos: la que está caminando, la que tira del carrito y vuelve al supermercado como si tal cosa.

Al observar a los polis mientras tiro del carro (cierto es que reparan mucho menos en mí esta segunda vez) veo que el terreno

está más despejado. Puede que Marulanda tuviera razón y varios de ellos se hayan ido a almorzar. No voy a darle pábulo a la otra voz, la que me dice que es más posible que me hayan descubierto y estén dentro esperando. Bueno, ya he escogido, es demasiado tarde. Me subo a toda velocidad en el ascensor, pulso el botón y apoyo la espalda en la pared del fondo. Mierda. ¡La llave! ¡Dónde está la jodida llave! ¿Dónde he metido la llave? En el pantalón. Repaso los bolsillos. Por fin. Abro de nuevo a la primera y recorro el piso con la mirada antes de cerrar la puerta. Ya está, voy corriendo al salón. Encima de la mesa, los fajos de billetes siguen tal y como los he dejado. Pienso: ¡la cara que pondrían esos polis si ahora derribasen la puerta! No puedo quedarme allí.

Tienes que irte, Ana. Coges la bolsa del carrito, la abres como si la rasgases, arramblas con lo que hay encima de la mesa y te vas a toda prisa.

Una vez más los latidos de mi corazón llenan las paredes metálicas del ascensor. Salgo del portal. Avanzo en línea recta. Sé que los polis me miran. Bajo el ritmo. Titubeo un instante. Si corro puedo levantar la liebre, es mejor que me miren hasta que se cansen. Así que voy despacio al kiosco de la esquina y compro una revista del corazón. En ese momento me doy cuenta de que un fajo de billetes asoma por la esquina de la bolsa. Son lechugas, pero de las otras. Alargo la mano y lo empujo discretamente al interior. El kiosquero debe de pensar que soy una loca, le saco mil temas, uno por cada titular de las revistas de la semana. Me conviene aparentar que nos conocemos y que soy una de sus clientas habituales.

Vuelvo a cruzar el paso de cebra sin mirar atrás y fingiendo que leo la revista. Marulanda me abre la puerta antes de que llegue a tocar la manilla.

—¿Está todo? —dice Alan hurgando febrilmente en la bolsa.

—Está todo —confirmo.

—Suba.

A Alan se le caen varios fajos al suelo. Los recoge y los mete, con ayuda de Cornelio, en dos bolsas de tela negra.

—*Is so amazing.* —Cornelio le da un manotazo en el hombro a

Alan en cuanto terminan y se ríe echándose hacia atrás la melena negra y pesada—. Cárdenas se queda corto a su lado.

1994

29. EL GALLEGO LANDEIRA

Me impacta la sola idea de imaginar seiscientos paquetes apilados en la parte trasera de una furgoneta. Los nervios que siento en el estómago —es lo que hay, si quiero ganar puntos tengo que asumir riesgos— son similares a los que experimenté cuando Tony Lobo quiso cargarme el muerto.

El colombiano encargado del alijo se hospeda en un hostal de Malasaña con un nombre falso, claro. Es moreno, de silueta alargada y robusta. El transportista es más viejo y fondón, solo necesito cruzar unas pocas palabras con él para descubrir que es gallego. No me coge de sorpresa, el cargamento ha entrado por la costa de Pontevedra hace un par de días y lo han traído a Madrid por carretera.

—¿Vamos? —dice el gallego.

Miro el reloj. Son las cinco en punto.

—Es demasiado tarde. Aunque carguemos todo rápido nos van a dar la nueve de la noche y habrá poco tráfico. Mañana por la mañana podemos pasar mucho más desapercibidos.

—Ah, no, yo no me quedo al cargo de todo eso toda la noche, ¿eh? El trato era sacarla del barco y traerla.

El colombiano me brinda una sonrisa de suficiencia.

—Lo hacemos ahora —dice.

—Eso, tranquila *muller* —añade el gallego.

Cedo. Si el colombiano está de acuerdo poco más puedo decir.

Creo que no lo dije antes, pero ahora tengo un Opel Corsa. Gris, nada llamativo. El colombiano sube en el asiento del copiloto y el gallego en la parte trasera.

—¿Adónde vamos? —pregunto.

El gallego asoma la cabeza entre el hueco que queda entre los asientos delanteros y dice:

—Al Plantío, por la carretera de La Coruña.

Las seis y cinco, voy siguiendo las indicaciones del gallego, me dice que baje la velocidad en una recta, no escatima en recomendaciones, que si más despacio, que vaya por la izquierda, que me pegue a la derecha, tal cual estira una mano y me dice que pare frente a una nave industrial sin ningún cartel indicativo.

El gallego nos presenta al chico que aguarda nuestra llegada al pie de un camión frigorífico.

—Es mi sobrino Julio, de total confianza, ¿a qué sí? —El chico esboza lo que pretende ser una sonrisa cuando el gallego le tira del moflete.

—¿Les doy un cartón? —pregunta el chico.

—Mejor cinco —responde el gallego.

El colombiano coge efusivamente los cartones de tabaco, el gallego le pasa una cajetilla, le dice que es de Winston de batea. El colombiano enciende un cigarrillo. Entorna los ojos con la primera calada, como si una ola de bienestar le invadiese las entrañas.

Yo acepto los cartones, pero no sé muy bien qué hacer con ellos.

—Hala, nos vamos —dice el gallego a su sobrino, como quien manda a acostar a un niño pequeño—. Yo voy con ellos en el coche, tú detrás en el camión, y no te pegues demasiado.

Discutimos el trayecto, al final decidimos el camino más recto a Alcobendas. Allí está la nave donde procederemos a la descarga, desde donde saldrán los coches cargados con cantidades de entre cincuenta y doscientos kilos para los mayoristas. Walter Marulanda se encarga de pagar a todo el mundo, salvo al gallego, que cobra en especie y ya ha retirado su cupo de la coca en Galicia.

Es ya de noche y la carretera de La Coruña está prácticamente vacía. Me fijo de manera mecánica en lo que pasa, en los pocos coches que circulan, en una moto que nos cruza por delante a toda velocidad. Tengo que conducir, debo conducir y no pensar. Giro a la izquierda y voy atenta al cuentakilómetros para no pasarme ni

una décima de los noventa por hora. La imagen del camión aparece con precisión en el retrovisor. Así que solo tengo que conducir, ser prudente, no alejarme demasiado del camión, evitar a toda costa que alguien pueda fijarse en nosotros.

—Ahí está la salida —dice el colombiano.

—Hostia... No será... —dice el gallego mirando ostensiblemente por el cristal trasero.

El colombiano gira la cabeza y tarda menos de un segundo en soltar otro exabrupto. Por el retrovisor es un poco más difícil, tengo que concentrar mucho la mirada para ver las luces azules detrás del camión en el momento en que la vía traza una pequeña curva.

—¡Sí que son, coño! —El gallego está casi gritando.

El colombiano me mira, como preguntándome qué hacemos.

Devuelvo la mirada al frente, no lo sé. Hay una salida a unos cien metros. Lo más prudente sería abandonar la vía y alejarse de ellos, pero ¿y el chico? Podría ponerse nervioso, girar bruscamente el camión o algo peor. Resulta curioso cómo las ideas se van encadenando en mi cabeza a medida que la adrenalina toma el control.

No hemos recorrido ni trescientos metros cuando veo por el retrovisor que el coche patrulla se pasa al carril de la izquierda y avanza a mayor velocidad.

—¿Qué hacemos? —dice el colombiano sin un resquicio de suficiencia en la mirada.

El asunto es más complicado de lo que parece. En aquel momento, un colombiano y un gallego juntos en un coche resultarían más que sospechosos. Si nos llegan a parar, estamos perdidos. No solo voy a tener a los guardias civiles pegados a mi ventanilla en unos segundos, sino que encima tengo que lidiar con los nervios de aquellos dos.

—Hablad de cualquier cosa —digo sin quitar la vista del frente—, como si no estuvieran, yo me encargo.

No me da tiempo a mucho más. Noto encima la mirada del guardia civil que viaja en el asiento del copiloto con la ventanilla bajada en cuanto el coche llega a nuestra altura. Qué desagradable

es sentir que alguien te mira cuando no quieres hacerlo. Lo miro un instante, lo suficiente hasta que el coche nos saca medio cuerpo y dejo de estar dentro de su campo visual.

—O mierda... —digo al mirar de nuevo al frente. Al fondo de la calle un semáforo se pone en naranja, el coche patrulla se detiene sin ninguna indulgencia y ya tengo al guardia civil de nuevo puerta con puerta. Se hace un silencio todavía más profundo y aterrador que el anterior. Noto que me suda el cuerpo. Por culpa del gallego y su brillante idea de hacer el traslado a toda prisa nos hemos metido en una ratonera del carajo.

El camión se detiene detrás de nosotros, veo por el retrovisor que las luces delanteras pierden intensidad un instante. He ahí un ejemplo de cómo las cosas que van mal son susceptibles de ir a peor.

—Se le ha calado el motor, joder —digo entre dientes.

El guardia civil también se ha dado cuenta y mira por el cristal de atrás, en lo único en lo que ahora se fija. Deprisa, tengo que inventarme algo, lo que sea, lo estoy pensando demasiado, me vuelvo hacia el coche patrulla, la ventana zumba un poco al descender.

—Perdone, señor agente.

—Diga.

Me llega un atisbo del guardia: cabello castaño, ojos castaños, ropas verde militar. Si alargase la mano casi podría rozarle el chaleco reflectante.

—¿Para Alcobendas voy bien?

—Sí, tome la primera salida, manténgase a la derecha y siga la indicación.

—Bien, gracias.

El motor del camión vuelve a ponerse en marcha, trabajosamente. Por fin, el semáforo está en verde. El guardia civil sube la ventanilla con gesto satisfecho, da la sensación de que le está pidiendo al conductor que acelere un poco. Los veo alejarse e intento no pensar en el sudor que me baja por la nuca.

Ahora que ya están lejos, que todo ha quedado en un buen susto, me dan ganas de estamparle la cabeza contra la carrocería al

gallego de los cojones.

Treinta minutos más tarde el colombiano termina de contar las bolsas apiladas en la nave.

—Hay que ver qué sangre fría, *muller,* te la debo. Un gallego nunca abandona a alguien que lo ha ayudado y le ha salvado el pellejo. Tenemos memoria de elefante y alma de perro guardián, así que para lo que necesites —dice mientras me tiende una tarjeta — puedes encontrarme aquí. En serio te lo digo, en Boiro tienes tu casa, tú pregunta por Landeira.

El colombiano sale de la luz un instante y regresa con una botella.

—Sí, gallego —dice quitando el tapón con los dientes—, si no es por ella —me mira con una expresión firme e intensa— ahora podríamos estar presos.

30. RAFAEL MEDINA

Soy policía nacional desde muy joven. Llevo mucho tiempo haciendo escuchas directas y paso la mayor parte del día encerrado en la comisaría, sometido a la insoportable disciplina de los narcotraficantes que casi siempre trabajan por las noches. Como la mayoría de los que entramos en esto del servicio público, mi idea original era mejorar el mundo. Aún trato de pensar en ello.

España y Portugal son la antesala de toda la cocaína que entra en Europa, aunque también hay otras vías de acceso por el norte, especialmente por los puertos de Bélgica, Polonia, Rusia y Ucrania.

El hecho de que los países situados a lo largo de la ruta de los Balcanes y el Báltico se sumasen a un sistema de comunicación compartido que permitió hace años el intercambio de información a mayor velocidad de lo que estábamos acostumbrados, junto con los nuevos instrumentos de los que disponemos para la interceptación de comunicaciones, nos abre un nuevo ángulo de ataque contra los cárteles de la droga. Digamos que trabajo no nos falta. El encargado de coordinar los dispositivos judiciales a los que somos asignados los oficiales y auxiliares es el jefe del Grupo 43.

¿Qué hacemos? Abortamos descargas y desmantelamos alijos. Las incautaciones se triplican en los últimos años, pero España es como un enfermo al que le surgen tumores por todas partes y de manera simultánea.

La cocaína ha sustituido a la heroína como droga de moda y se extiende junto al consumo de las llamadas «drogas disco» como una plaga por todos los países occidentales. Los golpes asestados por los jueces de la Audiencia Nacional contra los clanes gallegos no impiden que los nuevos señores de la droga colombianos sigan eligiendo Galicia y Portugal como puerta de entrada para abastecer de cocaína al continente europeo, aunque gracias a la represión

que ejercemos en Arousa las descargas se hayan desplazado a otras costas del Cantábrico y de la zona de Gibraltar. Esos son los dos vértices en los que trabajamos ahora.

Nada nos puede hacer bajar la guardia. Los nuevos cárteles se regeneran en Colombia con una rapidez inusitada; están desplazando representantes a España para instruir a los capos gallegos, cuyos lazos de unión se remontan a los años en que casi dos mil gallegos fueron condenados a cumplir pena de cárcel en las mismas prisiones que los colombianos. ¿Puede cometerse una torpeza mayor? Las cárceles fueron una escuela para los narcos gallegos con la que ni ellos mismos habrían soñado jamás.

Ahora la trama es bien distinta a la de los años de la Operación Nécora, la primera gran redada contra los narcotraficantes que operaban en las rías gallegas.

Entonces teníamos a los cabecillas bien identificados, sabíamos por cientos de pruebas, y la colaboración de dos narcos arrepentidos, que eran Sito Miñanco, Laureano Oubiña y el clan de los Charlines los que dirigían. Fuimos centenares los policías que les caímos encima en el operativo que acabó con el desmantelamiento de la organización y cincuenta y dos personas sentadas en el banquillo.

No fue fácil. Los gallegos conocían los entresijos de la costa mejor que ninguno de nosotros después de dedicarse durante años al contrabando de tabaco.

Pero ahora, como decía, las cosas son diferentes. Los narcotraficantes casi no hacen ostentación de dinero, no se compran mansiones, coches deportivos ni clubes de fútbol. Se organizan en grupúsculos difícilmente identificables, con información fragmentada y pocas intersecciones que nos puedan llevar a los cabecillas. Uno aporta la droga; otro, los contactos; otro, los barcos; otro, el transporte por tierra. El negocio es tan lucrativo que arrastra a muchos camioneros a cambiar el pescado por la cocaína.

Los clanes gallegos cobran en especie por su trabajo, habitualmente al uno por uno, lo que significa un kilo de cocaína por cada uno que conseguían meter por la costa y entregar en

tierra a los colombianos.

A ver, hagamos una cuenta rápida para comprender la capacidad que tienen los clanes de comprar voluntades: la mayor incautación de cocaína hasta el momento tuvo lugar en Italia en marzo de este año, 1994. Nada menos que cinco toneladas y media. Se entendía que los clanes gallegos se quedarían *solamente* con mil kilos. Eso suponía una ganancia bruta de tres mil millones de pesetas. Aun descontando los gastos, el beneficio neto que arroja la cuenta final resulta abrumadora.

Es como un gran casino. Los narcos apuestan y nosotros oímos cómo trastea sobre la ruleta; si la suerte está de nuestro lado, encontramos el hilo del que tirar y nos hacemos con la mano.

Aquí nadie quiere perder.

31. DE CASAS A MANSIONES

—Rubia, soy yo.

—¿Walter? No me digas que tenemos un problema urgente urgentísimo.

—Hoy no. ¿Dónde se había metido?

—En Asturias. Fui de visita un par de días.

—Salga, quiero enseñarle algo.

—Pero ¿estás aquí?

—Justo delante de la puerta. ¿Va a venir o qué?

—Un momento, me cambio y salgo.

—Apure, dese prisa.

La razón de la inesperada visita es una casa que hace esquina entre dos calles en la zona de Puerta de Hierro, hasta donde vamos. El muro frontal es bastante alto, tiene una entrada de coches protegida por un chaflán y una puerta lateral.

—Sí que es bonita. ¿Te la has comprado? —pregunto sin saber muy bien qué pretende.

—Camine. —Me toma de la mano y cruzamos el paso de cebra.

Después de pelearse un rato con la cerradura de la puerta principal, Walter se echa a un lado y me deja pasar. Se queda callado mientras alcanzo a vislumbrar el enorme vestíbulo, su suelo de mármol reluciente y el espejo gigantesco con un macizo marco dorado en el que me reflejo. La casa tiene el salón, la cocina, un cuarto de servicio y la lavandería en la planta baja. No me da tiempo a entrar en la cocina a abrir los armarios ni a mirar en los estantes: quiere que primero veamos el jardín y la piscina desde la planta de arriba.

Walter abre ruidosamente las hojas de madera de la terraza y empuja las contraventanas. Se vuelve hacia mí y ve que estoy

prestando atención a algo que he descubierto en uno de los tres dormitorios.

Un cartel enorme encima de la cama que pone «BIENVENIDO, JAVIER».

—¿Qué significa esto, Walter?

—Que esta casa es para usted.

Apenas lo miro un par de veces, pero han sido suficientes para apreciar la sinceridad de sus ojos, el leve movimiento de su cabeza con el que acompaña sus palabras.

—No puedo aceptarlo, es demasiado...

—Claro que puede, Rubia —dice alargando la mano con las llaves y dejándolas caer en las mías—, trabajará con el jefe en España y con Cárdenas para cubrirle las espaldas, porque lo ha conseguido. Está dentro. Solo recuerde una cosa: nunca trate de joderme.

32. PÁTER

Veo aparecer la enorme silueta de Cárdenas en el fondo del pasillo. Cuento los pasos, rotundos y pesados; de alguna manera me recuerdan las campanas de la iglesia del pueblo sonando a fiesta. El mundo ha virado sobre su eje ciento ochenta grados. Ya no puedo decir que soy una tonta, ya no debo decírmelo. Nadie pondría en mis manos tanta responsabilidad si no fuese buena en lo que hago. ¿No?

—Me alegro de verla —me dice.

—Y yo a ti —le digo.

—Vamos, el jefe la espera.

La estancia está dominada por la escultura en granito de una mujer y por un hombre largo y enjuto de pelo negro y rizado que se levanta de su butaca y rodea el escritorio para saludarme. La luz artificial que sale del techo le graba sombras en un rostro picado de viruela. Cuando me da la mano veo de cerca sus rasgos duros, su mandíbula cuadrada, la cicatriz que le cruza el pómulo. Es bastante más alto que yo, tiene mirada instintiva, de las que se dejan guiar por las emociones.

—Así que es la famosa Rubia, los muchachos hablan maravillas de usted.

—Gracias.

—Soy Felipe Ayala —se sienta en un sofá y yo en un silloncito de piel—, pero todos me llaman el Páter. Verá, los muchachos piensan que estoy un poco paranoico y que tomo demasiadas precauciones, pero es normal, me conozco bien el almendrón, no quiero a ningún loco boleteándose por ahí y que por su culpa me caigan encima los tombos. ¿Sabe por qué hay tan poca corrupción en la administración norteamericana? Porque todos se controlan, comité por aquí, comité por allá, los yankis comprendieron hace

tiempo que no hay nada menos fiable que los hombres. Así que se vigilan, y eso es lo que hago yo con mis muchachos. ¿Me sigue?

—Sí, señor.

Ni siquiera me permito moverme, sigo sentada y con la espalda recta, en la misma posición del principio, como si fuera una réplica de la escultura de granito.

—He venido a España para quedarme, no quiero aduladores ni chismosos a mi lado, sino gente como usted, que trabaje serio y sin chanchullar como su exjefe por una chichigua de nada.

—Comprendo.

—¿Cómo conoció a Arango?

—Fui a La Fuente y le pedí trabajo.

—¿Quién fue el puente?

—Un hombre de Marbella, pero no sabe nada de lo que hago.

—Son culebras. Los que hacen de puente se creen con derecho a reclamarle después parte de la ganancia. Algún día tratará de embolatarla con chantajes. No quiero que vuelva a mantener contacto con nadie que yo no autorice, ¿okey?

—Okey.

—Van a ocurrir cosas, cosas muy grandes acá —sigue diciendo—. ¿Sabe por qué? Porque en España se esnifa mucho y la policía no castiga al consumidor. Acá un man sale de fiesta y si va borracho la policía le maneja el carro y hasta lo lleva a su casa. En Estados Unidos, con dos tragos encima vas preso. Demos gracias porque en España no haya habido un Reagan ni haya convenio para extraditarnos. Lo peor que puede pasar es que caiga un cargamento o agarren a dos o tres trabajadores y les metan cinco años. Nos ocupamos de sus familias mientras cumplen condena. Las cárceles son más suaves que en Estados Unidos, tienen vis a vis y con plata pueden tener su televisor y, con un poco de suerte, salir los fines de semana. Allá son veinte años a la sombra y sin familia; los que caen pactan y se convierten en sapos a cambio de reducir su pena. Yo no voy a pasar por eso, no hay respeto, no hay bolas ni honra cuando se trata de salvar el culo. ¿Su papá a qué se dedica?

—Es minero.

—Es verdad, me lo contaron. Ha estado en Asturias hace

poco, ¿cierto?

—Lo suficiente para visitar la tumba de mi madre y de mis hermanos, y pasar algo de tiempo con mi padre. Sí.

Los antiguos compañeros de mi padre le habían organizado un homenaje en la mina, una expedición guiada por las antiguas galerías, ya con luces blancas y potentes ancladas a las paredes y que sobrevolaban la negrura. Aplaudí emocionada al ver que los más jóvenes lo ensalzaban como un ejemplo de lo que un minero debe ser. Alguien recordó el día en que un ministro de Franco le dio la razón y ordenó que le reincorporasen inmediatamente a su puesto de trabajo.

—Le hago un dibujo rápido: hemos introducido docenas de toneladas de coca por mar en los últimos años, ganando terreno a la competencia. Manejamos rutas infalibles y queremos expandirnos al mercado europeo por España. Barcos, veleros, cargueros..., trabajamos todos los días y a todas horas. Este año podremos meter mucho, Rubia, el siguiente veremos si se voltean las descargas hacia Portugal si la Audiencia Nacional sigue persiguiéndonos. ¿Alguna pregunta?

Sacudo la cabeza en gesto negativo.

—Ya usted es de los nuestros, y lo será para siempre. Esto no es un club social del que se entra y se sale. Somos un cártel. El cártel de Bogotá.

Un escalofrío me recorre la espalda cuando oigo la palabra cártel y Bogotá en una misma frase.

Páter coge un paquete de tabaco y una caja de cerillas. Elige un fósforo, lo raspa y enciende el cigarrillo con la mirada en mi vestido.

—Tiene gusto para la ropa. Puede que le pida que se lleve a mis hijas de compras cuando vengan de Colombia. A ver si se les pega algo.

1995

33. BRILLANTES EN LAS MANOS

Aquel cielo nítido, con la cegadora luz de invierno filtrándose entre la copa de los árboles, hace de la plaza de la Constitución un bosque acogedor y familiar. No recuerdo haber estado allí más que en una ocasión, creo que la primera vez que visité Marbella. Javier quiere saberlo todo sobre los pájaros que revolotean en las copas de los árboles. Son miles, al alzar el vuelo forman una nube compacta que transfigura su geometría en segundos. Mi padre sonríe plácidamente, le muestra algunos especímenes que andan por las ramas y le habla deprisa, tanto como esos diminutos diablos saltan de una rama a otra.

—¿Lo ves? —dice señalando un ejemplar que soy incapaz de distinguir a esa distancia.

—Sí, abuelo.

—Es un petirrojo. Cuando volvamos al pueblo te llevo cerca del río y verás la de ellos que vemos. —Se queda pensativo unos segundos, creo que va a contarle algo de cuando era niño, pero aparta ese pensamiento—. ¿Y si tomamos un helado?

—¡Sí! —dice Javier alargando la vocal en una carrera frenética hacia un puesto cercano. A sus siete años está creciendo muy bien: es educado, juguetón, cariñoso.

Sé que mi padre trata de evitar cualquier signo de añoranza cuando viene de visita. Sara dice que suele venir a este bosque porque sus parajes le recuerdan los de Degaña. Yo lo recuerdo de otra manera, con una brumosa capa de llovizna en las ramas y en las hojas.

El día anterior a Nochebuena, Sara y yo vamos de tiendas por

Puerto Banús. Javier se queda con mi sobrino Luis, que a sus veinticuatro años había terminado los estudios de Informática y conseguido un buen trabajo en el extranjero. Yo procuraba estar al tanto de sus éxitos profesionales y él de no preguntarme por los míos. En su caso, eso de que el amor se hereda es literalmente cierto: pidió varios días en la empresa para pasar las Navidades con Javier.

Quizá por eso estas Navidades son tan especiales, porque estamos juntos, incluso Ángeles, que no habría venido si mi padre no estuviese desde antes.

Sara se ha ido comiendo una a una las aceitunas. Mira hacia los barcos del puerto y le hace un gesto al camarero para que nos sirva otra copa de champán. No quiere irse todavía, se ha quedado estupefacta contemplando el pedazo de diamante que acabo de comprarme.

—¿Sabes lo que más me impresiona? —dice.

—¿El precio?

Es lo menos en lo que uno puede fijarse si hablamos de una joya valorada en ocho millones de pesetas.

—En serio, Ana, el brillo: es electrizante. Enhorabuena.

Encojo los hombros y me río intentando prestar a la situación algo de desenfado, pero el tono de Sara suena perturbador.

—¿Enhorabuena?

Sara enmudece de tal manera que la emoción que me produce la nueva pieza de mi colección queda relegada a un segundo plano.

—No eres consciente, hermanita.

—¿De qué?

—Todas esas joyas..., lo que has conseguido tú sola.

—Será que tú tienes pocas.

—Yo se lo debo a mi marido.

—¿Estás tonta?

—Es que me estaba acordando de aquel día en tu habitación, Ali estaba abajo intentando caerle bien a mamá y tú supertriste porque yo me iba con él a Marbella.

—¿Y?

—¿No te acuerdas del pacto que hicimos?

—Claro. Mientras una sea rica, la otra no será pobre.

—Pues ahora estoy segura de que nunca volveré a ser pobre mientras tú estés a mi lado. En serio, eres admirable.

—Esto es tan tuyo como mío. Tú me abriste las puertas, ¿recuerdas?

Se acerca por la acera del área portuaria una mujer vestida como si fuese a una fiesta.

—Nunca se sabe, puede que una como esa me robe el marido y me quede sin nada. Es prostituta. De lujo.

—Tiene estilo.

Su atuendo es perfecto, indudablemente. A la altura del lujoso yate hacia el que camina.

—Y yo puede que me compre uno de esos yates.

Los ojos pardos de Sara tampoco se apartan de ella, pero pestañea muy rápido, no muy segura de si hablo en serio.

—Sí —añado haciendo una mueca—, y puede que también me compre un tío bien chulo que mueva así las caderas hasta mi camarote.

Nos miramos un segundo y nos echamos a reír.

A la mañana siguiente me levanto temprano y hago unas llamadas. Marulanda ha pagado las comisiones a los transportistas y a los intermediarios de las operaciones del último mes. Eso es música en mis oídos. Consulto al Páter y después llamo a Cárdenas y a Conchi para que hagan los preparativos para una nueva tanda de entregas.

De camino al coche compro *El Mundo* y me siento en un café. En la primera plana se ve la cara del juez Baltasar Garzón y en las páginas centrales un amplio reportaje sobre los GAL, el caso del año. Amoedo y Domínguez declaran toda la verdad del caso Marey ante el juez más mediático del país, un tipo implacable, que manda de cabeza a prisión a los principales acusados, Sancristóbal, Damborenea, Álvarez, Planchuelo... y busca la colaboración de los funcionarios de menor rango para apuntalar la imputación del ministro de Interior, José Barrionuevo, y su secretario general, Rafael Vera.

—Más jueces así es lo que necesita este país —oigo como de la nada.

Bajo el periódico. De pie, frente a mí, está el barón. Las manos abiertas, como esperando un caluroso recibimiento. Se ha dejado la barba prolija y lleva un jersey de cuello bajo un abrigo negro.

—Apestas a alcohol —le digo.

—Una noche dura, ya sabes.

—Pues te guardas el abrazo hasta que te tomes un café.

—Trato hecho.

El barón parece asustado hablando de Garzón; dice que está dispuesto a echarse a los hombros la justicia y que está sacando horas de donde no las hay para evitar que los narcos destruyan pruebas.

—Es como un perro de presa —dice—. Un conocido al que tomó declaración entró muy gallito en su despacho, le dijo que no iba a colaborar hasta que se levantase el secreto del sumario y pudiese ver lo que tenía la policía contra él. Pero el tiro le salió por la culata y fue a prisión. Al final se decidió a colaborar.

No entiendo bien las triquiñuelas legales, pero muchos en la profesión salen espantados como alma que lleva el diablo cuando oyen hablar de ese juez. Desde que llegó a la Audiencia Nacional las aprehensiones de alijos de droga aumentaron exponencialmente. Más de dos mil quinientos funcionarios trabajando bajo sus órdenes, miles de imputados, entramados societarios desmantelados..., una máquina desbrozadora bien estructurada con la que no me gustaría cruzarme.

—Sí, debe de ser persuasivo —respondo mientras el camarero trae las tazas de café.

—Bueno, ¿qué tal te va? —pregunta.

—Me defiendo.

El barón asiente y toma un sorbo largo.

—Dicen que te va rematadamente bien.

—¿Y quién lo dice?

—Venga, Rubia, que no te va la hipocresía.

—Tú dirás.

—Tengo unos amigos con un porrón de coca caída del cielo.

—Del cielo cae nieve.

—Y de apuestas como la que hicimos en la fiesta de tu hermana.

—En la fiesta apostamos sobre mujeres bien vestidas. ¿De dónde son tus socios?

—Rusos.

—Son tipos duros. Pero tú no eres un tipo duro. ¿De qué los conoces?

—Digamos que acaban de instalarse por aquí.

—O sea, de una fiesta.

—Esto es Marbella. ¿Dónde si no?

—Lo siento. No puedo.

El barón me señala con el dedo directamente al pecho, la uña del índice amarilla de la nicotina; el esmalte, debajo, brillante de manicura.

—Rubia, los nativos de la selva en Sudamérica usaban las hojas de coca porque les daba la resistencia suficiente para trabajar desde el amanecer al anochecer. Un buen día un patrón comenzó a usarla para aumentar su potencia sexual y le dio por follarse a sus mujeres. Humillados, los campesinos decidieron tomar el poder por la fuerza.

—¿Y?

—Que los campesinos nunca hubieran alcanzado el poder si no hubiese un patrón al que robárselo.

—¿Tú eres el patrón y yo la campesina?

—Sin ofender, por lo que le contaste a mi amiga Jazmine en aquella fiesta con final feliz, no vienes precisamente de la nobleza.

La recuerdo. Esa mujer me sonsacó lo de nuestros humildes orígenes mineros para echárselo en cara a mi hermana.

—¿Y qué te he robado? Si puede saberse. ¿El poder?

—No, querida, a diferencia del patrón de la selva ajusticiado por sus sirvientes, cada vez que me meto una raya se me queda muerto el pajarito.

—¿Oyes lo que estás diciendo?

—El gatillazo es parte de la historia. Muchos grandes genios

eran impotentes vocacionales. ¿Qué te sorprende tanto?

—¿Adónde quieres llegar?

—¿Qué versión prefieres? ¿La de verdad o la de mentira?

—Lo que tú quieras. La de verdad. O la del pajarito con pocas ganas de volar.

La expresión ácida y mordaz del rostro del barón se transforma en otra más real, humana y negociante a un tiempo.

—Estoy en un lío, necesito dinero urgentemente.

—Trabajo para gente que maneja su propia mercancía, tengo prohibido involucrarme en otros negocios. Menos con rusos.

—No tienen por qué enterarse.

—Basta que lo sepa yo.

—Te abrí las puertas del cielo, querida. Me lo debes. Yo te presenté a Arango.

—De verdad que lo siento, pero no puedo hacer nada.

—¿Quieres que te suplique?

—Ahórrate el trago.

El barón se levanta y arroja displicentemente quinientas pesetas sobre la mesa.

—Tu hermana y tú no sois más que escoria salida de una mina de carbón sin modales ni respeto. Disfruta del momento, que ya nos encargaremos Jazmine y yo de quitaros la careta.

1996

34. LUCKY

En la primavera recibo un encargo importante. El tipo es un industrial catalán llamado Oriol que ha perdido un dineral por culpa de una mala inversión.

Quedamos en una cafetería en Moncloa. Mientras me aproximo, Cárdenas no deja de mirarme. No dice nada, no hace ningún ademán, se inclina sobre la barra y da un sorbo al café. Me da seguridad que esté ahí de incógnito. Lo quiero cerca por si las cosas se desmadran.

Oriol tiene los ojos saltones, nariz aguileña y dientes estropeados. Tiene aspecto tosco, pero está glorificado por el aura de empresario de éxito. Sus problemas no han tenido repercusión en los medios, todavía ocupa un puesto prominente en la grada de la oligarquía catalana. Al verme llegar, se levanta nervioso y me estrecha la mano.

—Gracias por venir.

Tomo asiento, me quito las gafas de sol, apoyo los codos en la mesa, entrelazo las manos y lo miro por encima de los diamantes y zafiros que brillan en mis dedos.

—Lo escucho.

—Soy un hombre prudente, ¿sabe? Pero ha ocurrido algo imprevisto y necesito liquidez.

—Quinientos kilos no son cualquier cosa.

—Sus referencias son excelentes.

—No es suficiente.

—No sé si la he entendido bien...

—No es suficiente si usted no me convence.

Oriol asiente despacio.

—¿Y cómo puedo convencerla?

Había analizado su propuesta detenidamente y, en efecto, la decisión estaba en mi mano y no en la suya. El problema era que ninguna de las empresas de ese hombre había exportado maquinaria industrial de Colombia, y que una compra única y de envergadura huele mal, suena a tapadera.

—Verá, Oriol, necesitamos una empresa en Colombia que pueda venderle la maquinaria en condiciones más ventajosas de las que puede conseguir de sus proveedores habituales. De esa manera sería justificable que usted fuese a ese país a comprarla. ¿La tiene?

—No, pero supongo que usted sí.

—Pero incrementa el precio.

—De acuerdo.

—Y luego está el transporte a Barcelona. Se tiene que hacer desde Panamá. Eso significa asumir un traslado por tierra y una logística extra.

—Soy consciente.

—Pues prepare un listado de las empresas a las que compra habitualmente. Necesito las facturas y los soportes de pago para preparar las ofertas de venta en Colombia por una cantidad inferior, incluyendo los portes de traslado a España. Me da igual si la empresa a la que compra habitualmente está en Valladolid, si el precio que consigo en Colombia no sale más económico no hay trato. Además, le pediré los albaranes de entrega de la maquinaria una vez que la mercancía llegue a territorio español.

Estamos los dos inclinados hacia delante.

—Pero para tener los albaranes tendría que comprar realmente la maquinaria.

—Y es lo que va a hacer aunque se le pudra en un almacén. Parte de las operaciones que la policía destapa tienen que ver con ventas irreales: los compradores pagan la mercancía, pero nunca la reciben. Tiran del hilo, estudian la trazabilidad del dinero, descubren que el precio no se ha pagado o ha sido devuelto a los compradores. Hablamos de Colombia, ¿quiere ponerse en el punto de mira?

—Me saldrá mucho más caro.

—Rebaje sus expectativas de beneficio.

Cuando Oriol se marcha, deja un sobre en la mesa. Estoy tan acostumbrada al dinero, tan inmersa en un negocio donde los billetes florecen como musgo en un bosque que doy por sentado que contiene lo acordado.

Los días siguientes transcurren lentamente, los preparativos, la superación de los inconvenientes de la operativa se convierten en nuestro único objetivo. La comunicación con Colombia se realiza por teléfono, pero con expresiones irrastreables para la policía. Todo lo que somos esos días, dónde nos movemos, lo que comemos o decimos, tiene que ver con no dejar nada a su alcance.

Es la primera vez que participo en algo fuera de España, me cuesta asimilar que esté trabajando directamente con la gente de Colombia y que haya tomado dos días antes un avión con destino a Bogotá junto a un compungido Oriol, que casi está a punto de desmayarse de los nervios en el momento de cruzar la aduana. La oferta que nos encontramos es abrumadora. Turbinas, aparatos de aire acondicionado, máquinas frigoríficas, de todo. Nos centramos a analizar lo que Oriol vende habitualmente a sus clientes y con ayuda de un experto elegimos las menos extravagantes y las que mejor pueden ocultar la coca. La proporción de la compra es tres máquinas de la misma clase por cada una que sirve de tapadera. El dato me lo facilita la gente de Bogotá, más que nada por si a alguien le da por realizar alguna comprobación física a la llegada del buque al puerto de Barcelona.

Oriol se encorva sobre la larga mesa de caoba de la oficina del industrial colombiano seleccionado y firma apresuradamente la serie de cheques con la que dejamos documentada la transacción, que incluye el transporte en camiones hasta el puerto de Panamá bordeando la impenetrable selva del Tapón del Darién. Su firma, a tinta azul, es apretada, uniforme y precisa, como de carta antigua. A los dos días acudimos con los papeles al agente de aduanas de Panamá.

Está en mangas de camisa, lleva el pelo revuelto y grasiento y no parece darse demasiada prisa en sellarlos.

—No cualquiera puede hacer la tramitación tan rápidamente. Y mucho menos cruzando la selva. Eso solo lo hacen los cárteles y los migrantes que llegan de Haití y Cuba. ¿Y saben una cosa? Ustedes no parecen migrantes.

—Lo comprendo —asiente el hombre mandado por el cártel, y deja en la mesa un sobre que el agente de aduanas se guarda en un cajón sin siquiera mirarlo.

—Pero bien mirado —reflexiona el agente de aduanas—, estamos aquí para ayudar. ¿No es así? —Nos devuelve la documentación sellada y saca del bolsillo un pañuelo amarillento con el que se seca una gota gorda que le cae por la frente.

Regreso a casa en primera clase: sillones mullidos y espaciosos, comida a la carta y azafatas de sonrisa complaciente. Está amaneciendo, necesito café en vena para desprenderme del sopor del sueño. El comandante anuncia que comenzamos el descenso a Madrid. Me asomo a la ventanilla y contemplo fascinada el anaranjado de las nubes. Es como si en vez de aterrizar en Barajas estuviéramos a punto de hacerlo en Marte. El pasajero a mi lado está pálido y los ojos se le salen de las órbitas cuando tocamos el suelo. Imagino que esa sería la cara de Oriol si la policía descubre la droga que viaja oculta en las bodegas del carguero que a esas horas estará zarpando de Panamá.

Cuando llego a casa y enciendo la luz, el salón —desordenado y revuelto por culpa de la fiesta que ha celebrado Javier con sus amiguitos—, en el que apenas me quedo para tomar una ducha y cambiarme de ropa, me produce una sensación acogedora. La soledad que tan a menudo me acompaña es más llevadera cuando vuelvo al chalé y tropiezo con juguetes de Javier por todos lados.

Javier, para mi sorpresa, llega con Dora antes de tiempo. Está hecho todo un hombrecito con solo ocho años. Lo achucho un poco y ya comienza a escurrirse al suelo preguntando dónde está.

—¿Dónde está quién? —pregunto haciéndome la loca.

—¡El perrito, mamá! ¡Dijiste que si te ibas de viaje me lo traías!

Le hago rabiar un poco. Jugamos a frío o caliente, se agacha, se incorpora, señala con un dedo aquí y allá hasta que se rinde.

Entonces lo guío hasta la salita de la plancha y le digo que mire dentro de una caja.

—¡Lucky! —dice Javier mientras levanta la tapa.

Es un cachorro de husky siberiano. Tiene dos meses, quizá tres. Me lo trajo Cárdenas al aeropuerto con un bebedero y un libro de adiestramiento canino escrito por un tipo con pinta de militar. Lucky se pone muy nervioso, empieza a olisquear y a resoplar, quiere que alguien lo saque de allí. Javier lo levanta en su regazo y lo achucha con fuerza.

Lo primero que hace es cagarse en la entrada.

Pasan tres días hasta que Cárdenas recibe la llamada que estábamos esperando. La operación depende de haber hecho bien las cosas y de que nadie en Panamá se haya chivado a las autoridades españolas. Por eso me obsesiona la información, quién la tiene y quién no. Reviso una abultada carpeta con anotaciones de cada paso que dimos. No dan pistas sobre la operativa, son solo pensamientos inconexos sobre detalles que pueden llegar a tener su importancia si las cosas se tuercen. No dejo de darle vueltas al retraso que estamos sufriendo. Dos horas, diecinueve minutos y seis segundos, para ser exactos.

Cárdenas me mira y cuelga el teléfono con el pulgar hacia arriba, tan cerca de mis ojos que puedo ver su huella dactilar.

—Ya está el despacho de aduanas y la mercancía cargada en los camiones.

—¿Y Oriol?

—En el punto de encuentro.

—Pues vamos.

Entramos en una de las cafeterías cercanas a la zona portuaria. Lo que hace a Oriol una persona distinta del personal no es su manera de vestir sino la expresión de su cara. No se sabe si de gozo o respiro. Me da las gracias y yo a él. Los quinientos mil dólares que me ha ingresado en la cuenta de uno de los bancos más

reconocidos de la ciudad de Panamá es un buen motivo para estar agradecida.

El éxito del operativo de Barcelona me hace sentir inmune a las desgracias al tiempo que me produce unas ganas voraces de amasar dinero. Lo quiero todo, y lo quiero ya. Me aterra ser pobre y tener que aguantar la displicencia de los que mandan. Poder decir «no», como al barón, es una victoria.

Cárdenas despacha conmigo todas las mañanas a primera hora, y luego se pasa el resto del día yendo de un punto a otro de Madrid controlando que las cargas y entregas de vehículos funcionen con la precisión de un reloj suizo.

Mientras yo estoy aquí sentada, en el salón de mi casa, mis chicos están ahí afuera haciéndome rica. Por cada kilo de cocaína me llevo el cincuenta por ciento. Cada vez vendo más. Tengo un cupo de cada cargamento que llega a España. Los colombianos ni siquiera me piden que lo pague por adelantado. Es dinero líquido, todos lo quieren, como el activo financiero que no para de ascender en la Bolsa.

Y todos la consumen. Todos menos yo.

35. OJOS VERDES COMO BILLETES

Doy un sorbo a mi taza de café escuchando atentamente lo que Cárdenas acaba de decirme al otro lado de la línea. No he olvidado que es él quien se encarga de seleccionar al personal, pero en este tiempo también he ido aprendiendo algunas cuentas y una de ellas es que cuanto más creces mayor es el caos que puede generarse a tu alrededor.

—Necesitamos gente, Rubia, elíjalos usted si quiere, yo ya hice una preselección.

—Puede que dos, tal vez tres. No más.

—¿Qué le preocupa?

—Ser demasiados.

—¿Crecer?

—Hacernos evidentes.

—Sin más gente no daremos salida a los pedidos. Y sin pedidos, nos estancamos.

—Estamos bien.

—Yo no. Casi no duermo por las noches. Y usted tampoco.

Silencio.

—Está bien —digo al cabo de unos segundos—, confío en ti más que en nadie.

Hay que ser muy disciplinado para no obligarse a sacar lo mejor de uno mismo a diario. Las personas normales pueden cometer errores y arreglarlos con una disculpa, pero en una organización como la mía los errores ni se olvidan ni se perdonan, porque siempre hay alguien que sale mal parado.

Una entrega a destiempo, un cobro mal gestionado, una palabra inoportunamente dicha, el detalle más nimio debe pasar el mismo filtro que una gran gesta, porque las gestas se construyen con mil detalles que pugnan por destruir el todo. Somos como

aquel zepelín que voló y ardió en un instante. Solo hace falta una chispa diminuta para que el caos nos devore.

Pero Cárdenas es toda una leyenda entre las nuevas generaciones. Con sus camisas negras, sus pendientes, sus colgantes, sus vaqueros gastados y su pinta de indio chamán, es un tótem para los jovenzuelos que aspiran a medrar en el negocio. No abundan tipos como Cárdenas, tipos que responden a códigos no escritos que todos respetan. No, a los nuevos no les importan esas cosas, lo único que les importa es el dinero fácil, salir hasta las tantas y consumir coca hasta no poder cerrar los párpados.

Nadie mejor que Cárdenas para distinguir el grano de la paja.

—Ya verá al nuevo. Si le gusta será su nuevo chófer.

—Dile que me recoja en media hora.

—Es que ya va de camino.

—¿Cómo?, ¿antes de hablarlo?

—Sabía que diría que sí.

—¡Serás indio!

—Es culpa de la coleta.

Reímos.

—Bueno, cuelgo ya, que a este paso me pilla en paños menores.

Suena el timbre.

—¡Un momento! —grito buscando por el dormitorio algo que ponerme encima.

El chico hace ademán de estrecharme la mano cuando abro la puerta.

Tiene el pelo castaño y ondulado, la piel blanca y lisa. Los pómulos cincelados con la rotundidad de una estatua de mármol y ojos de muñeca del color verde de los billetes de mil pesetas que amontono en la caja fuerte.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Leo Vélez, señora.

—Espérame en el coche, Leo —he abierto descalza y a medio vestir—, termino y salgo en un minuto.

Después de arreglarme, apoyo la mano en el picaporte de la puerta de la calle y aprovecho para echarme un vistazo en el

espejo del recibidor. El vestido es de color azul oscuro, los zapatos negros de medio tacón y el bolso de un color que puede ser una o la otra cosa. No sé a qué ha venido ese arrebato de coquetería.

O sí.

Puede que tenga algo que ver con los ojazos verdes de ese chico.

—Le agradezco mucho al señor Cárdenas que me haya dado esta oportunidad, señora. No pienso defraudarla, quiero que se sienta tranquila y segura conmigo.

Tras un breve forcejeo con el cinturón de seguridad del asiento trasero, clavo la mirada en el espejo retrovisor.

—Mira hacia delante, Leo.

—Perdón, señora. —Su expresión de concentración me genera ternura.

El ruido atronador de un helicóptero suena por encima de nosotros cuando pone el motor en marcha. Un BMW de estreno. El mismo modelo que el de Walter Marulanda. Pero el mío, de menor cilindrada.

36. SOLO ESTRÉS

Ha sido un domingo especial, de esos que he disfrutado un montón con Javier cenando una hamburguesa después de habernos atiborrado de palomitas en el cine. Pero a juzgar por los morritos que pone, me temo que sus planes no pasan precisamente por irse pronto a la cama.

—Solo un poquito más, ¿vale, mamá?

—No, que mañana hay cole y no hay quien te levante.

—Porfa...

—He dicho que no. A la cama.

—Pues que Lucky venga conmigo.

Lucky me mira sin moverse del sitio.

—De eso nada, que lo llena todo de pelos. Vamos —digo señalando la escalera.

Me tumbo un rato a su lado. No me canso de mirarlo, con sus deditos entrelazados sobre la almohada, su nariz, su boca, hasta que poco a poco se va quedando dormido.

—Mi niño —susurro, él responde agarrándose las manitas con más fuerza. Lo beso, cierro los ojos, escucho su respiración.

En ese instante el tiempo no avanza y siento que estoy haciendo un poco más cada día para que nunca le falte de nada.

Entonces suena el timbre.

Miro la hora con gesto de fastidio. La última vez que había quedado con Cárdenas y Conchi para celebrar el éxito de nuestras operaciones recientes tuvimos que posponerlo. Era difícil, por no decir imposible, volver a mover la fecha en esta ocasión.

—Aquí tiene, jefa. —Conchi saca una hoja del bolso y me lo tiende mientras Cárdenas se dirige al mueble bar y coge dos vasos y una botella de ron del caro.

Examino la hoja, miro a Conchi, que está dejando el abrigo y

el bolso en la entrada, y de nuevo la hoja.

—Todas las transferencias según lo programado —dice pegando un largo trago al vaso que le pasa Cárdenas—. Oiga, ¿y a la jefa qué? ¿No le pone un roncito?

—La jefa no bebe.

—Pues entonces un poquito de música, mi amor.

Cárdenas me hace una confidencia mientras Conchi se aleja para poner un *single* de Cheo Feliciano en el tocadiscos y sube a tope el volumen.

—¿Usted sabía lo de su novio? —me pregunta Cárdenas en voz baja.

—Exnovio, tengo entendido.

—Sí, sabía que andaba con un tipo. La fue a buscar un par de veces al bar. Ella parecía muy contenta, ya sabe cómo es, se ilusiona a la primera.

—Veo que sabes mucho de su vida, últimamente.

—Algo. —Insinúa una media sonrisa que no llego a saber lo que significa porque en ese momento aparece Conchi.

—¿Baila conmigo, señorita? —y me hace una sobreactuada floritura de mano—, no todos los días gana usted tanto dinero.

Estaba en lo cierto. Con este nuevo envío consolidábamos el camino que abrimos con Oriol y mi candidatura a trabajadora del año.

—Creo más apropiado que se lo pidas a él —respondo alegremente señalando con el dedo a Cárdenas.

Me divierto observando cómo se comporta, a lo mejor piensa que no me doy cuenta, pero soy una experta en miradas y noto a leguas que están enrollados. Cárdenas, que se mueve torpemente, casi tropieza con esa maldita silla de mimbre que no se me va de los ojos.

—¿Probó a ponerle un cojín o algo así? —dice Conchi al percatarse de que la estoy mirando.

—Sería un pecado.

—No sirve para sentarse y bonita tampoco es.

—La verdad es que la dichosa me ha costado la friolera de setenta mil pesetas y te deja el culo marcado cada vez que te

sientas. ¿Os parece normal?

Suena el teléfono. Cárdenas suelta a Conchi y descuelga. Levanta el vaso, un chorro de ron le salpica la manga de la camisa, también salpica el sofá y el suelo.

—¡Ponga la tele! —le dice a Conchi.

Casi se me corta la respiración.

—Llama a quien sea, Cárdenas, llama a todo el mundo si hace falta —digo cuando veo a Oriol saliendo esposado de su domicilio.

El vaso de ron se le resbala a Cárdenas y rueda por la alfombra. Conchi lo recoge; en lugar de devolvérselo, lo pone fuera de su alcance.

—¿Quién le ha dado entrada? ¿Quién nos ha jodido? —grita Cárdenas al teléfono.

«¿Forma parte el conocido empresario catalán de uno de los cárteles de la droga? —pregunta a la cámara la periodista que está informando de la detención—. Es pronto para saber si quedará en libertad bajo fianza o permanecerá en prisión, pero de lo que no cabe duda —la periodista echa la vista un instante atrás para que la cámara enfoque a su espalda— es que los más de setecientos kilos de cocaína incautados por la Guardia Civil en el curso de la Operación Marco supone uno de los golpes más importantes al narcotráfico de los últimos años.»

Cárdenas cuelga.

—¡Jódase por brincarnos, malparido! —le grita al televisor.

—¿Entonces?

—Se la quiso montar él solo, Rubia, y ha caído como el marica que es.

—Tráete todo lo que tengamos, Cárdenas, hasta el último papel. Van a investigar todas sus compras internacionales.

—Ahora mismo.

El catalán quiso repetir la operación sin decirnos nada, había contactado con nuestras fuentes en Colombia. La última vez que lo vi, para despedirnos, le había advertido que se olvidase de volver a hacerlo. No se debe tentar al diablo dos veces cuando no has comprado tu plaza en el infierno.

Conchi se marcha y Cárdenas y yo nos pasamos la noche

entera repasando todas las piezas del operativo de Panamá y destruyendo papeles. La buena noticia es que no he encontrado nada que pueda relacionarnos con ese malnacido —por suerte había triangulado el pago de comisiones para que no se pudiese seguir el rastro del dinero—; la mala es que ha crecido una más que razonable desconfianza dentro de mí.

—Tranquila, la gente confía más en nosotros que nunca. —Cárdenas trata de convencerme de que estas cosas ocurren—: siempre hay alguien que se salta la línea para ahorrarse las comisiones.

Comienzo a bajar las persianas automáticas.

Corazas, armaduras, blindajes, todo lo que uses para defenderte es franqueable si no prestas la suficiente atención.

—Quiero que contrates a alguien que vigile la casa día y noche —le digo.

Cárdenas está a mi lado.

—No le dé tantas vueltas o se volverá loca.

—¿Y Romero?

—¿Qué pasa con Romero?

—¿Dónde está?

—Se fue a Colombia.

—¿Con Tony Lobo?

—No sea paranoica, Rubia.

A lo mejor fue el barón. ¿Quién más puede estar interesado en tenderme una trampa? Está claro que a lo único que podía aspirar Oriol por su cuenta era a convertirse en algo útil y prescindible para los narcos, ellos te dan toda la confianza para acabar entregándote a las autoridades, pero a mí nadie me dañaría porque sí. Espero en silencio a que todas estas elucubraciones tomen forma.

—¿Y si un día te pasa conmigo como con Tony Lobo? —le acabo preguntando a Cárdenas.

—¿Qué quiere decir?

—Que puede llegar el día en que pienses que la he cagado. Si eso ocurre, ¿te cambiarías de bando?

Una sombra le cruza la mirada.

—Nunca pensé que usted fuera a decir eso.

Coge su chaqueta y se dirige sin contemplaciones a la salida. Yo voy corriendo tras él y lo intercepto junto la puerta.

—¡Espera! —le ruego.

—Venga, jefa, no me joda, apártese, por favor. —Tiene la mirada fija en la mano con la que sujeto la manija de la puerta.

—Aunque no lo creas, te juro que no podría hacer esto sin ti.

Cárdenas ni siquiera parpadea. Una lágrima densa me cae por la mejilla y él la ha visto. Abro los dedos un poco. No quiero mostrarme así de vulnerable, ni que vea el miedo que me produce poner en peligro a Javier por un error de cálculo.

La firmeza con la que me abraza hace entonces que me desmorone.

—Tranquila, Rubia, no va a pasar nada. Se lo juro.

Entierro la cara en su pecho y me pongo a llorar como una Magdalena.

Es uno de los abrazos más reconfortantes de mi vida.

37. RAFAEL MEDINA

Hay preguntas que nos quedan demasiado grandes en la Sección IV de la Brigada Central de Estupefacientes encargada de las investigaciones de tráfico de cocaína.

Nuestro trabajo es aportar pruebas, grabar las conversaciones que nos ordenan, hacer los seguimientos, no perder los objetivos y no olvidar nunca una cara en los cuarenta metros siguientes del lugar donde las vimos por última vez.

Sabemos cómo actúan.

De alguna manera, hemos ido afinando nuestras técnicas al mismo tiempo que los narcos las suyas. Más medios, más efectivos, más agentes infiltrados, más colaboración internacional... Sí que hemos cambiado desde que los gallegos se metieron de lleno en el contrabando de tabaco a principios de los ochenta. Entonces compraban el rubio americano a las tabacaleras en Suiza y lo transportaban en barcos a Senegal para luego llevarlo a España y hacer las descargas en las rías sin ninguna vigilancia en el mar.

Muchos jóvenes arosanos sin trabajo y con un futuro incierto obtenían suculentos pellizcos a cambio de colaborar en las descargas. Formaban hileras, dos recogían los fardos de las lanchas, el resto en una fila que atravesaba la arena y acababa en la puerta trasera de las furgonetas. Si en algún caso eran descubiertos en plena faena, abandonaban la carga y a correr.

La cocaína lo cambió todo. Al principio fue un giro de tuerca al tabaco, una manera de ganar más haciendo lo mismo, pero las consecuencias que arrastró consigo fueron tan perniciosas que muchos en la costa dejaron de verla como una solución caída del cielo ante una mala marea.

Les dimos duro, no dejamos de batirnos el cobre esos años. Ahora nos enfrentamos a otra manera de hacer las cosas. Creímos

tenerlos controlados, que solo quedarían eslabones sueltos de una cadena rota.

Nos equivocamos. Los infravaloramos. No era una cuestión de orden, sino de supervivencia. Los cárteles estaban buscando otras maneras de pasar desapercibidos. Casi a regañadientes, una madrugada, acudimos a una reunión con el jefe donde nos lo dejó bien claro: el objetivo era localizar una nueva estructura formada por grupúsculos difícilmente identificables en territorio español, información fragmentada y pocas intersecciones que pudieran conducirnos hasta el jefe del tinglado.

Y eso para mí supone un revés bastante grande. Llevaba dos años incumpliendo sistemáticamente la misma promesa a mi mujer, y todo indicaba que tampoco esta vez podríamos disfrutar de unas vacaciones en la costa alicantina rememorando nuestra luna de miel. La luz que entra por la ventana convierte en una celda oscura el habitáculo en el que estoy encerrado. Una voz metálica suena en mis auriculares. Salgo de mi ensimismamiento y afino la emisora hasta que la voz suena nítida. Es el mismo hombre de ayer, le habla a otro en clave sobre otro al que llama «el nuevo». Por el acento diría que es paisa, así llaman en Colombia a los que son de Medellín.

O del nuevo no saben el nombre o se cuidan de pronunciarlo, pero en cualquier caso no es santo de su devoción. Parece una amenaza, y ante una amenaza el rival siempre reacciona de la misma forma: con violencia. El otro con quien habla se para a reflexionar. Le dice que nada de sangre, que es mejor robarle la mercancía para que sus jefes «de allá» le quiten de en medio. Ya no me importa tanto saber quién es «el nuevo» como tomar buena nota de la trampa que le han tendido. Bingo. Van a robarle el alijo que en unos días encaletará en un chalé franco de la calle Arturo Soria.

38. *AFFAIRE*

Leo me mira fijamente a través del retrovisor. En sus ojos brilla la preocupación.

Me pregunta si estoy bien, yo digo alguna incoherencia, estoy pensando en la cagada de Oriol y en cómo puede afectarme de ahora en adelante.

—¿Está bien, señora?

—No. En realidad.

—Si puedo hacer algo, no tiene más que pedírmelo.

Me sobresalto cuando apaga el motor y cierra de golpe la puerta. Desaparece por delante del coche, con la llave girando entre sus dedos. Oigo un chasquido metálico al otro lado. La cerradura, tal vez. Un rectángulo de luz aparece. Veo de nuevo esos ojos verdes absolutamente irresistibles. Se me ocurre una idea absurda. Muy propia de Conchi. Saco una pierna, después la otra. La falda se eleva más allá de las rodillas dejando a la vista una franja bastante amplia de mis muslos. Me tiende la mano y me acompaña hasta la entrada. Podría entrar ahora mismo, quitarme los zapatos y sacudirme el pelo diciendo: «Ven, que te voy a hacer una cosa tremenda».

Subrepticiamente le echo un vistazo. Mala idea. Es joven, demasiado joven para que se me ocurra actuar de esa manera.

—Un segundo, que le llevo las bolsas, señora.

Cierto, las bolsas de la compra.

Hago un gesto para que las deje junto a la puerta, pero insiste en cargarlas él mismo hasta la cocina.

—Si quiere, le coloco todo en la despensa.

—No te preocupes, la chica llega ahora con el niño. Ella se ocupa.

—¿Podría darme un vaso de agua?

—Claro —digo alargando la mano para dejar los pendientes sobre la encimera—. En la nevera la tienes fría.

Se sirve un vaso y lo bebe sobriamente, sin apuros ni sobresaltos.

—¿Necesita que la ayude? —dice al terminar.

—¿Por?

—Esa cremallera... —y sonríe de manera descarada sin apartar la vista de mi espalda— parece que le cuesta bajar.

Debe de ser la primera vez que se me atasca.

—Bueno, por qué no —digo recogiéndome la melena con una mano.

—Tiene unos hombros muy bonitos.

—Gracias —digo cuando llega a la mitad de la espalda.

Le digo que puede marcharse y subo a la habitación.

En una fracción de segundo, el espejo que queda a un lado de la cama me enseña el reflejo de Leo. Qué huevos tiene. El corazón casi se me sale del pecho. Se acerca silencioso, me toca el pelo, como si estuviese quitándome una hoja o haciéndome una caricia.

—Se me olvidó decir que tiene usted la espalda... preciosa —susurra bajándome la cremallera del todo.

—Podría despedirte por esto, ¿sabes?

Su sonrisa es tan amplia que parece que se le va a desprender de la boca. Me doy la vuelta, lo beso y me inclino para quitarle los zapatos y acariciarle las piernas por encima del vaquero. Se los quito. Él se recuesta en la cama sobre los codos.

—Me gusta lo que me hace... —susurra.

—Shhhhh, no digas nada. —Me bajo las medias y las bragas, me siento encima de él. Suelo ser más recatada, pero veo mi reflejo en el espejo del armario, la espalda encorvada, las manos sobre los pechos y pienso que he llegado a ser una mujer más completa de lo que nunca había imaginado.

Él me echa los brazos al cuello y me besa en la boca, como si lo nuestro fuese una historia de amor, aunque lo único que sé con certeza es que por primera vez en la vida tengo el control.

—Quieto —digo.

Me muevo, gime, dice algo demasiado alto, le cubro la boca

con la mano porque no quiero que formemos un escándalo. Empiezo a moverme más rápido, con más fuerza, él gira la cabeza a la izquierda, a la derecha, atrapado entre mis muslos, y se corre antes de que yo pueda hacerlo.

—Te has ido demasiado pronto.

—Ahora tardaré más, ya verá.

—No —digo besándole en la boca, y lo empujo contra la cama —. Abrázame, prefiero que me abraces.

Sin siquiera con tiempo para vestirse del todo le digo a Leo que se vaya a toda prisa. Me he recreado demasiado tiempo en sus brazos, tanto que sale por la puerta en el mismo instante en que Dora llega con el niño. Ella se detiene un segundo en la entrada, alertada por la tensión que se respira entre nosotros.

—¿Entonces la recojo mañana a las nueve? —pregunta Leo haciendo una interpretación nada convincente.

—Sí, a las nueve está bien —digo siguiéndole el juego.

Solo cuando Leo sale por la puerta reviso que los botones de mi blusa están en su sitio y cojo en brazos a Javier.

—¿Qué tal tu día, pequeño? ¿Me has echado de menos? Yo a ti mucho —susurro besándole por todos lados—. ¿Seguimos viendo *Legend* mientras Dora te prepara la cena?

—¡Sí, mami!

Javier se detiene en el salón a medio camino entre el sofá y el vídeo cuando le digo que antes vaya a lavarse y a ponerse el pijama. Le froto con fuerza el cabello, le digo que así podemos dormirnos juntos abajo y sale pitando escaleras arriba con Lucky pegado a sus pies.

Pensándolo en frío acabo de cometer una locura tan grande que me cuesta asimilarla. Todavía los besos de Leo resuenan en mis labios, no digamos sus caricias y la sensación que produce ajustarse a otra piel después de tanto tiempo. Ellos, los hombres a los que he amado, me han tratado como si fuera un trofeo abandonado en el fondo de una caja. Silverio por sus problemas con el alcohol y el padre de Javier por dejar de quererme con la

misma intensidad que al principio. Ellos se volvieron violentos, descuidados o mentirosos. Me pregunto si Leo será también uno de ellos, si todo lo que dijo era palabrería barata para hacerlo conmigo o si está buscando algún tipo de ventaja a riesgo de sufrir las consecuencias.

Javier aparece, lo arropo conmigo y acciono el vídeo. Me coge la mano y aprieta con fuerza cuando en la tele aparecen dos unicornios chapoteando en el agua. Estremece pensar que solo unos segundos después unos duendes malvados le arrancarán el cuerno al macho y que el mundo quedará sumido en la desolación y la oscuridad. Javier siente pena, le dice a Lucky que los unicornios no deben morir. Y los perros tampoco.

—¡A cenar! —informa Dora, asomándose a la puerta.

Javier mira a Dora, luego a la tele, y de nuevo a Dora.

—Espera a que termine.

—¿Le traigo una bandeja, señora?

—No, que lo pone todo perdido. Mejor en la cocina.

—Ya has oído a tu madre, venga, que se enfría —dice Dora tratando de sacar a Javier de debajo de la manta.

—¡Que no! —grita él empujándola.

Dora retrocede sin decir nada. Yo le hago un gesto para que no se vaya.

—¿A qué vino eso, Javier? —digo parando la película.

Él me observa entre frustrado y asustado.

—Que no te vuelva a ver nunca hacer algo así, ¿me oyes?

Asiente apretando los labios.

—En la vida hay muchas cosas importantes, hijo, pero la más importante de todas es tratar a los demás con respeto, y sobre todo a las mujeres —digo dirigiendo una mirada disimulada a Dora—. Anda, pídele perdón y vete ahora mismo a la cocina.

Al día siguiente, Conchi viene por casa y me enseña una lista con algunos fichajes que ha repasado con Cárdenas. Me propone que hagamos una selección y una ronda de encuentros personales. Y hablando de encuentros personales, no tardo un segundo en

hablarle de mi *affaire*.

—¡Será perra! —grita—. ¿Y es bueno en la cama?

—Mucho —resoplo.

—Quién sabe, a lo mejor algún día...

—Eso es imposible.

—¿Por?

—Se vuelve a Bogotá a cuidar de su madre.

—Bueno, lo mío es algo más complicado.

—Anda.

—En serio.

Se levanta del sofá, da unos pasos alrededor de la silla de colección, que ni con cojín nuevo anima a sentarse; la voz, ahora quebrada, se pierde en el pasillo. Luego regresa.

—No se me vaya a molestar, puede que sea una completa equivocación, yo estaba sola. Pero apareció él y...

—No le des más vueltas. Dilo.

—Estoy... con Cárdenas.

—Ay, eso ya lo sé, Conchi.

—¿En serio?

—Solo espero que tengas claras tus prioridades.

Conchi sacude la cabeza en gesto afirmativo conteniendo las lágrimas; le acerco su paquete de tabaco y una caja de cerillas. Elige una, la raspa y enciende el cigarrillo mirándome a los ojos.

—Yo estaré con usted siempre, ¿vale?

—Pues aprovechad estos días mientras me ocupo de un trabajito del que quiere hablarme Páter.

—Hoy casi que no —se acaricia la pierna por debajo de la rodilla—, no me he depilado y lo espantaría fijo.

39. LOS PRESAGIOS

Páter está sentado en su despacho acariciando el reposabrazos del sofá con la punta de los dedos. Me echa un vistazo y se disculpa por sacarme de casa un domingo por la mañana:

—Sé que los domingos son sagraditos con su hijo, pero es muy importante. Hay que encaletar doscientos kilos en una de nuestras casas, he pensado en esa de Arturo Soria que arrendamos a su nombre, solo tiene que esperar allí pacientemente a que la llamen y se la pongan en la bodega.

No quiero parecer que estoy eludiendo el trabajo, pero me falta información esencial para dar el «sí, quiero».

—¿Por qué yo? No me dedico a encaletar. Puedo mandar a uno de los muchachos.

Ahora Páter se inclina con los codos sobre las rodillas y me escruta de cerca.

—Es para Inglaterra. Los jefes están abriendo una delegación de la oficina en Londres y todos los pedidos los vamos a gestionar desde España. La acompañará Soraya, es española como usted. No tiene experiencia, pero me interesa que aprenda a su lado para unirla después al equipo de Londres.

—¿Y es de confianza?

Páter se quita un hilo de la chaqueta y alisa la solapa con el dorso de la mano. Me mira incrédulo de que le pregunte eso.

—Sí, es la hija de alguien importante.

—Entonces me vale.

—Listo, pues. Si coronamos, se lleva el siete por ciento.

El inmueble donde encaletaremos la cocaína es el típico chalé de planta cuadrada y tejado de teja de la zona residencial de Arturo

Soria. La operativa es fácil: llaman por teléfono y cuelgan tres veces, solo a la tercera, si dan la clave correcta, abriré el portalón del garaje y nos haremos cargo de la mercancía. Soraya, a la que veo por primera vez en mi vida, está bastante rellenita, tiene una pechera portentosa. No para quieta hasta que despliega sobre la mesa baja que queda entre los sillones del salón varias bolsas de nachos de distintos sabores. No estoy segura de que pueda salir corriendo a tiempo si las cosas se ponen feas.

—Bien, Lucky. Enséñale a Soraya cómo te sientas, vamos.

Tiro de la correa para que se siente sobre las patas traseras. Pero Lucky mordisquea la correa, da una vuelta y se acuesta con el hocico sobre las patas delanteras.

—Así no, Lucky, arriba.

Esta vez Lucky se sienta correctamente y se queda mirando a Soraya.

—¡Muy bien! —Como premio Soraya le da un nacho—. No ha sido tan mala idea traerte con nosotras.

Una hora después suena el teléfono. En la voz de mi interlocutor hay una mezcla de prudencia y apresuramiento, pero pronuncia correctamente la clave. Le digo a Soraya que me acompañe al garaje. Del 4x4 que ocupa la entrada se apean dos hombres, el que conduce es quien lleva la voz cantante. Cuando terminan de apilar la droga, el conductor hace dos veces el recuento. Me dice que necesita que le firmemos un recibo. Sabe que no vale de nada: concepto, nombres y mercancía no se corresponden con la realidad. Pero se queda más tranquilo con el papel firmado con un garabato.

Sobre las diez de la noche se levanta un poco de viento. Una contraventana está abriéndose y cerrándose hasta que Soraya la apuntala. En cuanto regresa quito el modo pausa del vídeo y seguimos viendo *El golpe* de Newman y Redford mientras ella da cuenta de su tercera bolsa de nachos. No debe tener más de veinte años, pero su apariencia es la de una mujer de la edad de Sara.

Suena el teléfono.

—¿Sí?

Silencio.

Pregunto otra vez, pero nadie contesta.

Al final me rindo y cuelgo.

—¿Quién era? —pregunta Soraya desde el sofá.

—Nadie.

Se me pasan por la cabeza muchas cosas en un bucle incesante en el que destacan la policía o una emboscada.

—¿Quieres más nachos o me los acabo?

Ni siquiera contesto, me vuelvo hacia ella con el índice sobre los labios, el nubarrón que me flota en la mirada hace que se levante de un respingo manchando la moqueta con briznas de trigo tostado.

Un ruido. Soraya, que apenas se ha movido, intercambia una mirada conmigo y señala en dirección a la entrada. La puerta se tambalea bruscamente y, sin darnos tiempo a nada, salta de los goznes tras un estrépito metálico y cae a plomo sobre el suelo del descansillo. Siento cómo me sube la adrenalina, me protejo la cabeza, es una reacción salvaje, una reacción de auténtica supervivencia. Soraya se ha escondido detrás del sofá, no la oigo ni respirar. De Lucky, ni rastro.

—¡Policía nacional!

Un hombre encapuchado entra gritando al salón. Detrás viene otro que salta por encima del sofá con una pistola en la mano.

—La placa, por favor —le digo al primero.

—¡Ni placa ni nada!

En el espejo del salón veo a medias la cazadora de fibra azul que lleva puesta. No es la oficial. *Joder, no son nacionales, tampoco han enseñado la orden de registro.* Comienzo a temer lo que harán con nosotras una vez que encuentren la coca.

—¡Dese la vuelta! —me ordena el encapuchado. A Soraya el segundo le ha inmovilizado las muñecas con una cincha de plástico. Ella le dirige una mirada de súplica y dice, bajito, que no la mate.

—¿De qué coño va todo esto? —pregunto.

—¿Tengo pinta de estar de broma? —dice Primero a Segundo.

—Yo creo que no —dice Segundo.

—No, no estoy de broma.

Entonces Primero me atiza con el puño en la boca del estómago.

—Tené calma —dice Segundo.

—No quiero huevonadas —dice Primero.

Cuento hasta diez mientras Primero me ata las manos a la espalda, respirando entre cada número, intentando recuperar el aliento.

—Yo conozco bien a este man, ¿oís? —me dice Segundo—. Cuando se le mete una cosa entre pecho y espalda... —y a continuación mueve la cabeza de lado a lado como cuando en el colegio las monjas nos echaban un responso—, no para hasta que se sale con la suya.

—¿Dónde escondés la coca? —pregunta Primero.

Levanto un poco el mentón para mirarlo a los ojos.

—Pero ¿qué dices? Nosotras estábamos viendo una película.

—Puede hacerte mucho daño. O mejor, puedo hacérselo a ella.

Soraya llora y grita de dolor cuando Primero la coge del pelo y la arrastra como un saco hasta el medio del salón.

—No, no le hagas daño.

—¿Dónde la tenés?

—En el sótano, en el puto sótano, joder.

—Bien, hermana.

Primero se pone de pie dando por terminada nuestra inesperada conversación. No me queda ningún dato relevante por memorizar: calzado, reloj, uñas, acento y hasta el color de los ojos, al menos ninguno que pueda transmitirle a Páter si es que salimos vivas de esta. No me importa lo que piense, algo ha salido mal, no es mi culpa, no soy una soplona. Soraya está como noqueada, no entiende lo que está ocurriendo. Aturdida, pestañea varias veces cuando los dos hombres suben la escalera con cuatro inmensas bolsas negras. Segundo nos pega un vistazo rápido y respira pesadamente:

—Esperá, mijo, ¿y con estas dos qué hacemos?

Primero vuelve la cabeza como diciendo: «Ya sabes lo que tienes que hacer con ellas».

Segundo saca una navaja y despliega la hoja. En el escasísimo tiempo que tarda en llegar hasta nosotras se me pasan por la cabeza muchas cosas. Soraya está gimiendo de rodillas, preparada para lo peor, intentando no temblar. Los ojos inexpresivos e indiferentes de Segundo se vuelven curiosos y después divertidos cuando le corta las cinchas. Soraya cae a cuatro patas dando gracias y él le propina una patada en el culo.

—Andando al baño.

Luego Segundo alarga un brazo por detrás de mí y también corta las cinchas que me sujetan las manos. Me dan ganas de coger un jarrón y estampárselo en la cabeza, pero no siento la circulación en las muñecas. Reconozco en ese instante que quedarnos encerradas en el cuarto de baño es el menor de los males.

—Calladitas y en silencio hasta que nos hayamos ido —dice Segundo apuntándonos con la navaja. Apenas cierra la puerta corro al lado de Soraya.

—Eran colombianos, ¿verdad? Dime, ¿eran colombianos?

—No lo sé —gimotea Soraya.

—Sí lo eran, el acento es paisa, de Medellín probablemente. Son la puta competencia. ¡Joder!

Entonces se oyen voces, luces azules que nos iluminan por instantes, un par de deflagraciones, no me hace falta mirar para saber que acaban de llegar los verdaderos nacionales. Vaya día. La puerta está atrancada, pero hay un taburete, lo arrastro para subirme a él y salto por la ventana. Soraya me pide que la ayude, tarda más tiempo que yo, pero tampoco demasiado. Las llaves de la furgoneta, ¿dónde están? Soraya dice que en la cocina. Retrocedo gateando, tiro de la puerta y entro en la cocina con la buena fortuna de acertar con el interruptor de la luz a la primera. El corazón me bombea a mil por hora, veo en la mesa las llaves sobre un montón de migas de nachos. Lucky está sentado al lado de la nevera, mirándome, preparado para lo que le fuera a decir.

El ruido se ha desplazado al lateral derecho del chalé, salimos a la carrera, Soraya salta a la parte trasera de la camioneta y cuando abro la puerta del conductor una ráfaga de balas silba por encima de mi cabeza y otra se empotra en la carrocería. Tac, tac,

tac.

Lucky sale disparado hacia los árboles, corre de un lado a otro sin quitar la vista del coche. Arranco con brusquedad, por el retrovisor veo a los dos encapuchados en pleno fuego cruzado con los nacionales; cojo una curva cerrada, derrapo y tengo que clavar los frenos para enderezar la dirección. Los nervios, la poca luz, el coche que casi arraso en una rotonda, estoy tan nerviosa que para evitar un accidente doy un volantazo de mala manera y apago el motor y las luces. Casi enseguida un zeta de la policía nacional nos pasa por delante a toda velocidad.

¿Y ahora qué? Aprovecho, resollando, esos pocos segundos para evaluar la situación. Veo a Lucky acercándose por el retrovisor y respiro aliviada pensando en lo mucho que se alegrará Javier de verlo. Pero algo no va bien: Lucky se recuesta de lado, aún sin cerrar los ojos. Entonces percibo la mancha roja, lenta, inexorable que se expande por su cuello; el pecho, que apenas se le mueve, y como tras dos o tres sacudidas suelta la mandíbula.

—Lucky... —me abrazo al volante con todas mis fuerzas y rompo a llorar desconsoladamente.

Hijos de puta. Me lo han matado.

40. ¿SAPO O FUGITIVA?

A eso de las ocho de la mañana, veo a Conchi en el rellano del primer piso. Subo la escalera y entro en su casa sin decir una palabra. Me han birlado la droga enfrente de mis narices y he perdido a Lucky. Todo en menos de una hora. Por no hablar de Soraya, a la que dejé en un autobús echa un manojo de nervios para que volviese a su barrio. Es casi seguro que todo el mundo sabe lo que ha pasado y que nos estarán buscando. De repente, me entra pánico al darme cuenta de que solo me queda desaparecer por una temporada.

—Vamos a la cocina —indica Conchi.

Me limito a seguirla por la galería que recorre el patio interior del adosado. Estamos a seis calles y unos cuantos cruces de distancia de donde he abandonado la furgoneta, como me da tiempo a observar después de los centenares de metros que he tenido que recorrer por aquellas calles recién lavadas y vacías del amanecer.

—¿Me harías un favor? —le digo a Conchi.

—Lo que haga falta.

—Hay un tipo en la calle Guzmán el Bueno. Necesito un pasaporte.

—¿Entonces se va usted?

—Una temporada, sí.

Ahí está Conchi agarrando nerviosa su bolso. Esboza lo que parece una sonrisa. A mí no me sale ninguna. La miro y le digo:

—En una hora y media en la salida del metro de Nuevos Ministerios.

Debo leer el número de teléfono de Cárdenas un millón de veces. No estoy muy segura de si es parte del problema o de la solución. Marco y contesta a la primera, quiere saber dónde estoy,

cancelo la llamada y seguidamente hago otra a una abogada madrileña que colabora con el ceutí encargado de blanquearme el dinero. Paso de los preámbulos típicos, le cuento que necesito sacar plata con urgencia y que la veo en una hora en el Corte Inglés de la Castellana para darle instrucciones. Cuelgo y vuelvo a marcar el teléfono de Cárdenas, también sin preámbulos le propongo vernos a las doce.

—Pero ¿qué ha pasado? —pregunta nervioso.

—En la nevera, por favor. A las doce.

Los puntos del audífono son pequeños y negros, de pronto se mueven como hormigas en el fondo de un vaso. Contengo una arcada implacable, cierro los puños, hago un gran esfuerzo para que los nachos y el guacamole de la cena no acaben esparcidos por el suelo.

La bocanada de aire caliente que sube por la escalera de la boca del metro de la Castellana me golpea la cara. Creo reconocer a Conchi en la multitud, tengo su nombre en la garganta, estoy a punto de decirlo y de mover la mano cuando veo que es una chica más joven. No le quito la vista, de verdad que son como dos clones, solo que Conchi arrastra varias vidas gastadas desde que era estudiante de bachillerato. La felicidad no se pierde con los años, solo se pierde la capacidad de reinventarse a uno mismo. *Joder, Ana, cojonuda reflexión para quien está a punto de abandonarlo todo.*

Por fin la veo bajarse de un taxi. No solo ha remodelado su piso a imagen y semejanza de la casa familiar en la Rioja, sino que por lo que parece desde que gana dinero también ha abandonado la costumbre de viajar en metro. Trae la chaqueta en una mano y el bolso en la otra.

—¿Lo tienes? —le pregunto.

—Espera, espera, lo tengo aquí.

Comienza a rebuscar en el bolso con una sola mano. Se desespera, deja el bolso en el suelo, vuelve a rebuscar y finalmente lo encuentra. Belén Aguilera Navarro. Me repito el nombre un par de veces y examino la foto.

—Puede ser usted o cualquiera —me dice.

Las cosas se mueven ante mis ojos. Una de ellas es el pasaporte al meterlo en el bolso. Otra, el recuerdo de la transgresora Camile cuyo peinado con flequillo corto y recto todavía llevo en la foto.

—Pronto nos vemos.

—Y si puede me llama.

A las once de la mañana la planta baja del Corte Inglés está abarrotada de gente. El espacio es inabarcable, aunque haya departamentos corridos con distintas secciones. En un lado, la perfumería; al fondo, la escalera mecánica por la que se accede a las plantas superiores. En el último rellano está la cafetería. Hay mesas cuadradas y pequeñas dispuestas en filas de a cinco, y en una esquina, la mujer que he venido a ver. Acepto un beso en la mejilla con cierto repelús, toda ella huele a amoniaco y productos químicos. Se supone que es una reunión de tantas, donde una parte pide y la otra gestiona.

—Necesito que tu jefe me transfiera dinero, una cantidad importante. ¿Cuánto tardaría? El problema es que todavía no sé a...

Ella respira echando los codos hacia arriba para recogerse el pelo largo y castaño en una coleta, y percibo, en aquel respiro, algo extraño. Un momento.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

Está más tiesa que un palo. Pestañas largas, maquillaje corrido y un leve temblor en la mirada.

—¿Vas a decirme qué pasa? —insisto.

—Quieren ayudarte, Ana.

Señala en dirección a dos hombres acodados en una mesa, que apenas se han movido desde que me sentado.

—Mi nombre es Rafael Medina, de la Brigada Central de Estupefacientes. Mi compañero es el inspector Julio Palomares. ¿Me permite sentarme un momento?

No me acabo de creer lo que está ocurriendo. De hecho, sigo sin creérmelo cuando se sientan y el inspector deja el paquete de tabaco sobre la mesa. La opción de salir corriendo es bastante complicada. La opción que tengo más a mano es cruzarle la cara a

la muy hija de puta de la abogada. Opto por fingir.

—Voy directo al grano —dice el inspector—, sabemos que es usted la arrendataria del inmueble de la calle de Arturo Soria donde ayer por la noche se produjo un tiroteo, pero no es usted quien nos interesa. Nos interesan otras personas.

—¿Quiénes?

—Quién va a ser, mujer. Las personas que estaban con usted.

—No estuve allí.

—Naturalmente que no. Si es lo que quiere —me guiña un ojo.

La policía tiene una capacidad asombrosa para seducirte con sus propuestas, supongo que cualquier observador imparcial estaría de acuerdo en que me están haciendo una generosa oferta.

—Los individuos que le robaron la mercancía la montaron bien anoche, quieren llevar la guerra a las calles, sacudir el avispero. Si eso ocurre, ¿cree que sus amigos colombianos van a salir en su defensa?

No saben de ti, no saben lo que haces, compórtate como lo que piensan que eres, una mandada sin ninguna importancia.

—No lo sé, solo me pidieron que pasase la noche allí, no sé quiénes son, puedo preguntarlo.

—Ya. Imagino que tiene que consultarlo con la almohada.

El inspector se levanta del sitio y deja la silla alejada de la mesa. Se camufla con el otro policía en susurros durante un buen rato. Luego se sienta de nuevo, recupera la cajetilla de tabaco y saca un cigarrillo. Sus ojos desaparecen durante un instante detrás de la llama. Da una calada profunda, hincha los carrillos, se lo traga con deleite.

—Le voy a dar hasta las ocho de la mañana. Ni un minuto más. Si no está dispuesta a colaborar tendremos que llevárnosla a comisaría.

Se van como vinieron. O eso quieren que crea.

Salgo del Corte Inglés intentando que no se note lo nerviosa que estoy. El dispositivo de seguimiento empieza a moverse a mi alrededor. Cambian continuamente, hombre, mujer, ángulo izquierdo, ángulo derecho. La única constante es la distancia.

Nunca a menos de diez metros ni a más de veinte.

Vaya panorama el mío: me vigilan, tengo por abogada a una confidente de la policía y encima estoy sin blanca.

A unos metros hay una parada de taxi, cojo el primero de la fila y le digo que arranque. La conducción tiene un toque sinuoso, cambia de carril y acelera en ámbar, es justo el tipo de taxista que hubiese elegido en una subasta. Sin dejar de mirar por el cristal trasero, le digo que se meta por la primera calle que pueda. El tráfico va a buen ritmo, el taxista no tiene problema para encontrar un hueco y salirse por la plaza de Cuzco.

—¡Pare!

Frena en seco y antes de que le dé tiempo a bajar el banderín ya he abierto la puerta.

—¡Quédese el cambio! —digo arrojándole un billete de cien pesetas.

—Pero señora...

Tengo que andar mientras intento pensar. Sor Ángela de la Cruz. Está a..., un momento, es hacia allí. Vale, estoy cerca.

El reloj marca las doce menos tres minutos. Justo a tiempo. La temperatura, notoriamente baja, me envuelve en una mortaja húmeda. Pido un café en la barra y voy directamente a los aseos. Me arreglo un poco delante del espejo y me digo algunas cosas para darme ánimos. Esbozo una pequeña sonrisa y termino por decirme que al mal tiempo buena cara. Subo la escalera e inmediatamente veo a Cárdenas que, sin hacer ningún ademán, se sienta a mi lado. Cárdenas agradece al camarero, paga el batido y da pequeños sorbos a una pajita.

—¿Cómo está? —dice.

—Estupenda de la muerte.

—Estamos investigando quiénes eran esos paisas. Pusieron un localizador en los bajos de la furgoneta para seguirle el rastro hasta la casa.

—¿Y quién les dio la información?

—Buena pregunta.

—Te he preguntado quién les dio la información.

—No lo sé. Tranquila.

—¿Tranquila? —a pesar de lo alterada que estoy apenas muevo los labios—, la policía también estaba al tanto. Esto es como una muñeca rusa, con un problema envuelto en otro.

—Puede que estuviesen siguiendo a esos colombianos y han tenido un golpe de suerte.

—O puede que esa chica Soraya no fuera tan fiable. Por cierto, ¿qué es de ella?

—De esa los tombos no saben nada.

—Vamos a hablar claro, Cárdenas. Somos nosotros... No —corrijo—, más bien los sabuesos de Páter los que la han cagado.

—Cierto, pero tengo que prevenirla a usted. Los jefes están nerviosos, tienen miedo de que no comprenda la situación. Aquí funciona el silencio, no el sálvese quien pueda. Saben que hasta el más leal si está presionado puede acabar siendo un sapo que salta de la charca. Da igual lo bien o mucho que se escondan, siempre hay alguien que los saca a la superficie para aplastarlos. Como hace unos años con aquel que escondieron en un país de Centroeuropa.

—-No sé de qué hablas.

—-Era un tipo bastante importante para el cártel, pues se encargaba de organizar el lavado de dinero en Europa. Pero se echó la novia que no debía y eliminó a un compañero para llevarse la plata. Nadie se dio cuenta de lo que estaba pasando, menos el FBI. Descubrir eso debió de ser para ellos un regalo. Le ofrecieron colaborar a cambio de una nueva identidad, protección, una casa y una suculenta cantidad de dólares. Hubo muchas detenciones, mucho dinero incautado, un desastre. Pasaron cinco años hasta que los sicarios lo encontraron.

—Ya imagino.

—No, no imagina las cosas horrorosas que pueden pasar.

—No sé por qué me cuentas eso.

—¿Y sabe quién era?

—Déjalo ya.

—No, necesito que usted lo sepa.

—Ya probé mi lealtad con Tony Lobo. No necesitas hacer esto conmigo.

—El sapo era el hermano de Walter Marulanda, Rubia.

Trago saliva. Todavía tengo vivo el recuerdo de Marulanda mirándome fijamente a los ojos para decirme que nunca lo traicionase.

—No soy un sapo, no voy a colaborar con la poli.

—Y por eso están dispuestos a ser muy generosos. Ahí dentro —señala hacia la bolsa de plástico que ha dejado en el suelo— hay cinco millones de pesetas. Es solo una parte de lo que van a dar, la única condición es que usted desaparezca una temporada. Es lo mejor, Rubia.

Lo primero que hago al salir a la calle es dirigirme a una cabina de teléfono.

—Sara —digo en voz baja, con tono apremiante—. Escúchame, por favor. Dile a Ali que he tenido problemas con el de Ceuta, que tenga cuidado... no..., no, tú dile solo eso. Otra cosa, necesito ver a su abogado... No, tampoco tengo tiempo para explicártelo. Hoy, sí. Cueste lo que cueste. ¿Te llamo de nuevo en diez minutos? De acuerdo.

Ese abogado tiene conexiones a todos los niveles: jueces, fiscales, funcionarios de prisiones. La cuestión es: ¿iba la policía de farol o tenían ya pruebas contra mí? *Vamos, Sara, alégrame la tarde.* Descuelgo el teléfono y marco de nuevo. Sara me habla sin rodeos, muy seria, echo mano del bolso, saco un bolígrafo y apunto:

—Horacio Campos. De acuerdo. ¿Y qué hago? ¿Voy a verlo a su despacho?

—Sí, dice que vayas cuando quieras. Ten mucho cuidado, por favor.

—Gracias, Sara; te llamaré más tarde.

Horacio Campos, muy repeinado y con un rotundo mostacho, el cuello de la camisa cerrado con una pajarita violeta, me dedica una amplia sonrisa y señala la butaca situada frente al escritorio de su despacho colocado ante la cristalera del fondo.

En la pared de la derecha hay una estantería de madera oscura con premios, fotografías en las que posa con personas famosas y un artículo enmarcado del caso Rumasa con un título ilegible a esta distancia. Sin entorpecer el paso al recibidor hay una mesa baja y dos butacas amplias.

He pensado cada palabra que iba a decir, pero al sentarme frente a él le hablo sin rodeos. Él asiente, muy serio, se acaricia el bigote, se toma su tiempo antes de opinar.

—Que los de la UDYCO te hayan dado un plazo no significa nada. Puedes prestarte a colaborar y obtener algún beneficio, pero si tus jefes te involucran seguirás su misma suerte. A la fiscalía le gusta meter a todos como trama organizada. Trabajan menos que yendo uno a uno y así no se les escapa ninguno.

—Tengo un hijo, quiero saber qué hay de verdad en todo esto.

—A ver, lo normal es que si no apareces mañana le pidan al juez de turno una orden de busca y captura. Es la única manera de garantizar que no salgas del país. Pero ningún juez en su sano juicio va a dictar esa orden si no viene avalada por algún indicio suficientemente justificado. ¿Qué decías que estaba a tu nombre?

—El contrato de arrendamiento.

—¿Desde cuándo?

—Un mes, creo.

—¿Y por qué firmaste eso?

—Nunca usamos mucho tiempo los mismos sitios. Es lo normal. Alquiler unos pocos meses y pago por adelantado.

—¿Y tienes casa propia?

—Sí.

—Pues ahí tienes el indicio: presunta narcotraficante alquila una casa y la pillan en plena faena. ¡Protesto señoría! —el abogado se pone tan teatral que se levanta con un dedo en alto—, es cierto que mi cliente tiene casa propia y ese contrato es de unos días antes de la entrega, pero no hay razón para pensar que es una tapadera. ¿Ves lo mal que suena?

Tengo en la punta de la lengua varias réplicas que pasan por cagarme en su puta madre y en todos los delincuentes de guante blanco que defiende; seguro que ninguno de ellos necesita firmar

un solo contrato personalmente.

Pero es el momento de tragarse los sapos.

—Necesito saber si van a dictar esa orden.

Campos se mordisquea el bigote con cautela.

—No será fácil.

—Estoy dispuesta a pagarle. ¿Cuánto necesita?

—Dos millones. En efectivo.

—De acuerdo. —Saco dos tacos con sus fajas de papel y sus gomas, tal y como me los había dado Cárdenas y los dejo encima de la mesa—. Si quiere, puede contarlo.

Espero a que Campos libere el dinero de las gomas, y cuando empieza a contar billetes, me levanto. Sin apartar del todo la vista de sus manos, me paseo por delante de la estantería echándole un vistazo a las fotos. Campos parece complacido con el hecho de que me pare frente al recorte de prensa del caso Rumasa.

—Está bien. —Me mira un instante, luego guarda el dinero en un cajón del escritorio y me entrega una tarjeta de visita—. Llámame mañana. A las ocho.

Estoy casi sin fuerzas. En el metro me pongo a contar las personas que hay a un lado y otro del andén. Gente con prisa que regresa a sus casas donde alguien espera. A mí me espera Javier, solo que yo voy en la dirección contraria.

Dios, que no dicten esa maldita orden.

Busco asiento y me recuesto con la cabeza contra la barandilla. *El abogado tiene medios, contactos y dinero. Es mejor que dejes de darle vueltas. Te quedas en ese hotel cerca del Manzanares. Si a Manuel le valía para estar conmigo a salvo de su mujer, a ti te vale esta noche.* Cuando el metro se marcha, cuando el silencio envuelve el andén, el miedo reaparece.

Es difícil asimilar lo que me está pasando.

Me detengo en la entrada del hotel. Me tiembla la mano cuando voy a agarrar el pomo de la entrada. Cierro el puño para controlar el pulso, estoy alterada y no puedo dejar que el recepcionista lo note. Dentro, un grupo de turistas alemanes hace

cábalas sobre dónde cenar, el recepcionista les indica un restaurante en un mapa y dice que ahí ponen muy rica la tortilla española.

—Una habitación, por favor.

—¿Tiene reserva?

—No.

—¿Me deja el carné de identidad?

—¿Le vale el pasaporte?

—Por supuesto.

Clava los ojos con intensidad en la fotografía de mi nuevo pasaporte. Consulta el ordenador. *Husmea lo que quieras, ratoncito, no encontrarás a ninguna clienta con ese nombre.* En cuestión de segundos me devuelve el pasaporte, me entrega una llave e indica con la otra mano dónde se encuentra el ascensor.

—Gracias.

Estoy a punto de irme; sin embargo, mis ojos no se despegan del mostrador. En un instante la poca esperanza que tengo de que todo aquello se desvanezca como una mala pesadilla se acaba.

—¿Puedo llevarme el periódico? —pregunto.

—Oh, sí, adelante.

Doblo el diario y me doy la vuelta con la sensación de que tengo los pies hundidos en cemento armado. Pero me obligo a pensar como un soldado, muevo una pierna, después la otra, la cabeza rígida, los ojos fijos en el ascensor.

41. MALAS RACHAS

El País, 29 de julio de 1996

DOS TRAFICANTES HUYERON TRAS UN TIROTEO EN ARTURO SORIA

La Guardia Civil entró en el chalé de donde había salido la droga y se encontró con que todo estaba patas arriba. Las primeras investigaciones apuntan a que la cocaína había sido sustraída a otra organización de traficantes que utilizaba la vivienda para sus actividades. En el momento de actuar, la policía inició una persecución por las calles próximas a Arturo Soria, que acabó con la detención de los ocupantes de la furgoneta en la que se escondían 156 kilos de cocaína, mientras la pareja de mujeres que se encontraba en el chalé conseguía escapar en otro vehículo.

¿Ciento cincuenta y seis kilos? Si pudiera gritaría, pienso repasando la noticia. En realidad, eran doscientos kilos, faltan cuarenta y cuatro. ¿Quién se ha quedado con el resto?

Pulso el número de Walter Marulanda. Nunca podrá hacerme un reproche; al contrario, le demostré de qué pasta estoy hecha. *Cuelga, que pareces gilipollas.* Siento alivio al cortar, no gano nada con ponerme nerviosa. Lo único que me importa ahora es que Javier esté a salvo. Cojo de nuevo el teléfono; voy bajando las llamadas despacio hasta que localizo la de Sara y marco a toda prisa.

—No hables —y antes de que pueda decir nada, añado algo más en un susurro—. Me voy, Sara, te llamaré en unos días.

—No hagas eso. Ali habló con Campos, huir es como reconocer que eres culpable. Y tu nombre no sale por ninguna parte en la noticia. No te precipites.

Sigue un rato hablándome con tono casi conminatorio, me dice que si es necesario colabore con la policía. Eso me desconcierta. Me saca de mis casillas.

—Para ya.

—No, déjame acabar.

—Que te calles.

Ninguna de las dos dice nada enseguida. Sara respira y suelta:

—Tendrías que haberme contado más. Y a Ali también.

—No quiero hablar ahora de eso, no vamos a hablar de nada, solo de Javier. Quiero que te ocupes de él, por favor, recuérdale todos los días quien es su madre. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Siguiente llamada. Al gallego.

—¿Está Landeira, por favor?

—¿De parte de quién? —dice una mujer al otro lado de la línea.

—Dígale que de la Rubia.

—Pues no está —y cuelga secamente antes de que pueda decir otra cosa.

Puede que haberme presentado como la Rubia no fuese la mejor de las ideas. Es posible que me atendiera la esposa de Landeira y que eso de la Rubia le hubiese dado motivo para sospechar que su marido lleva una vida paralela. ¿Qué puedo hacer si Landeira no conoce mi nombre verdadero? Así que una de dos: o Landeira pone a su mujer por delante para no atender mi llamada o su mujer se ha puesto de uñas y sencillamente ha colgado.

No pasa ni un minuto hasta que suena el teléfono de nuevo.

Va a ser lo segundo.

—¿Rubia? —Reconozco al instante la voz cantarina de Landeira.

—Dichosos los oídos.

Me quedo con el teléfono pegado a la boca, al pie de la cama, durante diez largos minutos hasta que Landeira se hace una idea de lo ocurrido.

—*Fillos da puta,* los colombianos —dice—, pero ya habrá tiempo de pensar en eso, lo que necesitas ahora es quitarte de en

medio.

—Precisamente por eso te llamo. Necesito que me ayudes a salir de aquí. Y lo más fácil es hacerlo por Oporto, que no te queda lejos.

—Tú tranquila, que mando a mi sobrino Julio a buscarte ahora mismo.

Después de colgar y de un largo rato dedicado a meditar sobre lo que estoy haciendo, llega el momento de afrontar la llamada más dolorosa:

—¿Mamá?

—Hola, mi amor.

Javier trastea con el teléfono en las manos unos segundos mientras la chica le dice: «Es mamá, mamá, sí».

—Mami, ¿voy a tu habitación?

—No estoy en casa.

—¿Y dónde estás?

—Pues, de viaje.

—¿Pero ahora mismo?

—Sí.

—¿Y Lucky?

—Está conmigo, pequeño.

—¿Y por qué él puede ir contigo y yo no?

—Es difícil de explicar, mi amor.

—Ven pronto, ¿vale?

—Te lo prometo.

—Y me traes un regalo.

—Claro que sí.

Un golpe suena en el auricular y el pitido intermitente de la llamada finalizada martillea en mi oído. Me quedo quieta, dejo que el pitido se acabe y vuelvo a escuchar los sonidos de la ciudad. Intento mantener el tipo, pero por mi garganta sube un suspiro desesperado que me deja sin aire. Es una sensación desconocida. Una amarga y culposa sensación de abandono.

Al día siguiente salgo del hotel a la hora prevista. Miro alrededor: a solas en la intemperie de una mañana que comienza con una luz helada. El abogado me confirma unos minutos antes

que los agentes han tramitado la orden de detención. Dirijo los ojos hacia las luces amarillas y parpadeantes de un coche situado en la acera de enfrente.

—¡Rubia! —Julio me da un beso en la mejilla antes de abrir la puerta trasera del coche de par en par—. Sube, por favor.

—Sí, vámonos ya.

Según Campos dispongo de un máximo de veinticuatro horas antes de que todos los aeropuertos del país tengan mi fotografía.

—¿Qué tal tu tío?

—Sigue a vueltas con la cadera.

—¿No se relaja?

—Qué va, sigue encima de las cargas, si no van bien organizadas se pone como loco a mover cajas. ¡Ni respirar nos deja!

Me quedo traspuesta más o menos a la altura de Benavente. Julio me sigue hablando durante un buen rato, aunque confundo su voz con las de la radio y con mis propios pensamientos. Ojalá aquella imagen de Javier perdido en el laberinto oscuro que recorro desorientada siguiendo sus gritos, cada vez más lejanos, no me hubiese sobresaltado hasta el punto de gritar cuando Julio me despierta.

—¿Dónde estamos? —A través de la ventanilla veo que el viento azota el mar y levanta unas crestas enormes de espuma blanca. Al fondo, el reflejo plateado del horizonte recorta la sombra de un barco pesquero.

—¿Te he asustado?

—No... Sí... —Después de mi incongruente respuesta, resoplo y niego con la cabeza—. La verdad es que casi me matas.

—Sí que estabas dormida. En menos de diez minutos estaremos en el Pazo.

Salimos de Boiro por una travesía llena de edificios y nos adentramos por una carretera de curvas. La mala hierba crece en las cunetas, muchas farolas están tiradas y la mayoría de las casas parecen abandonadas. Un poco más adelante el aspecto del entorno cambia. La calle está pulcramente cuidada, con aceras encintadas, tejados limpios y farolas encendidas.

—¿Ves cómo tenemos todo de bonito *na nosa parroquia*?

Para el coche frente a una señorial entrada presidida por un escudo de armas.

La belleza de la aldea, brumosa y pintoresca, pero marcada al mismo tiempo por el envite del mar que la rodea, me envuelve y me transporta a los días grises de mi niñez. Cierro la puerta del coche y sigo a Julio bajo el sonido de las gaviotas que flotan sobre nuestras cabezas. Huele a mar, a madera carcomida de sal, a ese aroma de puerto pesquero que acompaña los pueblos norteños de costa. Cuando estoy a un par de metros de la puerta aparece Landeira con los brazos abiertos. Cierro los ojos y respondo a su abrazo. Es bueno sentir que sigo viva, aunque huya de mi propia vida.

La familia de Landeira vive en el centro de Boiro y solo viene al Pazo de vez en cuando. Tuvo tiempo suficiente para explicarle a su mujer que lo nuestro era una relación de trabajo y nada más. Después de justificar escuetamente que si le llamaba de nuevo ella no volvería a colgarme el teléfono, se propuso levantarme el ánimo con vino.

—*Rapaz!* —grita Landeira—, *a empanada, caraio, que a temos morta de fame.*

—*Vou!* —Julio deja tres copas sobre la mesa, se aleja en silencio y aparece de nuevo con una bandeja en las manos.

—*Así moito mellor.*

Landeira maniobra el descorchador con rapidez y vuelca la botella en las tres copas. Me entrega una, otra a Julio y propone un brindis.

—Por los buenos amigos. Y que una vez pase la tormenta vuelvas a casa como nuestros pesqueros del mar del Norte.

El edificio todavía guarda cierta reminiscencia del palacete señorial que fue siglos atrás, cuando sus antiguos propietarios lo usaban como residencia de verano. Lo adquirió con sus veinte hectáreas y sus espectaculares vistas al mar por un módico precio en una subasta. Cuenta con orgullo que ha creado una cooperativa con sus vecinos para vender el vino y le pide a Julio que le acerque la botella.

—¿Qué te parece el nombre?

—Valventín suena bien. —La etiqueta tiene el escudo que corona la entrada.

—A mí no me gusta —dice Julio.

—¿Por?

—Suena como Van Helsing, el asesino de vampiros.

—Ay, *rapaz*. —Landeira mira a su sobrino con una expresión pesarosa.

—Si al menos fuera tinto, parecería sangre y tendría más sentido.

—No, no, no —se apresura a responder Landeira—, aquí el único que te va a morder soy yo como no te dejes de *caraiadas*.

Julio se echa a reír; he llegado a echar tanto de menos la risa en las últimas horas que suelto una carcajada tan intensa y sanadora que contagio al mismo Landeira. En ese momento siento muy lejos lo vivido hasta hace solo un día; no comprendo cómo voy a vivir al día siguiente y entonces descubro que sus ojos están mirándome con la comprensión de quienes una vez vieron emigrar a sus mayores.

—Si hay algo más en lo que pueda ayudarte…

—No —respondo amablemente—. Bastante es que me hayas gestionado los billetes y me lleves mañana a Oporto.

Landeira levanta las cejas, las arrugas de su frente, tensa el cuerpo y, con voz grave, añade:

—Llevo tiempo preguntándome si hacemos bien trabajando con los colombianos, ¿sabes? El Winston de batea lo recogemos en la mar, lo traemos en lanchas y todos contentos. Nadie te fastidia, nadie te busca, aquí nos cuidamos los unos a los otros porque todos somos de la misma *terriña*.

—No empieces, tío. El tabaco es cosa del pasado, se gana mucho más con la coca.

—Con mucho más riesgo, Julito. Nos vigilan, y si nos pillan los guardias civiles nos cargan el muerto. De noche, casi sin tiempo para nada. Y hablando de que nos pillen, Rubia, salimos en coche mañana a las ocho. Tu vuelo a Caracas sale a las dos de la tarde y necesitamos tiempo para llegar con calma al aeropuerto de Oporto.

—¿Y la ruta es segura?

—Tranquila, la conozco bien. En Caracas tomarás un vuelo a Cúcuta. Desde ahí es pan comido porque el vuelo a Bogotá es interior y el control de pasaportes es un mero trámite. No tendrás problemas ni siendo extranjera.

La luna comienza a insinuar su luz de plata por el horizonte, aunque el atardecer sigue estando presente.

—Se está haciendo tarde —digo—. Creo que me iré a dormir.

Landeira se queda inmóvil un momento, consulta el reloj y mira hacia el mar.

—Espera, antes quiero que veas algo.

Se pone a mi lado y señala a la oscuridad, muy lejos, más allá de las rocas. Agarra mi brazo y apunta con la otra mano en dirección al mar. Descubro entre las luces blancas del horizonte los brillos rojos y titilantes de los espeques que marcan las zonas no navegables. Un movimiento oscilante y horizontal aparece de repente y revuelve ferozmente el agua.

—Es una... —digo yo incrédula.

—Sí. Aquello es una planeadora.

42. UN HOMBRE DE CONFIANZA

Todo está bien, pienso en cuanto el avión proveniente de Cúcuta aterriza en el aeropuerto de Bogotá. La terminal es un hervidero de personas corriendo en todas direcciones. Entre la infinidad de sonidos que me rodean —pitidos de alarmas, ruedas de carritos con equipaje chirriando, algún grito en la zona de embarque— oigo el anuncio de la salida de otros vuelos. Tengo una maraña de sensaciones en el estómago y no quiero alargar demasiado el mal trago que supone atravesar el control de policía. Todo ha ido como la seda, pero no estaré segura hasta que salga del aeropuerto con el sello en el pasaporte. Me pongo en la fila y doy pequeños pasos detrás de una mujer que lleva a su pequeño en brazos. El niño no deja de mirarme por encima del hombro de su madre. *Espero que hoy seas tú el único que me mires de esa manera*. Llega mi turno. El policía me escruta unos segundos; finalmente, me devuelve el pasaporte con una amplia sonrisa.

—Que tenga una feliz estancia.

—Gracias.

Compro un bocadillo en la cafetería de uno de los laterales de la terminal y elijo una mesa lo más alejada posible para comérmelo. Miro el reloj: ya pasan cinco minutos de la hora señalada y no veo a nadie, pero levanto la cabeza antes de que comience a preocuparme porque una voz masculina me susurra:

—¿Necesita que la lleve a alguna parte, señora?

—Depende...

—¿Y de qué depende?

—De si tiene usted los ojos verdes.

—Pues sí, señora.

Sonrío, me froto las manos en los pantalones para desechar cualquier rastro de grasa del bocadillo y lo beso en los labios.

—Hola, Leo.

Villavicencio es una ciudad grande situada al sudeste de Bogotá, el punto donde los Andes confluyen con los Llanos. Llegamos a las tres de la tarde del 2 de agosto. Por suerte, los ventiladores de la casa funcionan a la perfección. Afuera se sienten las consecuencias de una ola de calor con algunos chaparrones que no acaban de aplacar el agobio.

Doña Catalina, la madre de Leo, aparenta unos cuarenta y cinco años. Le sobran algunos kilos, aunque no está gorda. Tiene los ojos grandes, vivos, el pelo castaño, sin una sola cana, recogido en un moño del que sobresalen algunos mechones.

—Belén es un lindo nombre. ¿Viene de España? —me pregunta.

—Sí —digo yo, con la impresión de que el nombre de mi nueva identidad no me pega nada.

La estampa es de lo más tropical, con Leo y su madre bebiendo aguardiente en vasos de café y escuchando las gotas de agua que caen del alero.

—¿No es gracioso? —dice Leo, que se echa para atrás en la mecedora y enciende un cigarrillo.

—¿El qué? —dice doña Catalina.

—Que llueva justo hoy.

—Ay, nunca se sabe.

El teléfono empieza a sonar.

—¡Ya voy! —dice una voz femenina desde el interior de la casa.

—Es Joana, mi prima. Ahorita se la presento.

—Todavía es una niña y ya rumbea con un hombre —dice doña Catalina.

—Tiene diecinueve años, ma.

—Ese Henry gallinea con ella, no me gusta, mijo.

—No se me moleste tanto que me va a asustar a la invitada.

—¡Pues sirva pa algo y búsquele a su prima un novio honrado!

La chica abre la puerta, pone un pie en el suelo con cuidado de no hundir el tacón en la hierba y se inclina hacia mí para besarme en la mejilla. Luce un tipo de infarto dentro de un vestido corto color berenjena. Tiene los ojos de Leo, la boca bonita y equilibrada y el mentón redondo y pequeño.

—¿Tiene cigarros, primo?

—No.

—¿Cómo que no?

—No fume, niña —dice doña Catalina.

—¿Me da o no?

—Ya escuchaste.

—Ella no es mi mamá.

—Sí, mientras viva usted bajo este techo.

—¡Pues ya veremos! —y entra en la casa dando un portazo.

—Eh, ¿adónde va? —grita Leo—. Maldita sea —añade echándole un último vistazo a la puerta.

De vez en cuando el novio de Joana viene por casa. A Henry le faltan unos centímetros para ser como Leo; por el resto son parecidos: cuerpos macizos sin un gramo de grasa y unos dientes bien alineados y blancos; la cara de Henry más angulosa, permanentemente velada por la sombra de una espesa barba negra que le da un toque de villano.

El seis de septiembre doña Catalina sale a visitar a unos familiares y es Joana quien prepara la comida.

—¿Y está aquí por vacaciones? —me pregunta Henry levantando los ojos del plato de sopa.

—¿Qué? Ah, sí —respondo.

—Y se conocieron en España, entonces.

—En Madrid —le dice Leo, mirándome al mismo tiempo—. Ya sabe, ella estaba sola, yo le caigo y nos venimos tal que así.

—Usted cree que yo nací ayer, ¿cierto?

—Oiga, no hable tan alto, hermano —lo reprende Leo—. Y no es bueno ir por ahí preguntando esas cosas, es de mal gusto, trae mala suerte.

—Ah, no se emberraque, a mí no me importa si la vieja vino por tal o cual cosa, solo trataba de ser amable. ¿Me pasa las papas,

Joana?

—Claro, mi amor —responde ella, que se levanta y le sirve un montón.

—Gracias. Están deliciosas. ¿Y la ha llevado ya mi cuñado a conocer Bogotá?

—Todavía no —le digo un poco incómoda con tanta pregunta.

—Tratándose de esas cosas Joana es muy buena, ¿cierto? Puede llevarla ella mientras Leo busca trabajo.

Esa noche retengo a Leo cuando amaga con quitarse de encima de mí y tengo varios orgasmos seguidos. El vínculo que me une a él crece extraordinariamente en aquella tierra dominada por el monzón que te pega al cuerpo la mortaja húmeda y cálida de aire proveniente de los anticiclones tropicales. Cuando finalmente lo libero me dejo caer sobre la almohada, agotada y empapada en sudor. Es más tarde de lo habitual, las luces están apagadas, apenas entran por la ventana los reflejos de la noche. Leo ha estado bastante callado, pero entonces, sin avisar, me mira y dice:

—Henry tiene razón, tengo que camellar duro acá para ocuparme de mi mamá y de Joana.

—¿Eso significa traficar?

Leo se pone la mano en el pecho y me mira como si hubiese dicho un pecado mortal.

—Nooo, en Colombia camellar significa trabajar duro.

Nos reímos un buen rato.

—Pero puedo hacer aquí lo que hacía en España y así ganas suficientes billetes para que tu prima se busque otro novio.

—Mire, solo por eso me valdría la pena.

—Hablo en serio.

—¿Quiere que le ayude a camellar a la española?

—Algo así.

Aún no se ha terminado de levantar y ya ha escrito un nombre sobre una factura de luz.

—Ese hombre es de plena confianza, compra base de coca a la guerrilla; su problema es que le piden el pago por adelantado y él tiene demasiadas cabezas de ganado que alimentar. ¿Quiere que lo conecte con usted?

—Veamos qué ofrece.

43. LA SELVA

Nos estrechamos las manos. Martínez es un hombre serio, arisco, acostumbrado a mandar.

—¿Ya se amañó en Bogotá? —pregunta.

—Aún la estoy descubriendo —digo impresionada por los jardines escrupulosamente cuidados que ocupan el espacio próximo a la casa y que suponen un anómalo reducto en la caótica frondosidad de la selva. En el patio central nos espera media docena de mozos con bebidas y frutas. Estoy completamente deshidratada, el calor que hace es infernal, es como si llevase un calefactor colgado de la espalda en lugar de una mochila, así que lo primero que hago es pedir un vaso a rebosar de agua. Los grandes ventanales dejan entrever una inmensa explanada cubierta de plantas de coca.

—¿Y mi hijo? —pregunta Martínez a uno de los mozos que nos sigue con una bandeja de fruta.

—En un poco llega —dice.

—Me saca la piedra, nunca llega en hora.

Nos dispersamos; cada planta tiene como seis o siete hojas en el tallo y la corteza rugosa de color pardo rojizo; son más altas de lo que imaginaba, es imposible ver algo por encima. Vuelvo sobre mis pasos, una ráfaga de viento mueve ligeramente la siembra.

—Tenía entendido que compra la pasta en la selva —le digo a Martínez en cuanto nos encontramos en la avenida.

—Sí, señora, se necesitan ciento veinticinco kilos de hoja para sacar un kilo de pasta. De aquí sacamos unos cien kilos de hojas al año y se las damos a un empresario al que le debemos algunos favores. Me dijo: «Vamos, Martínez, hágame el mandado y me la regala a buen precio a cambio de lo nuestro», y yo acepté y se la preparo para gente de los Llanos que la mascan con esto —se saca

del bolsillo una piedra blanca y caliza—, pero no se crea, una hoja no despierta más que dos tazas de tintico.

El tintico es el café. Los campesinos lo endulzan con panela.

—¿Cómo hace entonces? —digo sopesando la piedra en la mano.

—Procesan la pasta base en las propias plantaciones, la planta allá no es tan alta como acá, no dejan que pase de dos metros para facilitar la recolecta.

—¿Y la calidad?

—Muy buena, sí, señora. Solo químicos, ni gasolina ni benceno. Luego la mezclan con cal, la secan y nos la mandan en pasta. Aquí hacemos el resto. Venga y le enseño.

Atravesamos el patio interior y llegamos a uno cubierto sustentando en seis columnas finas, hay tres personas avitualladas con gafas y guantes. La base de coca está esparcida sobre una mesa larga, tiene un color pardo negruzco, todo un contraste con el polvo blanco que dos hombres están recogiendo de una plancha de secado más a la izquierda. En la zona de secado los gases forman una nube blanquecina sobre una inmensa olla.

—¿Es ahí donde hacen la mezcla?

Martínez asiente.

—Sí, así es —dice un hombre joven, con voz grave y acento británico a nuestra espalda—, con éter, acetona y ácido clorhídrico. Mi padre hace de ello una verdadera obra de arte, no tenga duda de eso.

El anciano se da la vuelta y dice:

—¡Maya! ¿Qué pasó, mijo?

Al principio parpadeo, es inverosímil que un hombre con pinta de *lord* inglés, un traje de lino y una camisa de seda granate pueda ser hijo de aquel hombre rudo y de piel curtida en los campos. Me estrecha la mano y me entrega una tarjeta de visita.

—Es un verdadero honor conocerla.

Es un niño bien, con modales de señorito y una desenvuelta manera de comportarse. Saluda a Leo; intercambiamos algunas palabras; pasa con soltura del español al inglés.

—Mi padre ha trabajado *so hard* para robarle a la naturaleza

todas estas hectáreas de tierra, y yo para intentar convertir sus frutos en *financial assets*. He calculado el precio medio por kilo de los próximos seis meses teniendo en cuenta las fluctuaciones de la oferta y la demanda y me ha salido lo que tiene escrito ahí. —Señala con el mentón un papel doblado sobre la mesa.

Lo despliego con cuidado y lo doblo de nuevo. Mientras, Maya coloca un cigarrillo en una boquilla dorada. Me observa, se pone impaciente.

—¿Qué le parece? —pregunta.

—Cuatrocientos millones de pesos es mucho dinero.

Más de trescientos ochenta y seis mil dólares.

—Ningún banco le devolvería su dinero más un siete por ciento en solo quince días.

—Diez por ciento —digo después de meditarlo un poco.

Maya mordisquea un poco la boquilla y después ladea la cabeza.

—¿Me daría el dinero en dólares americanos?

—La mitad en dólares. Ni uno más.

El viejo se interpone entre nosotros. Dice:

—Sí, señora, estamos de acuerdo. ¿Verdad, mijo?

—Si mi padre lo dice... *Deal* —comenta Maya con la mano tendida para sellar el acuerdo—. Y ahora, ¿qué tal si lo celebramos con un poco de aguardiente en el *living*?

La gente con la que trabajo en Panamá pertenece a una consultoría profesional muy próxima al banco panameño. Eso les da mucho juego. El director se llama Normando Fuster, es economista e hijo de un político influyente. Su método es sofisticado, hasta cierto punto irrastreable. El dinero entra en el banco, desde allí se transfiere a compañías dedicadas a la compraventa internacional, se emiten las facturas, se pagan los servicios y se justifican las cargas y entregas. Todo muy legal. La plata se lanza después desde esas compañías al menos hacia tres sociedades constituidas por Fuster. Hay impuestos, tasas, los peajes del blanqueo: se queda mucho dinero por el camino; sin embargo, todo el que sale de esas

cuentas y llega a mis manos está inmaculadamente limpio y en billetes contantes y sonantes.

Esa noche llamo a Cárdenas y le pido que localice una persona que pueda pasar el dinero en efectivo desde Panamá a Colombia. El elegido aconseja transportar el dinero a Capurganá en una lancha rápida desde el puerto de Obaldía y hacer el resto del viaje en autobús. Es un imprevisto con el que no contaba, pero acepto.

Para el viernes, con un retraso de siete días sobre lo acordado, los Martínez entregan el dinero a sus contactos en la guerrilla a cambio de una importante cantidad de cocaína base.

Después de esa primera compra le voy haciendo a los Martínez un traje a medida. Leo no cree que pueda ganar con otro trabajo tanto dinero como ingreso con los intereses de los préstamos. Cárdenas dice por teléfono que no siga jugándomela y yo le contesto que siga preparado por si le aviso de nuevas transferencias.

Casi todas las tardes Leo y yo nos encerramos en el dormitorio un par de horas. La fuerza que nos une —por muy poderosa y fuerte, a menudo ingobernable— no es amor, aunque a veces me gusta pensar que está coladito por mí. La sinceridad que hay entre nosotros me lleva a no ejercer ningún control sobre mi imaginación, tampoco para contarle el extraño suceso que he vivido esa misma mañana.

—Tu prima estaba barriendo el salón mientras yo apuntaba cosas en la libreta. Me pareció raro que en algunos momentos no hiciese ningún ruido y acabé por darme la vuelta. Estaba fisgoneando lo que yo escribía.

—No es posible.

—¿Cómo que no es posible?

—Porque nadie puede leer los jeroglíficos que hace usted.

—Y una mierda. Me tiene siempre un ojo encima. ¿No la oyes ahora? Está ahí fuera en la escalera. Siempre pendiente de si subo o bajo, es una pesadilla.

—Venga, hagamos una cosa —su cara está tan cerca de la mía que podría besarme—, vamos a guardar estos cuadernitos y hablamos de ello cenando, ¿quiere?

Como todos los sábados, el centro está lleno: la orquesta toca salsa, las luces del escenario se vuelcan sobre los que bailan agarraditos. Antes de ocupar nuestro sitio en una mesa me doy cuenta de que algo no va bien. Un Henry muy borracho está en la barra inclinado sobre una muchacha; le dice cosas al oído. Leo se abre paso entre la gente, lo agarra del brazo y lo obliga a levantarse. Él se resiste, se aferra al mostrador con la otra mano, descifro en los labios de Leo: «Píntemelas, que yo se las coloreo»; al final Henry deja de resistirse y lo acompaña fuera. Un par de minutos más tarde veo que me mira desde la entrada, se llena los pulmones con aire, no sé lo que significa, pero recojo mis cosas y salgo a la calle.

—¿Qué has hecho? ¿Te has vuelto loco? —increpo a Leo.

Henry está tumbado boca arriba, balbucea, mira al cielo, a un lado y a otro, como si no pudiera ser capaz de centrar la vista en ningún lado.

—Está muy borracho, solo me lo quité de encima —dice Leo.

—Tiene sangre en la cara.

—Ya se lo decía mi mamá: «Joana, no se embarque con ese pelao, que le echa los perros a cualquiera».

—Si vas a meterte en líos estúpidos me voy de tu casa, Leo.

—Cálmese, ni mi mamá sabe que usted es la Rubia.

—¡Calla! ¿No ves que está oyendo?

—¿Este? Qué va, si ha tomado demasiado. —Se agacha a su lado y lo sujeta del mentón—. Dígame, ¿oyó algo? —Henry niega torpemente con la cabeza y Leo le da una palmada en el hombro—. Vaya a dormirla.

Un sábado preparo arroz con chipirones en su tinta. En la casa solo se oye la contagiosa música de los Llanos, el ruido de los platos, el borboteo de una cacerola al fuego, alguna puerta que chirría y se cierra de golpe por el viento.

Doña Catalina repite lo bueno que está una docena de veces, y también una sucesión de quejas dedicadas a su delicado estómago entre bocado y bocado.

—Estoy muy amañada con ustedes, mijo, pero anoche el ardor de estómago no me dejaba vivir, me voy a la cama antes de que tu prima traiga el merengón.

No pruebo el postre, estoy a gusto a la vez que sobrecogida por la extraña sensación de estar condenada a no regresar a casa nunca jamás. Mientras Joana recoge los platos, Leo me recompensa con un beso, «qué rico estaba todo, Rubia, mi vieja está feliz». Estamos un largo rato juntos, mi cabeza sobre su hombro, sin hablar, y comprendo que esa extrañeza que siento se debe a Javier.

—Estoy pensando que venga con mi hermana Sara para Navidades.

—¿Cree que es prudente?

—Claro que no.

—Si quiere le hago yo un bebé.

—¡Oye tú!

—¿Se imagina? Un culicagao corriendo por ahí...

—Díselo a tu madre, a ver qué opina.

—Mejor no. Le daría más dolor de estómago que su arroz.

—¡Este man está más picado que muela de gamín! —grita Joana desde la entrada de la casa, con los brazos en jarras, la cabeza ladeada y una sonrisa punzante que me hace reír—. ¿A usted le parece —y vuelve a sonreír mirándome— que este güevón de primo que tengo me puede dar lecciones con lo que acabo de oír?

—¿Pero no eras un respetable y devoto cristiano? —le digo a Leo soltando una carcajada.

—¡Uuuuyyy, se nos creció el enano! —dice él mientras apura el aguardiente de un trago y me besa en la mejilla—, yo mejor las dejo aquí y me voy a la cama.

Hago ademán de levantarme, pero me empuja hacia el respaldo y me regala una mirada suplicante.

—Quédese un rato, hace buena noche.

Me acomodo en la silla para reforzar mi cambio de parecer, y

al comprobar que Joana no se lanza a decir nada, le pregunto por su novio.

—Vino anoche —dice— pero se fue hoy temprano a Bogotá por unos negocios. Ay, casi me olvido —coge un plato con un bulto envuelto en una servilleta de papel—, a ver si le gusta, hay más en la cocina.

Lo desenvuelvo por una esquina, es un pastel hecho de frutas confitadas, le doy un pequeño mordisco, luego lo dejo sobre la mesa.

—¿Esto de quedarnos a solas ha sido idea de tu primo?

—No, señora, se lo pedí yo. Quería disculparme por si la ofendí. No quería ser entremetida.

Cojo el pastel y le doy otro mordisco.

—Está rico.

—La tía quiere que me case y forme una familia. Pero yo quiero viajar y conocer mundo. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nadie odia más que yo los convencionalismos, niña.

—Pues le pido de favor que hable con mi primo y que convenza a su mamá de que me deje tranquila.

—¿Con tu novio?

—Ya sé que Henry no tiene ni pa los dulces, pero él es de comer callado, ¿sabe? Tiene un buen negocio entre manos y pronto va a ganar mucha plata.

—Verás... —aparto los ojos de los suyos para buscar el recuerdo de Camile en los destellos de la noche—, hace tiempo alguien me dijo que para estar con un hombre antes aprendiese a pensar por mí misma.

—Ah... —Me mira con cara compungida antes de levantar el dedo índice hacia la ventana del dormitorio de su tía—. Eso es lo que he hecho, ¿y sabe qué? No quiero acabar como ella, sola y amargada. ¡Qué egoísmo desearme lo mismo!

—Que no es solo que le gustes a tu tía y a tu primo, es que tengas claro que le gustarías a cualquiera, y prefieres... —hago una pausa, no me parece prudente decir lo que estoy pensando—, bueno, ya eres mayorcita para saber lo que quieres.

Bien hecho, Ana, déjalo correr, no te impliques demasiado, esta

no es tu verdadera vida, aunque Leo esté haciendo lo posible para que así lo sientas.

Me doy cuenta de que Joana frunce los labios en una mueca de disgusto. Sin embargo, mantiene el tipo para invitarme a conocer al día siguiente el mercadillo de los domingos.

Reconozco sin vacilar la plaza por las fotografías que hay en la casa. Los puestos están separados entre sí por unos dos metros, cubiertos por arriba y los laterales con telas azules y naranjas que se inflan por instantes dejando a la vista las prendas de ropa que cuelgan de los expositores. Todos van vestidos de manera parecida; recorren la calle con bolsas en la mano. A medio camino nos sonríen dos chicas y Joana se detiene a hablar con ellas. Me entretengo examinando bisutería. La dueña me anima a probarme una pulsera armada con piezas de marfil. Me coge la mano y la retiene.

—Le queda preciosa, señora.

—Nada, nada, me la llevo.

Dejo que la pulsera se deslice por mi antebrazo y muy pronto se hace evidente mi condición de extranjera. Todos me enseñan cosas y me invitan a visitar otros puestos. Tardo en salir del barullo que se ha formado a mi alrededor, no veo a Joana y camino apresurada hacia los últimos puestos. Solo cuando compruebo que tampoco está allí me fijo en un hombre, un tipo normal, sin ninguna característica especial; me llama la atención porque se me queda mirando como si me reconociera. Avanzo entre dos mujeres que regatean el precio en los puestos de fruta, el hombre se para en seco y aparta la vista. *La parada de taxi no está lejos, vete directa a casa, ese está ahí por ti.* La vista fija al frente, el bolso ceñido al cuerpo y el paso apresurado, tanto que tengo que ir con cuidado de no llevarme a nadie por delante. La fila amarilla de los taxis se hace más visible a medida que me acerco. Cerca de la parada hago un alto y me escondo detrás de una cabina de teléfonos. ¿Dónde se ha metido? Treinta segundos más tarde, tiro de la manilla y subo al taxi.

—¿Ana? —Al oír mi nombre, comprendo que es Henry quién está pegado al otro lado de la puerta—, ¿qué le pasa?

—¿Qué haces aquí? —pregunto cuando libera el cerrojo y abre.

—Me dijo Joana que si llegaba pronto las esperase. ¿Dónde está?

Le hago un gesto para que se aparte, subo corriendo la escalera, abro el segundo cajón del mueble del dormitorio y me incorporo confundida. Todo está en orden, el pasaporte, la documentación, el cuaderno de notas con las coordenadas del dinero. Creo que empiezo a sufrir manía persecutoria. A Leo le ha llevado más de veinte minutos regresar desde el otro lado de la ciudad. Es un consuelo que su madre esté fuera y no se haya enterado de nada. No quiero que me vea en ese estado y me tome por una loca. Para cuando nos sentamos a cenar ya estoy más tranquila.

—En este barrio todos nos conocemos, ¿verdad? —le dice Henry a Joana.

—Sí, nos conocemos, otra cosa es quién es de su papá y quién de su mamá. —Joana se echa a reír como siempre que dice algunas ocurrencias sobre lo follantines que son los colombianos.

—Y desde cuando los pájaros tirándole a las escopetas —le dice Leo a Joana, contrariado todavía por el hecho de que le haya dejado a Henry las llaves de la casa.

—Sin ofensa, hermano, que ahorita mismo nos vamos Joana y yo a buscar a su mamá y la traemos a casa mientras ustedes dos arreglan sus cosas.

Henry tiene un estómago tan bien armado que engulle la carne de una tacada. Joana no pierde un instante en comerse la suya.

—Perdone por dejarla sola.

No encuentro en sus palabras ningún signo de autenticidad, ahora que lo pienso tampoco la noche que nos quedamos solas.

—Vámonos ya, que llegaremos tarde —dice Henry. Leo y yo

no volvemos a despegar los labios hasta que están en la calle.

—Yo no sé qué pensar, ni de quién fiarme —digo—. No tengo ni idea de lo que me espera cada día ahí fuera.

—Pero yo... Yo —Leo mira alrededor con frustración—. ¿No soy suficiente garantía para usted?

—Supongo que sí.

Aquella ambigua afirmación lo desconcierta. No quiero mencionar nada del nuevo asunto que vamos a gestionar con los Martínez. Él tampoco quiere hablar, no es que sea el tipo de hombre al que le falta valor para enderezar las cosas en casa, tampoco un idiota, así que opto por pensar que quizá la culpa sea mía y que el tema de las llaves carece de importancia.

Al día siguiente, todavía de noche, nos subimos al coche con el dinero justo para cerrar el nuevo trato. Yo voy más atenta a mi cuaderno de notas, es nuevo, un pequeño y manejable cuadernillo fácil de esconder en el bolsillo trasero del pantalón. La noche anterior lo rellené con todo lo que habíamos ingresado, puse el cuaderno viejo en el fuego y encendí una cerilla. Cuando lo acerqué al borde, una veta naranja empezó a recorrerlo: el fuego se propagó por las hojas, los números se iluminaban un instante, se retorcían y evaporaban. Termino de repasar las cantidades, desde la primera a la última, alzo la cabeza y miro al frente.

No se ve nada.

Los faros del Toyota esbozan el asfalto a intervalos irregulares por culpa de los baches. Es difícil situarse sobre el terreno y mis ojos no están suficientemente acostumbrados a la penumbra. *Ya está, lo tienes controlado, Rubia, hoy será la última vez, tienes dinero suficiente para regalarte unas vacaciones.* Me acomodo en el asiento, cierro los ojos un segundo, no he pegado ojo en toda la noche, es solo un segundo...

Me sobresalta un frenazo seco que hace que el cuaderno caiga al suelo.

—¿Qué ocurre?

—Hay algo en la carretera.

Me asomo a través del parabrisas. Los faros del Toyota iluminan un coche, se puede leer POLICÍA en la puerta.

—Ahí viene alguien —dice Leo señalando al frente.
—¿Qué hacemos?
Leo retuerce la palanca de cambios y mete la marcha atrás.
—Cualquier cosa con tal de salir de aquí.

44. EL RECUERDO DE LAS COSAS HERMOSAS

Un nuevo frenazo me pega el cuerpo al asiento.

—Demasiado tarde —dice Leo con la vista fija en el cristal trasero.

Otro coche de policía se nos cruza por detrás y nos arroja una nube de polvo encima. Miro de nuevo al frente, una figura ataviada con gorra y chaleco reflectante se acerca, lleva la mano enguantada sobre la funda de la pistola, le hace un gesto a Leo para que baje la ventanilla.

—Buenos días, señor.

—¿Qué pasó, agente?

—Documentación.

—Sí, enseguida.

Leo se reclina sobre mí y saca una cartera de cuero de la guantera. Intento no moverme, pero mis ojos emprenden la búsqueda desesperada del cuadernillo por el suelo. *¿Dónde demonios te has metido?* Palpo en su busca con los dedos, lo rozo, estiro el brazo un poco más. Casi lo tengo cuando alguien abre mi puerta; es otro policía, lleva la misma indumentaria y una linterna de mango largo.

—Soy española —repito dos veces.

El policía abre del todo la puerta y husmea el interior del coche con la linterna, milagrosamente no encuentra nada. Su compañero le dice a Leo que baje del carro.

Él obedece.

—Hágame el favor de explicarme qué está pasando.

—Así que española, ¿eh? Déjeme ver su documentación —dice el policía de mi lado, que coge mi pasaporte y lo escruta, ajeno al enfrentamiento dialéctico que se ha desatado entre Leo y su compañero—. Belén Aguilera Navarro... —lee solemnemente.

—Sí.

—Pero usted no se llama así.

Entonces veo brillar algo en la mano del otro policía, creo que Leo también logra verlo un instante antes de que se cubra la cabeza tras el primer golpe. La porra desciende dos o tres veces más, un chasquido hueco le atraviesa la fina tela de la cazadora, un sonido a hueso roto. El policía lo sujeta del cuello, lo empuja contra el coche y le separa las piernas con la punta de las botas.

No he abierto la boca, tengo ganas de saltar por encima del capó y socorrer a Leo aunque me caiga una buena somanta. Supongo que es el efecto de la adrenalina lo que me produce esa pugna interna.

—Tal y como yo lo veo —dice el poli de mi lado desplegando una hoja impresa de fax—, usted es la Ana Garrido de esta bonita orden de busca y captura de España.

Niego, enfatizo en que mi nombre es Belén Aguilera Navarro, recito de memoria todos los datos del pasaporte. Pero no contesta, así que insisto mientras me lleva a empujones a su coche. Veo por el rabillo del ojo que el otro policía está cruzando por delante de los faros del Toyota, *¿dónde estás, Leo?, no consigo verte, asómate, hazme una señal*. De pronto, cuando mi captor logra meterme en el coche y suena el chasquido metálico de la puerta, en mi cabeza solo hay sitio para una pregunta: *¿sigues vivo?*

Tengo la impresión de que tomamos un camino más estrecho, más accidentado que cualquiera que llevase a una comisaría. La selva se hace densa, algunas ramas barren el techo del coche a nuestro paso. Confusa, me inclino con una mano en la reja que divide en dos partes la cabina y pregunto adónde me está llevando. «Ahora llegamos», es lo único que le saco a ese maldito bastardo en quince minutos de viaje. Contemplo las briznas de barro que salen volando de las ruedas y manchan los cristales cuando veo una cabaña y dos siluetas en la entrada arrojando monedas a una lata. *¿Dónde me han traído?*

La respuesta es tan obvia que me estremezco.

Al infierno.

El policía abre la puerta y se mete las manos en los bolsillos,

expectante.

No me muevo, tengo la corazonada de que si me bajo del coche no va a ocurrir nada bueno.

—Puede quedarse ahí o puedo decirles a los muchachos que la saquen por la fuerza.

—¿Dónde estamos?

—En un lugar donde nadie la va a escuchar por mucho que grite. Andando.

Me empuja al interior de la cabaña y me ordena sentarme en una silla. Él arrastra otra y se sienta frente a mí; mi respiración se ha vuelto sonora entre aquellas cuatro paredes, entrecortada pero estrepitosa, insignificante bajo los sonidos de la selva.

—Hace días recibí una llamada. Me dijeron que andaba usted por aquí haciendo negocios con los campesinos. Dije que no me interesaba, pero entonces me enteré de que había sucedido algo grave en España, y dije: ¿para qué entregarla? Y pensé, bueno, es una vieja de negocios y con plata, ¿cómo no vamos a llegar a un acuerdo?

—De qué dinero habla.

—De trescientos millones.

¿Quién se ha ido de la lengua? ¿Quién me ha vendido?

—No tengo ese dinero.

El policía me da una bofetada y me mira sin pestañear.

—Pues me muero de la pena.

—Le digo la verdad.

—No se atreva a mentirme otra vez —dice apuntándome con el dedo al pecho. Desaparece y regresa con la orden en la mano—. Esto —añade golpeando con el índice encima— bien vale la plata que le estoy pidiendo. Espere un momento, tiene un hijo, ¿cierto? Podemos acusarla de financiar el narcotráfico, siendo extranjera podría pudrirse aquí en una cárcel o en la mejor de las posibilidades acabar asesinada para que no hable. ¿Usted sabe cómo son las cárceles aquí? Esto no es nada comparado con aquello, hermana.

Está mintiendo, no puede acusarte de narcotráfico, dirá cualquier cosa con tal de que le digas dónde está el dinero, y si se lo dices no

dudará en matarte.

Se me desliza una lágrima, todavía me arde la mejilla por la bofetada. Por encima de las dudas sobre cómo comportarme para salvar la vida me sale de dentro una rabia poderosa, tan inconsciente e inexplicable, que me lleva a enfrentarme a aquel tipo aunque sea con las manos atadas a la espalda.

—Vamos a cerrar el acuerdo. ¿Sí o qué?

—¿Qué han hecho con mi amigo?

—Estará bien si me colabora.

—Quiero verlo.

En cuestión de segundos me golpea con el puño cerrado con tal fuerza que la cabeza me gira en el mismo sentido que las agujas del reloj. Los dedos del hombre se aferran a mi cazadora —me cruza por la mente la absurda idea de que el esputo de sangre que me sale de la boca es una brizna de barro como aquellas que saltaban de las ruedas.

—¿No va a ayudarme? —Tengo la mirada fija en el suelo, muevo la cabeza de un lado a otro, insisto en voz baja que me deje ver a Leo—. Malparida... —me suelta, oigo que se abre la puerta y una claridad cegadora me ilumina justo antes de cerrarse de nuevo. *Quizá se haya cansado y marchado a su casa. Sí, por favor, solo quiero que desaparezca.* Pronto comprendo que es solo un espejismo, el aire se ha vuelto más denso, hay alguien más allí dentro.

—¡Eh! —Noto una palmada en la mejilla y abro los ojos—. ¿Lo ve? —es uno de los tipos que nos estaban esperando, y está señalando con el dedo hacia un bidón—, veamos si las agallas que tiene le ayudan a respirar ahí dentro.

Se pone en pie, el otro tipo sale también de algún lado y ambos se me echan encima con sus amenazas y sus brazos fuertes. Me retuerzo en el aire, no me creo lo que está pasando, me giran y aterrizo con el estómago sobre el bidón. La oxidada textura del borde me rasga el vestido y la piel, quiero taparme las piernas, pero no consigo mover los brazos. *¡Soltadme, hijos de puta, soltadme ya!* La voz sigue siendo la mía hasta que me hunden la cabeza en el agua. Es el grito que suelto entonces lo que resulta verdaderamente aterrador. Mis ojos no perdonan un solo centímetro de aquellas

paredes metálicas buscando una rendija por la que respirar. Sacudo la cabeza con todas mis fuerzas hasta un momento en que el mundo se vuelve silencioso. Lento. Entonces dejo de moverme y me refugio en el recuerdo de las cosas hermosas.

Quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho…

Cuelgo de la rama del viejo pino sujetándome solo con la punta de los dedos.

—¿Qué piensas hacer? —me dice Ino.

—… diecinueve, veinte, veintiuno —digo con apenas un hilo de voz.

Tengo doce años, es San Juan y quiero demostrarle a Ino que puedo contar hasta treinta sin soltarme para ir con él y sus amigos a las hogueras.

—Vamos, hermanita, tú puedes. No te rindas.

Oigo la voz de Ino en mi cabeza, aunque no puede ser porque Ino murió hace más de veinte años. De pronto el agua amplía el sonido de mis gemidos y sufro un estremecimiento. Antes de que pueda comprender lo que está pasando, unas manos tiran de mí hacia afuera y siento una corriente de aire en la frente.

—¿Va a colaborar? —expulso el agua de mis pulmones de dos arcadas, los ojos entornados, no consigo recuperar el aire—; ¿no?, pues vamos otra vez. —Las manos amoratadas de aquel tipo por la fría temperatura del agua se tensan de nuevo en mi nuca.

Aplicas bien el oído y escúchame de una vez. Si quieres tener una sola posibilidad de volver con Javier, por lo que más quieras, cede de una vez.

—Por fa… favor.

El policía hace un gesto muy particular torciendo la boca y lanzando un guiño de satisfacción hacia los otros dos hombres, que me arrojan de nuevo encima de la silla. Luego, apoya su mano en mi hombro y lo aprieta ligeramente.

—¿Eso es un sí?

45. CUESTIÓN DE MINUTOS

Me despierto con la cabeza ladeada sobre el colchón, jadeante y con el pelo ensangrentado; las gotas de sangre del cuero cabelludo se me han deslizado por la cara y se han mezclado con las lágrimas en la boca, en la nariz y en los labios.

Noto en el paladar el sabor desabrido de la bilis.

Mírate por dentro. Mírate por fuera. Estarás hecha un engendro. A lo mejor ni tiempo tendrás de curar esas heridas, pero al menos se acabará pronto este sufrimiento.

Desde la oscuridad de la mugrienta habitación, con el chaleco reflectante desabrochado que deja a la vista un colgante de plata con una medalla, me observa mi captor.

—En la frontera —dice, mientras enciende un cigarrillo— hubo algunos problemas, pero no parece que fue con los aduanales —añade mientras apaga la cerilla.

—¿Entonces tienen el dinero?

—Pronto lo sabremos.

Se oye el motor de un coche, el ruido es tan atroz que temo se empotre contra la casa. Mi captor da candela al cigarrillo, lo pisa para apagarlo y sale dando un portazo.

Todo queda en silencio. Solo escucho el monótono y penetrante sonido de la selva. Por más que intento no pensar en ello ha llegado el momento de enfrentar mi destino. Es cuestión de minutos. Quizá ni eso.

No termino de pensar en ello porque los ojos se me han llenado de lágrimas. No lloro por mí, sino por la derrota que supone morir sin ver crecer a mi hijo. Pero... ¿y Javier? ¿Sería más fácil para él no tenerme en su vida? Me concentro en reflexionar que si estos hombres me matan y abandonan mi cuerpo en la selva, mi muerte tendría alguna utilidad.

Siento el impulso de cerrar los ojos cuando la puerta se abre.

—Está todo —dice mi captor en un susurro suave, impropio de su voz ronca de fumador—. ¿Qué cree que va a pasar ahora? —dice inclinando la cabeza, como para calibrar de qué pasta estoy hecha.

—Supongo que se irá a celebrarlo, ya tiene su dinero.

—Y usted también podrá celebrarlo. —Se agacha por detrás, rasga las cinchas asidas a mis muñecas y me libera. Mi respiración se desboca, inspirando y expirando con una profundidad pavorosa, dos pulmones consumiendo tanto oxígeno como es posible.

Me pongo de rodillas y me cubro la cara con las manos.

—Okey —dice a continuación—. Salga por la puerta y camine siguiendo las rodaduras de carro. El camino se bifurca a la mitad, tome a la derecha y siga al norte hasta llegar al cruce. —Mete la mano en el bolsillo del pantalón y rebusca en el interior. Finalmente saca un fajo de billetes de mil pesos y los deja sobre la silla—. Por ahí pasan carros a todas horas. Pare uno y dele esto. Será más que suficiente.

—¿Y mi amigo? —digo comprimiéndome la nariz y el labio contra la manga del vestido.

—Ah, su amigo. —Fuera se oyen voces, pasos y dos portazos —. Un poco magullado, pero sano y salvo —dice levantándose bruscamente y dirigiéndose a la salida. En el último momento se da la vuelta y me mira—. ¿Me permite un consejo?

Asiento con la cabeza todo lo que permite mi estado.

—Cuídese de la prima y el novio de su amigo, señora.

El efecto es inmediato, las fosas nasales se me dilatan y la mirada, a pesar de la angustia y el cansancio, se me llena de rabia.

¿Este era el negocio? ¿Dejarme sin blanca? Cabrones… Os convendría saber que tengo amigos poderosos, gente que puede devolveros todo el daño que me habéis causado multiplicado por cinco. Conozco suficiente gente mala para mataros a los dos por el precio de lo que aquí cuesta una mula.

Vamos, arriba.

Tomo impulso, pero una descarga eléctrica en la cintura me impide ponerme en pie. Vuelvo a intentarlo, esta vez consigo

mantenerme erguida.

La estancia está salpicada de restos de comida, latas de cerveza y colillas de cigarro. El bidón. Cojo la barra de hierro que sirve para sellar la tapa, me la pego mucho a la cadera y la pierna, y poso una mano en la parte de arriba —pensando que me puede servir además de bastón como arma de defensa—. Comienza a llover. Pronto el agua me empapa el pelo y se filtra por mi vestido. Sigo las huellas de coche un buen rato, imagino formas escurridizas detrás de mis pasos, astutos depredadores acechándome en las tinieblas. Llego a la bifurcación del camino, está señalada con piedra blanca, y tuerzo en la dirección correcta. Justo después de salir a la carretera, antes de llegar al desvío, veo una camioneta.

Muevo los brazos tan despacio que apenas los siento.

Entonces frena.

46. PARANOIA

¿Quién soy? Soy una buena persona, no menos buena que quienes viven instalados cada día en una falsa decencia. Pero entre ellos se salvan y a mí me esconden como a una rata. ¿Leo? ¿Eres tú? A la mierda, a la mierda tú y todos los demás. Sí, Cárdenas, ya sé que lo aposté todo. Esos dos me tendrían miedo si supieran cuánto los odio, si por un momento estuviesen al tanto tratarían de no cruzarse conmigo, cambiarían de país, porque nadie puede odiarlos más que yo.

Camina a la carretera, deprisa, deprisa. ¡Pare el coche!

Miro alrededor, empapada, por un instante no reconozco la cama, la habitación. Nada. La pesadilla con mis secuestradores, ese inquietante policía de mirada gélida que casi me ahoga en aquel bidón inmundo, se ha interrumpido.

Hay una mujer sentada al borde de la cama.

—¿Quién eres?

—Rosalina de los Ríos para servirla, señora —me mira como si acabara de hacer un juramento—, estoy cuidándola desde que la trajo mi marido del hospital. ¿No se acuerda?

—¿Y su marido? ¿Dónde está?

—Ocupándose de unas cosas, pronto regresará.

Me quedo inmóvil, con la mirada fija en esa desconocida. Puede que los analgésicos que me han suministrado me hayan dejado lenta de reflejos. En mi mente resuena la voz de Leo, no recuerdo lo que dice, algo de Walter Marulanda y de un coche que manda a recogerme.

—Sí, me acuerdo de su marido. Y de su coche.

Es todo lo que me consiento decir. Me pregunto qué haría si tuviese un arma y me encontrase con alguno de los hijos de la gran puta que me dejaron sin blanca.

—¿Y el hombre que iba conmigo? Se llama Leo.

La mujer me mira con serenidad, coge una gasa húmeda y me la pasa por la cara.

—No, señora, no sé nada.

Al día siguiente despierto desorientada. Veo el reloj de la mesilla. Las siete de la mañana.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Todo está en penumbra. Voy al baño. Mi reflejo en el espejo es como un espectáculo paranormal. Intento adoptar un gesto cotidiano para no reparar en lo que estoy pensando, pero otro demonio de los que me visitan últimamente salta a mis dedos en cuanto tocan el moretón que me cubre el párpado derecho.

Vete con los demás. Vete de una vez.

Abro el grifo, me ovillo entre el váter y la bañera, y escondo la cabeza entre las manos para no escuchar las mil maneras que me propone de tomar venganza.

Entonces, suena el timbre. El soniquete impertinente y agudo me saca de quicio. Tres o cuatro timbrazos más tarde llego hasta la puerta y reconozco a esa mujer, ¿Rosalina?, a través de la mirilla.

—¿No tiene llaves? —digo abriendo la puerta de golpe.

—Disculpe, señora, es que he venido con mi marido.

—¿Qué tal se encuentra, ñora? —dice el hombre que viene detrás de Rosalina con dos bolsas llenas de cosas. El pelo entremezclado de negro y blanco me trae a la cabeza un nombre.

—Andrés Felipe, ¿no?

—El mismo.

—Hecha una mierda, Andrés Felipe. —Voy al baño, que está varios metros más allá de la entrada, y me tomo un analgésico con un vaso entero de agua.

—¡Cuando esté bien la sacaremos de visita! —grita Andrés Felipe desde la cocina.

Cruzo el pasillo. Regreso al dormitorio; compruebo que se han sentado en el salón con dos tazas humeantes de café.

Tardo unos segundos en decidirme entre un vestido verde y

un pantalón y una camisa rosa con volantes de cuello de barco, de entre el amplio surtido de prendas y calzado que encuentro en el armario. Finalmente, le asigno al vestido el beneficio de la duda y me pongo unas sandalias a juego.

—¿Y Leo? ¿Está bien?

—A salvo, ñora.

Respiro aliviada.

Leo había sido un soplo de libertad durante mi exilio, pero después del secuestro nunca más volví a verlo, ni quise saber nada de él.

Andrés Felipe rodea la mesa y me coloca la silla para que me siente, todo ello con una plasticidad asombrosa.

—Tuvieron suerte de que fueran esos policías corruptos de Cupica, esos solo van por la plata. Con los gonorreas de la guerrilla nunca se sabe. A mi cuñao lo cerraron con un carro y se lo llevaron hace meses.

—No seas jetón y ponle a la señora un tintico —dice Rosalina. Luego hace una pausa—, un tintico es un café.

—Pero usted tranquila, que si nos sale al paso la guerrilla los recibo con esta. ¿Eh? —y me enseña la pistola que lleva bajo la guayabera blanca—. Por los otros dos no se preocupe. Sale pa pintura, a esos hijueputas les ponemos rápido un traje de madera.

—¿De quiénes hablas?

—De los novios. ¿De quiénes va a ser?

—No no, déjalos tranquilos.

—No se achante ahora, qué dijo de tomarse la venganza por lo que le hicieron.

—Yo me refería a recuperar mi dinero.

—No se me vaya a torcer.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que si ha cambiado de opinión —aclara Rosalina.

—No hay nada que cambiar, yo no he decidido nada.

—Sí lo hizo —dice Andrés Felipe.

—Pues revócalo ya. Es una orden.

—Pero el sicario es del valle del Cauca, es mucha bestia.

Me pongo delante de él, muy cerca, para que pueda verme los

ojos, a pesar de mi párpado casi cerrado y teñido de malva y negro.

—O lo paras ahora mismo o te juro que no respondo.

—Sí, ñora.

Mientras hace una llamada presiono con la yema de los dedos sobre la frente. Mi cerebro parece un avispero que alguien acaba de sacudir. Probablemente la tensión del momento ha provocado esa maraña de pinchazos. Cómo duelen.

—Es un poco más complicado de lo que pensaba —dice Andrés Felipe regresando a mi lado.

—¿Qué ocurre? ¿Qué? —le pregunto.

Hay una pausa incómoda.

—Solo va a revocarlo si se lo dice usted en persona.

Dos horas más tarde estoy sentada en la parte trasera de una furgoneta con los ojos vendados. El inesperado encuentro con un sicario que ni siquiera he contratado me obliga a recomponerme. Valoro todas las posibilidades, incluso pienso en contactar con Leo para ponerlo en alerta, ese sería, sin duda, mi último recurso, pues puede armarse la gorda si el sicario cae en una encerrona y es él a quien abaten por mi culpa. A partir de ahí pierdo la noción del tiempo. Es muy difícil saber cuánto pasa sin conocer el lugar, la radio infernalmente alta y el sonido del vallenato taladrándome los oídos. Llegamos a un lugar situado a treinta o cuarenta minutos de donde nos encontrábamos. No paro de pensar que tendré que ceder al chantaje, hacer lo que sea con tal de no cargar con el sambenito de asesina. En esas, Andrés Felipe apaga el motor y alguien abre mi puerta.

El sol me ciega, me molesta soberanamente el ojo herido. Frente a mí hay un hombre de mediana edad, de pelo abundante y algo canoso, bastante moreno. Sus ojos parecen cansados, con ojeras de nacimiento.

—Baje, por favor. Es mucho más joven de lo que esperaba. Yo aprecio mucho a Andrés Felipe, buena gente, ¿cierto? —atravesamos un pequeño terreno sin cultivar con un único árbol

con ramas de las que nacen otras más finas y así sucesivamente hasta perderse la cuenta, y entramos en una casa de madera que parece abandonada—, si Andrés Felipe me pide un trabajo lo acepto —le sigo por un pasillo bastante estrecho, prueba con una puerta, luego con otra, hasta encontrar un pequeño cuarto que no cuenta más que con una mesa llena de botellas vacías y un montón de cajas apiladas—, pero una vez lo acepto lo hago mío y no me gusta comenzar algo y dejarlo.

El sicario se proyecta contra la mesa, con cierta avidez de comprensión en la mirada.

—...

—¿Cómo así? Yo no admito devoluciones.

—No puedo hacerlo.

—Me da lo mismo. Yo solo pido los nombres, nunca las razones.

Dejo sobre la mesa un sobre de papel y lo palmeo con la mano.

—Pues estas son mis razones.

El sicario saca del interior un papel, lo voltea, ve que está en blanco por ambos lados.

—¿Qué significa esto?

—Que escriba cuánto —digo pasándole un bolígrafo—. Prometo pagárselo en cuanto pueda.

—Me lo está poniendo de pa'rriba.

—Tiene mi palabra.

—Lo que tiene es madera, sí que la tiene —dice colocando el papel sobre la mesa—. ¿Y no quiere saber nada más? ¿Si hay otros en la sombra? Los enemigos se esconden a veces, usan a otros o juegan con la mala suerte.

Miro el papel. Suena tan persuasivo como uno de mis demonios.

Solo por una cifra, nada más y deja que me vaya por donde he venido.

—Solo escriba cuánto, por favor.

—Está bien, se los dejo vivos —y garabatea un número de varios dígitos que no me atrevo ni a mirar—, pero también termina

su deuda con ellos. Es parte de mi precio.

Disfruta de tu éxito, quédate con todo el maldito dinero.

—¿Qué garantía tengo?

—Mi palabra. ¿Acaso vale menos que la suya?

1997

47. LA VELOCIDAD DE LOS PASOS

El jueves 18 de octubre llego al aeropuerto de Barajas después de pasar quince días en Barcelona. Uno de los policías nacionales de la aduana me mira con fijeza y pregunta si tengo algo que declarar. Sonrío, lo de mantener el tipo es algo que siempre se me ha dado bien. Durante un breve instante cierro los ojos. Cuando los abro, el nacional ha terminado de inspeccionar la maleta.

—Nombre —me pregunta.

—María Cecilia Ruiz Barboza —respondo con mi mejor acento colombiano.

Se me pasan por la cabeza un montón de cosas, pero no hay nada que pueda hacer, realmente.

—Vamos a ver. —Se inclina y lee el pasaporte—. ¿De vacaciones?

—De visita a casa de una amiga.

Me devuelve el documento y apunta a la salida.

Unos segundos más tarde salgo de la terminal con mi nueva identidad colombiana. Conchi está de pie junto al mostrador de alquiler de coches observando uno a uno a los pasajeros que van saliendo por la puerta. No repara en mí, no ve que me sitúo a su lado y me pongo a mirar en su misma dirección.

—¿Busca a alguien en particular? —le pregunto.

Conchi esboza una sonrisa mientras me escruta con la mirada.

—¿Rubia?

Yo digo que sí con la cabeza. Ella da un suspiro y, sin decir palabra, se abraza a mí y me obliga a soltar la maleta.

—Marica, irreconocible de morena.

Cuando meto el equipaje en el coche, tengo la sensación de haber vuelto a casa. El viaje de regreso había sido un auténtico calvario, como complicada la preparación de mi plan de fuga sin que se percatasen mis anfitriones, Andrés Felipe y Rosalina.

El 3 de febrero, exactamente, di el primer paso.

Contacté con un tipo bien relacionado llamado Alberto para que me consiguiera un pasaporte colombiano. Había que sobornar a un funcionario de la oficina central de Bogotá con cincuenta mil pesos; como no tenía ni un céntimo, acepté que me los prestara a cambio de contar con él en futuras operaciones. No me paré a explicarle que eso llevaría algo de tiempo porque nadie sabía de mi vuelta a España. Ni siquiera Sara.

El día señalado salí del apartamento en la mañana. Recuerdo que respiraba con dificultad y me fui tirando de la capucha de la sudadera todo el rato para que no se me viese ni un centímetro de la cara. Entonces me crucé con alguien, lo miré por el rabillo del ojo y algo se puso en marcha dentro de mí. Era maravilloso. La sensación de libertad me permitía volver a pensar; podía deducir con precisión cómo eran los que me iba encontrando en la calle, por su manera de vestir, por algún detalle significativo como su manera de caminar, por la posición de los pies o la velocidad de los pasos. De pronto, allí estaba, en el punto de encuentro, con las manos en los bolsillos y la mirada en la punta de las deportivas.

Alberto apareció enseguida con su camioneta de ruedas anchas y cromadas. En la fotografía del pasaporte no parezco la misma persona. La cara alargada, el pelo tintado de negro y los ojos más tristes de lo habitual. «María Cecilia… Ruiz Barboza. Suena colombiano», le dije. «Entonces bien», respondió. «¿Y quién soy? ¿Dónde nací? ¿Cuál es la historia de María Cecilia?», le pregunté. «Pues una muy corriente, no como la tuya.»

Existe entre Alberto y yo una serie de lamentables coincidencias: un hermano muerto de un disparo, un negocio en solfa por culpa de un terrateniente y una vida sentimental de lo menos recomendable. Puede que todo ello tuviese algo que ver con la impagable ayuda que me prestó.

Conchi sostiene la puerta abierta. Mientras trato de acomodarme en el interior, observo que los asientos traseros están sucios, con plásticos y cartones vacíos de comida rápida.

—Aquí las cosas han cambiado —dice mirando por el retrovisor—, Cárdenas se ha ido a Londres y no tiene pinta de que vaya a regresar, por no decir que estoy sin dinero.

—¿Londres?

—Después de lo de Arturo Soria —dice arrancando el motor —, los jefes prescindieron de los cabecillas en Inglaterra por si habían sido detectados por la policía. Desmantelaron todo y se tomaron algún tiempo para reorganizarse. Eso me dijo Cárdenas cuando lo llamaron para formar parte del nuevo equipo.

La observo más detenidamente. Lleva un vestido bastante usado y ninguna joya encima. Así que no me queda más remedio que preguntarle por sus actuales ocupaciones.

—Ninguna —dice mientras nos incorporamos a la autopista —, los tombos están levantando muchas operaciones, encima tienen todo el apoyo de los jueces.

Algo de eso había oído en mi exilio. Andrés Felipe y yo comenzamos a ser todo lo amigos que pueden llegar a ser dos personas en nuestras circunstancias. Un día, en medio de uno de nuestros largos cafés, dejó la taza sobre la mesa y se inclinó hacia mí para hablarme en tono de confidencia: «Los políticos acá están miando fuera del tiesto, ñora; aplauden que los yanquis nos estén fumigando los campos y se callan que la CIA vendía coca a toneladas en California para llenarle la hucha a la Contra nicaragüense. Las cuentas claras y el chocolate espeso, decimos aquí cuando algo no tiene lógica. ¿Cómo se puede criticar al presidente Samper por no plegarse a los americanos? ¡Qué maricada! Es mucho mejor dedicarse a esto en España, allí las leyes son más tolerantes, supongo que estará deseando regresar, ¿cierto?».

Parece que ya no.

—¿Y hablando de la policía —añade Conchi—, ¿hasta cuándo la estarán buscando a usted?

—Supongo que mucho más de lo que podría aguantar en Colombia.

—Lo que le pasó en Colombia... Es increíble que nos ocurran tantas desgracias. Cárdenas me dijo que los jefes se emberracaron por ese negocio que hizo. Que si la coca era de la competencia, que si ellos ya le estaban cubriendo todos los gastos. ¡Venga, hombre!, le dije yo. La meten en una ratonera en Arturo Soria y encima se la tiene que comer. El caso es que no quieren que usted vuelva. Esa es la espantosa realidad.

Cuando por fin llegamos al centro, ya he tomado una decisión: me gusta Madrid, sus aceras repletas de desconocidos, el anonimato que uno encuentra donde sea que camine. Quiero respirar su aire contaminado, hacer mi trabajo y recuperar mi puesto, aunque no fuese necesariamente lo primero.

—Ana Garrido ya no existe, Conchi. —Intento que mi voz suene firme y decidida—. Me llamo María Cecilia Ruiz Barboza, colombiana, veintisiete años, nacida en los Llanos. No olvides eso de ahora en adelante.

Conchi me mira y sonríe ampliamente.

—Sí, jefa. ¿Y por dónde empezamos la reconquista?

—Por abajo, Conchi, por abajo.

48. LAS BUENAS REFERENCIAS

—¡La Conchi! —grita el Zurdo—, qué huevos tienes para venir con tu amiga a pedirme yeyo.

El cigarrillo que lanza y que iba destinado a un bidón oxidado se cuela entre unos cartones.

Su puntería es casi tan penosa como su pericia para reconocer mi cara.

—Así que colombiana —me dice.

—Y usted, gitano.

—Exactamente, y sois los colombianos los que nos vendéis el yeyo. ¿Por qué vienes a buscarlo aquí y no se lo pides a tus hermanos?

En el momento que voy a decir algo, me acuerdo de cambiar la voz y forzar el acento.

—Digamos que quiero empezar de cero.

—Venga, Zurdo, está conmigo —dice Conchi—, tiene los contactos necesarios. No se va a arrepentir.

—No me fío, prima. Tengo mi territorio, todo lo que compro, lo vendo. Y vosotras, mucha palabrería, pero no veo nada.

—Ponga cuidado —digo y lo miro a los ojos sin desafío, pero sin parpadear—, usted lo vende a quien puede y nosotros a quienes queremos. Si me ayuda, haré que este fortín tan bien montado sea la caleta de lo que movamos en adelante.

—Así que yo os ayudo y vosotras me la debéis.

—Algo así.

—¡Gordo! —grita él.

Un sujeto con perilla y collares anchos sale del interior de la nave y arroja a mis pies una bolsa de plástico. Yo bajo la cabeza y miro al suelo.

—Esa mierda está mojada, prima —dice el Zurdo—. Te la

dejo gratis. Como eres colombiana, seguro sabrás qué hacer con ella.

Nadie quiere la coca mojada. Pero no le voy a dar el gusto de que me vea dudar, aquello es precisamente lo que espera; vuelvo a mirarle, le sonrío.

—Le doy el cincuenta por ciento si la vendo.

El Zurdo me mira con expresión divertida.

—¿En serio, prima?

49. MERCANCÍA MOJADA

—Bueno, pues —Conchi pasa la mano por los grumos de pasta grisácea—, espero que le valga a usted de algo todo lo que ha aprendido en aquella selva. ¿Cree que podrá darme una clase rápida de cómo arreglarla?

—Podemos intentarlo aquí.

La vivienda de Conchi es un viejo ático con un tragaluz en el tejado. A lo mejor insuficiente para evacuar el torrente de gases que se nos va a venir encima.

—¿Tienes la llave de la azotea? —pregunto.

—Sí, por algún lado. A veces la uso como tendedero.

—¿Alguien más la usa?

—El portero. Pero para mirarme el culo.

Saco enseguida un bolígrafo y apunto en mi libretita la lista de las cosas que comprar: dos baldes de plástico, una prensa, un microondas y algunos químicos. La buena noticia es que el misterio de cómo devolver la cocaína a su estado natural no es tan misterioso, la mala es que no tengo ni idea de su grado de pureza. Si ya está excesivamente cortada y usamos productos químicos corremos el riesgo de que pierda su buqué y nadie la compre.

—¿En serio? ¿Buqué? ¿Igual que los vinos?

—Bueno, que yo sepa, el buqué es algo característico de muchas cosas.

—Pues nos vamos a hartar de olerlo.

—Buena observación. Mascarillas quirúrgicas —apunto en la libreta—. Necesitaremos unas cuantas.

Ya tengo el cuadro bastante definido, y después de darle muchas vueltas me inclino por usar solo acetona para hacer la mezcla.

—Necesitaremos unos cinco litros.

—Caray, eso es mucho más de lo que contiene un limpiador de esmalte.

—¿Cómo dices?

—Que no pensará, mi amor, que además de las mascarillas pida todo eso en la farmacia.

—Me tomas el pelo.

—Un poco.

Sonrío.

—Anda, busca en las páginas amarillas. Su venta es legal, seguro que habrá algún laboratorio que nos la venda.

No estoy segura de si ha llegado el momento, creo que no. Sin blanca, ¿cómo voy a ponerme en contacto con Sara? Quizá Conchi tiene razón y es mejor que espere. Me ahorraría explicaciones desagradables si cuando dé la cara al menos me he recuperado económicamente. Pero ¿qué sentido tiene dejar pasar otro día sin ver a Javier? ¿Puedo aguantar semejante tortura?

No sé qué voy a decirle, pero necesito escuchar su voz y saber que todo está bien.

Sin el menor asomo de duda.

—Hola, Sara —digo en cuanto descuelga la llamada.

—¡Ana!

Sara se queda callada. La imagino mirando a su alrededor en alguna de las caras terrazas de Marbella, como si intentara descubrir a algún policía encubierto.

—¿Y este número? —añade bajando la voz.

—Me lo han prestado.

Es una mala excusa, la única que se me ocurre.

—¿Sigues en Colombia?

—Sí.

—No vengas, ¿me oyes? No se te ocurra volver por el momento. No sé cuántos años son suficientes para que los delitos prescriban, dependerá de la gravedad, pero el abogado le dijo a Ali que todavía te están buscando. Puede que lo peor sean tus propios correligionarios. Según Ali, una vez que cogen el mando les cuesta mucho soltarlo.

—El tiempo va a arreglar las cosas, hermana. Ya iremos

viendo.

—¿Necesitas dinero?

Me he impuesto no mendigar. Sara no sabe nada del secuestro, y prefiero que las cosas sigan así por el momento.

—No, llamaba para ver qué tal el niño.

—Ay, el niño, pues un poco gamberro, la verdad. ¿Te acuerdas cuando estudiabas con las monjas?

Recuerdo perfectamente el largo pasillo que cruzaba el colegio y el momento en que la Sor soltaba mi mano frente al despacho de la superiora, una mujer intolerante y huraña, que no disimulaba la antipatía que sentía por mí. Me la había labrado yo sola desafiando su autoridad por culpa de Penélope. Y no me había arrepentido ni reformado cuando decidí plantarlo todo después de la muerte de Ino.

Puede que algo parecido esté ocurriendo con Javier en mi ausencia.

—No tiene buena conducta, pero sus calificaciones están mejorando —continúa Sara—, creo que es gracias a la nueva profesora, parece que se preocupa por él. Espera, que me quita el teléfono.

Cuando, al despedirnos, Javier dice: «Sí, mamá, prometo que me portaré mejor», y le devuelve el teléfono a Sara, me siento prisionera de una trampa que yo misma he ayudado a construir. No quiero darle demasiadas vueltas, no es el momento de lamentarse por los errores. Bastante tengo con entender cómo se saca la tarjeta prepago de este dichoso teléfono móvil. No estoy demasiado familiarizada todavía con su funcionamiento, pero sé lo primero que debo hacer después de finalizar una llamada.

Abrir la tapa, sacar la tarjeta prepago y estrujarla.

Al día siguiente veo llegar al escuálido portero cargado con los bidones, los hombros bajos, los brazos en tensión y los ojos clavados en el culo de Conchi, y se me acaban las dudas acerca de las intenciones.

Conchi pone cara de Lolita con la bolsa de las mascarillas

colgando de la punta de un dedo.

—Qué pesada carga la mía —murmura.

Me hace reír.

Yo también tuve que hacer algunas cosas, pero no muchas. La principal, conseguir una máquina para prensar la mezcla. La segunda, no equivocarme a la hora de calcular las cantidades necesarias de acetona.

—Creo que ya está —digo al ver que la mezcla de cocaína y acetona está lo suficientemente espesa—. Vamos a prensarla.

Conchi se inclina hacia delante con un montón de masa en las manos.

—Me veo igual que mi papá haciendo ladrillos.

—¿Era albañil?

—Hacía arreglos en el cementerio del pueblo. Nichos, lápidas y esas cosas tan de los vivos.

—Será de los muertos.

—A los muertos, mi amor, les importa bastante poco lo que pase con ellos.

Conchi vuelca la masa en el molde de la prensa; yo cierro la tapa y comienzo a girar la manivela para secarla.

—¿Sale algo? —le pregunto.

—Sí, mucha agua. —La cara de Conchi en penumbra, debajo de la prensa.

—¿Y ahora?

—Espere... dele un poco más... ya. Ya no sale.

Entonces saco el ladrillo del molde con sumo cuidado y compruebo que no tiene grietas ni fisuras.

—Está perfecto. Vamos a secarlo.

Enchufo el microondas debajo del tragaluz y meto el ladrillo.

—Le doy un minuto a toda temperatura, abro la puerta y tú lo sacudes hacia fuera del tragaluz. ¿Preparada?

—¿Le parece que no estoy preparada? —dice con los nudillos blancos de tanto apretar una revista que ha agarrado para abanicar el humo que pueda salir.

—Un minuto. ¡Ya!

Después de unos interminables cincuenta segundos, sigo con

la cuenta atrás en voz alta: ... cincuenta y ocho, cincuenta y nueve y...

—¡Fuera!

Puerta abierta. Una nube densa y blanca me golpea la cara. No me llega aire a los pulmones. Muevo los labios impregnados de una sequedad ácida, las paredes se me vienen encima, estoy como suspendida en una extensión pálida sin fronteras. Me mareo. Trago saliva, Conchi está moviendo los brazos.

—¡Ayuda, coño! —grita.

Cuando la estancia se despeja, estamos casi inconscientes, tumbadas boca arriba.

—¿Qué? —dice Conchi.

—No sé.

—¿Cómo que no sabe?

—Demasiado tiempo, quizá.

—¿Y si probamos con treinta segundos?

—Mejor nos vamos a la azotea.

—¿Y el microondas? ¿Dónde lo enchufamos?

—El alargador... —Dejo caer la mano sobre una bolsa de plástico—. Lo compré por si acaso.

La azotea queda por encima de los tres edificios con los que forma un patio de manzana. Solo hay dos plantas en la torre de la izquierda desde donde pueden vernos si nos movemos por los extremos. Colocamos el microondas en el suelo, al otro lado del tragaluz, y lo conectamos a la corriente usando el alargador.

—¿Cree que va a salir bien esta vez?

—Pronto lo sabremos —digo accionando el micro.

Conchi sujeta la revista como si estuviese a punto de aplastar una mosca.

Pienso en abrir antes de tiempo (joder, es muy complicado). Suena el timbre del microondas y tiro de la puerta. La nube que asoma es bastante compacta, pero Conchi la abanica con todas sus fuerzas y se desvanece enseguida.

Hace un calor infernal, parece un día de agosto extraviado en medio del otoño. Pero el malestar que nos producen los guantes, la mascarilla y toda aquella mezcla de olores pierde importancia

cuando sacamos la coca y vemos que es una roca bien prensada y empacada.

Conchi pone los ojos a la misma altura que los míos.

—Parecen cristalitos —dice.

—Como alas de mosca. La coca cristaliza así cuando es pura. —Recojo un grumo de la superficie con una cucharilla y la giro un par de veces—. ¿Quieres verlas?

—Sí.

Soplo el borde de la cucharilla y las briznas de coca se desprenden y parpadean en el aire.

Vamos a empezar con el secado del segundo ladrillo cuando llega el eco de voces desde uno de los edificios.

—¿Eso es por ti? —le pregunto.

Me mira y se encoge de hombros.

—Sí, son los vecinos.

—¿Y de dónde salen?

—Puede que del *after* de abajo. A veces siguen la fiesta en la terraza.

—Espera, espera un momento. ¿Me estás diciendo que ahí debajo hay un *after*?

—Sí, cierra a esta hora.

—O sea, que lo del portero es lo de menos.

—¿Y yo qué sabía?

Más voces, ruido de botellas, chapas que ruedan.

—Está bien. Necesitamos un señuelo para que no se fijen en la humareda —digo al meter el segundo paquete en el microondas.

—Tengo una idea, mi amor. Ahora vuelvo.

Conchi cruza la azotea pasando por encima de los cables y residuos, al poco oigo su respiración agitada al otro lado de la puerta. La abre de golpe, deja un radiocasete en el centro del patio y sigue andando hasta la barandilla.

Enseguida se arma el silencio, imagino a todos los de la terraza de enfrente mirando a Conchi con las bocas abiertas, las mandíbulas sueltas y los ojos redondos. La luz más que blanca perfila la forma de sus caderas cuando empieza a moverse, una chispa sensual que arranca con los primeros acordes de *Dame una*

oportunidad, de Willy Rivera. Pasos laterales, cortos, ondulados que conceden al insípido suelo de la azotea la dimensión de una pista de baile. Luego, en el borde, inclinada sobre el abdomen, bambolea el pecho y aúllan los de más abajo. Se suelta, da otra vuelta, me mantiene la mirada, gira y me vuelve a mirar, y así se va moviendo una canción tras otra hasta que una de esas veces le hago una señal y regresa provocando el griterío del público.

—Eso, eso, para comerte entera, morena —repito con voz grave—, ¿o prefieres que vendamos la coca y nos vayamos de compras? —y le hago un falso giro envuelta en mi brazo.

—Entonces, ¿ha ido bien?

—De perlas. Como el collar que nos vamos a comprar.

50. RAFAEL MEDINA

Ahora estoy como cada día, frente a un aparato de grabación, las manos sobre las teclas, los auriculares en los oídos y una buena dosis de paciencia para no perder la concentración. Cuando oscurece demasiado y la luz del techo no alcanza todos los rincones de mi mesa, enciendo una lámpara de cámara que vuelca una luz macilenta en mi cuaderno de notas.

Una palabra clave, otra a los pocos minutos; nada, falsa alarma. Nunca sabemos a ciencia cierta adónde nos van a llevar esas conversaciones. Escuchas, triangulaciones, números de teléfono que convergen demasiadas veces en el mismo punto, indicios indirectos que nos ayudan a desvelar un relato encriptado, palabras con doble sentido, acepciones previamente adulteradas, un gigantesco jeroglífico por desentrañar.

Cuando alguien desaparece sin dejar rastro nadie tiene demasiadas ganas de esclarecer el asunto. El cártel, la organización, lo que fuese que estemos investigando, se refiere a esos asuntos con eufemismos tales como «resolver un problema». La muerte de un informante, de un arrepentido o de alguien que hace el negocio por su cuenta es la manera más expeditiva de acabar con una fuga por la que pudiésemos colarnos. Se trata de dejar las cosas como están, de dejarnos a oscuras, sin ningún foco o casi ninguno. No, nada de filtraciones, nada de saber. La noticia de que alguien ha desaparecido corre como advertencia a todo aquel que piensa en sacar los pies del tiesto.

Eso es precisamente lo que nos acaba de ocurrir.

El inspector jefe de la unidad está sentado frente a la televisión con una expresión de gravedad exagerada, casi podría parecer cómica. Los de Homicidios han encontrado el cadáver de un confidente al que maniataron y prendieron fuego antes de

pegarle dos tiros en un polígono industrial a las afueras de Madrid.

—Ese tipo era esencial, cojones.

—¿Y qué hacemos? —le pregunta un compañero.

El jefe extiende sus notas encima de la mesa e intenta hacerse una idea general de lo sucedido. Habíamos pillado a la víctima en un trapicheo del tres al cuarto. Alguna cuenta pendiente, pensamos, debía tener en su país para que se ofreciese de confidente a las primeras de cambio. No había podido dar detalles por el momento, aunque había escuchado «cosas», como que el cártel de Bogotá pensaba establecer una infraestructura propia en España para organizar los envíos hacia Europa.

Eso coincide con nuestras informaciones. Ahora que los norteamericanos se han tomado en serio la lucha contra el narcotráfico y que los mexicanos han dejado de trabajar para ellos y se han hecho con el control del tráfico de droga a Estados Unidos a través de la frontera, España es el nuevo paraíso.

—¿Es que no sabemos cómo funciona esto? ¿Cuál es nuestro cometido? ¡Que por nada del mundo pillen a los confidentes, joder!

El compañero mueve la cabeza con mayor ímpetu que el jefe.

—Podemos investigar un poco con Interpol, seleccionar nombres e indagar desde cero.

—Necesitamos arreglar este asunto como sea.

Nos toca volver a la casilla de salida, poner en relación todas las conversaciones, tratar cada palabra como el eslabón de un gigantesco collar de cuentas. El descubrimiento de una información relevante, la palabra justa, el tono de una voz, necesitamos una multiplicidad de factores para obtener un resultado.

Y una buena dosis de paciencia.

51. VEINTE FAJOS

La cita con nuestro potencial comprador tiene lugar en un restaurante situado entre Callao y la Puerta del Sol. Resulta de lo más modesto, con una fachada de madera descolorida y un enorme ventanal a través del que se aprecian los camareros y las sombras de unos pocos clientes. El hombre que abre examina de reojo los alrededores y nos conduce a un sombrío almacén donde espera otro hombre con el pelo largo recogido en una coleta y la camisa desabrochada más de la cuenta. Lo llaman el Peruano, nunca supe su verdadero nombre ni me importa. Es un intermediario de segunda, no le preocupan las marcas ni el origen del producto, solo que la coca esté lo suficientemente buena para hacerle un corte o lo que aguante la conciencia y ponerla a la venta.

—Dos kilos. —Abro la bolsa y dejo la coca sobre la mesa—. Puedes probarla.

El Peruano indica su conformidad con un gesto, rasca la superficie de uno de los paquetes con la uña del meñique, se retira un mechón de pelo de la cara y aspira el polvo. Mira al vacío, después sus ojos marrones buscan el otro paquete, lo araña y esnifa con la misma uña y la cabeza gacha.

—¿Qué? —pregunta el otro alargando el cuello, impaciente.

—Es buena. —Los dos trallazos le han puesto los ojos acuosos.

—¿Puedo probarla? —me pregunta el otro blandiendo una diminuta cuchara.

—Adelante.

Una esnifada, luego otra, se lleva la cuchara a la boca y paladea como si estuviese catando vino.

—Sí que es buena.

El Peruano enciende un cigarro con parsimonia detectivesca.

—¿De dónde la has sacado? No quiero problemas, y si es

robada puedo tenerlos, ya me entiendes.

¿A eso te agarras para renegociar el precio? No cuela, Peruano. Estás encantado.

—¿La quieres o no? —Cierro la cremallera y le paso la bolsa a Conchi—. Esa es la cuestión, el resto es cosa mía.

El Peruano me escruta más de cerca. Ya lo imagino diciéndome: «Pero yo te conozco, eres la Rubia, ¿por qué vas disfrazada?».

—Oh, sí, claro que la quiero —contesta cogiendo la bolsa con el dinero—. Cuéntalo —añade lanzándomela a las manos.

Desde el otro lado de la mesa, el Peruano va enumerando los fajos una vez nos cercioramos de que cada uno lleva dentro veinte billetes de cinco mil pesetas.

—Veinte fajos. Total, dos millones de pesetas —confirmo.

—Bien. —El Peruano golpea la mesa con el puño cerrado a modo de sentencia. Es el momento de mayores nervios; de hecho, coge la bolsa de la coca de manos de Conchi con la misma presteza con la que un mono asiático le quita las patatas a un turista.

Nos damos prisa en volver a la calle Preciados. El murmullo de la gente, un ciego que ofrece el sorteo del fin de semana, el ruido, todo nos reconforta, nos sentimos a salvo, protegidas del peligro.

—Viva la madre del que inventó el microondas —larga Conchi.

De repente empieza a reírse. Primero es una risa tonta, intermitente, después una carcajada tan hilarante que no puedo evitar contagiarme. Nos pegamos a la fachada exterior del Corte Inglés y allí nos quedamos las dos juntas, espaldas a la pared, sin poder parar, retorcidas de la risa.

52. UN MUÑEQUITO

Ya casi es de noche y la calle está cubierta de escarcha cuando llego a casa. Faltan dos días para la Nochebuena; los árboles y los edificios están engalanados de luces y adornos navideños. Me cruzo con unos niños que pasan en bicicleta riendo y gritando como si los persiguiese alguien. Suelto las bolsas con los juguetes frente a la puerta y me detengo un segundo para recuperar la respiración. Los setos de la entrada desatendidos, publicidad rebosando en el buzón: se nota que el chalé lleva tiempo cerrado. Conchi se despide con dos pitidos y se marcha en su Ford Polo a toda velocidad. Acaricio los lazos de mi flamante Valentino negro de *crepe couture* y después las perlas que cuelgan de mi cuello. El collar me ha costado un dineral, pero ¿para qué vale el dinero si no es para gastarlo? Pulso el timbre. A los pocos segundos la puerta se abre. Javier tiene el pelo húmedo y peinado hacia atrás. Viste un suéter azul con la S de Supermán en el pecho por fuera del pantalón del pijama.

Al verme, alza las cejas con sorpresa.

—¡Mamá!

—Hola, mi héroe.

Suelto las bolsas, lo cojo en mi regazo y lo acuno mientras lo beso y le digo lo mucho que lo quiero. Ya tiene casi diez años. Sara nos observa en silencio, de pie en el recibidor, forzando una sonrisa y secándose las lágrimas con un pañuelo.

—Pero deja que te vea. —Le acaricio la cara, las mejillas y la cabeza mirándolo de arriba abajo—. ¡Estás hecho un hombrecito!

De pronto, Javier da un respingo y me coge el rostro con gesto enfurruñado.

—¡No viniste ni en mi cumple ni en verano!

—Es verdad —lo aprieto otro rato contra mí, como si de

aquella manera pudiera empaparme de un año entero de ausencia y sanar todas mis heridas—, pero he traído tus regalos para que veas que no me he olvidado.

—¿Sí? ¿Dónde?

—Ahí mismo —digo señalando las bolsas.

Javier se desprende de mi abrazo y sale disparado. Le mantengo la mirada unos segundos: vuelca las bolsas en el recibidor, rasga los papeles, chilla como un loco al descubrir este o aquel juguete. Luego pongo los ojos en Sara. Su rostro se ilumina, de tal manera que me incorporo como si tomase fuerzas para echar a correr y nos abrazamos.

—Qué ganas tenía de verte, verás, yo... Te agradezco mucho que lo hayas traído.

Hace solo unos días que le dije que había vuelto porque no estaba dispuesta a presentarme en casa sin una sola peseta.

—Eh, eh, no tienes que agradecer nada. Lo importante es que estáis juntos.

—¿Y Ali qué te ha dicho?

—No comprendía muy bien que me viniese con Javier casi en la víspera de Nochebuena, pero ya sabes que a carácter...

—Bendita rebeldía, hermana.

—Amén.

—¿Qué tal papá?

—Deseando verte. Pero pasa —dice haciendo un gesto hacia el salón—, deja que vea lo guapa que estás. ¿Es un Valentino?

El salón está tal cual lo dejé hace un año. Los muebles, el sillón de tres plazas con la tapicería de piel roja, la mesita baja frente a él, la otra más pequeña a un lado, donde sigue el teléfono, algunos objetos de decoración, figuras de porcelana, además de varias fotos familiares. Me fijo en una de ellas en la que Ino y Sara están ayudándome a mantener el equilibro sobre la bicicleta. La cojo.

—No llegabas al suelo con los pies —dice Sara a mi espalda —, pero Ino quería que bajases aquella cuesta.

—Fue la última foto que nos hicimos antes de que lo asesinasen.

—Sí, nos la hizo papá.

—Después de aquello nunca volvió a sacar una fotografía.

Dejo el marco sobre la mesa y me giro para observar a Javier. Está sentado con un muñeco en las manos, arruga el ceño, lo sacude y el muñeco no hace nada.

—Yo todavía no le he enseñado a montar en bicicleta. No he hecho nada para enseñarle a valerse por sí mismo. A veces pienso en quedarme quieta sin hacer otra cosa que verlo crecer, ¿sabes?

—Lo que sí sé es que tengo la carne en el horno y que estará lista enseguida —dice Sara, dirigiéndose hacia la puerta. Antes de salir me mira un instante, todavía con restos de nostalgia en los ojos—. Me alegro mucho de verte, hermanita.

—Y yo a ti.

—Más te vale que tengas hambre.

—No pienso dejar ni los huesos.

Sonríe.

—Dame un minuto.

Me arrodillo junto a mi hijo y le digo que le apriete el ombligo al muñeco. En ese momento, el juguete suelta una carcajada aguda y el rostro de Javier se ilumina de golpe. Déjame tu ombligo a ver si también eres un muñequito, le digo hurgándole por dentro de la camisa. Se retuerce en el suelo de risa, y entre abrazo y abrazo lo miro y toco una y otra vez como si me pareciese imposible que aquello esté ocurriendo.

—¡A la mesa! —grita Sara desde la cocina.

—Anda, ven —Javier se abraza a mí, el muñeco en la mano, sin soltarlo—, que la tía ha hecho una cena muy rica.

Me quedo mirando cómo come con una mezcla de fascinación y curiosidad. A Sara se la veía muy contenta a pesar de haber cambiado sus planes para venir con Javier desde Marbella y pasar la Nochebuena juntas.

—Ana… —Sara me toca el hombro, me aparto instintivamente, ella baja la mano—. ¿Estás bien?

—Un año fuera de casa, Sara. Un año con sus meses, sus semanas, sus días, sus horas y sus segundos. Eso es lo que me pasa.

—Imagino lo duro que ha sido.

Vi entonces en el espejo del salón la tristeza reflejada en mi cara. Sara insiste en saber más de lo que estoy dispuesta a contar, yo prefiero hablar del futuro, de cómo pienso recuperar el lugar que ocupaba antes de huir de España.

—Es imposible, ¿cómo vas a hacer eso? Ha pasado tiempo, de acuerdo, pero sigues en busca y captura. Además, ¿qué pasa con los colombianos?

—Usaré mi nueva identidad hasta que llegue el momento de encontrarme con Páter.

Sara continúa preguntando, la mirada en el plato que Javier sujeta con ambas manos.

—Ya terminé. ¿Puedo irme a jugar? —Sara me mira unos segundos, azorada por el hecho de que el niño le pida permiso a ella y no a mí. Me duele en el alma, pero no es culpa suya, no es culpa de nadie. Es la vida.

—Sí, Javier, puedes levantarte. —Después de la reconfortante sensación de abrazarlo de nuevo, apenas un instante, sale disparado como un cohete.

—No te culpes, Ana, el que más y el que menos ha tenido que soportar renuncias para obtener recompensas.

Hay un silencio incómodo entre nosotras. Protagonistas ambas de un mismo papel por culpa de mis decisiones, como el actor que renuncia al rol de su vida y luego alaba a su sustituto cuando gana el Oscar. Doy un sorbo al vino, muevo la cabeza en sentido afirmativo y me centro en contarle mis planes.

—Galicia sigue siendo un coladero, Sara, la policía no es capaz de controlar todo lo que entra, ¿sabes cuántos kilómetros de costa tiene Galicia? Unos mil seiscientos. Más que Canarias, que Baleares y Andalucía, y encima mucho más difícil y escarpada. Tengo amigos allí, gente en la que confío y que podría organizar los traslados por tierra. Yo no voy a tocar nada, sería el enlace que hace falta con los colombianos. Los gallegos, además de llevarlo a la costa, se pueden encargar del transporte. Yo aseguraré la mercancía con la oficina y me encargaré personalmente de que todos los que participan reciban su parte. —Sara hace una mueca y niega con un gesto—. Antes de que digas nada, debes saber que

mis amigos gallegos no son como los de Arousa, no quieren mansiones fastuosas ni coches de lujo, vuelan bajo, ese es el secreto, seguir haciendo lo mismo sin que se note.

—Pero la cocaína trae de cabeza a los políticos y la policía está muy encima. Ya viste a Garzón con los narcos del Salnés en la Operación Nécora.

—¿Basada en qué? En sapos, Sara, en chivatos. Ese es el problema de querer crecer uno solo, que ya no sabe a quién tiene al lado.

—Te caíste al final —dice Sara haciendo un gesto hacia la foto—. Ino estaba seguro de que bajarías la cuesta, y yo de que terminarías cayéndote. Era una bicicleta demasiado grande y tú una niña demasiado pequeña. Me parece estar viviendo lo mismo ahora, Ana.

—¿Me llevas a la cama? —me dice Javier con los ojos entrecerrados de sueño.

—Claro, mi niño.

Me pongo en pie cogiéndolo con los brazos y él se ciñe a mi cuerpo rodeándome el cuello con los suyos. Le hablo con voz suave mientras subo la escalera con él a cuestas. La misma colcha, los mismos muebles, los mismos elementos decorativos. Javier separa sus manos de mí para meterlas dentro de la colcha, pero sus ojos se abren un instante para pedirme que me quede a su lado.

—Shhhh. —Lo cubro; abre los ojos en tres o cuatro ocasiones mientras le susurro las mismas cosas que me decía mi padre para dormirme: «Y algún día, cuando des la vuelta al mundo y regreses a casa, descubrirás que todos los lugares que has conocido están dentro de esta habitación. ¿Sabes por qué?».

—¿Por qué? —pregunta sin abrir los ojos.

—Porque las paredes estarán tan lejos como el horizonte —y se le desprende la mano de la mía—. Felices sueños, hijo.

Sara había accedido al interior sin hacer ruido, como si temiera romper la magia de ese instante.

—Es mejor que me vaya —le digo a Sara con los ojos puestos en Javier—. Mañana te llamaré a media tarde, tiempo suficiente para que estéis de vuelta en Marbella. Dile a papá —me corrijo—,

diles a todos que hablamos por teléfono y que sigo bien. Pero por lo que más quieras, no les comentes que he vuelto hasta que arregle con Páter.

Sara tarda en reaccionar. La miro. Asiente con un gesto.

—Por favor, ten cuidado —pide—. Es muy difícil imaginar lo que se debe sentir en la cárcel. Ojalá nunca te ocurra.

—Adiós, Sara.

1998

53. UN PLAN

Durante los primeros meses del año, Karla Tucker es finalmente ejecutada en Estados Unidos tras ser condenada a muerte por un doble asesinato; en China son localizados embriones de antiguos animales marinos en perfecto estado de conservación; Chen Tao, líder de una secta taiwanesa, anuncia por televisión el inicio del fin del mundo a manos del dios Yahvé. La realidad es otra vez una fuente inagotable de inspiración para el cine. Películas como *Armageddon* nos enfrentan a la extinción por el impacto de un meteorito contra la superficie terrestre; *Godzilla* hace renacer al gigantesco dinosaurio acuático que aplasta ciudades enteras, y el *remake* de *Psicosis,* de Gus Van Sant, nos expone ante los viejos fantasmas de la mente.

El caos. Ese es el problema. Por casualidad, por destino, por azar, quién sabe. Es tan profundo el misterio del caos que solo podemos cerrar los ojos y confiar en que pase de largo. Pero me levanto cada mañana sabiendo cuál es mi radio de acción, a quiénes puedo dirigirme y quiénes no deben saber de mí bajo ningún concepto. Mi regreso, por ahora, es un secreto mío, de Conchi y Sara; se trata de una cuestión de orden.

Por otra parte, la relación con Javier funciona a la perfección. Su comportamiento en el colegio ha dado un giro radical desde que he vuelto. Le digo que es nuestro secreto y que no le diga a nadie que me ha visto. Cuando acaba el colegio, Javier sigue con Sara en Marbella mientras Conchi y yo continuamos recuperando nuestras maltrechas cuentas.

En los meses siguientes, Conchi empieza a plantearme la posibilidad de que contacte con Páter. No estaba entonces segura de que fuese buena idea; le recordé que para eso tenía que presentarle algo tan apetecible que olvidase todo lo demás. Sin embargo, había oído que mi amiga Penélope se había liado con él. No sé si es cierto; con más razón, no quiero arriesgarme a dar ningún paso en falso. Cuántas vueltas da la vida.

La verdad es que no fue fácil operar por nuestra cuenta aquel largo año. Inventé que María Cecilia Ruiz Barboza —es decir: yo— vino a España con la misión de abrir camino a un grupo de productores de los Llanos de Bogotá. Planteaba siempre tratos con narcos de segunda y con menores cantidades de mercancía de la que acostumbraba. Lo justo para hacerme notar sin molestar a nadie. Y siendo dos mujeres en una. Una locura, pero quien alguna vez ha ganado tanto dinero lleva esa enfermedad en las venas, y las venas son las mismas me llame como me llame. Además, todas las dificultades que supone fingir ser una persona sin un pasado al que aferrarse pierden importancia cuando estamos ocupados en sobrevivir. A veces hasta oímos hablar de la Rubia —la historia de una mujer que subió como la espuma y desapareció dejando tan solo un signo de interrogación en el aire—: me mortifica que se refieran a mí como un mito o una leyenda. Lo tengo claro: quiero que María Cecilia Ruiz Barboza repare mi alma de exiliada, que extirpe esta urgente necesidad de abrir una ventana para gritar, hasta quebrarme la voz, que soy real y que he vuelto. ¿Por qué tuve que abandonar a mi hijo? ¿Por qué lo perdí todo? De no haberme ido no habría sufrido un secuestro y mis finanzas seguirían en su sitio.

Ali dice que hay que evitar a toda costa que vuelva a las andadas, que es peligroso descubrir que me he convertido en algo prescindible. Eso si la policía no me detiene y me juzgan. Una mierda. Solo abandonaré si no tengo más remedio. Tuve que arreglármelas con Conchi ese año, solas las dos, y que todo lo que saliese de mis labios sonase a verdad.

Pero ahora tengo un plan.

Solo necesito un paso más para presentarme ante Páter y hacerle una propuesta que no podrá rechazar.

1999

54. NADA DE COSAS PUNTUALES

La primera vez que vuelvo a ver a Alfonso Landeira, el gallego, es en un restaurante donde hemos quedado a comer a las afueras de Pontevedra. Acaba de comenzar febrero y el lugar está lleno. Me espera en una mesa moderadamente alejada del bullicio; está repeinado, lleva corbata ancha doblada a un lado y luce una expresión ruda y vagamente asombrada, como si no acertara a explicarse qué hago de vuelta.

Entretanto, sus dos socios almacenan quinientos kilos de coca en un lugar no muy lejos de donde nos encontramos.

—Estás distinta con el pelo negro —dice.

—Y tú muy elegante de traje. ¿Qué tal te va con el vino?

—Todo colocado. He comprado más tierras, queremos doblar la cosecha el próximo año. Siéntate, por favor.

—Gracias. Pues de ampliar cosecha es de lo que quiero hablarte.

—Seguro que tampoco es mala —dice, y me guiña un ojo.

Me acerco y le susurro:

—Vosotros hacéis los desembarcos y guardáis los paquetes hasta que los colombianos se la llevan, pero ¿y si organizáramos nosotros el transporte por carretera? Nada de cosas puntuales, me refiero a todo lo que pase por mis manos. Los colombianos confían en mí; si contamos con las personas adecuadas podré organizarlo.

En esta fase, mi relación con Páter y Walter Marulanda es completamente nula. Pero en este mundo vales según el peso de tus relaciones, y para convencer a Landeira necesito que lo crea.

El camarero llega con las bebidas y entrantes, me las ingenio

para cambiar de tema al terreno de la política sin llamar la atención.

—Cobraríamos el plus del transporte. Cuanto más lejos, más caro. —Landeira desliza la mirada por el mantel y la sube a mi cara—. Podemos adaptar la tarifa, ¿o no?

—Sí, a Madrid tanto, a Londres cuánto. Pero sería nuestra total responsabilidad hasta la entrega en destino. Eso nos obliga a ser especialmente cautos. Supongo que tus socios están limpios.

—Ni una multa de tráfico. Y además tienen camioneros de sobra.

Cuando el camarero deja una bandeja con pimientos de Padrón, Landeira cierra la boca hasta que se marcha. Sigue sin moverse, reflexivo, unos segundos más. Luego dice:

—Si tú te encargas de los colombianos, nosotros nos encargamos del resto.

—Trato hecho.

—Mira una cosa, ¿y te tengo que llamar María Cecilia?

Sonrío.

—Tú en privado llámame como quieras.

Guardamos de nuevo silencio mientras el camarero deja una bandeja con langostas y centollos como para cuatro personas.

—¿No te has pasado un poco?

—¡Come, hostias, que estás muy flaca! —dice Landeira partiendo la tenaza de un centollo y dejándola en mi plato.

55. EL REENCUENTRO

La terraza de la cafetería es un espacio recogido y fresco, próximo al parque del Retiro en Madrid. La mesa bascula sobre una pata, el camarero se acerca y la apuntala con una cuña de madera. Páter lleva puesto un traje blanco y su pañuelo de color hueso y azul abullonado en el bolsillo de la chaqueta. Mira a derecha e izquierda, como si rastrease en el entorno algún signo de peligro. No se fía de mí, bueno, más bien de esa extraña mujer de sombrero y gafas de sol que lo mira desde el otro lado de la mesa con un vaso de agua colgando de la mano.

—María Cecilia Ruiz Barboza —dice remarcando las consonantes—, ya tenía ganas de conocerla. Anda usted últimamente tocando muchas puertas, cerrando operaciones, haciendo buena plata, y aunque a cada paso que da apunto detalles, sigue siendo usted un gran misterio.

Cierto. Fue colocar la coca del Zurdo y no parar de cerrar negociaciones. Al fin y al cabo, lo de mercadear con coca es como montar en bicicleta, una vez que aprendes, nunca te olvidas. Por suerte, nadie me ha reconocido en este tiempo; tampoco bajé la guardia. Siempre preocupada por la voz, el acento, la mirada, y por pasarme la brocha con tinte negro por el pelo una vez a la semana.

—No me malinterprete —continúa Páter enseñándome las palmas de las manos—, soy un hombre comprensivo y temeroso de Dios que está a favor de la libre competencia, pero he preguntado, ¿sabe? Y allá en Colombia tampoco la conocen.

—Por eso le agradezco especialmente que haya aceptado este encuentro. Para presentarme y despejarle las dudas.

Lo veo sonreír al plato de angulas que le sirve el camarero.

—¿No quiere probar?

—No, gracias.

—Bueno, ¿y para quién trabaja? —pregunta engullendo un buen puñado de angulas.

—Para ti, aunque todavía no te hayas dado cuenta.

Páter deja caer bruscamente el tenedor en el plato y se limpia la boca.

—No, no la conozco.

Pero sus ojos negros no se apartan de mí, pestañean rápido.

—Claro que sí.

Entonces me quito el sombrero y las gafas, y me suelto la coleta para que la melena adquiera su forma habitual.

—Rubia... —Los ojos como platos.

—Sí.

—En algún momento tuve una ligera sospecha, pero me negaba a creerlo. Bien que se la pegó usted al bueno de Andrés Felipe, que estaba en Bogotá a su disposición para que no le faltase nada.

—Me faltaban mi hijo y mi familia. No podía seguir allí ni un minuto más.

—Usted compró base a la guerrilla, no midió bien el riesgo y lo perdió todo. ¿Qué esperaba? ¿Un vuelo de regreso en primera clase?

—Yo no compré nada, solo actué de prestamista.

—A un interés demasiado alto.

—Ya he liquidado la deuda con ese sicario, si es a lo que te refieres. Y ahora estoy aquí para arreglar la tuya... —Dejo una bolsa sobre la mesa—. Es todo lo que he ganado desde mi vuelta, descontando los gastos de gestión y la parte de mis colaboradores.

Páter esconde la bolsa arrojándole encima la servilleta con prodigiosa habilidad.

—Dígame que quiere.

—Hacerte una propuesta.

—No es tan sencillo volver, Rubia.

—Tampoco lo fue para mí sacarte a los tombos de encima.

Me mira receloso, probablemente por ser tan directa.

—Está bien, pero mejor hablamos en otra parte.

—Prefiero aquí.

—¿Me tiene miedo?

—¿Debería?

Páter se echa hacia delante acortando la distancia.

—No me subestime, no la he buscado, no he hecho nada por encontrarla. Así que pago y nos vamos.

Un grupo de ciclistas casi nos arrasan en la avenida principal del parque. Ya en el lago central, Páter posa las manos en la barandilla y los ojos en las barcas que se desplazan lentamente por el agua. Dice:

—Se da cuenta de que esta vez compromete a su familia, a su hijo, a cualquier amigo.

—Por favor, ahórrate el discurso. Me lo sé de memoria.

Páter acepta.

—Está bien. Prepare un encuentro con ellos y yo tomaré la decisión de si trabajamos juntos.

56. RAFAEL MEDINA

Estoy tecleando en el ordenador: es un trabajo tedioso, transcribir la acción no tiene nada que ver con experimentarla; envidio a los compañeros encargados de los seguimientos, al menos ellos toman café después de largas guardias en distintos lugares. En cambio, yo estoy siempre metido en este agujero con unas vistas poco inspiradoras al patio interior. Pero mi función es importante, esencial, diría: consigno datos sin olvidar nada para que otros los utilicen en un sentido u otro, cualquier detalle, por nimio que sea, puede tener relevancia para conseguir o no una condena. Hay que ir con la máxima cautela, pero a veces el aburrimiento de la tarea nos pone trampas, no podemos caer en ellas.

Por varias de las conversaciones telefónicas que hemos interceptado sabemos que se está preparando una importación de cocaína camuflada en el interior de bloques de piedra y tenemos identificadas a las personas que la tienen almacenada.

—¿Has hecho constar sus datos? —pregunta el inspector Julio Palomares.

Muevo la pantalla ligeramente en su dirección para que lo lea él mismo:

> ANXO PORTO CANDELAS nacido en Boiro (La Coruña) el día dieciocho de noviembre de mil novecientos cincuenta y tres y ANTONIO «TOÑO» LUGO, nacido en Boiro (La Coruña) el día once de enero de mil novecientos sesenta y uno.

El inspector menea la cabeza y se apoya en la mesa.

—No sé, quizá deberíamos poner sus teléfonos móviles por aquello de que el juez sepa cuáles queremos pinchar. Vamos, digo yo.

—Ya lo sé. Es que con tantas diligencias que llevamos me bailan hasta las letras.

—Venga, ciérrala y la mandamos al Juzgado Central de Instrucción a ver qué pasa.

Debemos tener intervenidos más de doscientos teléfonos móviles, algo menos cuando vamos descartando los que carecen de relevancia, algo más a medida que sumamos nuevas escuchas. Ahora la tecnología nos permite hacer barridos para situar cada teléfono en un punto concreto y luego en otro, pero entonces la investigación se hacía por tráfico de llamadas. Cuanta más coincidencia existía entre los números investigados, más probabilidades había de que estuvieran preparando algo.

Si escuchamos algo relevante damos parte, y si el juez nos da luz verde, oficiamos a Telefónica para que identifique al titular y desvíe la llamada a la Comisaría General de Información.

Y ahí es donde comenzamos con las escuchas directas. Ese tiempo que discurre entre el momento en que comienzas y aquel en que las sospechas toman forma, se hace infinito. Te sientes agotado de verdad cuando los objetivos te obligan a estar despierto toda la noche. Porque descubres que el tiempo no te pertenece. Deja de ser tuyo.

Y un día ocurre sin más: Anxo Porto habla por teléfono con otro individuo al que llama Alfonso para programar una reunión en el hotel Temple de Ponferrada con «el colombiano».

—¿Y para cuándo la han programado? —pregunta el inspector Palomares.

—Para el 3 de mayo a las trece horas. O sea, pasado mañana.

—Tenemos que descubrir quién es ese colombiano. ¿Algo más que quieras que traslade al equipo de seguimiento?

—Ese Alfonso con el que hablaba Anxo Porto tiene el mismo acento. Fijo que también es gallego.

57. *PEIXE*

—Bienvenidos al hotel Temple, señor, señora.

Un niño patea la armadura de un caballero medieval en la greba de la pierna derecha, lo que viene a ser la espinilla; su madre le da una reprimenda, su padre, en cambio, ríe a carcajadas. Estoy especulando con la posibilidad de que el recepcionista me haya confundido con la pareja de Páter. Nunca volvería a ser la mujer que acompaña a un hombre de negocios en sus viajes. Nunca volveré a asomarme a la ventana de la habitación temblando de deseo, aceptando las caricias, insegura de mi desnudez. Eso está demasiado lejos, cero nostalgias.

Nada más verme, Landeira traba la mirada con la de otro hombre que aguarda a la entrada de un reservado situado detrás de la cafetería. Siguiendo sus indicaciones, rodeamos la mesa y nos sentamos en la cabecera.

Es la primera vez que veo a Anxo Porto en persona. Es un hombre de unos cuarenta y cinco años. Pelo trigueño y liso, la mirada de cemento y un tórax robusto como la caja fuerte de un banco. No fue al colegio, se ve a leguas que es un hombre rudo y hecho a sí mismo. Me contó Landeira que de chico fue mozo en la ferretería de su padre. Una mañana llegó un vecino para comprar unas tenazas de acero con las que desherrar una yegua y montó una buena al encontrársela cerrada. Anxo había bajado al puerto sin dejar aviso. Cuando regresó una hora más tarde, don Sabino, el dueño del restaurante de la plaza del Ayuntamiento, lo esperaba en la punta del muelle para comprarle la captura. Anxo saltó de la barca, dejó la bolsa en el suelo y presumió de sus doce centollos y quince nécoras. Después, retorciendo el extremo de la bolsa, le hizo un nudo y se la entregó a don Sabino a cambio de mil pesetas, un precio bastante más barato del que este obtenía en la lonja. El

revuelo en casa fue tal que cogió sus ahorros y se marchó antes de que su padre terminase de echarle la bronca, no sin antes decirle que pensaba ganar mucho dinero, tanto como para no tener que pasarse la vida detrás de un mostrador besándole el culo al personal.

No tardó en cambiar la venta ilegal de marisco por otro producto que también se recogía en el mar: el tabaco. Y de ahí, a la cocaína.

De eso trataba esta reunión.

Landeira levanta un dedo y uno de los camareros acude enseguida. Cuatro cafés y una copa de orujo para Anxo Porto.

—Bueno —dice Landeira—, ya todos sabemos de qué va esto, el caso es cómo nos vamos a organizar. Eso es lo que necesita el señor Páter para hablar con sus socios colombianos.

Un aura de contenida prudencia rodea a Páter. Había estudiado a fondo a cada uno de nuestros tres interlocutores, a los que en la organización apodaban el clan de Boiro. Unas cuantas llamadas fueron suficientes para confirmar la candidatura de los gallegos a nuevos socios de la ambiciosa estructura que Páter estaba diseñando y que lo convertiría en el mayor embajador de la cocaína en Europa.

—Pues hacemos como conversamos, Alfonso —dice Anxo Porto—. Si los repartos son como han dicho, no hay problema.

Lugo se encoge de hombros con gesto afable y dice:

—Pero ¿cuándo tenemos pensado comenzar? Esto no se organiza en dos días.

Lugo dispone de una maraña de naves industriales en la zona de Boiro, galpones ilegales y casas de piedra cercanas a la playa donde encaletar la mercancía. Buscarla en alguna de sus propiedades sería un trabajo de chinos, difícil tarea para la policía.

—Septiembre, no antes —dice Páter—. Necesito confirmar con mis socios los itinerarios y que ustedes confirmen la logística.

—Nosotros las caletas las tenemos preparadas, señor Páter —dice Lugo.

—Sí, hombre, sí —señala Anxo—, pero el señor Páter tiene que confirmar adónde llevamos la mercancía y nosotros pensar si

la trasladamos de aquí o allá y cuánto vamos a cobrar, ¿entiendes?

—Ay, claro —dice Lugo.

—El problema es quién mete y saca la mercancía de los camiones —indica Landeira—, tenemos que decidir si contamos con los conductores o si organizamos los transportes sin que sepan nada.

—Prefiero autónomos con su propio camión —dice Anxo Porto echando un trago—. Están jodidos de dinero, reuniremos a unos cuantos sin problema.

—Que lleven *peixe,* eso despista a los perros —acota Lugo.

—¿Y cómo la escondemos?

—Lo mejor —prosigue Anxo Porto— es una caleta entre los ejes de las ruedas lo bastante grande como para que quepa un hombre encogido. Por aquello de ahorrar viajes.

—Y lo del *peixe* —insiste Lugo.

—Que sí, *caraio*.

Páter apoya las manos sobre la mesa y todo su peso sobre las palmas.

—Está bien, señores, vamos adelante. La Rubia los mantendrá informados.

58. RAFAEL MEDINA

—Prestad atención, por favor —dice el inspector jefe—. Ya tenemos un avance del informe del hotel Temple. Los compañeros comenzaron el seguimiento del Peugeot 406 ocupado por Anxo Porto y Toño Lugo en la carretera de Santiago a Lugo. Por lo visto, Anxo Porto es un asiduo de ese hotel, debe de ser porque Ponferrada queda a medio camino de todas partes y eso siempre es una ventaja. Bueno —añade comenzando un paseo por la sala—, el caso es que aparcaron en la parte posterior del hotel y entraron con ese otro individuo llamado Alfonso en una sala que hay detrás de la cafetería. Poco después, observaron que entraba una pareja, la mujer de unos treinta y cinco años, con melena larga y rubia, y de complexión fuerte; el hombre de unos cuarenta y muchos con aspecto sudamericano y pelo negro y corto. Estuvieron reunidos por espacio de una hora y media, aproximadamente. Sobre las tres y treinta de la tarde, los cinco salen del hotel por la puerta principal y se dirigen a una cabina telefónica próxima, efectuando al menos tres llamadas, en dos de las cuales hablan tanto la persona sudamericana, como Anxo Porto. A partir de aquí... —El inspector jefe deja de hablar. Revuelve papeles y dedica al inspector Julio Palomares una mirada inquisidora—. ¿Se puede saber que pasó a partir de aquí?

—Sí, jefe —contesta Palomares, aclarándose la voz—. Los compañeros están trabajando en eso. Al terminar las llamadas desde la cabina cada cual se fue a su coche. Anxo Porto y Toño Lugo con el tal Alfonso en dirección a Galicia y la pareja formada por la mujer rubia y el hombre sudamericano en dirección a la nacional VI.

—¿Y dónde fueron? Supongo que a un domicilio donde podremos identificarlos. ¿No, inspector?

—No, jefe, los perdieron de vista a la salida de Ponferrada. Pero tenemos el coche: un Audi A6 de color gris plateado matrícula M-6890-XB. Ya estamos es gestiones con Tráfico.

—Sigamos entonces.

Palomares acciona la máquina de diapositivas y repasa una a una las imágenes que el equipo de vigilancia y seguimiento pudo tomar sobre el terreno.

—Bien, aquí tenemos a los gallegos —dice regresando a la primera serie—. El más grande es Anxo Porto, el escuchimizado es Toño Lugo, su compañero. ¿Y el tal Alfonso? ¿Alguien lo conoce? —Rumor generalizado, sacudida de cabezas, hombros encogidos. Palomares amplía al máximo la fotografía; lleva un jersey de punto de lana, grueso, impropio a esas alturas del año, la manga izquierda está algo levantada.

Debajo hay algo.

—Eso es un tatuaje —dice el oficial Luna inclinándose para verlo mejor.

—Y bastante grande —responde Palomares—, le ocupa buena parte del antebrazo.

—Es la Rosa de los Vientos —preciso yo—. Los marineros se lo graban para no perder nunca el Norte.

—Pues ese marinero está a punto de perderlo. Y bien perdido —dice el oficial Luna.

—¿Y qué más sabemos? ¿Rafael?

—Que es un hombre de la costa, por el acento probablemente también de la zona de Boiro.

—Pues sigue escuchando. Que no se vaya de rositas.

—De rositas al viento —dice el oficial Luna.

El jefe se da vuelta y lo mira.

—Hazme un favor, Luna. Si vas a contar un chiste, échale ingenio.

Un clic. Otro casete para el archivo. Saco uno nuevo de la caja y lo meto en su sitio. *On.* ¿Cuántas veces habré pulsado esa tecla en los últimos meses? Una barbaridad. Eso seguro.

—Ya tenemos el listado de llamadas que se realizaron entre las quince treinta y dieciséis quince de la cabina telefónica que hay fuera del hotel y la identificación de todos los teléfonos móviles, incluidos los de la pareja —me suelta a bocajarro Palomares.

—¿Tan pronto?

Telefónica no suele cumplimentar los mandamientos judiciales con tanta celeridad, así que me sorprende que dispongamos de los datos en menos de dos días.

—Sí, la mujer rubia se llama Ana Garrido Álvarez, nacida en Degaña, Asturias; el hombre sudamericano se llama Felipe Ayala, estamos ahora corroborando su identidad con la embajada colombiana. Te diría que fuésemos a celebrarlo. Esa mujer es nada menos que la Rubia, la hemos identificado por las fotografías. Esto es gordo, Rafael, te veo escuchando mucho de ahora en adelante.

Un momento, ¿Garrido? ¿Has dicho Ana Garrido?

—Sí, ¿por?

—Joder, Julio, me suena ese nombre mucho. Espera. —Me giro hacia la pantalla del ordenador y tecleo a toda prisa—. No aparece en la base de datos, deber estar en los expedientes en papel. Cómo me suena, joder. Hazme un favor, sigue buscando tú, que voy a bajar al archivo a comprobar una cosa.

Sé que he oído ese nombre antes. Reviso en el archivo el listado general por años, pero nada. De pronto reparo en un expediente de 1996. Arturo Soria. Tiroteo. Dos colombianos detenidos y un perro muerto.

—Ayúdame con esto —le digo a Palomares en cuanto regreso con una caja de cartón que amenaza con ceder por los laterales y desparramarlo todo.

—Caso Arturo Soria. Vale, pillamos un montón de cocaína a unos colombianos que la robaron de una casa. ¿Y?

Tras pensar un momento, digo:

—Que Ana Garrido era la arrendataria de la casa, la mujer a la que intentamos convencer para que colaborase con nosotros. ¿De verdad tuvimos a la Rubia delante de nuestras narices y la dejamos escapar?

—No puede ser.

—Había una orden de busca y captura. Estará activada, ¿no?

Palomares abre de nuevo la base de datos y modifica la búsqueda para que muestre las órdenes judiciales en vigor. A medida que mueve la rueda del ratón los archivos se van sucediendo en la pantalla, identificados por año y número de la causa policial.

—Para. Ahí está.

—¡Joder! —dice el inspector, dando un puñetazo de enfado sobre la mesa—. A ver cómo explico yo esto.

El 17 de mayo por la tarde comparezco con Palomares en el despacho del jefe, que está escuchando con los auriculares una conversación entre Ana Garrido y Felipe Ayala, en mangas de camisa, fumando un Ducados.

—Recibí tu informe —comienza—. Parece claro que Felipe Ayala actúa con el seudónimo de Páter y que es el gran jefe. Confía mucho en la Rubia —dice recreándose en una calada—. La famosa y mítica Rubia. Hay que joderse.

—No tenemos claro todavía su perfil dentro de la organización, pero estoy seguro de que ella es el enlace con los gallegos. Pero no he venido a eso. ¿Puedo? —El jefe se mueve a un lado y dejo sobre la mesa la transcripción de una conversación que tuvo lugar hace unos minutos:

ANA: ¿Aló?

FELIPE: ¿Quiubo, Rubia?

ANA: Esa gente está volviendo. Es que no encontraban al amigo con el que habían quedado. ¿Les llegaron a dar el nuevo teléfono, no?

FELIPE: Sí. Ya arreglaron.

ANA: Entonces pronto tendremos el champaña en casa.

FELIPE: Ah, pues sí, les conviene estar preparados para bajarlo. Tienen que traerlo rápido.

ANA: ¿Aló?

FELIPE: ¿Aló?

ANA: Sí, que se me... se fue la voz. ¿Aló? ¿Aló?

FELIPE: Hola. ¿Me escucha?

ANA: Ahora sí. ¿Y qué más?

FELIPE: Ah, que le decía que no se me demoren en bajarlo. Necesitan el champaña en Londres.

ANA: (Ininteligible)... ¿Oyó?
FELIPE: No, dígame.
ANA: Que en una semana lo tenemos en casa.
FELIPE: Terminemos bien este contrato, Rubia, que viene otro.
ANA: ¿Ya en camino?
FELIPE: Pronto sale para acá.
ANA: Ah, para mandarlo de una, ¿o qué?
FELIPE: Claro.
ANA: Bueno.
FELIPE: Venga.
ANA: Chao.

El jefe lee de nuevo, en silencio, incrédulo. Por momentos mueve la cabeza de un lado a otro murmurando: «No me jodas, Rafael».

Fue fácil colegir que el champaña era la remesa de seis mil cuatrocientos kilos de cocaína de la que se hablaba en alguna de las conversaciones previas, pero habíamos tardado demasiado en descubrir que el teléfono suministrado «a esa gente» —los gallegos — era el teléfono vía satélite instalado en el barco pesquero Koei Marú 7 con pabellón de Belice, la nodriza que había trasladado la droga desde Sudamérica a un punto del océano Atlántico situado a dos días de las costas gallegas.

—Es una verdadera putada —apunta Palomares—, pero cuando el barco del Servicio de Vigilancia Aduanera salió a por Koei Marú 7 ya había cambiado de rumbo y estaba regresando a Sudamérica.

El inspector jefe nos lanza una mirada comprensiva al confirmar por teléfono que se abortó el abordaje; en sus ojos encontré una decepción perfectamente extensible a nosotros. Pero los malos se rigen por sus propias reglas, con palabras cambiadas y engaños alevosos muy pensados.

—Si me permite... —El jefe se aleja de la mesa para que pueda señalarle un punto de la transcripción—. Aquí Páter está informando a la Rubia de otro cargamento de cocaína que van a preparar de manera inminente. Ahora los tenemos a todos controlados. Creo que hay que dejarlos hacer.

—Exacto —dice Palomares—, que se confíen, que ellos mismos caigan en la trampa. No se nos van a escapar dos veces.

El jefe me observa como si estuviese calibrando su decisión.

—Reunión con todos aquí mañana por la mañana. A primera hora.

59. UNAS HORAS ANTES

Recuerdo cuando llegó la consigna de que todo había salido bien. Las últimas horas estuvieron tensas y demoledoras. No era fácil para mí explicar el estrés que me producía ser la responsable ante los colombianos de que los gallegos cumplieran su parte, por mucho que Páter se empecinara en amenizar la velada invitándome a cenar.

—Qué razón llevaba usted. Los jefes están pletóricos, les dije que la clave era la paciencia, dar pasos cortos pero firmes, y hoy lo hemos demostrado. Ahora solo falta encaletarlo acá. ¿Cuándo bajan los gallegos?

—Dijeron que en una semana como máximo.

El juego con los gallegos consistía en: «Tú la recoges en la mar, retiras tu parte y nos la traes».

Vamos con ellos al uno por uno: un kilo por cada kilo transportado, más un porcentaje adicional por el traslado al cuartel general de los Beatos. Realmente no estoy segura de si Páter confiaba plenamente en el Zurdo, pero su condición de nieto de Don Olegario jugó a mi favor para que lo eligiese como guardián del tesoro.

Acordamos restringir al máximo las comunicaciones y guardar cierta distancia física entre todos nosotros para neutralizar cualquier seguimiento que pudiera relacionarnos. Establecimos que el intercambio de números de teléfono se hiciese con claves previamente conocidas por todos —dos cifras antepuestas a las últimas—, que las llamadas se harían con tarjetas de usuario anónimo y que se cambiasen después de cada llamada. Creo que lo hemos hecho bien; sin embargo, tengo un nudo en el estómago y no dejo de pensar en Javier. Será porque en las últimas semanas los sobresaltos no cesan, ocurren en cualquier parte: tomando un

helado, en medio de una película en el cine o despidiéndome de las madres del colegio. Que si el barco sale de aquí, que si no sale, coordenadas, tiempos, estoy harta de coger el coche para encontrarme con los gallegos. Y cuando no tengo más remedio que hablar por teléfono, uso palabras en clave.

—¿Rubia? ¿Está aquí? —me pregunta Páter.

—¿Qué? —Caigo en la cuenta de que el camarero está mirándome con la botella en la mano—: No, gracias.

—Le estaba diciendo que vamos a tener mucho movimiento en los próximos días porque van a mandar de allá otro barco. ¿Sería mucho pedir que volase con Pascual y conmigo mañana a Bogotá? —Pascual es el gestor económico encargado del entramado societario que se organiza para dar salida al dinero—. Será un vuelo rápido en avión privado por petición de los jefes, estaríamos de vuelta en dos días.

—Por mí, bien.

—Listo, pues. Le dije a su amiga Penélope que nos acompañe. Así pareceremos dos parejas de vacaciones. Mire, acaba de llegar. —Sacude la mano en el aire en dirección a la entrada; alcanzo a ver a Penélope con un vestido amarillo y un bolso azul colgando del brazo.

—Pero... ¿os estáis viendo? —pregunto confundida.

—Sí, desde la fiesta de Marulanda.

Esa fiesta tuvo lugar al poco de nuestro reencuentro. El mismo día que de una manera totalmente inesperada Penélope se plantó en mi casa sin avisar: «¿Cómo apareces así? No me dedico a vender zapatos, coño», le dije. «Nunca aprenderé, perdona», se disculpó. «Anda, pasa», dije yo, resignada. Aquella noche acabó siendo una de esas en la que te vistes con un traje caro para ir sola a una fiesta y acabas dejándole otro a tu amiga de la infancia.

—Qué vestido más bonito, Ana.

—Acaba de una vez, que llegamos tarde.

—Pues, podría estar disponible las veinticuatro horas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que quiero trabajar contigo.

—Esto no es como vender costo, Penélope, aquí hasta una

frivolidad provoca consecuencias.

—Precisamente por eso. ¿Es que hay en el mundo alguien de quien te puedas fiar más?

Control, rectitud, rigor. Son las palabras que más me pasaron por la cabeza aquella noche. Puede que me viese obligada a mantener la compostura por ser la única mujer hablando de negocios y que por eso me resistiera a bailar con Penélope cuando tomó impulso sobre los tacones y corrió hacia la pista.

Marulanda había llegado de Bogotá para preparar el encuentro en el Atlántico del barco nodriza Koei Marú con los barcos gallegos. La conversación comenzó con una pregunta de Páter sobre las fechas previstas y continuó con otra de Marulanda sobre la vigilancia costera. Nada más terminar, Marulanda apuró un sorbo de tequila, los otros se fueron a los baños o a bailar. «¿Te falta algo?», me dijo, y al decirlo se tocó la nariz con el índice. Negué con la cabeza, creo que fue en ese momento cuando perdí a Páter de vista y cuando a lo lejos oí la risa de Penélope.

—¿Lista para el viaje? —le dice Páter a Penélope mientras estoy tratando de asimilar la noticia de que, en efecto, están liados.

—¡Sí! —dice ella dando unas histéricas palmaditas.

El *maitre* hinca el extremo puntiagudo de un estrafalario artefacto de acero en el corcho de la botella, gira varias veces la muñeca hasta que el metal toca la boca de vidrio y extirpa el émbolo de un tirón.

—Esto es de lo mejor. ¿Verdad?

—Tal cual, señor, un Pesquera del ochenta y cinco nunca decepciona. El secreto está en conservarlo a la temperatura correcta para que mantenga su temperamento intacto —explica el *maitre*.

Páter observa un instante el brillo escarlata que se filtra por la copa, aproximándosela a los labios para dar un breve y concienzudo sorbo.

—Magnífico.

Aprovecho que, en un descuido, golpea la copa y se echa encima algo de vino para consultar el teléfono móvil. Tengo varias llamadas de Conchi, ¿a qué vendrá tanta insistencia? Le digo a

Penélope que le limpie la mancha con un poco de agua y busco algo de privacidad en el *hall*.

Debo tener la cara desencajada cuando regreso. Páter abre la boca para decir algo, pero se lo impido con un gesto apresurado.

—Necesito que hablemos —le digo.

Penélope me mira y después a él, bebe un trago de vino y se levanta con la excusa de ir al servicio.

—Nos han robado un coche.

—¿Cómo así? —pregunta Páter.

—No lo sé.

Páter ladea la cabeza.

—Mire —dice con contenida cordialidad—, suena bastante mal que mi mano derecha cometa esos errores. Si se expone, me expone. Si no lo arreglamos inmediatamente, me pedirán su cabeza en una bandeja.

—Dame esta semana, lo solucionaré.

—Cuarenta y ocho horas. Ni una más.

—¿Y Penélope? Supongo que si yo no voy al viaje ella tampoco.

—Supone mal.

Páter se levanta y deja un fajo de billetes sobre el mantel en el momento cuando Penélope deja el bolso en el respaldo de la silla y se acomoda con intención de seguir allí más tiempo.

—¿Pero no íbamos a cenar? —pregunta confundida.

—Háganlo ustedes. A mí se me ha quitado el apetito.

Penélope se queda inmóvil en la silla, con la mirada perdida, cuando Páter se encamina hacia la salida.

—Si apenas lo conozco, tía, no será por algo que...

—Cállate y escucha —digo—. Invéntate lo que sea, pero no vayas a ese viaje.

—¿Es que te ha dicho algo?

—No.

—¿Entonces?

—Solo trato de protegerte.

—Ana —dice—, pero si apenas lo conozco.

—Pero yo a ti sí.

—¿Protegerme de qué?
—De todo. Si metes un pie en esto, te metes hasta el fondo.
—Pero a ti no te ha ido nada mal.
—No es buena idea que lo acompañes.
—Me dijo que ya estaba todo listo, que iba contigo.
—No no no —digo muy deprisa—, yo no voy.
—Pero yo sí, ¿no?
—...
—Di algo, por favor.
—Mira, al menos prométeme una cosa.
—Sí.
—Que nunca lo dejarás usar tu número de teléfono.
—¿Por?
Me inclino levemente para besarla en la mejilla.
—Tú no se lo dejes. ¿De acuerdo?

60. AL DÍA SIGUIENTE

10:00 horas.

—Y entonces, el comprador le preguntó si podían darles las coordenadas y cuando Restrepo dijo que ya las tenían, el comprador se enfadó y dijo que, de eso, nada, que nadie los había llamado en toda la mañana. Eso fue lo que pasó —me explica Conchi de camino al punto de encuentro.

Justamente, el punto de encuentro lo concebimos con mucho cuidado por si algo salía mal y necesitábamos reunirnos para hablar en persona.

A Jaramillo se le ha demudado el rostro de honesto contribuyente. Mejía, sentado a su lado con el mentón oculto en el abrigo, tampoco sabe contestar mi pregunta.

—Pero di algo —le insisto a Mejía—. Tú siempre estás mirando a todas partes, ¿es que no viste nada raro?

—Bueno, sí. Unos trabajadores. Cavaron una zanja dos o tres días antes y aún no han metido el cableado.

—¿Cuántos eran?

—Dos. Iban vestidos con monos blancos.

—¿Y qué dicen los vecinos?

—Que uno tenía acento sudamericano y era bastante maleducado. No quería que nadie anduviese por la zona.

Me enderezo en la silla y señalo a Restrepo directamente al pecho.

—Tú eras el responsable de la entrega, el mayor de los tres y el más experimentado. Explícamelo otra vez.

Restrepo sacude la cabeza.

—Llamé al teléfono acordado, les confirmé la contraseña y me quedé vigilando el carro hasta que se subió el enlace con la gorra y la camiseta correcta. O nos la están jugando los compradores o no

lo entiendo.

Ya tendré tiempo de pensar en quién me la ha jugado, por el momento, una ocurrencia o un consejo brillante, eso es lo que necesito.

10:30 horas.

Los tres segundos que median entre marcar el número de Ali y que conteste se me hacen una eternidad.

—¿Y te había pasado algo con el barón? —me pregunta en cuanto termino de explicarle el desaguisado en el que estoy metida.

—No, que yo sepa. Espera, sí —me corrijo—. Me pidió ayuda con unos rusos hace tiempo y le dije que no. ¿Por?

—Es que me cuadra lo que cuentas porque estaba muy pasado de vueltas en una fiesta, presumiendo de su nuevo socio colombiano y cargando contra ti. Dijo que en poco tiempo estarías fregando suelos.

Cojo el teléfono y me levanto dirigiéndome a la ventana.

—¿Qué colombiano?

—No lo sé.

—¿Y por qué no me contaste nada?

—No le di ningún valor. Dice muchas tonterías de cara a la galería. Pero es tan engreído que haría un pacto con el diablo para joderte si se siente humillado.

—Pues puede que conmigo esté a punto de conseguirlo.

—Puedo intentar sonsacarlo.

—No —digo tras una pausa—. Deja que piense cómo hago.

Luego de colgar, mi ánimo cae. Reprimo la tentación de llamar a Páter y reclamar su ayuda. Debe estar gozoso de revolcarse con Penélope y ella feliz de su nuevo estatus de amante. Hay que joderse. Estoy furiosa; más, sabiendo que esta dolorosa rabia es la procesión que llevo por dentro.

Necesito un señuelo, algo que saque a la rata del puto agujero en el que se esconde y le haga caer en la trampa. Eso es, Ana.

Marco de nuevo el teléfono de Ali.

—Escucha, ya lo tengo —le digo con determinación—, necesito que el barón sepa que voy a hacer una entrega mañana a las veinte horas. Cinco kilos.

—Me encargo.

—Gracias, Ali. Y perdona, es que antes me quedé tan impactada que ni me acordé de dártelas.

—Tranquila, ¿y las coordenadas?

—Fiat Punto de color blanco, Madrid, dos, dos uno, uno, letras NM. Frente al centro comercial de La Vaguada. Las llaves estarán puestas.

—Listo. Mañana a las veinte —repite con firmeza.

Pero esa es la parte fácil, la verdaderamente complicada tiene lugar una hora más tarde. Me veo con Páter. Él todavía no ha pasado el control de vuelo. Le digo que es mejor que sus hombres se encarguen directamente de las nuevas entregas.

—Es lo mejor, Rubia, porque este asunto no le incumbe solo a usted.

Acerco mi boca a su oreja, la voz en un susurro, el gesto de comprensión, quiero que todo suene tal y como tiene que ser:

—Hay una entrega ya prevista para mañana, Conchi tiene las coordenadas del punto de encuentro.

Páter hace un ademán de desaprobación.

—Retrásela.

—El comprador no quiere.

Le mantengo la mirada durante unos segundos, osadamente. Da un largo suspiro y asiente con la cabeza.

—Está bien, yo me encargo. ¿Y usted que va a hacer?

—Iré al videoclub a arrasar con las novedades.

11:00 horas.

A mi espalda oigo un ruido de motor que me sobrepasa y frena delante de mí. Conchi se inclina sobre el asiento del copiloto y tira de la manilla para abrir la puerta. Los asientos desprenden

un intenso olor a tabaco mezclado con el aroma de su perfume.

—Resumiendo —dice ya saliendo del aeropuerto—, has dado el soplo de que vamos a entregar cinco kilos en el maletero del Fiat, pero la realidad es que no hay ningún comprador y que te lo has inventado por si los ladrones pican el anzuelo y Páter los pilla con las manos en la masa. ¿Es así?

—Básicamente.

—Y si sale mal, ¿cómo le explicas a Páter que todo ha sido una engañifa?

—No lo sé, pero si tienes una idea mejor soy todo oídos.

—¿Por qué no mandas a nuestros chicos?

—Porque no podemos fiarnos de ellos. He revisado cada paso, he ido punto por punto y la única explicación posible está en las coordenadas. Las eligió Restrepo, ¿verdad? Tuvo que habérselas dado a alguien.

—Comprendo. Si está en el ajo puede avisar a los ladrones de que no es una entrega programada y verán clara la trampa.

Miro el reloj.

—Treinta y tres horas. Es lo que tenemos para programar la entrega y salir de dudas.

61. RAFAEL MEDINA

OPERACIÓN TEMPLE

Objetivo nº 1: encontrar el alijo oculto en la costa gallega tras el abordaje fallido del barco nodriza Koei Marú. Indicativo: DELTA 1.

Objetivo nº 2: localizar e interceptar en el océano el barco que se utilizará para la importación del nuevo envío. Indicativo: DELTA 2.

DELTA 1: Punto muerto. A la espera de movimientos.

DELTA 2: De las conversaciones y de las vigilancias efectuadas se deduce que, para facilitar la labor de orientación sobre los puntos de encuentro de las embarcaciones en alta mar, se necesitaban unas cartas marítimas en las que localizar las coordenadas.

Froto mis ojos, me esfuerzo en mantenerme concentrado. Una entrada nueva al número de teléfono de Páter. Es un tipo correoso, amable, nada impulsivo. Me reclino sobre la mesa, reconozco la voz, es al que llaman Marulanda, el que consideramos el máximo representante de la organización colombiana y que hace de correa de transmisión con Páter.

—Es quien facilitó la clave de encuentro entre los barcos —digo.

—Hay que joderse con la clave: «A L C E R M U C U R M G». ¿Qué coño significa eso? —pregunta Palomares.

—Ni idea. Pero estoy seguro de que Marulanda también le dio a Páter el número de teléfono del anterior nodriza. Supongo que tendremos que escuchar las cintas a ver qué encontramos.

Palomares deja caer los hombros y expulsa todo el aire de los pulmones.

—Cuando acabemos con esto vamos a necesitar unas buenas vacaciones.

62. SEGUNDO DÍA DE LA CUENTA ATRÁS

19:00 horas.

Conchi llama hecha un manojo de nervios. Atiendo con toda la calma que puedo permitirme. Debemos permanecer frías, apostarle a la serenidad. No pensar.

—Todo listo, Ana, el señuelo está en el sitio —me dice.

—Solo nos queda esperar.

—Será una larga hora. ¿Sabe algo de Ali?

—Sí, el barón tiene el recado.

Me envuelve un sonido desapacible y un estruendo.

—¿Qué es ese ruido?

Me pongo en pie y miro por la ventana.

Es uno de los Chevrolet de los hombres de Marulanda que, después de dar un par de acelerones, se apaga delante de la casa. Vuelvo al teléfono, ahora sí, a la carrera, presa de la desesperación.

—Nos han pillado, Conchi, han venido a buscarme.

—¿Cómo? ¿Quiénes?

—No tengo tiempo para explicártelo, tú sal de casa ahora mismo y escóndete. Si no sabes nada de mí en una hora, llamas a mi hermana Sara, que le diga a Javier cuánto lo quiero. ¿Lo harás?

Conchi está a punto de llorar, pero se traga las lágrimas.

Todo lo que hemos hecho para preparar el señuelo ha quedado relegado a un segundo plano. Me conducen al búnker, que es como le decimos a una de las casas que la organización usa en Madrid, con un nudo en el estómago. Entramos en el amplísimo sótano por la puerta del garaje exterior. Todas son caras desconocidas. Menos una.

Cornelio.

El mismo que me amenazó con una navaja hace años dentro de un coche. Me mira fijamente, buscando un signo de flaqueza. Vuelvo a distinguir la misma negrura en el fondo de sus pupilas que el día que lo conocí, la tarde en que le salvé el culo a Marulanda con el imaginativo recurso del carrito de la compra. Estoy petrificada ante esos ojos que parecen escudriñarte desde la muerte. Verdaderamente terroríficos.

Espero diez largos minutos en silencio, algún comentario intrascendente, la voz lenta, los pensamientos a toda velocidad. ¿A qué viene esta espera? ¿Por qué no me dicen lo que van a hacer conmigo? Son preguntas de un mismo corte, porque, siendo realistas, mi destino parece ya echado en suerte.

Páter y Marulanda entran desde la sala de monitorización. ¿Es que han vuelto de Colombia antes de tiempo por mi culpa? Pinto con la uña un signo de interrogación sobre la tela del reposabrazos del sofá.

Por no rasgarla de los nervios.

—Trae a Tony —le dice Walter Marulanda a Cornelio.

Mis dedos adquieren vida propia, están palpando casi todas las cosas que llevo dentro del bolso, hasta que quedan prendidos del pasaporte.

Como si fuese posible huir, llegar al aeropuerto y desaparecer.

—Ya está entrando, señor —le dice Cornelio a Walter Marulanda.

Mis ojos siguen la silueta en blanco y negro de Tony Lobo a través de las ocho pantallas incrustadas en la pared por las que van rotando las imágenes de las cámaras de seguridad.

—Quién la ha visto y quién la ve, Rubia —dice al entrar.

—Tú... —digo sin poder evitar el desconcierto.

—En serio, sus glorias están ahí para todos —dice acomodándose en una butaca—, claro que sin mí no habría sucedido.

Dudo un instante sobre qué hacer. Miro a un lado y a otro. Páter y Marulanda se sientan con parsimonia, no parecen tener prisa.

—Tony ha regresado a España para echarnos una mano.

¿Cierto, Tony?

—Así es, hermano, y como gesto de buena voluntad no tengo problema en que ella trabaje conmigo.

Maldito. Es de un cinismo supino.

—Pienso hablar con los minoristas y los camellos —continúa Lobo mirándome de reojo—, ellos conocen el yeyo mejor que nadie, si es de esta marca, si es de esta otra..., prueban mucha mierda, saben lo que hay, encontraré a los responsables y...

Veo la mano de Páter en el aire, pidiéndole silencio.

Cornelio ha arrimado los labios a la oreja de Marulanda un segundo antes; la voz le sale demasiado baja, imperceptible, apenas un susurro.

Marulanda no se mueve, la mirada fija, el gesto grave. Observa a Páter, luego a Lobo, después a mí.

No tengo idea de lo que está pasando, no tengo una sola referencia a la que asirme.

Nada, absolutamente nada.

—Vamos a ver juntos un video y después decidimos —dice Páter; mientras Cornelio saca la cinta y la introduce en el aparato, Tony Lobo le pregunta:

—¿Un video? ¿Qué video?

Aparece en la pantalla la imagen de una pared de azulejos blancos; se oyen golpes en el micrófono, como si alguien estuviese grabando con una cámara en directo y tratase de fijar el objetivo. Después, la toma gira desde los azulejos hasta la silueta de un hombre encogido al lado de un inodoro.

Se oye una fuerte risa y alguien le suelta una bofetada.

—¿Le gusta vivir? ¿Sí? ¿Quiere volver a ver a su familia? A lo mejor vuelve a casa dentro de una caja. —Ese alguien lo agarra violentamente del pelo y le levanta la cara.

—Diga su nombre.

El hombre gime. Tiene los ojos amoratados y sangre en el rostro.

—Restrepo... Restrepo —dice.

—Para quién trabaja.

—Por favor, para la Rubia...

Cornelio ríe, sorprendido, y enciende un cigarrillo.

—Le robó a ella el carro con el yeyo, no sabe lo que es el respeto. —Con la siguiente bofetada, la expresión del rostro de Restrepo sufre una transformación considerable—. Eso me ofende como colombiano. ¡Choro hijueputa! —le grita propinándole una patada en la cara.

La cámara de vídeo se desvía hacia un lado. El rostro de Restrepo desaparece y en su lugar aparecen de nuevo los azulejos blancos. El objetivo tarda unos segundos en regresar a su sitio.

—Espérese, por favor... —suplica.

—¿Quién te contrató?

—Fue Tony..., Tony Lobo.

Walter Marulanda lo mira interrogándole con los ojos.

—Es una malparida, hermano —confiesa Lobo.

Marulanda le pasa la mano por detrás de la cabeza y le aprieta la nuca a Lobo en un gesto que expresa rabia y contención.

—Usted organizó el robo en Arturo Soria y cuando aquel desgraciado llamado Henry le habló de ella, preparó su secuestro. La quería sin plata, quería destruirla y no le importó nada llevarnos a nosotros por delante. Usted es el malparido. ¿Qué pactó con ese baroncito de Marbella? ¿Que le vendiera el yeyo a sus socios rusos haciéndonos creer que fue ella?

—Ella me quitó el puesto, usted sabe que fue así...

—Ella no le quitó nada.

—¿Es plata lo que quiere? ¿Es eso? Yo se la doy, hermano, quédesela toda —dice Lobo con voz temblorosa—, ¡puedo llevarlo donde la guardo y se la queda toda!

Marulanda le suelta la nuca y abre la mano.

—Dé la orden y los ponemos a chupar gladiolo —dice Cornelio.

—Antes, que escriba todo lo que tiene, hasta el último dólar —y luego, mirándome con penetrante fijeza, añade—: ¿Preparada para seguir al frente?

63. INCERTIDUMBRES

Páter está en el centro de la habitación con una pierna cruzada sobre la otra, las manos en los reposabrazos y el rostro alzado hacia el techo. Frente a él, un Walter Marulanda con cara de pocos amigos juega a enroscarse una goma elástica en uno de sus dedos largos y huesudos.

—Estamos a trece de junio, es demasiado tiempo —dice Páter.

Marulanda esboza una mueca de preocupación.

—Sí, lo es.

En los primeros días, tras el desembarco, los gallegos habían mantenido una comunicación fluida con nosotros. El calendario, el programa de entregas, la logística en destino, nada sirve ya; al contrario, la incertidumbre es peor que comenzar de nuevo. ¿Por qué no bajan la mercancía? ¿A qué vienen tantas largas? ¿Y sus mil novecientos kilos? ¿Los habrán retirado ya? De ser así, ¿qué coño han hecho con los otros cuatro mil quinientos?

Qué locura, joder. Ni tiempo he tenido de asimilar que Tony Lobo ha estado jodiéndome la vida y ya estoy metida en otro marrón de los grandes.

—Se confiaron ustedes demasiado —le dice Marulanda a Páter.

Páter cambia de postura. Ahora mira al suelo, con los codos sobre las rodillas. La frente se le parte en tres fisuras profundas y sombrías.

—Tiene razón, Rubia. Tenemos otro barco en marcha y los gallegos siguen sin aparecer.

—Pero... —titubeo un instante—, tú mismo viste lo convincentes que fueron.

Páter menea la cabeza y se restriega con fuerza las manos.

—Pues el Tammsaare saldrá en breve de Panamá.

—La cuestión —dice Walter Marulanda con expresión sombría— es que no se retrasen más. Necesitamos que nos entreguen eso antes de que el Tammsaare haga el nuevo trasbordo.

64. RAFAEL MEDINA

DELTA 1:

En el teléfono 6*06*175*2, posiblemente utilizado por ANXO PORTO, Páter deja los siguientes mensajes:

1. «Oiga, soy yo, llámeme si es necesario, pero cuénteme de aquello que tenemos pendiente».

2. «Oiga, sigo esperando la llamada, creo que ya es bastante la espera. Llamada ya.»

En el mismo teléfono, en la Máster 1, paso 01*, la Rubia deja los siguientes mensajes:

1. «Por favor, a ver si te comunicas, la cosa está por aquí muy caliente, chao».

Hay una parte de mí que está muy cansada, no solo por la cantidad de horas que llevo sin dormir, sino por el nivel de concreción que nos exigen los últimos acontecimientos. En ninguna ocasión anterior había sentido a Páter y a la Rubia tan nerviosos. El incumplimiento de los plazos de entrega por parte de los gallegos ha sido el detonante de un fuego cruzado a múltiples bandas, y a la vez nuestro mejor traje de camuflaje. Somos invisibles, como si estuviéramos involucrados directamente en la acción y nadie reparase en nosotros.

En las últimas conversaciones Páter le dice a la Rubia que suba a Galicia a encargarse personalmente del asunto y este le informa que va a mandar a alguien al cuartel de los gitanos para que se preparen a recibir lo que «el lobo le robó a caperucita». El cabecilla del clan de los Beatos, conocido como el Zurdo por su habilidad para ganar pulsos con esa mano, estuvo a punto de ser detenido por la Guardia Civil en un trapicheo de heroína. Hubiera sido un gran fastidio. Sería el colmo que, a estas alturas, ya tan cerca, se nos fuera todo abajo.

DELTA 2:

De las conversaciones de los últimos días se deduce que PÁTER está a la espera de noticias sobre el nuevo barco nodriza y que ante el retraso que

arrastra la operación le propone a Marulanda cambiar las fechas de envío de la sustancia estupefaciente, ya que al entrar el verano los días son más largos y hay más horas de luz, por lo que las embarcaciones son más fáciles de detectar.

Estamos cerca de finalizar de nuevo el mes y necesitamos otra prórroga para seguir con las escuchas. El juez de guardia no se toma muy bien las prisas.

A nosotros tampoco nos sobran las horas.

65. NUDILLOS EN EL CRISTAL

Mientras salgo del abarrotado aeropuerto de Santiago de Compostela y observo a los peregrinos en la cola de un vuelo a Frankfurt con sus veneras colgando del cuello, se me ocurre pensar que yo llego a Galicia con la penitencia a cuestas. Qué locura, no creo que los gallegos nos hayan robado ni que se atrevan.

Para eso traigo a Benjamín conmigo.

Su tarea consiste en amedrentar con su portentoso físico, acercarse a los objetivos, observarlos, registrarlos y, si es necesario, vapulearlos un poco. Su gran ventaja es que es español y no guarda ninguna vinculación con los colombianos. Arango había recurrido a él en alguna ocasión, cuando se trataba de cobrar alguna papelina debida. Benjamín no tenía alma de matón, quería convertirse en guarda jurado, le faltaba tener arrojo y codos para conseguirlo.

El coche que alquilamos es un Citröen azul mate, discreto, tapizado en negro y sin aire acondicionado. Hasta con las ventanillas bajadas, aquella cabina en pleno veintiséis de junio es un sauna. Estamos sudando la gota gorda y me asfixio con los olores de Benjamín. El suyo es un vaho agrio que desprende la ropa sucia. No parece desconcertado por el hecho de que por momentos saque la cabeza fuera, como si un insecto aplastado contra la luna frontal me impidiese ver la carretera.

—Puede que sea una tontería —dice con tono comedido, con voz progresivamente más grave, para marcar el acento de lo que va diciendo—, pero un gitano dice que me vigilan los maderos.

—Tu barrio siempre ha estado vigilado —digo cuando estamos ya bajando a menos de noventa por la avenida que desemboca en el centro de Boiro—, puede que eso tenga que ver con toda la heroína que venden por allí.

—De acuerdo —dice abriendo ligeramente la boca, relajado como un niño descubriendo que no ha causado un problema—. ¿Y cuál es en plan?

—No volver por segunda vez —digo recobrando la compostura frente al volante—. Ese es el puto plan.

Benjamín considera mis palabras un momento y luego asiente.

—Dale caña, jefa.

Allí está Anxo Porto, la mandíbula hosca y retadora, de hombre que mantiene el tipo; no en vano, para retener cuatro mil kilos de coca sin ofrecer ninguna explicación a los colombianos, hay que tenerlos bien puestos. Estoy agotada y cabreada, me paseo por delante de él mientras Benjamín lo sujeta de los hombros. La marea de frustraciones que arrastro, un puto mes sin ver a mi hijo, un ardor de estómago que se propaga como un incendio y cinco teléfonos que no suenan, avalan mi mala hostia.

—¿Te sorprende verme o qué? —le digo.

—Paciencia, Rubia.

—Sí, claro.

—¿Y quién es este?

—Perro rabioso.

—Pues tiene cara de pachón.

—Es mi perro y lo llamo como me sale de los cojones.

—Pues dile que tranquilo, ¿eh?

—Ha dejado de fumar hace dos semanas, le cuesta controlar la agresividad.

—Deja las amenazas, Rubia. No te pegan nada.

Lo pienso un momento.

—Tienes razón, no me pegan nada, pero en este momento estoy atrapada entre vosotros y los colombianos y soy capaz de cualquier cosa. ¿Me entiendes?

—Pues diles que estén tranquilos, que sale pronto.

—Te vas a poner al teléfono y se lo dices tú a Páter. A mí no me mareas más. —Pulso el botón de llamada, inspiro hondo y le paso el aparato.

Él asiente apresurado mientras Páter le canta las cuarenta.

—Completamente de acuerdo... —admite—. Sí..., hombre, eso no, no podéis pensar que os estamos robando. ¿Eh? Eso no te lo permito, lo que quieras, pero eso de ninguna manera. Pero mira una cosa —añade mirándome a la cara—, ya le dije a la Rubia que todo está correcto, que pronto está allí. Si estamos tardando es porque queremos hacer las cosas bien. De acuerdo. Eso es, adiós.

Le quito el teléfono, busco algún signo de alarma en la voz de Páter, sin embargo, parece más tranquilo.

—Dile al perro este que me suelte.

Benjamín le suelta los hombros, tiene la orden de no reírse. Cuando se ríe, parece cualquier cosa, menos fiero.

—Te huele el sobaco, ¿sabes, rapaz? —Lo mira por encima del hombro y gira la cabeza hacia mí, muy despacio. Los ojos entrecerrados, inquisidores.

—No más visitas ni llamadas, yo te avisaré. A ti y a nadie más.

—Con una condición. Quiero ver a Landeira y que confirme lo que dices. Después, si estoy convencida, me vuelvo a casa y espero a que llames.

Los ojos de Landeira escanean los alrededores del pazo a toda velocidad y nos invita a pasar con un gesto de fastidio. Benjamín se queda fuera, con la espalda apoyada contra la puerta de cristal. Anxo Porto entra ofuscado, abre los pies, cruza los brazos, los tres sabemos que reunirnos allí está fuera de lugar, pero ya está bien de encajar puntos, ahora es mi turno de meter algo de presión en la cancha.

—¿Qué es lo que quieres, Rubia? —pregunta Landeira.

—Quiero saber en qué punto estamos.

—A ver, lo suyo está guardado, ¿no? —dice Landeira—. Pues díselo, y dile también cuándo lo bajamos.

—No voy a hacer nada de eso, ya sabes por qué. ¡O estamos o estamos!

—Tranquilízate, Anxo.

—¿Cómo quieres que me calme?

—Me cago en… —Landeira lo agarra por la muñeca y clava los ojos en los suyos—. Dile algo para que pueda volver con la familia de una puta vez.

Miro a Anxo Porto durante un par de segundos. Lo que encuentro es un gesto de preocupación, unos labios casi inexistentes, exageradamente apretados.

—¿Qué no me estáis contando? —pregunto.

Un toque de nudillos en el cristal. Veo que Benjamín se encoge de hombros y esboza una señal de interrogación con las cejas.

—Hasta tu perro se ha dado cuenta… —dice Anxo, apoyando una mano plagada de callos en un mueble alto.

—Cree que nos vigilan, pero no está seguro, ¿eh? —dice Landeira.

Anxo Porto tamborilea con los dedos. Su anillo, ancho y barroco como el de un obispo, produce sobre la madera un repiqueteo metálico.

—Mira, le dices a los colombianos que dejen de revolver. ¿Qué quieren? ¿Que vayamos para dentro a las sombras y que nos los llevemos? ¡Que no toquen más los huevos y nos dejen trabajar!

—Danos cuatro días, es lo que necesitamos para estar seguros.

Trago saliva, pero no aparto la mirada.

—Cuatro días. Ni uno más.

66. RAFAEL MEDINA

El inspector jefe está sentado en una silla, concentrado en lo que teclea al ordenador Palomares. Yo me acomodo en terreno neutral, en un incómodo banco de dos plazas incrustado entre la mesa y una pila de clasificadores. A mi lado está sentado, con las piernas abiertas, el oficial Luna.

Miro la hora. La una y diez.

—Pon también que prorrogue las escuchas, pónselo todo.

—Ya se lo puse arriba, jefe.

—Pues, entonces, listo.

Objetivamente hemos hecho un gran trabajo. En el informe consta que los gallegos van a trasladar la droga el cuatro de julio. Esa tarde podría ser el momento de las detenciones en Delta 1, pero esas no son las órdenes.

La orden es esperar al final de las pesquisas en Delta 2 con el abordaje del barco Tammsaare, que se llevaría a cabo en caso de localización por funcionarios del Servicio de Vigilancia Aduanera y del Cuerpo Nacional de Policía, según la solicitud de mandamiento de abordaje que estamos redactando para el Juzgado de Instrucción Número Cinco de la Audiencia Nacional.

—¿Lo imprimo? —dice Palomares.

—Sí.

El inspector jefe lo coge directamente de la impresora y lo repasa moviendo la cabeza de izquierda a derecha.

—«El día 18 de junio de 1999 la embarcación Tammsaare zarpó del puerto panameño de Colón sin realizar los pertinentes trámites de solicitud de zarpe y ese día, precisamente, el representante del cártel colombiano conocido como Marulanda abandonó Panamá con destino desconocido» —lee en alto con una fingida flema inglesa—. Esto es confuso, parece que sabemos

dónde está el barco nodriza.

—Se sobrentiende que no, ¿no?

—¡Oh, claro! Se lo mandamos al juez y que lo interprete él mismo.

—Vale, lo corrijo.

—Mejor. Y hablando de ubicaciones... —El jefe levanta el puño izquierdo y comienza a subir, uno a uno, los dedos de la mano—. Primero: gracias a la policía panameña sabemos que Marulanda estuvo en dos ocasiones a bordo de un buque factoría denominado Tammsaare. Segundo: hemos determinado razonadamente con la policía panameña que ese buque es el medio elegido por la cúpula del cártel colombiano para el transporte de los siete mil kilos de cocaína. Y tercero: tenemos las pruebas de que Páter está al mando. Por cierto, ¿habéis incorporado al informe la transcripción de las últimas conversaciones?

—Sí.

—Vamos con los que van a recoger la mercancía —continúa el jefe—. Ahí estaban dos equipos, ¿a los nuevos los propuso también la Rubia?

—No. Páter conecta con ellos a través de otra fuente. Como estaba teniendo problemas con los de Boiro, prefería no jugarse la misma carta.

—Muy listo —dice Palomares.

—Pero eso era antes —matizo—. De las últimas llamadas que hemos interceptado solo siguen adelante los gallegos. Los del otro grupo proponían esperar a octubre para que los días con luz fuesen más cortos y las embarcaciones menos visibles.

—Muy bien —prosigue el inspector jefe—. Vimos sobre el terreno que Marulanda buscaba mapas cartográficos en varias tiendas para marcar el punto de encuentro de los barcos.

—Sí, pero no le debió valer de mucho. Eran mapas a escala muy alta, demasiado poco precisos.

—Así que no compró nada.

—Nada en absoluto.

Palomares le entrega el nuevo informe impreso y el jefe lo hojea por encima.

—Aquí —dice golpeando con el dedo sobre una de las hojas— pone que Marulanda y otros dos fueron a la Casa del Libro en la Gran Vía, que estuvieron consultando mapas un buen rato y que compraron uno.

—No creemos que fuera ese —apunta Palomares—. Rafael tiene una conversación en la que Páter sugiere que el mapa se lo dio la Rubia.

—¿Entonces el mapa lo consiguió ella?

—Es lo que dedujimos.

—Esto es la pescadilla que se muerde la cola: si detenemos a la Rubia para que dé las coordenadas podemos poner a los colombianos en alerta y desmontar el operativo, y si no lo hacemos, dependemos de nosotros mismos. ¿Sugerencias, señores?

—Yo creo que la Rubia no sabe nada de las coordenadas —le digo.

—¿Y en qué te basas?

—Porque no es su cometido. Le dio a Páter un mapa de precisión, pero es él quien habla con Marulanda. Ella está volcada en solucionar con los gallegos el problema de la primera entrega. Ellos son una pieza fundamental y la Rubia es la que mejor puede manejarlos.

—Gracias, Rafael. ¿Algo más?

Silencio.

El jefe, agobiado, recobra el aliento y concentra de nuevo la mirada en el informe.

—Bueno, ¿y qué pasa con el número en clave?

—Hemos ordenado las letras un millón de veces —dice Luna — y de todas las combinaciones posibles nos quedamos con una palabra: Murciélago.

Palomares se pone en pie fatigosamente para coger un cigarrillo y dice:

—La clave puede referirse a un artefacto volador, un helicóptero, tal vez. El Tammsaare tiene ochenta y tres metros de eslora, es una pista de aterrizaje perfecta si lo que han planeado es soltar la droga desde el aire.

El jefe apoya las manos en la mesa.

—Vaya teoría... A este paso voy a reconsiderar lo de la Rubia.

Levanto la mano.

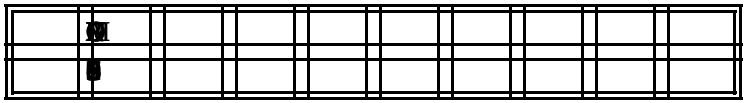
—¿Qué? —pregunta el jefe.

—Hay otra posibilidad: que sea la clave en letras de un número de teléfono.

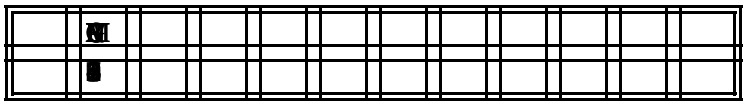
—Explícate.

—La M es el 1, la U el 2, la R el 3 y así sucesivamente hasta el cero. Creo que la palabra MURCIÉLAGO oculta un número de teléfono.

El jefe maniobra para salvar el muro de carpetas, informes, bolígrafos descapuchados esparcidos por la mesa de Palomares; en solo cinco segundos abre hueco y escribe la palabra y el dígito correcto debajo de cada una de las letras.



—Efectivamente —dice asignando a la clave los dígitos—, sale un número del teléfono:



—¡Qué fuerte! —dice Luna.

—Buen trabajo, Rafael. Prepara tus cosas que te vas de crucero —dice el jefe, metiendo la mano en el uniforme para sacar un teléfono móvil y marcar un número predeterminado.

—Pásame con el juez. Es urgente. Tenemos el teléfono satélite del barco.

67. POSICIÓN 28° 11' N 33° 31' W. 600 MILLAS NÁUTICAS AL SURESTE DE LAS ISLAS CANARIAS

Cuando el 22 de junio de 1999 los ocho miembros del Grupo Especial de Operaciones que transporta el patrullero Alcaraván IV se unen a los agentes de Vigilancia Aduanera que viajan en el Petrel 5 en un punto, ya se ha dictado por el juez la autorización para interceptar y abordar el Tammsaare en aguas internacionales. La orden incluye tanto la busca del cargamento de cocaína en el interior del buque, como su recogida del mar en el caso de que fuera arrojada.

La madrugada del 4 de julio de 1999, los ocho GEO, algunos de los agentes de vigilancia aduanera y yo en representación de la Brigada Central de Estupefacientes, nos aproximamos en varias lanchas neumáticas a la popa del Tammsaare. Uno de los GEO lanza una escala, consigue aferrarla y deja pasar a los otros que suben sigilosamente a cubierta. Cuando abordo con los agentes de vigilancia aduanera, los GEO ya han tomado posiciones, reducido a los tripulantes y localizado el camarote del capitán Ricardo, que ha dejado a su segundo al mando hasta el cambio de turno.

El jefe de Dotación de Presa del Petrel me pide que lo acompañe al camarote para corroborar su identidad. A estas alturas, yo ya conocía los nombres y puestos de todos los que conformaban la tripulación. Sabíamos por las autoridades panameñas que el capitán Ricardo fue una incorporación de última hora por supuestos problemas cardíacos del anterior, que había descendido en el escalafón para ocupar el puesto de oficial mayor. Puede que fuese una estratagema para escurrir el bulto, una excusa por miedo a lo que se le podría venir encima. O tal vez no. Ricardo, en cambio, era un ruso con nervios de acero, superviviente de dos naufragios en el mar Báltico y una hoja de

servicios en la que se consignaban más horas en mar que en tierra firme.

Al llegar a la cubierta inferior, el jefe lanza un breve vistazo a izquierda y derecha. Después de avanzar agachado unos cinco metros por un claustrofóbico pasillo, se detiene en el punto donde está apostado uno de sus hombres y se asegura de que estoy a su espalda. Además de su respiración, lo único que oigo es el mar golpeando el casco como alguien en la pared de su ruidoso vecino. El jefe me echa un último vistazo, acciona la luz de su arma y la empuña en alto.

El otro GEO asiente y abre la puerta de una patada.

—¡No se mueva! —grita el jefe, apuntando al interior.

Ricardo se incorpora nada más oír la voz, y la luz se refleja violentamente en su rostro. Nariz rota, párpados caídos sobre los ojos, la piel curtida y roja. Está como ido, lo que indica que estaba completamente dormido.

—Confirme identidad, oficial.

—Confirmada —respondo yo.

Ricardo balbucea algo en ruso, después en castellano.

—Yo amigo...

—¿Entiende el español?

—Sí, un poco.

—Le voy a leer sus derechos —dice el jefe poniéndole frente a los ojos el auto judicial—, quiero que se los transmita usted a los demás y me diga si los han comprendido. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Pues andando.

Los GEO reúnen a la tripulación en un comedor de grandes dimensiones. Los marineros se miran los unos a los otros, una media luna de caras llenas de miedo y tensión. El capitán Ricardo hace de intérprete durante la lectura de derechos.

—¿Van a firmar el acta? —dice el jefe nada más finalizar.

El capitán Ricardo niega con la cabeza.

—Pues, hacemos constar que los detenidos se dan por informados y que no firman el acta. ¡Adelante! —grita el jefe de los GEO.

Varios agentes se reparten por la cubierta y comienzan a buscar el alijo por las zonas más visibles y comunes. Hay un crujido y un alarido. Dos de los GEO aparecen de pronto con uno de los marineros desfallecido y echando espuma por la boca.

—¿Qué ha pasado?

—Ataque epiléptico, señor.

—Organice su traslado al barco.

—A la orden.

—¿Quién es, capitán?

—El oficial jefe.

El jefe me mira de soslayo y dice:

—Va a ser cierto lo de que tenía problemas de salud.

La maniobra de rescate resulta una verdadera locura. El mar se ha vuelto más virulento y la camilla se precipita varias veces contra el casco. Miles de toneladas de acero contra un entramado de varillas de aluminio es a todas luces un combate perdido de antemano. Los dos GEO que tiran del cabo con fuerza se las ven negras para impedir que la camilla caiga al agua. La lancha neumática se está separando, pero es cuestión de segundos que el mar vuelva a acercarla al barco y se toquen de nuevo.

—¡Ahora! —grita el piloto desde la neumática. Los GEO de abordo sueltan el cabo y los de abajo recogen la camilla por la proa.

Justo a tiempo.

El piloto acelera y vira a babor. La neumática se hunde por la popa y escapa del envite de la monstruosa estructura del barco por milésimas de segundos.

Una hora más tarde, sentado sobre su propio camastro, el capitán apenas abre la boca. Uno de los agentes de vigilancia aduanera está examinando los pasaportes de todos los miembros de la tripulación. Son rusos o estonios. Mientras, sus compañeros llevan esa hora poniéndolo todo patas arriba y todavía no han dado con la droga. El rostro demudado del capitán empieza a preocuparle. Está muy nervioso y ya hemos tenido suficiente con una baja durante el abordaje.

El agente extrae una cajetilla de Marlboro que libera de la

cubierta de plástico para sacar un cigarrillo. Se sienta en un banco estrecho delante del capitán Ricardo y le ofrece uno.

—Es rubio español —dice, golpeando el paquete por una esquina hasta que asoman los cigarrillos—. Pruébelo.

El capitán comienza a rebuscar en los bolsillos de su indumentaria oscura. Sin pararse a pensarlo, el agente enciende una cerilla y se la planta delante de la cara.

—*Spasibo* —dice el capitán sin levantar los ojos.

Una doble elevación de cejas y una profunda calada.

—Es bueno. Mejor que mis Papirosas.

El agente se enciende otro cigarrillo y deja caer la mano para apagar la cerilla, calibrando qué tipo de hombre es el capitán Ricardo, que tiene los labios morados de frío.

—¿Ha trabajado para la KGB? —pregunta el agente.

—¿Por qué piensa eso?

—Por la misma razón que ustedes piensan que en España todos somos toreros.

El capitán lo mira con incomprensión. Una cosa es chapurrear un idioma y otra captar la ironía.

—No soy espía. Se lo juro.

Se oyen ruidos metálicos, voces que vienen y van.

—Escuche —dice el agente observando que el aire que los separa se llena del humo blanco de los cigarrillos—, ni usted es espía ni yo torero, pero los dos sabemos cómo va a acabar esto. Lo correcto es que no perdamos el tiempo. Es mejor para todos. Y mejor para usted.

Ahora el capitán lo mira directamente a los ojos, como un condenado a su carcelero.

—De acuerdo —dice con un profundo suspiro—. De acuerdo. Los llevaré hasta la mercancía escondida.

Trescientos veintinueve fardos.

Después del oportuno pesaje y análisis en tierra se confirma que es cocaína. Su riqueza oscila entre el setenta y ocho y el noventa por ciento; su peso neto es de seis mil quinientos cuarenta

kilogramos; el precio en el mercado clandestino al por mayor estaría alrededor de los treinta y nueve mil doscientos cuarenta millones de pesetas, más de doscientos treinta millones de euros de los de ahora.

El jefe convoca una reunión de urgencia a las ocho de la mañana del día siguiente. Ya tenemos el segundo alijo y ahora todo tiene que ir como la seda para incautar el que sigue en poder de los gallegos.

—El dispositivo de vigilancia montado por los compañeros de la Greco Galicia sitúan el alijo en una casa en construcción de la Puebla el Caramiñal —dice el jefe contemplando el mapa que cuelga de la pared—. Los gallegos deben seguir pensando que son intocables hasta que los detengamos y podamos requisarlos. Inspector Palomares, ¿qué tal si hacemos un repaso rápido de los objetivos?

—Enseguida, jefe. —Palomares acciona la máquina de diapositivas.

En la primera ráfaga, Páter tiene todavía las manos sobre el volante y mira al frente mientras que la Rubia se ha bajado y ha comenzado a caminar hacia la entrada del hotel Temple.

—El objetivo de Páter —continúa Palomares— es crear la infraestructura necesaria para que su organización se convierta en la mayor distribuidora de cocaína en Europa; la Rubia es su mano derecha y la que tiene la conexión con los gallegos. Bien, aquí tenemos a Anxo Porto y Antonio «Toño» Lugo —dice pasando a la siguiente serie— y aquí nuestro amigo —amplía al máximo la diapositiva para enseñar al hombre con el jersey de punto de lana y tatuaje en el antebrazo que había acudido a la reunión del hotel Temple— Alfonso Landeira. Los tres son los encargados de alijar la droga en Galicia y transportarla a Madrid. Por último, tenemos al Zurdo, quien con otras personas de su entorno hace las labores de ocultación de la cocaína en una barriada a las afueras de Madrid.

—Gracias, inspector —dice el jefe—. Podemos sumar a la lista a Marulanda como representante internacional, pero de él ya nos encargaremos. El oficial que sufrió el ataque del corazón ha muerto, ya tendremos tiempo de que Rafael nos cuente la

experiencia.

—Desde luego, jefe.

—Volviendo a los objetivos —añade entregándonos unas planillas—, aquí están las instrucciones para mañana.

—¿Los vamos a detener a todos al mismo tiempo? —pregunta Palomares.

—Sí. No queremos filtraciones. Recuperar la droga oculta en esa casa de la Puebla del Caramiñal es ahora la prioridad.

—¿Y qué pasa con el capitán Ricardo y los demás de la tripulación del Tammsaare?

—Ya han sido conducidos a las Canarias y puestos a disposición judicial. El fallecido seguirá por el momento en la bodega del Petrel.

68. CONJUNCIONES

Las ocho de la noche y sin noticia de los gallegos.

No es de extrañar que Páter y yo comencemos a tener crisis con síntomas parecidos. Palpitaciones, falta de aire, enrojecimiento facial. Sobre la mesa hay una jarra llena de café recién hecho. Me sirvo el tercero, necesito cafeína, mucha más de lo habitual para comprender lo que está pasando.

—Gallegos gonorreas —masculla al teléfono—. Dijeron que bajaban ayer.

—Seguro que pronto tendremos noticias —digo y veo los cinco teléfonos que tengo encima de la mesa—. Antes querían asegurarse de que el camino está despejado.

Ahora, en la recta final, tengo muy presente lo que me decía Ino antes de soltar la bicicleta: venga, Anita, échale valor, que somos alguien en función de lo que arriesgamos. Y eso hago a pesar del miedo. Todo porque Javier goce del privilegio de vivir sin preocuparse por el mañana. Me da lo mismo lo que pase luego, quiero que esto acabe para comprarme una casa con toldos de colores en algún pueblo del Mediterráneo y no hacer otra cosa que verlo crecer.

Páter lanza un bufido.

—Qué silencio tan chimbo. El de allá —es como se refiere a Marulanda desde que volví de Galicia— está muy nervioso, ve tombos por todas partes. ¿Quiere que le cuente ahora?

Le digo que sí, expectante.

—Si la cosa se tuerce y nos caen los tombos encima, usted y yo no diremos nada. Hay que sacar al de allá de todo esto.

Lo peor es la espera. La verdadera catástrofe es el no suceder, ese miedo enquistado que se alimenta de nuestras equivocaciones. Cuando te asustas cometes errores y das pasos en falso, una

maldición que te va erosionando por dentro como el agua que horada la piedra caliza. Se trata de no pensar demasiado en ello, de dejarlo sin caer en la trampa de las predicciones.

Suena el segundo teléfono.

—Dichosos los oídos, Landeira.

—Que estén atentos, lo llevan mañana.

—Recibido.

Cuelgo, quito la tarjeta del móvil, pongo una nueva y enciendo el teléfono. Es la primera regla: una llamada, un número. Páter, que sigue en línea, recibe una buena dosis de dopamina con la noticia.

—Menos mal. Avise al Zurdo, por favor.

—Ahora mismo.

—Es mejor que no volvamos a usar esta línea.

—De acuerdo.

Estoy eufórica. Esta vez sí que voy a comenzar una nueva vida, a deshacerme de esta y seguir adelante con otras conjunciones, a mirar a mi hijo a los ojos y decirle que está a salvo.

Sea cual fuera la razón que me ha llevado a Walter Marulanda y después a Páter, la conjunción que formo con ellos ya no me atañe. No quiero seguir atando mi destino a los suyos. Así de simple.

Ojalá esto acabe pronto.

69. RAFAEL MEDINA

En cuanto llega a mis oídos que Felipe Ayala, alias Páter, ha sido detenido en compañía de su pareja sentimental, Penélope, en Alicante, siento que se desmorona la inexpugnable fortaleza erigida alrededor del cártel. El ajedrez policial hace un movimiento definitivo y las piezas van cayendo del tablero por su propio peso.

La siguiente: la Rubia, la Dama del Norte.

Cuelgo el teléfono y le digo a Luna que me voy a la comisaría de la calle Hortaleza. Luna se queda mirándome con una justificada expresión de sorpresa. No tengo autorización para salir sin el permiso de Palomares, pero Palomares está en una reunión en la Dirección General de la Policía y la Rubia ya está de camino a la comisaría en el furgón policial.

Parece que no soy el único que tiene interés en presenciar su arribo. La comisaría está abarrotada de compañeros con la mirada fija en la entrada. Un oficial aparece de pronto como buscando a alguien.

—Perdona, ¿eres Rafael?

—Sí.

—Te llaman por teléfono.

El oficial mira al mostrador de atención al público.

—Puedes coger ahí.

Apoyado en un extremo hay un teléfono beis, uno de esos que parecen salidos de una película en blanco y negro de los años cincuenta.

—Que te vengas cagando hostias —dice Luna—. Palomares ha vuelto y necesita que le entreguemos los últimos informes. Y ya sabes lo pesado que se pone.

—Sácame algo de tiempo.

—Claro —ríe el compañero—, pero a cambio cuéntame algo

que no sepa de la Rubia.

—No tiene instinto criminal —afirmo someramente—, pero arrastra varios traumas desde la infancia que la han llevado a un punto autodestructivo. Nunca tendrá suficiente porque lo suyo es una huida del pasado. De sus fantasmas.

—El Zurdo sí que tiene instinto criminal. Hace un momento intentó liarse a hostias con los compañeros que iban a esposarlo y luego trató de sobornarlos. Llegó a ofrecerles veinticinco millones de pesetas a cada uno si lo dejaban realizar una sola llamada de teléfono antes del registro en su cuartel general.

—Ahora soy yo el alucinado.

—Con dos huevos —ironiza Luna—, solo con la cocaína y la heroína que escondía en el sótano se habría sacado unos dos mil millones de pesetas. ¿Qué te parece?

—Un porrón de años de cárcel.

—¡Atención! —grita un policía.

El ruido cesa y todas las miradas se vuelven hacia la entrada.

De la furgoneta blanca, sin distintivos, que acaba de detenerse frente a la puerta, baja una mujer con un niño. Ella se apresura a cogerlo de la mano y a sonreírle, como si los policías que salen a su encuentro formasen parte de una comitiva de bienvenida. Falda blanca, camisa blanca y gabardina de color hueso.

Jaque.

70. CALABOZO

Despierto al día siguiente rodeada de un silencio y una calma anormales.

Me impongo callar. Tengo perfectamente claro que las dos mujeres que habitan en mí, Ana y la Rubia, no deben entrar en conflicto si es que quiero conservar la cordura, que cualquiera de las dos debe abstenerse de criticar a la otra y que una tercera, la detenida, mucho más precavida y reflexiva, tiene que sustituirlas para hacer frente a todo lo que se me viene encima.

Cuando a los diez minutos se abre la puerta del calabozo olvido mis temores y salgo a la galería envuelta en el eco de las voces de otras detenidas. Abandono la crisálida después del grotesco proceso de transformación que he sufrido al dejar anoche en un pequeño receptáculo mis anillos y pulseras a cambio de un insulso uniforme.

Una vez en comisaría, me introducen en un claustrofóbico cubículo, me quitan las esposas y me dejan frente a un tipo regordete con la barba espesa y negra que abre mucho los ojos y pronuncia mi nombre.

—Fue poner sus huellas en la base de datos y salirnos esto. —El policía saca la orden que pendía sobre mí desde que escapé de España y la posa suavemente sobre la mesa.

Suena el teléfono, el policía descuelga, noto algo extraño en su actitud, se ha puesto en guardia de repente.

—Sí, que pase.

Oigo que la puerta se abre, solo entonces miro a mi espalda y veo al abogado Horacio Campos, el mismo que una vez me recomendara mi cuñado Ali. Llega acompañado de otro policía cuya cara me es familiar. Muy familiar.

—Buenos días, letrado.

—Buenos días.

Campos se sienta a mi derecha, desprende el mismo aroma a perfume que impregnaba el aire de su despacho. El policía le hace una seña al agente recién llegado para que se siente a su derecha.

—¿Quiere declarar? —me pregunta a continuación.

—¿Sobre qué? —pregunta Campos.

—Sinceramente, letrado, creo que a su cliente no le vendría mal algo de colaboración.

—No va a declarar a ciegas.

—Ella sabe lo que ha hecho y nosotros también; y usted, que cualquier beneficio al que quiera acogerse se gana aquí y ahora.

El policía barbudo me mira con tal intensidad que llego a sentirme incómoda. Creo que para darme tiempo a procesar lo que acaba de decir.

—Mire, no estoy autorizado para revelar nada referente a la investigación, pero créame si le digo que otros detenidos ya están colaborando. Además, usted no es como ellos —dice echándose hacia atrás en la silla con los dedos entrelazados sobre el estómago —, o eso dice el oficial Rafael Medina aquí a mi lado, que está en esto ya desde lo de Arturo Soria.

Entonces caigo en cuenta. Él estaba con otro policía en aquella inesperada encerrona en el Corte Inglés de la Castellana después de mi azarosa huida.

—Sí, de cuando mataron a mi perro.

—Eso fue un desgraciado accidente —dice Rafael Medina.

—Creo, letrado —prosigue el policía barbudo—, que es el comienzo de un buen relato de defensa. Eso y un poco de colaboración pueden allanar el camino para un acuerdo ventajoso con la fiscalía…

—Espere un momento —dice Campos.

—Por supuesto.

Campos acerca la boca a mi oreja y pone una mano delante, durante unos segundos se mantiene pegado a mí exponiéndome la situación. Al terminar, tomo aire y muevo la cabeza en sentido negativo. Campos baja los párpados y mueve el mostacho con parsimonia hacia el policía.

—Mi cliente no va a declarar hasta que sepa de qué se le acusa.

—¿En serio? Trama organizada, letrado. Usted sabe perfectamente lo que eso significa. Pero vaya y pregúnteles a todos esos valientes que llevan años entre rejas por no abrir la boca. Allá ustedes.

Campos apoya las manos en la mesa y se estira en la silla como para darse autoridad ante el policía.

—He dicho que no va a declarar, así que no perdamos más el tiempo y póngala a disposición del juez, por favor.

PARTE 3
MI CONDENA

2002

71. LAS PENAS

La celda de apenas dos metros cuadrados en la que he estado recluida desde que me detuvieron tiene una ventana con vistas a una inmensa explanada. Paso mucho tiempo con la frente apoyada en el cristal observando los toros que se acercan a los muros perimetrales de la cárcel, el rincón más alejado y menos frecuentado de la finca. A veces veo al mayoral a caballo azuzando los toros por la dehesa, apartando hábilmente alguno de la manada. Es sorprendente la de cosas en las que uno puede llegar a fijarse cuando te sobra tiempo, cosas que inopinadamente suceden y veo desde mi particular tendido a la sombra. Pero toda esa conciencia de libertad no vale nada: las guardias me sacan constantemente a la galería, revuelven mis cosas, ellas deciden si debo estar sola o acompañada.

Son el mayoral y yo la res a la que dirigir por la senda correcta.

Las primeras semanas de octubre son días de insomnio y pesadillas continuas porque los medios se hacen eco de la inminente publicación de la sentencia. Una mañana, otra reclusa me despierta balbuceando: «Pon la tele».

—¿Qué ocurre?

Sintonizo apresurada un canal de noticias, veo al presentador del telediario y subo el volumen.

Ella se aparta con las manos en la boca.

Ni en la peor de mis pesadillas había imaginado una pena tan severa.

Treinta años de condena.

El primer instinto, el más básico, es quedarme quieta. Es posible que no estuvieran hablando de mí, que esa mujer fuese otra con mi nombre. Tengo un hijo pequeño, tendrá más años que yo ahora cuando me den la libertad. No puedo ser yo. Esa es otra.

Nunca imaginé un período así de largo ni aún convencida de que la sentencia se hallaba escrita de antemano.

Esa convicción la tuve un año antes, durante uno de los días que Sara vino a la cárcel de visita con Javier:

—Tengo que decirte algo. —En la mirada de Sara podía leerse cierta inquietud.

—¿Qué ocurre?

—¿No sabes lo del libro de Pilar Urbano?

Dejé a Javier en su silla.

—¿Qué libro?

Sara renegó indignada y puso sobre la mesa la hoja arrancada de un libro.

—«El hombre que veía amanecer» —leyó en voz alta—. Va sobre la vida del juez que llevó la investigación de tu caso. Lo presentaron juntos el viernes pasado en el hotel Ritz. En ese capítulo se hace referencia a la Operación Temple y te mencionan.

Di vuelta a la hoja a toda prisa para leerla.

> Temple es un hotel de Ponferrada donde la policía capta encuentros rápidos entre narcotraficantes colombianos y gallegos. Dirigidos por el juez, los estupas están siguiendo a un pez gordo, Felipe Ayala, alias Páter, el gran apoderado del cártel colombiano en España, y a su manager, Ana Garrido, la Rubia, una asturiana con remango.

—¿Cómo es posible que digan eso si todavía no te han juzgado?

—Tengo que constárselo a Campos —me apresuré a decir. Esto no puede ser legal.

—Espera… —Sara me tomó la mano y me miró de una manera que no auguraba nada bueno—. Había un montón de abogados en la presentación, entre ellos, Campos.

—No puede ser… —dije incrédula.

—¿No? —Me puso delante de los ojos una noticia de prensa

en la que se mencionaba el lanzamiento del libro con imágenes de los presentes.

—Pero si los abogados estaban pensando en pedir la nulidad de las grabaciones telefónicas al comienzo del juicio. ¿Es que ya no va a haber juicio?

—¡La política! ¡La política! Se lo traga todo.

—¿Así me trata mi propio abogado? ¿Aplaudiendo a quien me tiene presa?

—Ya ves que le han llovido las críticas, pero dicen que no hay nada irregular, que no va a juzgaros y que no puede influir. Y que como los abogados no deciden, tampoco hay nada que reprocharles.

Parpadeé unos segundos y volví a la Tierra.

—No voy a salir, hermana. Tenía la esperanza, pero ese juez no va a permitirse una biografía inexacta. Conoce el sistema; una vez que ha hecho públicas sus proezas, una sentencia absolutoria provocaría la crítica general. Ese libro es mi condena anunciada.

—¿Y qué hacemos?

—Lo primero, cambiar de abogado.

Me pongo a llorar de rabia e impotencia. Me siento estúpida por mantener una lealtad que nadie más está dispuesto a compartir. Tal y como había pronosticado aquel policía, todos los demás se han bajado del barco.

Recuerdo el discurso de la fiscal durante el juicio. Fue impecable. Sus manos se movían de una manera extraña, casi antinatural. De vez en cuando extendía la derecha hacia nosotros, remarcaba una palabra o permanecía quieta como una película detenida en mitad de un fotograma. Todo ella, sobre todo los ojos, determinada a conseguir la más severa de las condenas. Páter, el maestro de los sapos no se atrevía ni a mirarme, había roto nuestro pacto sin decírmelo y trataba de sacar ventaja de ello. Y los gallegos, a los que vi fanfarronear de pelotas durante años, se comportaban como niños asustados, no habían tardado ni veinticuatro horas en cantar. Qué estúpida fui por no mirar al

tribunal como la inocente criatura que todos ellos aparentaban. Lo peor de todo fue la traición de Penélope. Oí cómo le decía a Páter en el banquillo que le diese «a cada santo su vela», y bien que lo hizo cuando se retrató como un colaborador bajo mi mando a la altura de Mejía, Restrepo o Jaramillo. Estaba detrás de ellos apretando las manos, imaginando que era el cuello de Penélope a lo que estaban asidas, sé que no conseguiría apretarlo lo suficiente para dejar de oír su maldita risa. La más fiel, entregada amiga, por la que siempre di la cara, era un ser impostado, una desconocida haciendo el mismo esfuerzo que una actriz para convertirse en lo que yo era.

Cómo no me di cuenta.

Estaba convencida de que ninguna actividad u oficio podía cambiar nuestra esencia, lo que verdaderamente éramos, que no había otra oportunidad que ser lo que ya fuimos. Y también que mis principios no diferían de quienes trataban de meterme entre rejas. No eran mejores que yo. Y tampoco los policías que me llevaron esposada ante el juez de la Audiencia Nacional al día siguiente de mi detención. A Ino lo había matado uno de ellos a cambio de unos pocos años de cárcel, a ninguno les iba a dar la satisfacción de verme renunciando a lo que soy.

—Entonces —soltó Campos, mi entonces todavía abogado, mientras entrábamos en el despacho del juez bajo la atenta mirada del policía ante el que había declarado en la comisaría—, dices que te acoges al derecho a no declarar y punto. Total, no va a poner a nadie en libertad hasta que levante el secreto de las actuaciones. Y supongo que eso no ocurrirá hasta que lo tenga todo bien atado.

Caminé, firme, observando aquel fastuoso despacho. Me senté donde me indicaron, tomé aire y miré al frente.

El juez tenía las manos cruzadas encima de la mesa, un porte amable, mirada inteligente, vestido de traje claro, con una corbata azul y camisa rosada.

—Buenos días.

En ese momento se abrió la puerta. La fiscal se acercó con una carpeta, taconeaba con prisa. Pasó por delante de nosotros y continuó por detrás del juez hasta llegar a una silla a su izquierda.

Solo entonces el juez miró a la funcionaria que estaba sentada frente a un ordenador y se dirigió a mí.

—Quiero preguntarle por algunos aspectos muy concretos. ¿Va a declarar?

Campos me miró, acordamos, en fin, que mi aportación se limitase a refrendar mi inocencia.

—Sí, señoría.

—Comenzamos entonces.

La voz del juez se hacía aguda por instantes; sus gestos, sus movimientos, se reducían a la mínima expresión, como si fuese un generador que apaga automáticamente los puntos no esenciales del sistema para ahorrar energía. Sus preguntas, no muchas, eran una combinación de inteligencia emocional, osadía instintiva y hasta de cierta ternura. No buscaba una catarsis, no quería un melodrama, pero quería sonsacarme el rol que cada uno desempeñaba en la organización. Respondí con voz tajante que no sabía nada, y el silencio se instaló entre nosotros mientras miraba a la fiscal por encima de las gafas.

—Señora fiscal, ¿alguna pregunta?

Ella se inclinó y con voz neutra dijo que no.

—¿Y usted, letrado?

—Ninguna, señoría.

—De acuerdo —añadió el juez, descruzando las manos y dejando a la vista un documento—: esto es el auto por el que decreto su ingreso en prisión sin fianza en la cárcel de Soto del Real. Me firma la notificación, si es tan amable —añadió destapando una pluma y colocando la punta sobre el auto—. Justo aquí.

Unas horas después de conocer mi condena decido ir a la sala común. La celda era un espacio demasiado pequeño para soportar la rabia. Los mensajes catastrofistas del telediario sobre el cambio de milenio arrancan los aplausos de las internas. Una chica rumana consumida por la heroína se pone de pie sobre una mesa y suelta una incongruente perorata que comienza y acaba con un «y a tomar todos por culo». Ilusa esperanza, sin embargo, puestos a soñar, no me importaría que ese puto meteorito del que habla

caiga encima de la Audiencia Nacional, arrase el despacho de Campos y de paso ruede hasta el módulo de hombres y aplaste a Páter y a los gallegos. Y a Penélope también, donde quiera que se encuentre.

Cuando emprendo el camino de regreso a la celda pienso en la obediencia ciega que les dispensamos a los que mandan. Me preocupa perder la fuerza y, reflexionando en ello, siento la necesidad de golpear algo. *Ya verás tú cuando cierres la puerta,* me digo mientras miro fijamente a la guardia que me ha tocado en suerte. *Lo que yo te diga.* Golpeo la pared una vez. Luego otra. Poco a poco voy subiendo la intensidad, hasta que al final estoy llorando, maldiciendo mi suerte, dando puñetazos.

—Hijo, hijo mío.

72. RAFAEL MEDINA

—¿Os acordáis de este artículo? —dice Palomares leyendo una crónica publicada en el diario *El Mundo* de hace aproximadamente un año:

> Y el «capo» voló al Caribe, señorías. Casi novecientos días en la cárcel de Valdemoro III, con una condena de sesenta años y una multa millonaria. ¿Cómo es posible que los tres magistrados de la Sección IV de lo Penal de la Audiencia Nacional, amparándose en razones humanitarias, pongan en libertad a Walter Marulanda y permitan que se escape?

Y finaliza cerrando el periódico con un gesto de disgusto antes de arrojarlo a una de las cajas en las que estamos guardando el material de la Operación Temple.

—O sea, que el tipo sigue de vacaciones en el Caribe mientras los otros están entre rejas. Bravo.

—Poderoso caballero es don Dinero —dice Luna—. Aquí hay más unte que en las tostadas de mis hijos un sábado por la mañana.

—Mesura, oficial —dice el jefe—. La fiscalía está investigando a esos magistrados. Ya veremos el resultado.

Palomares junta las palmas frente a su nariz, a modo de oración.

—Lo soltaron a pocos días de celebrarse el juicio con una fianza de veintisiete mil euros cuando la fiscalía le estaba pidiendo una indemnización de cuarenta millones de dólares. Todavía no salgo de mi asombro.

Luna está tentado de aplaudir.

—Señores —dice el jefe—, nosotros hicimos nuestro trabajo. A ninguno de los investigados le valió de nada las maniobras exculpatorias ni a Páter echarle la culpa a la Rubia. Aportamos

pruebas sólidas para desmantelar la organización y quitar del mercado uno de los alijos más grandes de la historia del narcotráfico. Eso es lo que importa.

—¿Entonces lo celebramos ya? —dice Luna, que lleva toda la jornada pensando en que nos tomemos una cerveza, o dos.

—Sí, creo que ha llegado el momento de tomarse esas cañas. Que sean tres, por lo menos.

2013

73. EL TIEMPO

Lo más probable es que no lo hubiera conseguido sin mi hijo. Más allá de las visitas, la esperanza en una revisión de la condena y las buenas conductas, su imagen acudía siempre en mi auxilio cuando sentía ganas de tirar la toalla.

Dentro, los primeros años pasan lentos; los siguientes, sencillamente no existen. Dentro, el tiempo es uno. No podemos fraccionarlo, trocearlo, mezclarlo entre sí, una comida de trabajo, una cita de amor, una visita inesperada, porque el tiempo es agónicamente previsible. Nos olvidamos incluso de la muerte, vivimos en la evidencia del instante, invisibles al mundo bajo la cortina gris que forman los muros perimetrales de la cárcel.

Dentro no somos nada.

Los segundos, las horas, los días, las semanas y los meses se detienen hasta que un día obtienes tu primer permiso de salida. Solo entonces tomas conciencia de cómo has cambiado. Cuando te miras en el espejo te encuentras con quien ya ni recuerdas. Sí, me refiero a ti, digo acercándome un poco más. Ahí están mis ojos, los mismos que nadie se ha parado a mirar en años. ¿Pero son los mismos exactamente? Los párpados se han caído, la piel da signos de cierta flacidez en los pómulos y el cuello, no es la tersura de los treinta. Tampoco la manera en la que miro es la misma. Puede que me recupere. Sara tiene la teoría de que todo pasa, que casi todo se olvida y que pronto volveré a ser la de antes, más experimentada, más cautelosa. Puede. Uno nunca desaparece del todo.

Lo cierto es que durante el tiempo que estuve presa el vínculo que me unía a Sara se me hizo evidente, reconocible en cualquier

parte que fuera, en la peluquería donde trabajé algunos meses o en la biblioteca que me permitía soñar con una vida paralela.

Con el paso de los años me hice más descreída, más escéptica. Había dejado de preocuparme por mi caso, era inútil que siguiese proclamando la injusticia de la pena, soy consciente de que nada de lo que hiciese iba a cambiar las cosas. Acepté que el mundo siguiese su curso sin mi presencia con el único deseo de que Javier fuera lo bastante fuerte para no necesitar de mí. Por mi propia supervivencia sentía la necesidad de enraizarme en la cárcel y aceptar que estaría allí mucho tiempo.

Así llegó el día en que encontré la manera de sentirme útil.

Fue en el taller de pintura. Caminaba entre los caballetes cuando me quedé quieta, con los párpados bien abiertos y la mirada estremecida, atenta a cada movimiento del pincel de una de las reclusas. Plasmaba la luz de una manera que nunca había visto, sin un ápice de la imagen gris y monocroma de la prisión, de sus paredes frías que declinaba la luz en pasillos interminables, de manos aferradas a barrotes de acero, de palabras, susurros, sonidos que por la noche desmoralizaban hasta extremos impensables. La pintura fue mi exclusa, la manera que descubrí para soportar la tediosa espera de la libertad física y de hacerme inmune a la asfixia crónica que afectaba a otras presas.

La concepción del primer cuadro la tuve clara: un grupo de casas sobre el campo de mi pueblo. En el ángulo superior de la izquierda, el tejado azul y a dos aguas de dos casas. Esas viviendas de fachada blanca y establos en la planta baja que tanto me recordaban las de Degaña. Un recuerdo de mi padre, que combinaba el trabajo en la mina con las labores del campo. Por la derecha y sin desprenderse de la espesura vegetal, dos casas más antiguas, esbozadas con líneas quebradas y multicolores imitando las piedras que revestían sus fachadas. Y cuatro mujeres silueteadas en el centro de la escena, vestidas con trajes largos de distintos colores y pañoletas cubriendo sus cabezas. Sus ojos se dirigían hacía un punto situado fuera del cuadro. No me interesaba que alguien reparase en el propósito de aquellas miradas, solo en el hecho de que se mantenían juntas, con los hombros pegados, todas

a una.

Como mi madre y nosotras tres.

Termino de abotonarme la camisa. Retrocedo dos pasos, mirada de perfil.

Sí, estoy lista.

Javier levanta una mano y comienza a saludarme al verme al lado de la garita de la prisión; los segundos son eternos mientras espero que el funcionario rubrique mi salida en la cartilla. «Espero no volver a verte», levanta el sello del papel y sonríe. Le devuelvo el halago con un «yo te deseo lo mismo». A medida que la mirada de Javier se aproxima, quiero pensar que me ve tal y como era el día en que me detuvieron porque llevo puesto el mismo vestido.

Recuerdo que encogí los hombros y reí, intentando prestar algo de frescura al reencuentro. Era la primera vez en años que lo veía, lo tocaba, lo respiraba sin cristales, cámaras o vigilantes de por medio. En un momento determinado, mientras lo abrazaba, cerré los ojos para detener las lágrimas. Me negaba a aceptar que hubiese cambiado tanto. Era un hombre y sin embargo lo seguía recordando tan pequeño, frágil, hermoso y sanguinolento como el día en que nació. Desplazo los ojos por encima de su hombro hacia los que esperaban en un segundo plano. Lo suelto y avanzo lentamente sin perder ninguna mirada. Imposible no reconocer a mi hermana Sara; lleva un vestido largo y flojo que le tapa los brazos y las piernas casi por completo. Lo primero que veo de Ángeles son sus labios, tan obstinados como siempre en modelar una expresión de normalidad.

Al tío Carlos, al que vi por última vez en el funeral de mi padre, lo miro concentrarse de tal manera que se pisa la sotana casi al punto de caer. Todo el caudal de oraciones que había acumulado para cuando terminase mi condena se atropella en sus cuerdas vocales. Deseaba verme libre, paseando con mi hijo, disfrutando de una vida plena y tranquila, como si el pasado hubiese mancillado mi inocente personalidad y estuviese en deuda conmigo.

74. AL ALCANCE DE NOSOTRAS

Las mesas, los bancos, los ancianos que forman grupos en los amplios jardines quedan convertidos en un borroso fondo cuando ella aparece en primer plano. Está sentada en una silla de mimbre en medio del jardín, con un vestido muy llamativo de color beis con lunares marrones, con aire de heroína de novela a la que el tiempo, en vez de estropear, le otorga encanto. Tiene el rostro arrugado y de cerca aparece un poco demacrada, con ojeras difuminadas bajo una ligera capa de maquillaje rosáceo, pero es tan bella a los ochenta como cuando la conocí.

Encoge la espalda para echarse hacia delante. Está tan cerca que puedo oler el aroma a camelias en sus cabellos largos y blancos. La mano extendida casi roza el mármol de la mesa.

—Hola, Camile.

—Siéntate, hija.

—He esperado esto durante mucho tiempo.

—Y yo estoy sobrecogida, *chéri*. Un viejo dicho dice que, al contacto con el discípulo, el maestro se reconcilia con la muerte. ¿Será que ha llegado mi hora?

Sonrío.

—En los últimos catorce años siempre tuve claro que la segunda cosa que haría después de estar con mi hijo sería verte.

—¿Y cómo está?

—Hecho un hombre, pero yo lo sigo viendo como un niño.

—Como yo a ti, con trece.

—No sé si pensé lo suficiente, Camile, si las decisiones que tomé eran las correctas.

Me mira de arriba abajo, creo que es consciente de que las joyas que llevo puestas no me las he ganado honradamente.

—Nunca te lo he dicho, pero sé que aquel día en la calle me

viste con mi amante. Mi matrimonio había entrado en la recta final, allí donde los ojos del otro miran por inercia y sin ningún deseo de conocer. Eso es lo que verdaderamente te hace viejo. Considerando eso puedo decirte que no me equivoqué y que nadie debería haberte juzgado por intentar vengarte del mundo tras el asesinato de tu hermano. Hicimos lo que estaba al alcance de nosotras.

—Tengo miedo, Camile, miedo a recaer. Con qué habilidad somos capaces de hacer caso omiso a lo que nos conviene, de escoger exactamente lo contrario de lo que necesitamos.

—Se llama vida, *chéri.* Anda, ven —añade abriendo las manos.

Abrazada a mí, Camile se estremece. Y yo con ella.

—Pero no vuelvas a las andadas, ¿eh?

NOTA DEL AUTOR

Ana Garrido cumple, en la actualidad, una nueva condena por tráfico de drogas. Esta novela está basada en su vida, y aunque algunos hechos y personajes fueron modificados con fines dramáticos, la verdad siempre aparece, desnuda, sin los artificios del olvido, sin los filtros de lo legal, sin los estigmas de lo políticamente correcto.

La Voz de Galicia, 10 de noviembre de 2018

NUEVA CONDENA PARA LA DAMA DEL NORTE

Cuando la Audiencia Nacional juzgó a principios de siglo la Operación Temple, el decomiso de catorce toneladas de cocaína en el buque Tammsaare y en una vivienda de A Pobra, los magistrados fueron inmisericordes con Ana Garrido Álvarez, a la que impusieron entonces más de treinta años de prisión; sentencia que posteriormente modificaría de manera parcial el Supremo. Ahora, la asturiana conocida como la Dama del Norte ha sido nuevamente condenada por su participación en un entramado organizado que estaba tratando de introducir cocaína procedente de Sudamérica en territorio nacional, principalmente a través de los puertos de Marín y de Vigo.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Lourdes Díaz y a todo el equipo de Rolling Words. No hay como un almuerzo sin demasiada prisa para esbozar el futuro de una novela que aún no había sido escrita.

A mis editores, Raquel Gisbert y Leo Felipe Campos, que me acompañaron con infinita paciencia. Leo, querido, qué jodidamente bueno eres. Por supuesto, gracias a todo el equipo de Planeta, a los diseñadores y comerciales por su magnífico trabajo. Equipazo.

A Andrés Arriaga de Arrivelo Producciones, que me puso en la senda de Ana Garrido y me dio la oportunidad de escribir esta novela.

A la Brigada Central de Estupefacientes de la UDyCO CENTRAL, por la inestimable colaboración que me han prestado, permitiéndome conocer en detalle los entresijos de la Operación Temple. En especial a «Rafael Medina», nombre ficticio de un entonces joven oficial, por la amabilidad con la que me ha tratado, siempre dispuesto a atenderme, incluso cuando las cosas le venían mal dadas.

A mi familia, por eso que hay que tener para soportar los desnortes de quien transita por historias.

Por supuesto, a Ana Garrido por permitirme hablar de su vida. Y a Camile, donde quiera que esté, por haber sido el pilar sobre el que se sostiene todo lo demás.

Y a ti, lector, como siempre.

La Dama del Norte
Ulises Bértolo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra.
Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la portada, Florian Beckers / Millenium Images UK y Xpixel / Sutterstock

© Ulises Bértolo, 2023
Publicado por acuerdo con la Agencia Literaria Rolling Words

© de las ilustraciones, Planeta Arte & Diseño

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-08-27140-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!